

Inger Wolf

HIELO Y CENIZAS

«Hay que dar la bienvenida a una autora de novela negra que conoce muy bien su oficio».
Jyllandsposten

de

Ésta es la segunda novela de la autora en la que el protagonista es de nuevo el detective Trokic un inspector de policía solitario cuya historia personal, que no logra olvidar por completo, está vinculada al conflicto de los Balcanes.

En esta ocasión, un niño de ocho años, Lukas, es hallado estrangulado en un barrio de Århus, la segunda ciudad en importancia de Dinamarca, durante una tormenta de nieve. Todo parece apuntar a un crimen sexual, sin embargo, la autopsia lo desmiente. También resulta del todo inquietante que los padres del niño oculten algo. La única pista fidedigna con la que cuenta la policía al hallar el cadáver es que el niño ha estado en contacto con fuego.

El detective Daniel Trokic y su compañera de trabajo Lisa Kornelius, una experta en recuperación de datos informáticos y antigua colaboradora de la policía en casos de pederastia, se encargan de la investigación del caso en medio de una atmosfera inquietante y sombría.



Inger Wolf

Hielo y cenizas

Daniel Trokic - 2

ePub r1.3

Titivillus 26.06.2017

Título original: *Frost og Aske*
Inger Wolf, 2008
Traducción: Blanca Ortiz Ostalé
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Viernes

5 de Enero

1

El comisario de la policía judicial Daniel Trokic tenía los elásticos de la cazadora cubiertos de pedacitos de hielo, los negros cabellos empapados de nieve y el frío grabado en las mejillas. A sus pies se arremolinaban las aguas del arroyo, arrastrando al alejarse un auténtico mar de copos densos y gruesos. Estremecido de frío, contempló al pequeño que yacía en el cauce a la luz de los focos. El niño descansaba en un lecho de ramas por encima de la corriente. Casi todo su cuerpo había quedado enterrado bajo un espeso manto de nieve, pero el viento lo había desprendido en algunas zonas dejando al descubierto parte de un anorak verde y una carita de una blancura tan ártica que se le transparentaban las venas azuladas. Alrededor del cuello, pequeño y fino, llevaba enrollado un sedal que daba varias vueltas, y en el aire gélido se percibía un débil olor a humo, un olor que ascendía del pelo y la ropa medio chamuscados y del sinfín de pequeñas quemaduras que salpicaban las manos del chiquillo.

Trokic se aproximó al cordón policial para salir al encuentro del comisario jefe Agersund, que ya se había agenciado una humeante taza de café en el coche de la científica. Se encontraban a más o menos medio kilómetro del pueblo de Mårslet siguiendo el arroyo de Giber, un lugar desolado desde el que los campos se extendían en todas direcciones, interrumpidos tan sólo por corrillos de árboles aislados cuyas ramas desnudas despuntaban como enormes escobones. Trató de seguir con la mirada el curso del agua, pero

estaba muy oscuro. Permanecieron unos momentos en silencio observando trabajar a los peritos y al forense hasta que Trokic tomó la palabra.

—Al parecer se trata de un niño de ocho años de Mårslet —explicó—. Se llama Lukas y desapareció ayer hacia las tres y media de la tarde cuando volvía de unas actividades extraescolares en la ludoteca. Un equipo de rescate salió a buscarlo hacia la hora de cenar y un perro lo ha encontrado hace una hora. Kornelius y Taurup acaban de ir a hablar con sus padres.

—Me cago en todo —murmuró Agersund mientras sacudía de un lado a otro la cabeza de pelo cortado a cepillo como si eso fuera a hacer desaparecer la atroz escena que tenían delante—. ¿Qué es eso que lleva en el cuello?

Trokic dio media vuelta hasta quedar frente a su jefe y se quitó un copo de nieve de los labios con la lengua. La fría partícula se derritió al instante en su boca.

—Un sedal. Dice Bach que le han estrangulado.

—Parece que al asesino le corría prisa deshacerse del cadáver —apuntó Agersund—. Podría haberlo ocultado o alejado un poco más.

—Tal vez. A mí, de todas formas, no me parece tan simple.

Trokic se subió los últimos centímetros de la cremallera de la cazadora negra para evitar el azote del viento helado en la garganta. Acababa de llegar a casa tras una jornada tranquila y había tenido el tiempo justo para descorchar una botella de vino y echarle un vistazo al periódico cuando sonó el teléfono, y ahora se encontraba en medio de un paisaje donde todo parecía encogido por efecto de los focos. Poco a poco fue apareciendo algo azul, una manopla de lana que asomaba del bolsillo del anorak. Más abajo se veía un pie con una zapatilla blanca.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó el jefe.

—Bach dice que lo más probable es que lleve ahí desde ayer. Hay *rigor mortis*, livideces y leves alteraciones de la piel a causa del contacto con el agua, pero no puede ser más preciso. El cuerpo está igual de frío que todo lo demás, de modo que la temperatura tampoco nos puede decir gran cosa.

Por su larga experiencia en el tema, el forense Torben Bach —que estaba en una incómoda postura con medio cuerpo en el agua junto al cadáver del niño— solía ocuparse de los casos de asesinato. Enfundado en

el mono blanco, se confundía con el paisaje nevado. Al percatarse de la llegada de Agersund alzó una mano enguantada a modo de saludo.

—La nieve no nos permite ver bien lo que ha ocurrido —prosiguió Trokic—. Nos lo está poniendo muy difícil. Ha tapado todas las huellas y, por si fuera poco, varios coches se han quedado bloqueados y hay gente que no ha podido venir.

Había comenzado la víspera a media tarde. Tras varios días de temperaturas en descenso, las precipitaciones habían empezado a caer en forma de copos grandes y gruesos, al principio lentamente, como un amplio manto, para después arreciar hasta convertirse en una nevada fina y furiosa. En el curso de la noche había llegado a ser una auténtica tempestad y la acumulación de nieve no había tardado en paralizar el tráfico.

—¿Habéis localizado a algún testigo en la zona? —preguntó Agersund.

—Aún no. Este sitio está más desierto que el Polo Norte, aunque hay varias casas desperdigadas carretera arriba, así que habrá que mandar a alguien a llamar de puerta en puerta lo antes posible.

—Mierda de tiempo.

Agersund y el invierno eran enemigos declarados. Señaló con la cabeza en dirección a un grupito que hablaba en voz baja y daba pataditas en el suelo para entrar en calor.

—Ya veo que los periodistas esta vez han estado de lo más espabilados.

Trokic se encogió de hombros.

—Pues no tenemos nada que contarles.

—Me gustaría ofrecer una rueda de prensa mañana a primera hora. Díselo, si insisten mucho. Esperemos que mientras tanto no se inventen demasiados disparates.

Hacía un año y tres meses que no llevaban ningún caso extraordinario. El último fuera de lo común había sido el asesinato de una joven que apareció degollada en Marselisborg, en medio del bosque. El asunto había hecho que los periodistas se lanzaran de cabeza a fabricar un mar de teorías sobre crímenes rituales, pero esta vez más les valía que no se armase mucho revuelo. Trokic sólo había pasado un par de veces por Mårslet, un precioso pueblecito de los alrededores de Århus que parecía salido de un cuento. Allí no ocurría absolutamente nada de peso, la delincuencia estaba en punto

muerto y ni siquiera los ladrones de casas se movían por esas latitudes. El policía local controlaba la zona él solo sin necesidad de que interviniera nadie. En otras palabras, el pueblo era la perla de la región y Trokic suponía que eso no iba a hacer que los titulares de los periódicos fueran precisamente más pequeños.

—Joder, Daniel, se parece a mi chaval cuando tenía esa edad — murmuró Agersund al tiempo que le clavaba en el hombro un dedo áspero y rechoncho, como si pretendiera hacer personalmente responsable de ello a su subordinado—. Ocúpate de esto; quiero una reunión para que me pongáis al tanto a las veinte cero cero.

Y, tras decir estas palabras, le endosó a Trokic su taza a modo de despedida y se alejó por el campo a largas zancadas que la nieve estorbaba.

El comisario titubeó un instante y después regresó a la escena del crimen. Los peritos de la científica ya habían retirado casi toda la nieve y la habían depositado en un enorme recipiente verde, de modo que el niño estaba prácticamente al descubierto. Derretirían la nieve y la analizarían en el laboratorio. Los cabellos castaños, casi rojos, del chiquillo enmarcaban su carita rígida. Tenía una marca morada de rotulador que le bajaba por la mejilla, y sus labios entreabiertos, como si continuara bostezando después de la última bocanada de aliento vital, descubrían un irregular conjunto de dientes de leche y otros a medio salir. Trokic constató aliviado que alguien le había cerrado los ojos, que a su llegada contemplaban el cielo con expresión vacía. Después pasó a estudiar el sedal del cuello. Se había hundido en la blanca piel del pequeño por varios puntos dejando marcas rojas. Habían apretado con fuerza. ¿Rabia?

El forense se colocó junto a él. Tenía el pelo cano metido debajo de la capucha y sólo se le veía una mínima parte del rostro.

—¿Lo han matado aquí? —se interesó el comisario.

—Psssí —contestó Bach con cara de no tenerlas todas consigo—. Yo diría que lo han echado al agua cerca del pueblo y la corriente lo ha arrastrado hasta que lo han detenido las ramas. No creo que haya sido muy lejos. El abrigo que lleva no es impermeable, por lo que he podido apreciar, y si hubiese absorbido mucha agua se habría ido hacia el fondo.

Hizo un gesto en dirección a la nieve.

—Tenemos que ponerlo a cubierto. Aquí las condiciones son pésimas. He intentado localizar pequeñas hemorragias en forma de puntitos en la piel de los párpados, por el rostro, en la mucosa de la boca y en los ojos, pero, sinceramente, me cuesta verlo con esta luz. Además, me ha parecido que tiene marcas de arañazos en el cuello.

Trokic asintió y recorrió los cinco pasos que le separaban del niño. Una vez más percibió aquel espantoso olor que el frío no llegaba a enmascarar. El pequeño tenía terribles quemaduras, enormes heridas entre rojas y amarillas que le cubrían la parte superior de las manos y los dedos como pequeños abscesos. Era como si se hubiera quemado al tratar de coger algo. El comisario se vio asaltado por un ejército de recuerdos de un país en guerra. El humo denso y asfixiante. Los edificios en llamas y los gritos, el calor y el fuego devorándolo todo con su definitiva fuerza destructora.

El niño había luchado contra el fuego. Había sido una de las últimas cosas que había hecho en su vida. Pero ¿dónde? Campos y árboles yacían sepultados bajo un gigantesco manto blanco de algodón y no se veía nada en kilómetros a la redonda.

2

Daniel Trokic lanzó su cazadora empapada hacia el perchero, puso de un manotazo a Rammstein en la minicadena que había sobre el escritorio y se dejó caer en la silla. Al instante empezaron a retumbar por el despacho Morgenstern y sus tristes *riffs* y, como de costumbre, aquella música densa como el cemento generó una especie de orden en su interior.

No hacía ni dos días que había regresado de pasar las navidades en Croacia y, a su manera, se alegraba de estar de vuelta en casa, en Dinamarca. O al menos en su ciudad, por más fea que estuviera en esa época del año con sus calles repletas de nieve parduzca y gris, sus autobuses sucios y sus chillonas gaviotas hambrientas a la caza de un trozo de *pizza*. Århus en enero no dejaba de tener sus encantos, y haber dejado atrás la Navidad y el Año Nuevo era uno de ellos. Ya sólo faltaba que retiraran las guirnaldas de la calle principal y se llevaran el árbol de la plaza del Ayuntamiento para que la normalidad quedara restablecida casi por completo y los niveles de estrés de la cara de la gente volvieran a sus cotas habituales. Trokic llevaba en la ciudad la práctica totalidad de sus casi cuarenta años y la conocía mejor que cualquier otro lugar del mundo. Y la prefería con su aspecto corriente. Al otro lado de la ventana, el tráfico vespertino avanzaba a paso de tortuga. Había tenido suerte en el camino de vuelta, porque varias de las arterias principales continuaban cortadas a causa de un accidente y de la nieve que aún quedaba por retirar.

Agersund le había dejado una nota sobre la mesa: «Léelo antes de la reunión». Bajo la nota había un montón de papeles, el primero de ellos

acerca de un concurso de bolitas de chocolate rellenas. No parecía muy probable que formara parte de la lectura, pero a alguien debía de parecerle importante.

Al apartar la hoja encontró el informe de los primeros efectivos que habían llegado al lugar de los hechos, los informes de la búsqueda redactados por el agente local en un lenguaje lacónico y formal y los primeros interrogatorios. En un punto indicaba que Lukas Mørk tenía ocho años. Ocho y medio, decía en otro. ¿Se seguían contando los meses a esa edad? Medía cerca de un metro y treinta centímetros. Sostuvo entre sus dedos la fotografía de un niño risueño de cabellos castaños y ojos de color verde claro. Tenía la nariz fina y salpicada de pecas. La expresión era irónica y algo burlona. Una foto del colegio, según se leía al dorso. Se entretuvo en contemplarla un segundo más de la cuenta. Al ver aquella sonrisa que desde los labios se contagiaba hasta los ojos del niño percibió el instante de alegría que había vivido. Colgó la imagen en su pizarra con un imán. Los peritos aún no habían terminado su trabajo en la escena del crimen y también le faltaba el informe del levantamiento del cadáver que tenía que hacerle llegar Bach. Lo más probable era que la autopsia quedara aplazada hasta el día siguiente; eso esperaba.

Los cerca de veinte agentes del Departamento A de la Jefatura de Policía de Århus que se habían congregado en la sala de reuniones esperaban en silencio a que Agersund localizara un rotulador que no estuviera seco, pero tras la superficie de todos aquellos rostros crepitaba una llama, una mezcla de rabia y energía.

—Bueno, pues a tomar por culo —murmuró el jefe dejando lo del rotulador por imposible—. Formaremos los grupos habituales y ni que decir tiene que se suprimen las noches y los fines de semana. Tal y como están las cosas ahora mismo, no debe de haber un solo padre ni una madre en todo Mårslet, ni seguramente en el resto de Århus, que respire tranquilo.

Observó a aquel grupo variopinto y se rascó la nariz. Rondaba ya los sesenta años, llevaba tres divorciado y tenía dos hijos adolescentes. Su guardarropa había conocido tiempos mejores antes del divorcio y por lo

visto aquel día se había quedado sin prendas que conjuntaran. El polo de color cardenillo que llevaba estaba curiosamente deformado y tenía toda la pinta de, en el mejor de los casos, haberse secado encima de un radiador.

—Daniel Trokic queda a cargo de la investigación —prosiguió—. Por eso hay que presentarle copia de todos los informes todos los días. Trokic, ¿quieres hacer el favor de recordarnos lo que se sabe hasta ahora?

El interesado bajó de la mesa de un saltito y se colocó al lado de su superior. Intercambió una mirada con la inspectora Lisa Kornelius y la saludó con un cabeceo. Tenía planes para ella que no iban a gustarle. Ni un poquito.

—Lukas Mørk desapareció ayer por la tarde cuando volvía a casa después de unas actividades extraescolares. Iba a segundo curso y todos los días, después del colegio, se quedaba en la ludoteca del edificio de al lado hasta cerca de las tres y media, hora en que uno de los educadores solía avisarle de que podía irse a casa, un recorrido de aproximadamente un cuarto de hora a su paso. Según su madre, por lo general iba a casa directamente, aunque alguna vez se entretenía y llegaba algo más tarde. Por eso no empezó a preocuparse seriamente hasta las cuatro y media. A esa hora llamó a la ludoteca, donde le dijeron que ya lo habían mandado para casa.

Trokic colgó en la pizarra una ampliación de un plano de Mårslet y la pegó con un trozo de cinta adhesiva. A su espalda oyó que alguien abría una lata de refresco. El chasquido metálico quedó reemplazado por el sonido de una garganta que tragaba y un eructo disimulado.

—Esta línea verde indica el itinerario que solía seguir. Ya veis que no es muy largo. Al salir del colegio pasaba por delante de la iglesia, continuaba por Tandervej y después torcía hacia esta zona de casas, donde vivía.

Lo señaló en el plano.

—Según el personal de la ludoteca, ayer el niño se fue solo. Sabemos que al menos llegó hasta la iglesia porque esta tarde algunos de vosotros habéis hablado con tres padres que lo vieron al ir a recoger a sus hijos, pero después no tenemos mucho más. Su madre nos ha contado que salió a buscarlo y que el padre también recorrió la zona en coche y fue preguntando cuando volvió del trabajo a eso de las cinco y media. La madre

dice que pensó que quizá había cruzado la carretera para ir a la cooperativa a comprar golosinas. Al parecer llevaba en el bolsillo veinte coronas que le había dado su abuela el día antes. Por lo visto ya había ocurrido antes, pero en su opinión eso sólo habría supuesto un pequeño retraso. Fue uno de los primeros lugares donde buscó, pero ninguna de las cajas recordaba haberlo visto. Sin embargo, podría deberse al trajín que había a esa hora.

—¿No tienen cámaras de seguridad? —preguntó una agente joven llamada Anne Marie mientras se pasaba los cabellos rojos por detrás de la oreja.

—Sí, y ya he puesto a alguien a conseguir el material —contestó Trokic. Ella frunció el ceño.

—¿Y Lukas? ¿No tenía un teléfono móvil?

—Según sus padres, no.

—¿Cómo coño se puede vivir sin móvil? —murmuró un agente joven que estaba en la última fila.

—¿Teniendo sólo ocho años, tal vez? —sugirió otro.

—Pero, sinceramente —insistió Anne Marie—, si fue en uno de los momentos de más ajetreo del día, alguien tuvo que verle.

—Es que no sabemos hasta dónde llegó antes de encontrarse con el asesino —apuntó Trokic.

Después continuó con su exposición.

—Ayer a las ocho de la tarde los padres llamaron por primera vez al policía local, David Olesen, que consideró que la situación era grave por la edad del niño, porque ya había oscurecido, porque había empezado a nevar con mucha intensidad y porque se trataba de un comportamiento nada habitual en el pequeño. Formó una patrulla compuesta por varios vecinos y algunos voluntarios más que peinaron Mårslet sin éxito.

»Al cabo de un par de horas, Olesen llamó a Århus para pedir refuerzos y el mayor número de perros posible. Así fue como reunieron un equipo mucho mayor integrado por agentes y todos los voluntarios que pudieron encontrar. Uno de los perros siguió un rastro que iba desde la ludoteca hasta Hørretvej, es decir, nada más pasar la iglesia, pero ahí perdió la pista.

Hizo una pequeña pausa para contemplar a sus compañeros. Sus rostros parecían cubiertos por un manto de exasperación. Lo que les estaba

contando era la mayor de las injusticias y, en muchos casos, el motor que había impulsado a muchos de ellos a ingresar en la policía. Por una vez no se oirían protestas por tener que trabajar horas extra.

—Luego dividieron la zona en varias áreas y las rastrearon con los perros. Ha aparecido hoy hacia las quince cuarenta a las afueras de Mårslet, enredado en unas ramas en el cauce del Giber.

—A lo mejor los perros perdieron la pista porque había demasiada nieve —propuso una agente rubia cuyo nombre había olvidado.

—Kashmir lo encuentra todo por mucha nieve que haya —replicó a grandes voces el viejo guía que había seguido el rastro con el animal—. Se lo llevaron de Hørretvej en un coche, no hay otra explicación.

—Pero, joder, mirarían en el arroyo, digo yo. Es el primer sitio donde se te ocurre buscar a un niño —apuntó el compañero de Trokic, el inspector Jasper Taurup, agitando un bolígrafo sobre la mesa.

—Sí, claro —contestó el comisario—. Pero ha aparecido a cierta distancia de Mårslet, y ellos se centraron en la parte del arroyo que atraviesa el pueblo y en diversos escondrijos dentro de sus límites. Además, seguimos tratando de encontrar la escena del crimen. Suponemos que le mataron en otro sitio y después echaron el cuerpo al agua. ¿Más preguntas?

—Sí. ¿Cuántos años le caerían al que encuentre al cabrón que ha hecho esto si le mete una bala entre ceja y ceja sin querer? —preguntó Anne Marie.

—Vamos a tener cuidado para que este ambiente prelinchamiento no acabe extendiéndose demasiado —intervino Agersund, que estaba muy pálido—. Todos estamos afectados, sobre todo los que tenéis hijos de esa edad, pero hay que mantener la cabeza fría.

—¿Ya le han hecho la autopsia? —se interesó Lisa Kornelius, que con esa pregunta se acercaba sin saberlo al plan que había urdido el comisario.

—No, creo que será mañana a primera hora —contestó él—. Esperamos que arroje alguna luz sobre el asunto, claro, pero al haber estado sumergido se habrán perdido casi todas las pruebas.

—¿Hay algo que indique un móvil sexual? —preguntó Lisa.

—No sabremos nada hasta que no se haga la autopsia. Lo que puedo decir es que parece que el cuerpo está parcialmente quemado. Torben Bach

creo que pudo estar cerca de algún incendio. Mañana intentaremos dar con la escena del crimen. Nos faltan varias cosas, entre ellas su cartera del colegio, de modo que tenéis que estar atentos si encontráis algún sitio donde haya habido fuego y preguntad si alguien sabe de algún incendio por la zona. Lo más probable es que no se lo llevaran muy lejos de Mårslet.

—Como ya he dicho, vamos a trabajar con los grupos de siempre —intervino Agersund, volviendo a asumir la voz cantante—. El superintendente ha prometido que si no conseguimos resultados con rapidez, los demás departamentos dejarán lo que tengan entre manos para venir a ayudar. Por cierto, he convocado una rueda de prensa a las once de la mañana para hacer públicos los detalles de la desaparición del niño. Aún queda alguna esperanza de que encontremos testigos que se fijaran en él cuando salió del colegio, aparte de los padres con los que ya hemos hablado.

Una sonrisa cansada se insinuó en sus finos labios.

—Bueno, supongo que ya estaréis muertos de hambre. Hay *smørrebrød*^[1] en la mesa del rincón. Nos vemos aquí mañana a las dos de la tarde.

En ese mismo momento la puerta se abrió dando paso a Kurt Tønnies — el jefe de la científica —, un hombre que se acercaba a la edad de jubilación. Quienes ya se habían levantado para poner rumbo hacia la comida, volvieron a tomar asiento y observaron al recién llegado con curiosidad.

—Al ver que no aparecáis, creí que estaríais atascados en la nieve —comentó Agersund con una ceja levantada—. ¿Alguna novedad?

Tønnies agitó en el aire una bolsa verde con publicidad.

—La verdad es que no. Se nos ha hecho un poco tarde en el arroyo, pero al volver he ido a hacer una visita a los propietarios de varias tiendas y he conseguido el material de tres cámaras de seguridad. Puede que alguna de ellas grabara a Lukas cuando salió del colegio, así que... hay sesión golfa para los interesados.

—No vale la pena —murmuró a lo lejos el guía canino—. Kashmir le perdió en Hørretvej. Alguien se lo llevó en un coche.

—Vamos a comprobarlo de todas formas —insistió Trokic con amabilidad.

Mientras los demás daban cuenta de la comida con entusiasmo variable, Lisa Kornelius permanecía en su silla con los ojos clavados en el plano y la fotografía de Lukas.

—¿Por qué precisamente él?

Trokic estaba recogiendo sus papeles. Al contrario que sus compañeros, había decidido saltarse aquella improvisada cena de última hora. En algún rincón de su subconsciente seguía habiendo un desagradable olor que le cerraba el estómago.

—Puede que ésa sea la pregunta más relevante de la noche —contestó—. Vas a tener el honor de acompañarme mañana a la autopsia y ayudarme a averiguarlo.

3

Lisa Kornelius apartó un gigantesco pegote de mayonesa y terminó de comerse un trozo de pan con huevo y gambas.

—Puf, qué asco; menudo pringue —murmuró con repugnancia.

Luego se levantó y siguió al comisario hasta su despacho, al final del pasillo. Jasper Taurup y ella se habían ofrecido a revisar las cintas de vídeo, lo que significaba despedirse de buena parte de sus horas de sueño.

La música alemana —Rammstein— que Trokic escuchaba casi siempre seguía sonando como un suave gruñido y Lisa se estremeció al oír sus rudas notas. Por más que se esforzara, no alcanzaba a comprender qué le aportaba a su jefe aquel sonido.

A pesar del desagradable descubrimiento del día, no se apreciaba ningún cambio en los ojos de color azul oscuro del comisario. Le dejó dos hojas sobre la mesa.

—Son unas listas de delincuentes sexuales que me ha pedido Agersund.

Trokic tomó asiento y, para alivio de la inspectora, apagó los agoreros ritmos que salían de la minicadena y llenó una taza de café. A pesar de que acababan de terminar las vacaciones, su escritorio ya era un desbarajuste de papeles, tazas, cajas de discos y bolígrafos. Como si trabajara mejor con cierto caos. Ella sonrió para sus adentros. El desorden la hacía sentirse como en casa.

Llevaba ya casi medio año trabajando a las órdenes de Trokic en el Departamento A y, a pesar de sus tropiezos iniciales, habían acabado por tenerse cierta simpatía. Bien es verdad que ella seguía pensando que en

ciertos aspectos era un auténtico cabezota, además de una calamidad en las relaciones sociales. De hecho, era tan reservado que Lisa aún no sabía mucho más allá de que rozaba la cuarentena y vivía en un adosado con su gato en algún punto del sur de la ciudad. Jamás se llevaba su vida privada al trabajo ni la compartía con sus compañeros y, como consecuencia, siempre era objeto de todo tipo de especulaciones en el departamento. Pero ella estaba más que dispuesta a soportarlo siempre que le permitieran formar parte del Departamento A a tiempo completo, y no le cabía la menor duda de que eso se lo debía a Daniel Trokic. Lisa tenía un pasado en la policía de Copenhague, donde por espacio de tres años se había encargado de perseguir delitos informáticos; de uno de sus cometidos, desarticular redes de pedofilia, ya había quedado saturada. Y él lo sabía.

Tampoco cabía la menor duda de que Agersund sentía un inmenso aprecio por Trokic, a pesar de que los arranques de autonomía de éste en muchos casos eran del todo inaceptables dentro de la policía, uno de cuyos valores clave era el trabajo en equipo. Por lo visto tenía un sexto sentido para encontrar patrones en el comportamiento de la gente que hacía de él un hombre excepcionalmente dotado para la investigación.

De modo que con el tiempo, y a pesar de sus diferencias, habían llegado a una especie de estado de mutuo respeto. Además, Lisa se había autoimpuesto la tarea de regar en su ausencia la planta que el comisario tenía en su despacho, una bandera blanca que una administrativa con mirada esperanzada le había regalado por su cumpleaños. Aunque era una planta muy resistente, no llegaba al nivel de estar a prueba de idiotas y sin Lisa habría pasado a mejor vida hacía tiempo.

Trokic echó una ojeada a las dos hojas, se pasó una mano por los cabellos y se aplastó el remolino de la frente. Un gesto familiar. Las vacaciones le habían sentado bien, pensó Lisa. Hacía mucho que no presentaba tan buen aspecto, con algo más de carne en aquel cuerpo suyo tan alto y flaco y el pelo más o menos bien colocado en bonitos mechones; hasta color en la cara traía. Aunque una investigación dura podía dar al traste con todo ello. Sabía que en unos meses cumpliría cuarenta años y dudaba mucho de que fuera a celebrarlo.

—¿Te apetece un café? —le ofreció Trokic.

—No, gracias.

Ocupó la silla que había frente a él y dio unos golpecitos con el dedo en los papeles que acababa de entregarle.

—Agersund dice que podemos husmear un poco. La primera lista tiene máxima prioridad. Viven en un radio de diez kilómetros de Mårslet.

—Pues sí que eres rápida. ¿Cuántos tipos de esos tenemos?

—Cuatro, pero yo creo que a dos podemos excluirlos porque están más que entrados en años. Dudo de que tuvieran fuerza para hacer algo así.

—¿Qué edad tienen?

—Noventa y uno y ochenta y dos.

—Pues sí, yo tampoco los veo capaces —coincidió el comisario con una de esas fugaces sonrisas, tan poco frecuentes en él, que le iluminaban la cara—. Táchalos. Prefiero esperar a que hagan la autopsia antes de ponernos con los demás. Por el momento no tenemos nada que apunte a un móvil sexual. Ya he visto que Taurup y tú habéis ido esta tarde a comunicarles la noticia a los padres y que te has llevado la impresión de que se trata de una familia estructurada y normal, ¿no?

—Sí, nada fuera de lo corriente por ese lado. Parecían muy normales. La madre trabaja treinta horas a la semana como asistente de un dentista de la ciudad, y el padre es empleado de control de abastecimientos en el puerto. También había un hermanito de pocos años.

—Una noticia difícil de dar —comentó Trokic rascándose la barba incipiente del mentón.

—Sí, la más difícil que he dado hasta el momento.

Recordó a aquellos padres deshechos. Aún resonaban en sus oídos los gritos de la madre cuando le hablaron de la aparición de Lukas. La veía arrancar el hule de la mesa de la cocina haciendo que las tazas de café hirviendo y el azucarero salieran por los aires. Echarlos a empujones a ella y a su compañero en un inesperado arranque de energía y darles con la puerta en las narices. Petrificada, Lisa se había quedado allí inmóvil contemplando la casa, a través de cuyos muros se filtraba un desconsolado quejido animal. Al final había salido huyendo con un nudo al rojo vivo en el estómago y una sensación de impotencia que apenas podía soportar.

—Pero lo cierto es que no creo que los haya pillado por sorpresa — prosiguió al fin, levantando la mirada hacia Trokic—. No después del tiempo que llevaba fuera de casa. Han tenido toda la noche para imaginárselo. Aunque de esperanzas también se vive.

—Oye, ¿cuándo es lo de Amsterdam? Tengo que apuntármelo para que no se me olvide que no estás.

A Lisa le dio un vuelco el corazón. Con todo aquel ajetreo tan repentino se le había borrado de la mente que tenía que ir a un curso, un polémico seminario sobre técnicas de perfilado criminal.

—El lunes. Pero ahora ya no podré, ¿no? —insinuó levantando ligerísimamente la voz—. ¡Hay que cancelarlo!

—Eso tienes que hablarlo con Agersund, es de su negociado.

Ella abrió la boca dispuesta a decir algo, pero desistió. Tenía razón, Agersund era el responsable de esa parte del presupuesto.

—Mañana iremos a hacerles una visita a los padres —continuó Trokic—. Mientras tanto hay que averiguar si los de asuntos sociales tienen algo pendiente con la familia y también tenemos que hablar con todos y cada uno de los empleados de la ludoteca. Yo me ocupo del historial médico del niño.

—Oye, pero yo no creo que ellos... si hubieras visto la reacción que han tenido...

—Seguro que tienes razón, pero esa pesadez de estadística nos obliga a cerciorarnos de que podemos excluir a los padres. Lo más probable es que no tengan nada que ver con el caso, pero sólo tenemos su palabra de que Lukas nunca llegó a casa, y la verdad es que de allí al arroyo hay pocos cientos de metros de distancia. Como te he dicho, mañana por la mañana te quiero conmigo en la autopsia. Sé que va a ser desagradable, pero me gustaría contar con un par de ojos más. Te recojo abajo a primera hora. Nada de coche patrulla, en el *Civich*. No puedes decir que no.

Lisa logró ocultar el desagrado que le producía la autopsia y, de paso, no poner los ojos en blanco. Justo antes de Navidad, Trokic se había comprado un Honda Civic. Con caja de cambios *i-shift*. Él, que normalmente no mostraba interés alguno por los coches y se había pasado la vida al volante de caducas cafeteras en las que la pieza más cara solía ser

el equipo de música. Al menos hasta que ese último otoño, en el curso de una investigación, se había visto obligado a trasladar un Honda Civic requisado nuevito. Después de aquello se le empezó a ver hojeando revistas de coches durante el almuerzo y, más tarde con unos tipos que sabían lo suyo acerca de las prestaciones de ese modelo. La compra final tampoco pasó desapercibida. Un buen día, en la reunión matinal, Jasper preguntó si en Croacia los llamaban Honda *Civich*, y desde entonces no tuvo otro nombre para sus compañeros.

—Vaya, gracias —contestó—. Pero ¿me dejas que conduzca yo?

—No, claro que no —dijo él entre risas—. ¿Qué tal Jacob?

—Está muy bien.

Al instante, el dolor del recuerdo de Lukas dejó paso a la imagen del policía rubio de rasgos finos. Su novio desde hacía ya casi medio año.

—Vamos a necesitar ayuda de la brigada móvil y, si nos dejan, por supuesto, prefiero que sea él.

—Por mí, encantada —dijo la inspectora con una sonrisa—. Ahora me voy con Jasper a ver esos vídeos.

4

El frío lo llevaban todos dentro, escondido en forma de pedacitos de alma. Así lo veía Stefan Jørgensen a sus quince años mientras paseaba un trozo de lasaña por el plato y miraba de reojo a sus padres, que ocupaban el otro lado de la mesa en su salón de uno de los barrios residenciales de Mårslet. Desde que había oído la noticia del hallazgo de Lukas esa misma tarde, le había acompañado esa sensación que le atenazaba la zona del estómago. Intentaba decirse a sí mismo que se equivocaba, que ese crimen no guardaba ninguna relación con aquella cosa horrible que él y su amigo Tommy habían hecho, pero le corroía una gran duda. La historia de Lukas había salido en las noticias de la noche, y sus padres la habían seguido con el semblante pétreo. Un periodista con el ceño fruncido y los labios temblorosos había explicado que, por el momento, lo que la policía podía contar era bastante limitado.

Los niños de su calle también habían comentado el asunto durante la guerra de bolas de nieve de esa tarde con un pánico latente que iba en aumento. ¿Quién había matado a Lukas? ¿Volvería a entrar en acción en el mismo pueblo? Había muchas teorías, pero la más extendida parecía ser que se trataba de un «robaniños», algo monstruoso e indefinible a lo que todos los pequeños temían, porque ¿qué aspecto tiene un robaniños? También eran numerosas las propuestas al respecto. La mayoría estaba de acuerdo en que tenía que ser un hombre y, además, viejo. Los más pequeños lo imaginaban con bigote, un mono negro y un montón de pelo asomándole por las orejas.

Aunque Stefan Jørgensen era demasiado mayor para creer esas cosas, no había podido reprimir un escalofrío al oír tan pintorescas descripciones y la incipiente histeria colectiva acabó haciendo mella en él. Pero no era ésa la razón de que le doliera el estómago.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó su madre mientras se restregaba unos ojos cansados en medio de un rostro anémico. La enfermera que después de cada guardia de día o de noche parecía más exhausta y no dejaba de quejarse de la distribución de los recursos y las condiciones de trabajo en el hospital de Skejby. O El Radar, como él solía llamarla, porque a pesar del estrés y del agotamiento nunca se le escapaba si algo iba mal. Registraba cualquier cambio de humor en su hijo por mínimo que fuera, como si ella misma fuese uno de esos extraños aparatos que había en su trabajo. Alargó el brazo por encima de la mesa, le apartó de los ojos un mechón rubio y le miró de hito en hito. Le inspeccionó. Él trató de evitar su mirada. Sabía que al menor contacto visual, su madre sería capaz de atravesarle las pupilas, el nervio óptico y el cerebro hasta llegarle a las entrañas. Y allí encontraría el invierno. Sintió que las blancas paredes de la cocina estaban cada vez más cerca, como si en cualquier momento pudieran desplomarse y asfixiarle. Lo que quería era encerrarse en su cuarto y tumbarse en la cama a solas con sus pensamientos.

—Es por los problemas de matemáticas que tengo que entregar mañana —mintió—. Son muy difíciles.

Se metió en la boca un tomate *cherry* y lo aplastó contra el paladar con la lengua. Era ácido y dulce al mismo tiempo, y sabía un poco a verano.

—Ya verás como, una vez que te pongas, no es tan terrible —aseguró ella—. Y siempre puedes pedir ayuda si te quedas atascado. Seguro que papá te echa una mano.

—Claro —murmuró el padre, sin levantar la vista del plato.

Stefan asintió. Sentía la mentira como una enorme larva que le llenaba el estómago. Si de veras hubiera tenido que entregar unos problemas de matemáticas, su padre no habría sido de gran ayuda. Ya después del tercer curso, los ejercicios se le habían puesto demasiado cuesta arriba, hecho que ambos compartían en calidad de un secreto.

Acabó con el último trozo de lasaña que quedaba en el plato azul, cogió una última tira de pepino para cubrir las apariencias, dijo que estaba todo muy rico y se levantó de la mesa. Durante todo el trayecto desde la cocina hasta su habitación, sintió los ojos de su madre clavados en la espalda como dos puntiagudas jeringuillas.

¿Le meterían en la cárcel si decía lo que sabía?, se preguntó al dejarse caer sobre la cama. Lo que Tommy y él habían hecho aquel día solitario del otoño pasado en el campo de fútbol era espantoso, sí, hasta perverso; ahora se daba cuenta. Se habían azuzado el uno al otro y habían llegado mucho más lejos de lo que pensaban. Aunque aquel día, su amigo parecía mucho menos afectado por el episodio que él, hasta Tommy palideció un poco la única vez que lo recordaron. Por las noches, al cerrar los ojos, Stefan seguía viendo el revoltillo de hojas caídas y setas despedazadas, oliendo la tierra empapada de lluvia y oyendo los gritos de la niña. Aquella voz aguda y estridente.

Pero ellos no eran los únicos. Eso había descubierto. En otro rincón del pueblo había quien ocultaba secretos como el suyo. Secretos peores. Sin embargo, decirlo en voz alta implicaba tener que contarle a alguien lo que él había hecho, y antes de sacarlo a la luz necesitaba estar más seguro de que había una relación. Y ¿la había? ¿Cómo asegurarse?

Stefan tenía una buena vida si se comparaba con otros chicos de su edad. Incluso en la escala de Mårslet. Dos años antes, tras su confirmación, le habían cedido el dormitorio más grande de la casa para que tuviera sitio para poner una mesa y su Dell portátil. Su madre era de la opinión de que un adolescente necesita su propio espacio; le ayudó con la decoración y le consiguió un estupendo póster de Eragon y el pequeño televisor que colgaba del techo. Le trataban bien, era consciente. Sus padres jamás le habían pegado y le hablaban con respeto. El único problema era que no estaban allí. Incluso cuando se encontraban a su alcance físicamente y se mostraban preocupados, era como si su mente estuviera en otro sitio. ¿Qué dirían si supieran lo que había hecho? Sólo de pensarlo se le encogía el estómago.

Y la prueba, lo que había hecho, estaba en circulación. Vivía su propia vida en algún lugar, como un mudo fragmento digital de la maldad. Sólo era

cuestión de tiempo que volviera al pueblo y alguien lo dijera en voz alta.

5

La noche se cernía sobre el pequeño adosado rojo como un pesado manto negro. El comisario Daniel Trokic vivía allí desde su regreso de una larga estancia en Croacia doce años atrás y no concebía su vida en ningún otro lugar. Estaba en Højbjerg, al sur de Århus, a tan sólo siete minutos en coche del centro y la jefatura. Había tenido una suerte increíble con el precio y, aunque sólo disponía de cerca de setenta metros cuadrados y un dormitorio, ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de mudarse. Le agradaba aquel lugar que, por su situación, aspiraba más a cortejar a la ciudad que a formar parte de ella, un rincón al que retirarse, un sitio cuyas paredes ya habían sido testigos de una buena parte de su historia.

En el suelo de la cocina había un plato y un trozo de plástico. Su contenido original habían sido dos exquisitos chorizos, pero al parecer había olvidado guardarlos en el frigorífico la noche anterior.

—¿Y esto? —le preguntó al gato, señalando hacia el plato vacío que había en el suelo.

Pjuske, subido a la encimera, estaba enfrascado en la tarea de limpiar su largo pelaje blanco y negro. Al oír su voz se detuvo, bajó de la encimera de un salto y se dirigió al salón. Conociendo aquel bicho como lo conocía, lo más seguro era que se hiciera con el sillón favorito de Trokic y se echara a dormir. Él quedaría, como de costumbre, relegado al sofá. Al gato no le hacían ninguna gracia el invierno y demás perturbaciones atmosféricas, de modo que en tales circunstancias pasaba la mayor parte del tiempo en casa. A veces, sin embargo, el comisario lo sacaba a empujones por la puerta de

la terraza. En esas ocasiones, el animal se sentaba a regañadientes sobre las baldosas, husmeaba unos minutos y después echaba a andar con parsimonia hacia la puerta de atrás para volver a conquistar el acceso a la casa a través de la gatera.

Recogió el plato del suelo con un suspiro. Su apetito era casi inexistente, de manera que la pérdida del chorizo era molesta, pero llevadera. Para consolarse abrió una botella de vodka Zubrówka que tenía por allí —regalo de un recién liberado narco de origen polaco que entre rejas había visto la luz de la razón—, se sirvió la tercera parte de un vaso y lo rebajó con zumo de manzana de la nevera.

Al abrir la puerta, lo había hecho con la esperanza de que lo que él consideraba la normalidad volviera a ocupar el lugar que le correspondía en su cabeza. Independientemente de que decidiera seguir trabajando en algún caso en sus horas libres o no, lo importante era que lo hacía de manera voluntaria y no acostumbraba a llevarse el trabajo a casa mentalmente. La razón era, sin duda, una especie de costra natural que había desarrollado en sus muchos años en la policía y en la época de Croacia. Algo así como un filtro.

Había, sin embargo, ciertas excepciones —si bien se las podía calificar de meramente anecdóticas— y, de pronto, descubrió que tenía las imágenes del lugar de los hechos grabadas en la retina y el subconsciente trabajando a toda máquina. ¿De qué pasta estaba hecha la persona que tan despiadadamente le había arrancado la vida a Lukas? ¿Qué hacía falta exactamente para pasar el sedal alrededor del cuello de un pequeño y apretar hasta matarlo? ¿Una rabia impotente? ¿Una excepcional sangre fría? Y ¿cómo encajaba todo aquello con el ardor de esas llamas que habían marcado a Lukas con tanta claridad?

Saboreó el vodka. Ni demasiado fuerte ni demasiado flojo, aunque le faltaba frío. Era un vodka de bisonte polaco que tomaba su sabor y su color de una brizna de hierba que introducían en la botella. Esa hierba crecía en el bosque de Biaowiea, al noreste de Polonia y en Bielorrusia, supuestamente sólo en el punto exacto donde había cagado un bisonte. Tenía un regusto a vainilla y, en sus años mozos en Croacia, Trokic, su hermano y su primo le

habían dado lo suyo a ese vodka mezclado con zumo de manzana, lo que llamaban *szarlotka*. Ahora, sin embargo, no era fácil sacarle del vino tinto.

El comisario se llevó al salón el vaso, la botella y una pila de informes que ya había leído. Tenía intención de revisarlos, pero de repente descubrió que su mente había decidido seguir sus propios derroteros. Recostado, estudió los pequeños y coloridos paisajes que había en las paredes gris verdosas mientras dejaba que el vodka hiciera efecto. Su casa carecía de decoración; al contrario, estaba repleta de libros viejos que jamás había leído, varios muebles del montón, cada uno de su padre y de su madre, y cierto exceso de instalaciones eléctricas. Y luego estaban aquellos cuadritos que había pintado su prima Sinka.

Sus pensamientos fueron serpenteando imperceptiblemente hasta su última visita a Croacia. Un importante asunto familiar requería que tomara una decisión, se trataba de la desaparición de su prima Sinka. Había nueva información que sopesar. Pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso. Tendría que esperar.

En vista de que no lograba encontrar sosiego, encendió el televisor por primera vez en mucho tiempo y puso un DVD de un concierto de Rammstein en Nimes. El equipo de música le había costado una fortuna, por no hablar de los auriculares inalámbricos que utilizaba para no molestar a los vecinos, pero el televisor estaba cada día más caduco y ya casi parecía una pieza de museo. Mando a distancia no tenía desde que una mujer, de cuyo nombre ya no se acordaba, le había tirado una cerveza por encima. Afortunadamente, los auriculares funcionaban también con la tele y pudo hundirse en el sofá y dejar que su cerebro se recuperara mientras el grupo alemán iba sembrando de notas pesadas como un camión con remolque un escenario lleno de llamaradas, humo, orgías lumínicas, fuegos artificiales y uñas negras.

Despertó en el sofá al oír el timbre del teléfono. Se incorporó, se quitó los auriculares, buscó a tientas el móvil y se lanzó a la conversación.

—Soy Jasper —se presentó una voz monótona al otro lado—. ¿Te molesta que llame tan tarde?

—Depende de por qué llames —contestó Trokic.

—Lisa y yo ya hemos visto los vídeos de todas las tiendas.

El comisario consultó el reloj. Era la una y media y sentía unas leves náuseas. El vodka con el estómago vacío.

—¿Qué habéis encontrado?

—Teníamos que llamar para contártelo. Estamos casi seguros. Aún hay que ampliar la imagen y hacerla más nítida, Lisa piensa encargarse mañana, pero parece Lukas con esa cartera que dicen que llevaba. Por lo que recuerdo, tenía una mariquita gigante por detrás. Se le ve justo cuando pasa por delante del escaparate de la panadería.

Trokic se había espabilado de golpe. Automáticamente echó mano de los cigarrillos que había dejado en la mesa y agitó un encendedor para resucitarlo. Tras una honda calada preguntó:

—¿Va con alguien?

—No, la verdad es que no. Pero hay una persona al otro lado de la calle.

—¿Un hombre?

—No podría asegurarlo al cien por cien, pero yo creo que sí. A mí me parece que está quieto. Como si observase a Lukas. Y esperase.

Sábado

6 de Enero

6

Sidsel se dio un coscorrón al tratar de despertar de aquel sueño y encontrarse con el cabecero de la cama. Fuera, todo seguía en penumbra y, sin necesidad de consultar el reloj que había dejado en la mesilla, adivinó que serían cerca de las siete y media de la mañana. Permaneció unos instantes observando el techo estucado mientras trataba de no pensar en la pesadilla. Al principio había soñado que estaba buceando en una cueva de Noruega y se le rompía el traje, es decir: hipotermia y una muerte segura en muy poco tiempo. Después, que sonaba un despertador. Largos pitidos a intervalos de cinco segundos. Con furia. Con insistencia. Y con tanto realismo que había seguido oyéndolos mucho después de despertarse. Se humedeció los labios, reseco y agrietados tras la larga noche, y descubrió que tenía el corazón desbocado. Trató de respirar hondo, como había aprendido, hasta el fondo de los pulmones.

Se sentó y echó un vistazo por la ventana con las manos en los pechos algo fríos y el edredón subido hasta la barbilla. En todos los años que llevaba buceando había tenido muy pocas pesadillas con el agua, aunque a menudo aparecía en sus sueños con los pretextos más ingeniosos. Quizá fuera a causa del arroyo. Y de la enorme tragedia. Había vistas al Giber desde varias ventanas de la casa. A la incipiente luz del día contempló los árboles torcidos que crecían en grupitos, como guardianes, a lo largo del arroyo; aún se veía la cinta roja y blanca de la policía. Nada más llegar el día anterior, intuyó que algo iba mal. El pueblo de su infancia parecía petrificado, atenazado por el temor. La gente hablaba en corrillos en medio

del frío de las calles con el miedo pintado en la cara. Nada más llegar a la casa vio a los agentes de paisano y les preguntó de qué se trataba. La espantosa historia del chiquillo le contrajo el estómago en un nudo duro que no la abandonó en toda la jornada. ¿Era acaso un malvado capricho del destino que un chiquillo apareciera asesinado en el agua, su elemento, el mismo día de su regreso al pueblo? Lukas, se llamaba. Eso había dicho uno de los policías. No habían podido darle un apellido y ahora se preguntaba si conocería a los padres.

Obligó a sus piernas entumecidas a salir de la cama, las observó unos instantes, comprobó que estaban pidiendo a gritos que les pasara la cuchilla y se levantó de un salto. Tras echarle un vistazo al revoltijo de ropa que había por el suelo de madera marrón, escogió un chándal Nike y bajó a la cocina. La casa era de unos viejos amigos, Mette y Søren. Estaban buscando a alguien que se la cuidara mientras ellos recorrían Nueva Zelanda en un coche de alquiler, y Sidsel acudió en su auxilio; así podría ponerse manos a la obra con su tesina sobre arqueología marina con calma y tranquilidad.

Se trataba de una construcción de los años veinte que Søren y Mette habían heredado. Estaba pintada en un tono avellana claro, se llamaba Muspelheim y tenía un bonito alzado y ventanitas de cuarterones. Era una casa grande, sobre todo para su época. Unos trescientos metros cuadrados repartidos en tres pisos. Aún no había visto el sótano, y la mayoría de las habitaciones permanecían cerradas y a oscuras para no perder calor. Sabía que todavía quedaba mucho por arreglar, cosas por renovar. La cocina parecía un trasto capaz de tragar cantidades ingentes de electricidad, la encimera era demasiado baja y estaba llena de arañazos, y el linóleo amarillo verdoso del suelo se había agrietado por varios puntos y se ahuecaba por los bordes. De la cocina se pasaba a tres salas con el suelo de madera sin pintar que comunicaban unas con otras. Aquellas salas de estar constituían la joya de la casa, pues eran luminosas y amplias y tenían unos preciosos techos estucados muy bien conservados. Había una estufa de leña antigua, pero aún no la había encendido.

Pertrechada con una taza de café se dirigió al mirador, que estaba orientado hacia el oeste —el lado opuesto al arroyo— y tenía vistas al

jardín. La víspera, a su llegada, Sidsel había descargado allí todos sus libros para la tesina. Hasta el momento estaban intactos.

Contempló el jardín en penumbra y se incorporó un poco en el asiento. La nieve estaba aplastada, observó. Alguien había entrado. ¿Un corzo? Eso tenía que ser. Ningún otro animal podía apurar la hierba de esa manera. Le sorprendió que los corzos se alejaran tanto del bosque.

Mientras se mecía adelante y atrás en el sillón se preguntó si aquel viaje habría sido un error. Se sentía aislada y frágil y seguía oyendo el eco de aquel extraño timbre, o más bien pitido, que en sus sueños había sido tan real. Sin embargo, aún no había terminado de beberse el café cuando sus negros pensamientos se esfumaron como globos reventados y volvió a sentirse presente. Podía darse un baño. Tenía la sensación de que sus cabellos castaños estaban completamente enmarañados.

En ese momento llamaron a la puerta. En un gesto reflejo miró el reloj y comprobó con asombro que sólo eran las ocho. Sorprendida y cohibida ante la idea de una visita, trató en vano de alisarse aquel pelo imposible y fue a abrir.

Dos agentes de paisano cubiertos de copos de nieve le mostraron su placa desde el umbral. Lo primero que le vino a la cabeza era que había dejado el coche aparcado en dirección contraria, aunque dudaba de que hubieran ido a molestarla por algo tan tonto.

—Policía judicial. Me llamo Jasper Taurup y éste es mi compañero, Morten Lind. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Sí, díganme.

—Habrá observado que ayer hubo bastante actividad junto al arroyo. Hemos encontrado a un niño asesinado.

—Los vi ayer cuando llegué y hablé con uno de sus compañeros. Es espantoso. Pero llegué bastante tarde y sólo estoy aquí de prestado por unas semanas, así que me temo que no voy a poder darles demasiada información.

El policía que llevaba la voz cantante levantó el mentón e inspeccionó el recibidor que se abría tras ella. Incluso olisqueó un poco, como si el aroma de la casa fuera a desvelarle alguno de sus secretos. No parecía

mucho mayor que ella. Algo menos de treinta. Tenía la cara pálida y la piel marcada a causa de un acné de tiempos pasados.

—¿Dónde están los propietarios de la casa?

—En Nueva Zelanda, pasando unas semanas de vacaciones.

—¿Cuánto tiempo llevan allí?

—Desde Navidad.

—¿Quiere decir que la casa ha estado vacía desde entonces? —preguntó él con una sonrisa escéptica superpuesta a una boca muy pequeña.

—Sólo hace un par de semanas —murmuró Sidsel.

Los dos policías intercambiaron una mirada.

—Estamos registrando todas las casas que hay a lo largo de la carretera. ¿Tiene algún inconveniente en que entremos a echar un vistazo? —continuó Jasper mientras se quitaba la nieve de la cara con una mano delgada.

Ella se mordió el labio. Sí que lo tenía porque, si no recordaba mal, había ropa interior sucia en el suelo del cuarto de baño, las sobras de la cena de la víspera seguían desperdigadas por la cocina y había vaciado las maletas directamente en el suelo del dormitorio. Pero ¿importaba eso acaso? Si tenían que entrar, tenían que entrar. Les abrió la puerta de par en par.

—Pasen.

—Le voy a ser sincero —dijo el pálido agente de cabello rubio oscuro mientras se quitaba la nieve de los zapatos en el felpudo—. Aún no hemos encontrado el lugar donde mataron al niño, así que hemos salido a echar un vistazo. Nos gustaría dar con él lo antes posible, a poder ser. ¿Ha estado en el sótano, en el desván o en ese cobertizo de ahí fuera desde que ha llegado?

—No, pero no hay señales de que haya entrado nadie ni...

Se estremeció ante la idea y las escenas del crimen de un sinfín de películas de terror empezaron a desfilar ante sus ojos a toda velocidad. Aunque... uno de los policías de la víspera le había contado que el niño había muerto estrangulado, así que no habría sangre.

—No estamos seguros de que vaya a ser algo muy evidente, tal vez sólo señales de lucha; además, nos falta su cartera del colegio. ¿Ayer no recogió nada que se hubiera caído o estuviera fuera de su sitio?

—No, todo estaba muy ordenado.

—¿Ha visto algún incendio por la zona?

—Tampoco.

—Bien. Pues, si no le importa, voy a dar una vuelta por la casa mientras mi compañero, Morten, espera aquí con usted.

—Sí, sí, por supuesto.

Una vez que hubieron entrado, cerró la puerta.

—¿Les apetece un café?

—No, gracias. Tenemos unas cuantas casas que revisar a lo largo del arroyo, así que no va a poder ser. Voy a empezar por el piso de arriba y luego iré bajando.

Desapareció por la escalera que conducía a la planta de arriba.

Sidsel se sentó en una de las sillas de la cocina y se sirvió un café mientras esperaba mirando de reojo al policía de aspecto taciturno que aún no había dicho una palabra.

—¿Me podría decir cuál era el apellido del niño? —le preguntó al fin—. Aunque no vivo aquí, soy del pueblo y he pensado que a lo mejor conozco a los padres.

—Mørk, Lukas Mørk —respondió Morten Lind.

Sidsel dio un respingo mientras pasaba ante sus ojos la galería de personajes de su infancia.

—¿Era hijo de Karsten Mørk? Creo que sé quiénes son, aunque no los conozco personalmente.

—Sí, era su hijo.

Karsten Mørk le sacaba al menos diez años y sólo le conocía de vista porque era el hermano mayor de un niño que iba a su clase. En su recuerdo era un hombretón grande y fuerte que evitaba mirar a la gente a la cara y no solía abrir la boca.

Oyó los movimientos del otro policía en el desván. El grifo del fregadero goteaba. Escuchó el insistente golpeteo de las gotas de agua contra el acero por espacio de unos minutos y luego se levantó a cerrarlo bien. Por la ventana de la cocina vislumbró a dos personas adultas y a un niño que habían bajado al arroyo a dejar un ramo de flores junto al lugar

donde había aparecido Lukas. Uno de los adultos apoyaba una mano protectora en el hombro del pequeño mientras el otro se arrodillaba a colocar el ramo sobre la nieve. Sidsel sintió un nudo en la garganta.

De regreso en la cocina, el policía que efectuaba el registro abrió la puerta del sótano y, tras unos segundos de ruidos varios, volvió a subir.

—Bonita colección de vinos tienen sus anfitriones —comentó—. Pero, aparte de eso, aquí no hay nada. Vamos a echar un ojo al cobertizo de las herramientas antes de irnos.

Al cabo de tres minutos volvían a estar en la puerta principal.

—Tampoco hay nada fuera de lo normal ahí fuera —anunció Jasper Taurup—. Muchas gracias por su ayuda. Que tenga un buen día.

—No hay de qué.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando el policía añadió:

—Por cierto...

—¿Sí?

—Ha dejado el coche aparcado en sentido contrario.

Le guiñó el ojo.

7

El inspector Jasper Taurup y Morten Lind volvieron a la carretera dando un paseo y pusieron rumbo hacia la siguiente casa, una construcción de ladrillo rojo con el tejado negro de los años cincuenta situada a poco más de setenta metros de distancia.

—Se me ocurren un par de formas en las que podría haberme calentado —comentó Morten mientras se guardaba entre risas la libreta en el bolsillo—. ¿Seguro que no hay que cachearla?

—Cállate, hombre —murmuró Taurup, deseando por enésima vez volver a los tiempos en que su compañero era el comisario Daniel Trokic. O al menos a unos tiempos sin Morten Lind, que no conseguía abrir la boca e hilar una frase que no desvelara su ineptitud social. Por suerte tenía el pico cerrado casi siempre.

—¿Cuántas casas nos quedan? —preguntó Morten.

—Creo que otras tres —contestó Jasper— y terminamos.

Instantes después llamaban a una puerta bien cuidada con una pesada aldaba. El letrero del muro anunciaba que allí vivía Annie Wolters. Tras unos segundos de silencio la puerta se abrió dando paso a una anciana de unos ochenta años que llevaba un vestido marrón con flores amarillas. Tenía el pelo cano con reflejos azulados y unos ojos algo lacrimosos que los observaron por encima de unas gafas verdes de gruesos cristales. Al esbozar una leve sonrisa, sus finos labios dejaron entrever una hilera de dientes

postizos muy regulares. A Jasper le hizo pensar en su abuela, que gozaba de perfecta salud y tenía tiranizada al resto de la familia. Se entretuvo un momento preguntándose cómo harían todas las mujeres de esa generación para tener aquel tono exacto de gris. Luego le explicó qué les llevaba por allí más o menos con las mismas palabras con que se lo había expuesto a su vecina.

—Ay, sí, es algo terrible —dijo ella estremeciéndose con la misma expresión asustada que compartía todo el pueblo.

—Un caso muy desagradable, tiene usted razón, señora Wolters —convino Jasper—. Estamos buscando gente que pueda contarnos algo. Es posible que alguien tenga información sin ser consciente de ello. ¿Ha salido usted de casa estos últimos días? Nos interesa especialmente la tarde de antes de ayer.

Echó un vistazo por encima del hombro de la anciana y escaneó un coqueto recibidor con una alfombra de color azul real y un pequeño secreter de madera oscuro. De un perchero colgaban un abrigo de lana, un largo paraguas rojo y un bastón. El olor que salía de la casa era también el mismo que desprendía la casa de su abuela, un suave aroma a jabón mezclado con café y bollos recién hechos.

—Antes de ayer estuve en casa todo el día, y ayer, ya que me lo pregunta. Aquí sólo vivimos mi gato y yo. Pero ¿no quieren pasar a tomar un café con pastas?

—No, pero se lo agradecemos. Si no ha salido de casa, no hay razón para hacer un registro, y andamos algo apurados. ¿Qué me dice del cobertizo? ¿Está cerrado con llave?

—Sí, está cerrado, pero pueden ir a verlo. Mi hijo acaba de cambiarle el candado. Aquí tengo la llave.

Abrió un cajón del secreter y sacó una llavecita.

—Voy yo a mirar —dijo Morten tras hacerse con ella.

Cuando su compañero ya había doblado la esquina, Jasper preguntó:

—¿Conocía usted a Lukas?

El semblante de Annie Wolters se tornó cauteloso y la anciana, inquieta, empezó a jugar con la cadenita de oro que rodeaba su arrugado cuello.

—Sí, claro, sabía quién era. Su padre es Karsten Mørk, que tiene la misma edad que mi hijo. Además, sigo dando clases de música y enseñando a tocar el piano y Lukas estuvo viniendo la primavera pasada, aunque al final perdió el interés. Les ocurre a muchos hoy en día. Las notas las entendía, pero para él los compases no tenían ni pies ni cabeza. Parecían interesarle mucho más los insectos, así que al menos en algo se ocupaba. Eso sí, era un niño muy simpático.

Morten volvió e hizo un gesto negativo.

—Nada en el cobertizo.

Le devolvió la llave.

—Entonces, ¿no le había visto por aquí últimamente? —quiso saber Jasper.

Se produjo una breve pausa. Morten Lind tenía una expresión ausente en la mirada y daba golpecitos de impaciencia con el pie. De entre sus dientes se escapó un débil suspiro.

—No, no que yo recuerde —contestó la señora Wolters.

Se colocó mejor las gruesas gafas y clavó la mirada en un punto a los pies de Jasper. Por espacio de una décima de segundo, el inspector percibió su inseguridad y estuvo convencido de que aquella mujer mentía, pero después desechó la idea. Se trataba de una octogenaria con cierto sobrepeso que caminaba con bastón, no se podía ser tan paranoico.

—Lo cierto es que después de la última clase no volví a verle y, como ya le he dicho, hace ya algún tiempo de eso —añadió la anciana.

—Si le viene a la cabeza lo que sea, cualquier cosa que pueda tener algún interés para el caso, no deje de llamarnos, señora Wolters. Se trata de algo muy grave.

Cuando le entregó su tarjeta, ella la estrujó en la mano sin mirarla, como si acabaran de darle un billete hacia la salvación en el autobús que habría de alejarla del demente que andaba haciendo de las suyas en el pueblo.

—Naturalmente. Espero de todo corazón que no tarden en atrapar al culpable. Para los que vivimos tan cerca, esta sensación de inseguridad es espantosa. Bueno, para todo el pueblo, claro.

Los policías se despidieron y continuaron con su tarea. Al poner rumbo hacia la siguiente casa, Jasper pensó que sólo había un lugar donde le

apeteciera menos estar. El lugar donde en esos momentos se encontraba el comisario Daniel Trokic.

8

El comisario Daniel Trokic entró en el Instituto de Medicina Forense a las ocho y media en punto y saludó a los presentes. Había dormido mal tras varias horas en vela dándole vueltas al asunto del vídeo. Lisa Kornelius se encargaría de analizar las imágenes y tratarlas, pero primero estaba la autopsia.

Su relación con aquel lugar era difícil. Se trataba fundamentalmente de un problema de olores. Aquel tufo dulzón le activaba la memoria y le hacía revivir las imágenes de la guerra. Sin embargo, una vez en la sala de autopsias se dio cuenta de que aquel día no había pensado en su aversión hacia el instituto una sola vez. Los padres de Lukas habían identificado al pequeño a última hora de la noche anterior y Trokic se alegraba de que no tuvieran que presenciar lo que venía a continuación.

Por parte de la jefatura se encontraban allí la inspectora Lisa Kornelius y Kurt Tønnies, el jefe de la científica, que iría fotografiando la operación. También estaban allí el forense Torben Bach y su ayudante, así como dos estudiantes de entre veinte y treinta años, chico y chica. El comisario captó la mirada de Lisa. Bajo su serena expresión pudo percibir todo su horror al ver cómo introducían en la sala a Lukas Mørk. Las venas del cuello le palpitaban desbocadas y los músculos de su mandíbula estaban en tensión.

Lukas seguía llevando la ropa puesta, unos vaqueros azules, unas Kawasaki blancas, un suéter celeste con un estampado de tortugas y un anorak verde sin capucha. También continuaba teniendo el sedal enroscado al cuello. El aire volvió a llenarse de un débil olor a quemado. Trokic jamás

había presenciado la autopsia de un niño y lo antinatural que encerraba aquella escena le afectaba. Tenía el presentimiento de que sería como volver a asistir a una autopsia por vez primera.

Fueron fotografiando, examinando, retirando e introduciendo cada prenda en bolsas de papel etiquetadas. La policía se las llevaría como pruebas del caso. Sólo entonces pudo Bach comenzar el verdadero examen.

—Como habíamos concluido, lo estrangularon con esto —dijo el forense.

Colocó dos trozos de cinta adhesiva alrededor del sedal e hizo un corte entre ambos. No era la primera vez que Trokic lo veía. Así se conservaba intacto en todo su perímetro con nudos y demás. Después lo introdujo con cuidado en una bolsa que le tendió al comisario.

—Se lo enrollaron alrededor del cuello varias veces, bloqueando las venas y parte de las arterias, con lo que obstaculizaron la llegada de oxígeno al cerebro. Eso ha originado una serie de hemorragias por asfixia y también algo de sangrado en la pituitaria.

—¿Qué es eso que tiene en la cara? —preguntó el estudiante.

Le temblaba un poco la voz, pero se le veía entero. Todos se volvieron a observar una mancha que había en la mejilla del pequeño; parecía suciedad.

—Hollín —confirmó Bach—. Por lo visto estuvo bastante cerca de algún fuego. Tiene rastros de hollín en varios sitios más. En mi opinión, es muy posible que sufriera una intoxicación por inhalación de humo, pero eso ya lo veremos en las vías respiratorias cuando abramos.

Siguió adelante con la grabación de su informe.

—Hay marcas visibles de arañazos en la parte exterior del cuello por debajo del maxilar, probablemente causadas por las uñas del propio niño en su intento de apartar el hilo. Luchó lo suyo. Presenta, además, dos cardenales antiguos en el hombro, diría que de entre hace cuatro y cinco días. Podrían indicar que alguien le cogió por el hombro. Tiene las manos llenas de quemaduras de segundo grado con formación de ampollas y deterioro de la piel. El alcance y el tipo de las lesiones indica que estuvo en contacto directo con fuego.

Cuando terminó de repasar el resto de la parte frontal del niño sin hacer más comentarios de especial relevancia, procedieron a colocar el cadáver boca abajo.

—Hay livideces dispersas por toda la parte posterior del cuerpo. Son estas zonas enrojecidas que veis aquí —les explicó a los estudiantes—. Es por la ley de la gravedad, que hace que la sangre descienda a las partes más bajas del cuerpo y resulte visible a través de la piel. Estas livideces no aparecen en los puntos donde la piel se apoya directamente sobre alguna superficie; hacen acto de presencia entre media y una hora después del fallecimiento y se van volviendo cada vez más visibles hasta pasadas diez o doce horas del momento de la muerte. Entre las cuatro y las doce horas posteriores al óbito es posible que cambien de posición si, por ejemplo, se da la vuelta al cadáver. En este caso son algo difusas, pero podéis ver que en algunos puntos la mayor parte del peso del niño se ha concentrado en las ramas, mientras que en otros prácticamente ha habido una situación de ingravidez porque el agua ha hecho flotar el cuerpo. También se ven en la parte de la nuca por donde pasaba el hilo.

Trokic pensó en la ropa que acababan de quitarle. Había tierra en el abrigo. Con toda probabilidad, le habían arrastrado por el suelo antes de arrojarle al arroyo, donde la corriente le había alejado un trecho hasta atascarlo entre las ramas donde le encontraron. Pero después la nieve había borrado cualquier rastro.

Las manos expertas de Bach procedieron a comenzar la parte de la exploración a la que más había temido enfrentarse el comisario.

—No hay lesiones visibles en boca, recto ni genitales que revelen la existencia de una agresión sexual —le confió el forense a su grabadora.

Trokic se quedó algo más relajado y empezó a albergar una esperanza. La de que a Lukas le hubiesen ahorrado esa parte.

—Esperaba otra cosa —murmuró Lisa—. Aunque apareciera vestido. No sé, algo. Una señal. Un poco de semen en el cuerpo o en la ropa.

—¿De verdad? Eso es porque tú no ves los casos de maltrato infantil que investigo yo —intervino Bach—. Pero no he terminado. No hay que olvidar que hay agresiones sexuales que no dejan huellas visibles ni siquiera

en los chicos. Voy a tomar muestras para que hagan un análisis microscópico en busca de semen y realicen una prueba de ADN.

—Aunque no encontremos nada, eso no quiere decir que el móvil no sea sexual —apuntó Trokic—. Quizá el asesino no tuviera tiempo para rematar su obra o tal vez causarle dolor al niño fuera suficiente satisfacción para él. No sería el primer caso de sadismo y pedofilia. No podemos descartar ninguna posibilidad. No hay que excluir absolutamente nada. Pero es mejor que esperemos a tener los resultados de las pruebas antes de lanzarnos a hacer cábalas.

—Tiene algo amarillo en el pelo, ahí, en la nuca —observó el estudiante, señalando.

Bach sacó unas pinzas y extrajo un mechón casi invisible.

—Para vosotros también —dijo el forense—. Ayer se nos escapó delante mismo de las narices.

Trokic se acercó a estudiar de cerca aquella diminuta pelusilla.

—¿Qué tipo de fibra es? —preguntó.

—Es hilo, probablemente una mezcla de varias cosas.

—¿De una alfombra o de ropa?

—Quién sabe —contestó Bach pacientemente mientras intentaba rascarse el mentón con la mano enfundada en un guante—. Eso tendrá que determinarlo vuestro experto en fibras.

Siguió una hora de concienzudo trabajo con los órganos internos de la víctima. Trokic, con la mirada ausente, contemplaba las laboriosas manos del forense al tiempo que procuraba hacer caso omiso de los sonidos que oía. El propio Bach parecía tan tranquilo como de costumbre, y el comisario no pudo dejar de preguntarse a cuántos niños habría hecho la autopsia a lo largo de su carrera. Era uno de los pocos forenses de todo el país autorizado para llevar a cabo ese tipo de exámenes en casos de asesinato, de manera que cualquier menor que hubiera muerto de forma violenta en la región, a la fuerza tenía que acabar sobre su mesa. Y Bach llevaba muchos años en activo. Al menos veinte, calculó. Además, su padre también había sido catedrático de Medicina Forense y había escrito varios volúmenes sobre el

tema, y su hija Christiane, una estudiante de Medicina de veinticuatro años, había anunciado recientemente que se disponía a seguir sus pasos.

—Hay hollín en las vías respiratorias inferiores —les comunicó Bach—. Voy a tomar una muestra para analizar el grado de saturación de carboxihemoglobina en la sangre. Eso nos dirá hasta qué punto le afectó el humo. Aunque, sumado a las quemaduras... bueno, tuvo que afectarle mucho.

—¿Y cuándo conoceremos la respuesta? —preguntó Trokic.

—Voy a mandar la muestra al laboratorio ahora mismo, así que tendrás noticias a lo largo del día.

El comisario masticó el dato. Si el niño había sufrido una intoxicación de ese calibre, ¿por qué no había muerto en el acto? ¿Por qué estrangularle además? No tenía sentido alguno.

Trokic aguardó a que Kurt Tønnes sacara las últimas fotografías y recogiera todo lo que tenía que llevarse la científica. Se sentía agotado y con la vista cansada después de pasar tan largo rato bajo aquella luz tan hiriente que le hacía ver puntitos. Bach se quitó los guantes y empezó a lavarse las manos.

—Estoy esperando a que llegue el informe de nuestro radiólogo de un momento a otro.

—¿Radiólogo? —se sorprendió Lisa.

—Sí, hemos hecho un escáner antes de la autopsia. Os llamaré en cuanto hable con él. Imagino que aún no habéis interrogado al médico de cabecera, pero yo creo que deberíais contrastar los resultados de nuestro escáner y la información que os proporcione ese médico para haceros una idea del historial del niño.

—Lo haremos —contestó Trokic.

—Y luego están esos cardenales que he descubierto. Son marcas antiguas. Alguien le agarró. Yo en vuestro lugar no perdería de vista a los padres.

9

Daniel Trokic y Lisa Kornelius se dirigían hacia Mårslet por pequeñas y sinuosas carreteras llenas de nieve a través de los campos vestidos de invierno con Mute Math y su *Chaos* sonando a escaso volumen en el equipo del coche. El comisario había escogido aquella música en atención a Lisa, que al parecer detestaba el resto de sus gustos, pero había llegado a decir algo casi bonito sobre el grupo de Nueva Orleans. Prácticamente había admitido que le gustaba. «Es soportable», había suspirado al oír aquel *rock* enérgico y acelerado de sólida percusión.

Lo que había más allá de las ventanillas del coche suponía un agudo contraste con la ciudad y su día a día. Nada más pasar el túmulo de Jelshøj, el punto natural de mayor altura de Århus, tomaron conciencia de que habían dejado atrás la gran ciudad y Trokic reparó en lo poco que se parecía Mårslet al gueto donde se había criado. Aquel pueblo era uno de los distritos con mayores ingresos de media por unidad familiar de todo el municipio, algo que no se debía a opulencia alguna, sino a la total ausencia de viviendas sociales. Era un lugar donde aún prevalecía lo bucólico y presentaba la mejor cara del país.

Y no es que tuviese intención alguna de intercambiar domicilio con ninguno de sus cuatro mil habitantes, no. Aunque el *Oddergrisen*, el trencito local de color naranja que llevaba al centro de Århus, apenas invertía veinte minutos en hacer el recorrido, él necesitaba un poco de caos, de ruido, de variedad étnica, social y cultural. Allí, en cambio, no existían los contrastes.

Sin embargo, el pueblo se había dejado llevar por el pánico. Lugareños en un estado que iba de la inquietud al terror se habían pasado la mañana atronando los oídos de Agersund por teléfono para reclamar noticias sobre el caso, los padres se negaban a permitir que sus hijos abandonaran sus casas mientras no se localizara al asesino, y un anciano que se había autoproclamado portavoz de los vecinos le había echado en cara al alcalde toda la «chusma que florecía por el país».

Llegaron a la dirección de los padres de Lukas. A pesar de la música, Lisa casi se había quedado dormida en el breve trayecto después de una dura noche delante del vídeo con cuyos resultados tendría que ponerse a trabajar lo antes posible. Llevaba las largas y finas piernas encogidas encima del asiento, y su rostro de rasgos marcados parecía sereno. Su aspecto, con el pelo eternamente cambiante —en esos momentos rubio a rayas violetas—, su altura y su falta de formas nunca le había atraído, pero por un instante Trokic la encontró casi guapa. Lisa tenía un carácter muy sensible y a él le costaba entender qué había impulsado a una criatura como ella a ingresar en la policía, y no sólo eso, sino a adentrarse además en un rincón tan lóbrego como el trabajo con la pornografía infantil y la pedofilia, al que se había enfrentado en el pasado. ¿Acaso pretendía explorar los límites de la decadencia y la maldad humanas? Eso habría sido como intentar encontrar un punto de apoyo en medio de arenas movedizas, filosofó. Aunque, si había abandonado su anterior destino, tal vez hubiera dado con sus propios límites. O quizá hubiese comprendido que esos límites estaban en constante movimiento. Eso ya era peor.

—Bueno, arriba, señorita Kornelius.

Se disponía a bajar del coche cuando empezó a vibrarle el móvil en el bolsillo de los vaqueros. El número de Torben Bach apareció en la pantalla.

—Dentro de un rato te mando un informe provisional de la autopsia — le anunció el forense—. Acabo de hablar con el radiólogo y le he echado un vistazo a los escáneres. Hay una antigua fractura transversal ya soldada en el brazo derecho.

—Que en cristiano quiere decir...

—Que ha estado roto. Y el tipo de fractura indica que podría haberse tratado de un golpe directo contra el brazo. Habría que investigar más a fondo cómo ocurrió. También he hablado con el laboratorio y dicen que el porcentaje de carboxihemoglobina estaba en torno a veintisiete.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Trokic.

—Es un síntoma de intoxicación. Un poco más supondría la inconsciencia. También hemos analizado las primeras muestras del niño y no hay ni rastro de semen. Esperamos una respuesta definitiva de los de Genética.

Se produjo un silencio mientras el comisario digería los nuevos datos. Todo seguía apuntando a que no se trataba de una agresión sexual.

—Ah, y Christiane te manda recuerdos —añadió Bach en un tono no exento de desaprobación.

Muchos años atrás, el azar había querido que el forense se presentara un día en jefatura acompañado de su hija, quien por inciertas razones convirtió al comisario en blanco de su amor adolescente. Trokic, que jamás llegó a tomar en serio a aquella chiquilla flacucha, rechazó con determinación sus declaraciones de amor y le devolvió sus muchas cartas. ¿Cómo interpretar ahora aquel saludo? Esperaba de todo corazón que lo hubiera superado.

Al fin fuera del coche, Trokic contempló la granja por vez primera. El aire era cortante y hacía tintinear entre las copas de los árboles millares de ramitas cristalizadas. Skellegården parecía una vieja casa de labor de principios del siglo pasado y el comisario supuso que habrían fraccionado las tierras en las parcelas circundantes. Todo lo que quedaba en pie era la casa principal y una antigua cuadra que hacía las veces de vivienda aneja. La finca, con sus cerca de dos mil metros cuadrados de terreno, daba cobijo a cuatro arrendatarios, tres de ellos en el edificio principal y el cuarto en las dependencias de la vieja cuadra.

La casa estaba pintada de un tono amarillo oscuro irregular y tenía grandes ventanas moradas. La pintura se había desconchado en varios puntos, sobre todo en el zócalo negro, y el barniz de la puerta de madera

colgaba hecho jirones. También el tejado de fibrocemento estaba pidiendo a gritos un buen cambio.

Lukas había vivido en el primer piso con sus padres y su hermano pequeño. ¿Por qué conformarse con aquel lugar destartado en lugar de comprar una casa? Era evidente que no figuraban entre los asalariados mejor pagados del mercado laboral, pero no dejaba de resultar extraño. Como si la pareja nunca hubiera logrado ir más allá de su primera vivienda de juventud.

A Trokic le costaba imaginar a Jytte Mørk echando de su casa, en un arrebatado de dolor e impotencia, a los dos policías que le habían comunicado la terrible noticia. La mujer que se encontraba sentada frente a él era menuda y con aspecto de hormiga. Estaba a medio camino entre los cuarenta y los cincuenta y tenía un rostro de rasgos marcados y finos hinchado por las muchas horas de llanto. Sus cabellos rojizos salpicados de canas, algo más oscuros que los de Lukas, no parecían haber visto un cepillo ni de lejos en los últimos dos días. A intervalos regulares, sus ojos pálidos con leves rastros de maquillaje quedaban clavados en algún objeto de la habitación y se velaban, como si por su interior pasara una película. Sus movimientos eran lentos y acartonados. Por primera vez, Trokic notó que algo le roía las entrañas y por un instante pudo sentir el dolor de aquella mujer en toda su intensidad.

Junto a ella estaba Karsten Mørk, mudo y de brazos cruzados. Parecía hermético y el comisario se preguntó si se debería al miedo a desmoronarse o si su presencia allí despertaría en él otro tipo de inquietud. Sentía un creciente malestar ante la idea de sospechar de los padres. Lo más probable era que ambos llevaran toda la noche en vela imaginando los hechos una y otra vez. El hijo que se ponía el abrigo, decía adiós con la mano al educador, bajaba por el sendero junto al colegio y torcía hacia la calle. ¿Qué había ocurrido luego? ¿Cuántas escenas atroces habían repetido para sus adentros, siempre con el mismo terrible desenlace, durante las últimas veinticuatro horas?

Procedió a explicarles en un lenguaje sencillo los resultados de la autopsia haciendo especial hincapié en que todo parecía indicar que Lukas no había sufrido abuso sexual alguno. Jytte Mørk volvió a echarse a llorar a hipidos silenciosos, boqueó en busca de aire, estrujó el pantalón del chándal que llevaba puesto y apretó los ojos con fuerza, como si deseara que el mundo entero desapareciese. Lisa le tendió un Kleenex de un paquete que llevaba en el bolsillo.

—Háblennos de Lukas —comenzó el policía—. ¿Es posible que se fuera con alguien de manera voluntaria?

Los padres intercambiaron una mirada como si fuesen a encontrar la respuesta en los ojos del otro.

—No se iría con desconocidos —respondió el padre—, estoy seguro. Era un poquito... difícil llegar a él, ya lo decían cuando iba a la guardería. Le costaba abrirse a la gente. No me imagino que pudiera irse con nadie por propia voluntad. Tuvieron que secuestrarle con un coche. Dormirle. Como a la niña de Bélgica...

Enmudeció bruscamente, como si acabara de darse cuenta de su error, pero la horrenda escena ya se había abierto paso hasta el cerebro de su mujer, que, espantada, se llevó una mano a la boca. La mirada del padre saltaba de un lado a otro por la casa cerrada; la pared, la pesada estantería de roble llena de colecciones de libros de los años setenta, la mesa de cristal y, por último, un punto próximo al pecho de Trokic.

El comisario hizo una anotación para que no se le olvidara preguntarles si habían visto algún vehículo sospechoso poco después de que Lukas saliera de la ludoteca.

—Dicen que era de carácter reservado. ¿Solía pasar mucho tiempo solo?

—No, no se trataba de eso —contestó Karsten Mørk—. Era más bien como si necesitara sopesar bien a la gente antes de dejar que se le acercara. Desde luego, no era asocial, si es lo que está pensando. Era un niño muy alegre. Se interesaba mucho por todo. Siempre comentábamos que era mucho más despierto que nosotros. A veces hasta precoz, me atrevería a decir.

—Y el día que desapareció, ¿cuándo lo vieron por última vez?

—Hacia las ocho de la mañana, justo antes de que se fuera al colegio. Bueno, fue Jytte la que le vio salir, yo ya me había marchado a trabajar.

—¿Y no está muy oscuro a esas horas?

—No, ya empieza a haber luz y, además, hay farolas por todos los caminos de la zona. A él no le daba ningún miedo ir paseando al colegio y, la verdad, a nosotros nunca nos pareció inseguro que fuese solo. Aunque ahora...

Se le quebró la voz y desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Y por qué no iba en bicicleta? —preguntó Trokic tras una breve pausa.

—Normalmente montaba en bici fuera del horario escolar... —intervino la madre—, pero no me hacía gracia que montase por Obstrupvej por las mañanas. No todo el mundo conduce con el mismo cuidado.

—Aún no hemos encontrado el lugar donde se... quemó.

A Trokic le costaba decir aquella palabra.

—Cuando se inició la búsqueda, le dijeron ustedes al policía local que su hijo no tenía teléfono móvil, pero que llevaba una cartera con un dibujo de una mariquita por detrás. Tampoco ha aparecido, y por lo visto también falta el gorro azul que llevaba puesto. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Y no hay alguna otra cosa que soliera llevar encima? Ya saben... ¿una *gameboy*, por ejemplo? Aparte de un par de piedras y unos clips, no tenía nada en los bolsillos del abrigo.

Los padres sacudieron la cabeza al unísono.

El comisario se resistía a lanzar las demás conclusiones del examen del forense.

—Durante la autopsia se descubrieron varios cardenales en el brazo de Lukas producidos, al parecer, varios días antes —comenzó—. ¿Saben cómo se los hizo?

Los padres intercambiaron otra mirada y por un instante reinó el silencio. Trokic oyó un tren que pasaba y supuso que las vías del regional no debían de pasar muy lejos de allí. Al fin, el padre tomó la palabra. En su calva cabeza empezaban a formarse unas gotas de sudor.

—No. Tal vez jugando al fútbol algún compañero tirara de él. A veces tenía moratones.

El comisario frunció el ceño, vacilante.

—Hace falta algo más que un niño para dejar ese tipo de marcas —se decidió a objetar—. Estamos casi seguros de que le agarró un adulto. Parece que alguien le cogió del brazo con mucha fuerza.

—Pues no hemos sido nosotros —aseguró el padre extendiendo unos brazos vigorosos en un gesto de rechazo.

—Hemos visto que se rompió el brazo —prosiguió Trokic—. Hará menos de dos años. En su historial pone que se cayó. ¿Dónde ocurrió?

—En la escalera de la parte delantera de la casa. Es de piedra y resbaló porque había nieve en los escalones; cayó mal. Pero ¿por qué tenemos que contestar a todas estas preguntas?

Enterró el rostro en sus enormes manos y dejó escapar un sollozo. La madre le puso una mano en la pierna con aspecto de estar seriamente indispuesta. Había perdido cualquier asomo de color, tenía la mirada errática y los labios, muy finos, le temblaban.

—Una parte de la investigación consiste en aclarar todo lo concerniente a Lukas —les explicó Trokic—. Eso implica formularles este tipo de preguntas. Espero que sepan comprenderlo y que sus respuestas sean lo más sinceras posible.

Karsten Mørk parecía a punto de morder a alguien, pero se contuvo.

—Hemos encontrado restos de fibra amarilla en el cuello de Lukas —continuó Lisa—. Es cachemira, lana y poliamida. Él no llevaba puesto nada de ese color cuando le encontramos. ¿Recuerdan si llevaba algo amarillo por la mañana?

—No —contestó el padre con voz pastosa—. No tiene nada amarillo. No le gustaba el amarillo. Sólo quería ir de azul.

El comisario rumió unos momentos la información, pasó la página de su libreta y cambió el rumbo de la conversación.

—De acuerdo. Necesitamos un listado de todos los conocidos de Lukas para intercambiar unas palabras con todos ellos, desde parientes a profesores y padres de sus amiguitos. También vamos a tener que hablar con sus vecinos. ¿Tienen trato con ellos?

—No exactamente —respondió Karsten Mørk.

Trokic advirtió que el padre rehuía su mirada. Tal vez no fuera el culpable de la muerte de su hijo, pero bien podría estar mintiendo acerca del agarrón del brazo. Cruzó una mirada con Lisa y trató de interpretar el brillo inescrutable de sus ojos. A ella se le daba bien hablar con la gente. Mejor que a él, no tenía reparo alguno en admitirlo. Dios sabía que el cuerpo andaba sobrado de gente que no sabía escuchar. Tenían policías que desde el primer momento no se molestaban en ocultar su animadversión, sus prejuicios ni su antipatía, cosa que, por supuesto, para los interrogados suponía un bloqueo, cuando no una provocación. Agentes que se dedicaban a soñar despiertos en lugar de tomar notas, prestar atención al lenguaje corporal o dedicar tiempo a ver más allá de lo que les estaban contando. Pero, hasta cuando era él quien llevaba la voz cantante, la gente parecía sentirse más a gusto si le acompañaba Lisa.

—¿Qué quiere decir «no exactamente»? ¿Hablan con ellos o no? —insistió Trokic.

—Nos saludamos y hablamos un poco de vez en cuando —acudió en su auxilio Jytte—, pero aparte de eso no tenemos nada en común con ellos. Jonna y sus hijos, en el anejo... la cuadra, como seguimos llamándola... no se relacionan mucho con los demás. Bueno, la hija sí, Julie, que jugaba con Lukas. Luego está la pareja de al lado, pero están pasando unos meses en Noruega, una sustitución. Y, para terminar, Johnny Poker en el piso de abajo. Cobra una pensión de invalidez y no habla demasiado, pero por su casa pasan muchos tipos.

—¿Qué quiere decir con tipos? —se interesó Lisa.

—Juegan a las cartas —contestó Jytte—, así que viene toda clase de gente.

Trokic ahogó un suspiro ante la perspectiva de tener que interrogar a toda una banda de sospechosos que se dedicaban a jugar al póquer.

—¿Y Lukas? ¿Solía ir a casa de alguno de ellos? —prosiguió la inspectora.

—Como ya les he dicho, jugaba con Julie en la cuadra. Empezó hará medio año. La niña tiene nueve años y creo que en realidad él habría

preferido jugar con sus hermanos, sobre todo con Frederick, el más pequeño. Le interesaba muchísimo.

—¿Iba a jugar a casa de algún otro amigo?

—Alguno había. Le anotaré los nombres.

—Lo comprobaremos todo —le aseguró Lisa.

Trokic recorrió la sala con la mirada mientras Jytte Mørk iba en busca de papel y bolígrafo. Todo estaba arreglado y en orden, pero se echaba algo en falta. Tardó unos momentos en comprender que no había una sola planta. No es que fuera necesario, en realidad lo entendía perfectamente. Él mismo no tenía la menor idea de cuánta agua había que echarle a una de esas cosas verdes y, antes de que Lisa empezara a echarle un ojo, la de su despacho había sobrevivido única y exclusivamente gracias a la estratégica distancia que la separaba de los restos de café y cola.

—¿Podríamos ver su habitación? —preguntó al fin.

10

—Es por aquí.

La madre se levantó y los condujo con paso torpe a través de la cocina hasta la habitación más pequeña de la casa. Lisa le había aleccionado de antemano explicándole que no era raro que los pedófilos hicieran regalos a sus elegidos, en ocasiones hasta declaraciones en forma de felicitación de cumpleaños o similares, de modo que si el pequeño conocía a su asesino y el móvil era sexual, podía haber pistas. Había que revisarlo todo escrupulosamente. Para Trokic, sin embargo, lo importante también era hacerse una idea del universo de Lukas. Sólo así podría entender qué había hecho que los caminos del niño y su asesino se cruzaran. Era una vía de acceso indirecta al culpable.

Jytte Mørk los dejó solos y regresó a la cocina, donde la oyó encender primero la campana extractora a escasa potencia y después un cigarrillo. Trokic paseó la mirada por las paredes de color menta.

—Le gustaban los insectos, sí señor —observó Lisa.

Lo más exacto habría sido decir que era una especie de fan.

En la pared de la cama había un enorme póster de un saltamontes amarillo verdoso con un texto en azul: «Langosta migratoria (*Locusta migratoria migratorioides*), de la familia *Acrididae* de África. Por lo general son insectos solitarios, aunque en momentos de escasez de alimento pueden llegar a formar gigantescos enjambres de hasta 100 km². Su velocidad de vuelo se sitúa entre los 15 y los 20 km/h». Sobre la cómoda había una colorida colección de insectos de goma entre los que

predominaban las arañas. Trokic sacó un par de libros de la estantería y estudió sus portadas mientras trataba de imaginar lo que había sido el mundo del niño. *Guía Gyldendal de los insectos daneses* y *El mundo de los animales pequeños*. No se encontraban en la temporada adecuada, de modo que era difícil que aquella afición, algo particular, tuviera relevancia.

Devolvió los libros a su estante y pasó a inspeccionar con interés una comisaría de policía de Lego que había en el suelo. Parecía sin estrenar porque todo estaba exactamente en su sitio, como si lo hubiese recogido un adulto. Trokic no había tenido demasiadas construcciones de Lego en su niñez. Su madre no podía permitirse comprarle aquellas cajas tan caras, aunque lo cierto era que a él tampoco le llamaban mucho la atención. Sin embargo, aquella comisaría sí que le habría atraído.

—Mira esto —dijo Lisa.

Le mostró una cajita que había cogido del alféizar de la ventana. Contenía una reluciente y solitaria moneda de veinte coronas.

—¿Tal vez la que le había dado su abuela el día antes? —sugirió la inspectora.

—En ese caso, si se le vio cerca de la panadería no fue porque pensara hacer acopio de golosinas —razonó él.

Para concluir, cruzó la habitación y se sentó en la cama para verla desde el otro lado. Sobre la cómoda había un montoncito de ropa recién lavada. Pantalones vaqueros, sudaderas y, en lo alto del montón, tres pares de calcetines. Demasiado pequeños para ser de un muerto. Al lado se veía una fotografía de Lukas con una señora de cierta edad. ¿La abuela? Parecía sacada una Nochebuena, porque el niño llevaba un gorro de Papá Noel. Le brillaban los ojos. Faltaba un diente en la sonrisa que le enviaba al fotógrafo. Con un suspiro cogió el animalito de trapo que había en la cama, a su lado. Una mariquita grande y blanda. Le habían puesto una bufanda azul.

—Lo que más le gustaba eran las mariquitas —recordó la madre, que acababa de aparecer con un cigarrillo en la mano—. Siempre las colaba en casa escondidas en cajas de cerillas y cosas así porque sabía que no me gustaba que tuviese bichos en su cuarto.

Volvía a tener las mejillas húmedas y se las secó con el dorso de la mano.

—Luego las guardaba en un tarro de mermelada durante un día antes de liberarlas. Era capaz de soltar larguísimas peroratas sobre la enorme utilidad de esos animales. ¿Sabían que en Dinamarca hay cerca de cincuenta especies distintas de mariquitas? Me lo contó hace unos meses. Yo no tengo nada en contra de una sola, pero veinte de ellas correteando por todas partes ya es demasiado.

—Hacemos todo lo que podemos —fue lo único que acertó a decir Trokic—. Si recuerdan algo que pueda ser importante para el caso, llámenme.

Sacó una tarjeta y le dio unos golpecitos con el dedo antes de tendérsela a Jytte Mørk.

—Ahí tienen el número, pueden llamar a cualquier hora.

11

La antigua cuadra, convertida en vivienda tras una remodelación, estaba situada a algo más de cincuenta metros del edificio principal, en el extremo opuesto de los terrenos. La habían pintado exactamente igual que la casa grande, pero los altos pinos que crecían delante hacían que pareciera más oscura y algunos de los cristales de las pequeñas ventanas estaban rotos.

Jonna Riise salió a abrirles con tanta rapidez que Lisa tuvo la sensación de que los esperaba. Tenía poco más de cuarenta años y lucía una espesa cabellera rubia que le caía por la espalda. Unos cautos ojos castaños algo separados observaron a los dos policías de arriba abajo desde un rostro ancho de pómulos altos. Funcionaria, pensó Lisa. Llevaba una blusa marrón con botones negros y unos pantalones a rayas que se ceñían a su esbelta figura. Según los papeles que la inspectora llevaba en la mano, era la única persona adulta de la familia y vivía con tres niños. Tenía cierto aire de rigidez, como si el mero hecho de que cruzaran el umbral de su casa constituyese un delito en su contra.

—Policía judicial —hizo las presentaciones Trokic.

Le mostraron sus placas y ella las estudió con interés. Después les franqueó la entrada. Sus reservas se esfumaron como una sombra y dejaron paso al inicio de una sonrisa.

—Vienen por lo de Lukas, claro —dijo con una voz que sorprendió a Lisa por un ligero exceso de cordialidad que no encajaba con la misión que los había llevado hasta allí—. Pasen.

La siguieron por el interior de una vivienda espaciosa de decoración sencilla que no revelaba mucho de sus habitantes. Las paredes eran blancas y, a excepción de unos estantes con varias fuentes decorativas, una maceta con una crásula y unos manuales, estaban vacías. Los muebles, modestos y prácticos, eran de un tono marrón claro. Daba la sensación de que nunca había terminado de instalarse del todo. Antes de que su anfitriona cerrara la puerta, Lisa alcanzó a entrever un despacho bastante más alborotado con un ordenador de sobremesa, montañas de papeles y un *router*.

—Frederick y Julie, a vuestro cuarto.

En el sofá había un chiquillo y una niña algo más pequeña entretenidos con un juego bélico de la *Playstation*. A simple vista parecían gemelos, los dos con los mismos rizos rubios y el rostro ancho, pero al mirarlos con más detenimiento se veía que había una diferencia de cuatro o cinco años entre ambos. Lisa se preguntó qué les estaría pasando por la cabeza. Habían matado a un niño muy cercano a ellos. ¿Cuánto sabrían? ¿Pensarían que también podría haber sido uno de ellos? Todo tenía una apariencia de normalidad, pero cuando se volvieron hacia los recién llegados, el miedo brilló en la mirada del niño. Como si su sola presencia allí lo volviera todo terriblemente real. Luego se esfumó y la partida volvió a absorber toda su atención.

—No, mamá; ahora no —protestó la niña sin apartar la vista de la pantalla.

Su hermano mayor, en cambio, dejó el *joystick* en el suelo y se retiró a su habitación.

—Fuera, Julie —ordenó la madre.

Tras exhalar un hondo suspiro, la pequeña dejó su *joystick* en el suelo de madera barnizada y abandonó la sala con gesto de contrariedad. De camino hacia su cuarto le lanzó una mirada de reojo a Lisa, como si fuera personalmente responsable de que la hubieran obligado a interrumpir la partida.

—Nos gustaría hablar un momento con usted del día que desapareció Lukas —comenzó Trokic una vez que los niños se marcharon.

—Claro. Disculpen la conducta de los chicos, pero supongo que esto de Lukas también les está afectando a ellos.

Los invitó a tomar asiento en el sofá y ella se sentó en un sillón marrón de piel al otro lado de la mesita con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en los amplios reposabrazos.

—Ayudamos a buscarle todos juntos —dijo con voz pesarosa y un débil cabeceo.

—¿Se refiere a usted y a sus hijos? —preguntó Lisa.

—Sí. Mi hija Julie solía jugar con él, pero mis dos hijos, Frederick, que es al que acaban de ver, y Mathias, también echaron una mano.

—Estamos intentando hacernos una idea de las personas que Lukas conocía y de quién podría haber estado al tanto de sus movimientos el día que desapareció al volver del colegio. ¿Cree que Julie sabrá algo?

—Lo habría dicho cuando salimos a buscarle. Normalmente jugaban juntos por las tardes, hacían escondites en el jardín y esas cosas.

—¿Y Lukas no jugaba con sus hijos? —quiso saber Trokic.

Le costaba asimilar que un niño quisiera jugar con una chica.

—No, la diferencia de edad era demasiado grande. Frederick tiene trece años y Mathias, quince. Lukas sentía un enorme interés por ellos, sobre todo por Frederick, pero ellos no le hacían mucho caso.

—¿Y qué estaba usted haciendo esa tarde antes de salir a buscarlo?

Los músculos de la cara de la señora Riise se estremecieron ante aquella pregunta tan directa.

—Fui a Århus a comprar invitaciones para la confirmación de Frederick y unas cosas para el colegio. Soy profesora en el colegio de Mailing y esa tarde no tenía clases. Los niños estaban con unos amigos.

—¿Viene por aquí algún otro adulto que conociera a Lukas? —continuó Lisa, que una vez más recordó las imágenes de la mesa de autopsias. Las tenía danzando por el subconsciente como muñecos diabólicos desde que salió del Instituto de Medicina Forense. Estaba deseando que le ofrecieran un *whisky* con soda. O, si no podía ser, al menos un café. Jonna Riise se recostó en el sillón y cruzó los brazos.

—¿Qué quieren decir?

—Tratamos de hacernos una idea de quién tenía relación con él —le aclaró Trokic—. Es mera rutina. Queremos excluir al mayor número de personas posible.

—En estos momentos no salgo con nadie, si es eso en lo que están pensando. El padre de los niños vive en Selandia, cerca de Køge, y nunca le vemos, aunque algo de dinero sí manda de vez en cuando. Y menos mal, porque salen por una fortuna, los niños. Mathias gasta un montón de dinero en su ordenador, Frederick acaba de perder el móvil otra vez y Julie quiere ropa nueva continuamente.

—¿Cómo son las relaciones entre los vecinos de Skellegården?

Lisa esperaba que les preguntara qué les importaba a ellos o qué tenía que ver con el caso, pero Jonna Riise se limitó a sonreír.

—Buenas. Nos saludamos y a veces charlamos un rato. Tampoco una maravilla que digamos. He de decir que me parece que Jytte se pasa de madraza. Y Lukas tenía una extraña fijación con los insectos. Pero Julie le cuidaba como si fuera un hermanito. Era un niño muy educado, por lo menos cuando estaba aquí.

Trokic se sentó algo más cerca del borde del sofá que ocupaba junto a Lisa.

—¿Tiene alguna idea de si estaba a gusto en su casa? —preguntó.

Ella le miró a los ojos un instante y luego, cohibida, desvió la vista hacia el suelo.

—No me hace ninguna gracia hablar de estas cosas, pero yo diría que eran un poco duros con él. Oía que le gritaban, sobre todo el padre. Es una casa muy vieja y en verano, con las ventanas abiertas, se oye todo hasta aquí.

—¿Qué gritaban? —se interesó Lisa.

—Bueno, pues cosas como «Lukas, Lukas, para de una puta vez» o «joder, no lo aguanto más», y luego el crío chillaba como un loco. O sería Teis, el hermano pequeño. A veces también sonaba como si rompieran cosas.

Trokic se levantó y se subió la cremallera de la cazadora con un crujido metálico.

—Muchas gracias por su ayuda. Es posible que volvamos a hacerle más preguntas.

—No hay problema. Si no me pillan en casa pueden llamar al colegio y dejar recado para que les devuelva la llamada.

De camino hacia la puerta, Lisa reparó en el reloj de pie que había en el otro extremo del salón, uno de esos clásicos péndulos de Bornholm de color gris azulado con líneas doradas. Se quedó petrificada unos instantes observándolo, incapaz de avanzar. Le traía a la memoria algo que había visto largo tiempo atrás, pero no conseguía recordar qué era.

—¿Ocurre algo? —preguntó Trokic una vez en el jardín, al aire libre.

—No, es sólo que he tenido una especie de *déjà-vu* con el reloj del salón —le explicó ella—. No consigo recordar por qué. Lo tengo por ahí al acecho en algún rincón de la memoria.

—A mí me pasa a menudo —comentó Trokic—. Nunca me acuerdo de dónde he visto las cosas antes.

Contemplaron el jardín. El seto nevado era más alto que una persona y aislaba el interior del resto del mundo. Por debajo del blanco manto invernal, el césped parecía tener problemas de musgo, probablemente a causa de los numerosos manzanos, y asomaba una casita de juegos roja manchada de algas y excrementos de pájaros. A la casa principal se le había desprendido un canalón, que oscilaba amenazante en compañía de una hilera de carámbanos. Alguien había instalado una casita para pájaros en la terraza, donde tres herrerillos y dos gorriones compartían media manzana.

—¿Vamos a ver si el tipo del póquer ya se ha levantado? —preguntó Lisa.

—Sí, pero es mejor que se ocupe Jasper. Viene en seguida. Quiero que tú te vuelvas a comisaría en su coche y te pongas con el vídeo.

12

Lisa Kornelius dejó el bolso de piel marrón sobre su mesa de la jefatura y fue al lavabo a buscar una toalla para quitarse la nieve de los cabellos. Caían unos copos grandes y finos como pétalos de anémona y el tráfico estaba prácticamente colapsado. Se estaba secando el pelo, encantada al comprobar que el reflejo de la nieve iluminaba el despacho, cuando sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. La autopsia la había desbordado y se sentía desgarrada por dentro. Ahora, por fin, estaba sola y deseando poder concentrarse en algo más concreto, datos palpables que hablaran por sí solos.

Localizó el vídeo de la cámara de seguridad y encendió el ordenador. Mientras intentaba dominarse y el aparato arrancaba con un chasquido, se sorprendió deseando que Jacob estuviera allí. Él encontraría razonable una buena llantina después de aquella autopsia. Pero el inspector Jacob Hvid, que había llegado desde Copenhague de visita, probablemente seguiría en casa durmiendo en su cama.

Acercó una silla al ordenador y tecleó su nombre de usuario. Habían tenido mucha suerte, se trataba de un sistema de vigilancia digital que almacenaba las señales. El día anterior habían logrado exportar el contenido almacenado y guardarlo en un CD a cuyo contenido se podía acceder mediante un visualizador externo. Así fue como pudieron encontrar el intervalo que les interesaba analizar. Consiguieron ampliar determinadas imágenes, denominadas *frames*, y a esa resolución, 720x576 espléndidos píxeles, obtuvieron una calidad muy por encima de la media. Sus dudas

sobre si el niño que aparecía en el vídeo realmente era Lukas se debían a que estaba grabado a través del escaparate de la panadería y a que la cámara estaba enfocando hacia un punto del interior de la tienda. A ello había que sumar la incipiente oscuridad de la calle. Por suerte había algo de iluminación, dos potentes farolas bastante cerca del niño; de lo contrario habría resultado completamente imposible distinguir algo.

Lisa había acabado maldiciendo el día que se le ocurrió llamar a la puerta de su antiguo jefe y decirle que quería trabajar con nuevas tecnologías. Poseía un enorme talento innato y para ella era todo un desafío que le permitieran probar algo distinto. La enviaron a varios cursos nacionales e internacionales y colaboró con la policía de infinidad de países. El problema fue que la pornografía infantil empezó a dominarlo todo y, por más que le fascinara aquel trabajo, al final se vio obligada a capitular. Le resultaba imposible seguir trabajando con aquellas imágenes y, aunque pusieron un psicólogo a su disposición, ella sentía que la iban devorando por dentro. Imágenes terribles que, a todo color y con su muda angustia, se iban adueñando de su alma sin que nadie quisiera oír hablar de ellas. Un mundo que moría en el silencio.

Por eso, cuando un par de años atrás la cedieron temporalmente para que colaborara en un caso contra un *hacker* en Århus y Agersund empezó a acariciar la idea de contar con su propia especialista en informática, negoció hasta hacerse con un puesto donde ese tipo de casos ocupara una mínima parte de su tiempo.

Al cabo de un cuarto de hora ya había capturado los cuadros donde aparecía el niño y tenía ante sí una serie de imágenes. Seleccionó la que manipularía y abrió la imagen con Photoshop. La estudió a conciencia por vez primera. En primer plano se veía el mostrador de madera de cerezo con el terminal para pasar las tarjetas, un bote de golosinas y un pequeño expositor con chicles. A la derecha de la imagen aparecía una cliente contando el dinero que había sacado del monedero. La joven panadera estaba envolviendo una caja de dulces. A Lukas se le veía por el escaparate en el tercio izquierdo de la pantalla. No cabía la menor duda. Su singular pelo castaño era visible aun

por detrás de dos estantes de bizcochos y pastelillos y el cristal, y la cartera con la enorme mariquita en la solapa parecía un coloso azul sobre su espalda. Era Lukas. Antes de la tormenta de nieve. Aún inconsciente de lo que le aguardaba, solo y probablemente con la cabeza repleta de las experiencias del día. Pero la cámara enfocaba hacia la zona más o menos central de la tienda y los objetos del exterior, fuera de su radio de acción, salían desenfocados.

—Mierda —murmuró mientras sacaba del cajón una barrita de Mars sobre la que se lanzó llena de frustración. Tenía ciertas posibilidades de aumentar la nitidez de la imagen, pero no podía hacer nada contra un objeto desenfocado.

Aunque, después de todo, tal vez una imagen más nítida hiciera que se viese con más claridad.

Su teléfono móvil empezó a sonar sobre el montón de papeles que había a su lado y en la pantalla apareció el nombre de Trokic. ¿Es que no podía esperar?

—¿Cómo va la cosa? —preguntó en voz alta y clara—. ¿Podremos identificarlo?

—Acabo de ponerme —contestó ella sin poder ocultar una ligera irritación—, pero ya he aumentado la nitidez. Ahora se ve un poco más claro.

—Muy bien, Lisa. Pero ¿qué me dices de ese hombre del que hablaba Jasper?

La inspectora observó la pantalla. Estaba en la parte superior de la imagen, bastante alejado de la panadería. En efecto, tenía todo el aspecto de estar esperando. Con el rostro vuelto hacia el pequeño.

—La verdad es que está bastante borroso —contestó—. Lo único que se ve es que hay una persona, probablemente un hombre. Eso si no es un fantasma. Y ya está. Puedo seguir intentándolo, aunque con este equipo las posibilidades que tengo son limitadas. Pero conozco a un *friki* que tiene un equipo de tratamiento de imagen que parece una central nuclear. Seguro que él puede mejorarla.

—Mándasela ahora mismo —le ordenó Trokic sin vacilar.

Diez minutos más tarde, Lisa tenía al teléfono a su antiguo vecino Morten Birk, también conocido como *Routeless*. Decididamente, lo mejor era que se ocupara ella de aquel contacto.

A Morten le entusiasmaban las teorías conspiratorias y la política y no tenía el más mínimo tacto a la hora de entablar una discusión. Hasta donde ella recordaba, una de esas teorías suyas consistía en que los croatas eran una panda de nacionalistas extremos que tenían la culpa de que hubiera estallado la guerra en la antigua Yugoslavia porque querían mantener a toda costa las fronteras establecidas por Hitler durante la Segunda Guerra Mundial sin tener en cuenta la composición étnica de zonas como, por ejemplo, Krajina. Según él, alemanes con similares intereses nacionalistas habrían proporcionado a los croatas armamento de los arsenales militares de la antigua Alemania Oriental y se habrían servido activamente de los medios para demonizar a los serbios. Además, sería falso que éstos habían arrasado Dubrovnik y un sinfín de tesoros culturales, y si no podía ir ella misma a comprobarlo. Lisa no tenía la menor idea de qué era blanco y qué era negro, pero lo que sí sabía era que Trokic había perdido a su padre y a su hermano en aquella guerra y que no era un buen oyente para que Morten empezara a airear sus teorías. Si le daba por ahí.

—¿Has visto la imagen? —le preguntó.

La inspectora le oía dar golpecitos rápidos con algo contra la mesa. Parecía estar dándole un repaso a la cubierta de un CD. Era como si lo tuviera delante, con el pelo de punta decolorado y el rostro lleno de marcas. Era una de las personas más nerviosas que conocía.

—Pero ¿tú qué te crees que es esto? ¿La puta NASA? Mira, quienquiera que sea está completamente borroso.

—Sí, lo sé. Por eso te lo he enviado.

—Escucha, aunque me dieras todos los equipos de la CIA, la cosa no cambiaría. Por cierto, ¿qué tal todo? —preguntó Morten.

Lisa ahogó un suspiro. Así solían ser los preámbulos de la presentación de un nuevo punto de vista en el mundo de Morten Birk. Aguardó pacientemente a que dijera que él se encontraba bien y que estaba

convencido de que Jim Morrison no había muerto en París, que todo había sido una puesta en escena y se había ido a África, tal y como había advertido que haría. Cómo había logrado Jimmy ocultarse durante décadas en aquel salvaje continente no llegaba a adivinarlo, pero a saber qué se escondía en la jungla. El llorado cantante habría escogido esa solución para huir de las hordas humanas que siempre le perseguían y para encontrarse a sí mismo, y una vez que hallara la verdad definitiva, regresaría a presentársela al mundo.

Tardó casi un cuarto de hora en soltarle toda la historia. A veces había que pagar un precio a cambio de la ayuda de un excéntrico experto, pero en esta ocasión a Lisa le habría gustado sacar algo más en claro.

—Aunque... —añadió Morten de pronto, dándole un giro completamente espontáneo a la conversación—. Conozco a alguien en Inglaterra a quien podría mandársela. ¿Algo en contra por tu parte?

Lisa intuyó un atisbo de esperanza. En el mundo de los *frikis* siempre había una salida. Respiró aliviada.

—¿Quién es?

—Un tipo del Ministerio de Defensa británico.

—Interesante. Cuéntame más —le pidió.

Después de colgar permaneció sentada unos momentos con la vista clavada en la imagen de la pantalla mientras trataba de imaginar lo que había ocurrido. De repente sintió que se le aceleraba el corazón. Arriba, en la esquina, dos conjuntos de dígitos indicaban el momento. La fecha —el primer conjunto— no era digna de atención; 04.01, ponía. Pero debajo había algo más. Dieciséis veintiocho. Al observar el contorno cuadrado de las dos cifras verdes sintió que se le helaban los músculos. No había duda de que la cámara de seguridad estaba en hora, era lo primero que había comprobado, pero acababa de caer en la cuenta de que era casi una hora más tarde de que el niño saliera de la ludoteca.

No se tardaba una hora en recorrer el breve trayecto del colegio a la zona comercial. Se tardaban diez minutos. Doce, remoloneando mucho. Lo

que estaba viendo era a Lukas de camino, sí, pero mucho más tarde de lo que creían. Entonces, ¿dónde coño se había metido el niño una hora entera?

13

Johnny Nielsen —también conocido como Johnny Poker—, que ocupaba la vivienda que había debajo de la de los padres de Lukas, se mostró reservado, rayando en la grosería. Salió a abrir la puerta a medio vestir, con unos vaqueros raídos y el torso desnudo recubierto de una simiesca capa de vello negro. En cuanto llegaron al salón, Trokic comprendió que tenía sus razones para no darles la bienvenida. El pequeño apartamento estaba repleto hasta los topes de objetos de diseño, cosa que no encajaba mucho con la existencia de alguien que vivía de una pensión de invalidez. De haber andado algo más sobrado de oscilaciones neuronales, lo habría quitado todo de en medio, porque era imposible que ignorase que la investigación de un asesinato haría que la policía curioseara un poco por el vecindario. Sin embargo, el propósito de aquella visita no era tratar de encontrar infracciones de la ley, y el comisario estaba más que dispuesto a hacer la vista gorda con alguna que otra cosilla.

Johnny los condujo tras ciertos titubeos a un salón algo revuelto con muebles de piel de línea clásica, apabullantes instalaciones realizadas con los mejores aparatos de Bang Olufsen, suelos de caoba con dibujo en espiga y una buena dosis de arte en las paredes de color crema. En un sofá dormía un individuo con una enorme barriga. Sólo una vez que Johnny lo sacudió y señaló hacia la puerta del dormitorio, se despertó y puso rumbo hacia el lugar indicado sin siquiera mirar a los recién llegados. El otro sofá estaba tomado por pilas y más pilas de ejemplares del diario *Ekstra Bladet* y la revista masculina *M* que el habitante de la casa apartó de un manotazo antes

de invitarlos a tomar asiento. Luego se abotonó los vaqueros y recogió una camiseta que había tirada en el suelo.

—No veo en qué puedo ayudaros —murmuró mientras olisqueaba la camiseta con los labios apretados antes de ponérsela.

—Tenemos que hablar con todo el mundo y determinar sus movimientos el día que desapareció Lukas —explicó Trokic una vez más.

Johnny Nielsen encendió un cigarrillo de una cajetilla de Marlboro que había sobre la mesa y aspiró una larga y densa bocanada de humo.

—Si os referís al jueves, pasé toda la tarde con unos amigos.

—¿Y ellos pueden confirmarlo o...?

—Sí, claro que pueden. Si hace falta.

—Hace. Nombre y dirección de esas personas, por favor.

Con una desgana más que evidente pintada en su rostro de ojos pequeños, Johnny les dio los datos de dos hombres. El comisario echó un vistazo por la sala. Era una extraña mezcla de tugurio y diseño, como si alguien le hubiera decorado la casa con un buen puñado de billetes y el tipo no consiguiera estar a la altura.

—Corre la voz de que aquí se juega al póquer. Con dinero.

—¿Y? Si no os ponéis de acuerdo ni vosotros mismos en si es un juego de azar o de destreza. Yo por ahora pienso seguir jugando con muñecos de nieve, cerillas, cazas a reacción o dinero, según me dé. El puto poli del pueblo se pasa la vida metiendo las narices por aquí como si fuera un perro y esto, el culo de una perra en celo. ¿No podríais dejaros de gilipollices mientras os decidís?

Soltó una carcajada insegura que dejó a la vista un montón de dientes descolocados mientras paseaba la mirada del uno al otro.

—También nos han comentado algo sobre hachís —dijo Jasper en un tono de lo más afable.

La sonrisa del pálido rostro de Johnny quedó reemplazada por una mueca confusa. A Trokic le recordaba a un minero ruso tras un par de décadas sin ver la luz del día.

—Yo de eso no sé nada. Aquí jugamos al póquer, y para eso no hay nada peor que el mareo, ¿a que no?

Pero esta vez su sonrisa no era más que una pose.

—Sinceramente, hoy por hoy nos interesa muy poco cuánto dinero se mueve en este garito y qué otras actividades turbias te traes entre manos — aseguró Jasper—, pero en vista de que estamos investigando un asesinato, queremos una lista de todas las personas que vienen por aquí.

—Pero no puedo... no les va a gustar nada que...

—Mira —continuó el inspector—, si no escupes ahora mismo una lista completa de todos los que frecuentan este antro, no me cabe la menor duda de que a nuestros maravillosos colegas les van a entrar muchas ganas de investigar más a fondo ese rumor del hachís. A los que llevan los casos de estupefacientes, se entiende. Y cuando digo completa, es completa. Si falta una sola letra en alguno de los nombres, estás jodido. ¿Entendido?

Trokic se volvió hacia Jasper mudo de asombro. Cómo empezaba la mañana. Y eso después de una larga noche viendo vídeos y registrando casas. Pero Johnny Nielsen parecía haber captado el mensaje. Estaba cabizbajo y el comisario presentía que sus ganas de cooperar aumentaban por momentos.

—Intentaré no dejarme a nadie, de verdad.

—Muchas gracias —contestó Jasper con una sonrisa.

—Nos interesa averiguar hasta qué punto conocías a Lukas —dijo Trokic.

—Pero si no conocía a ese chaval de nada. A veces le veía jugar ahí fuera, pero nunca hablaba con él. Bueno, sí, hablé con él una vez el verano pasado, un día que estaba mirando a ese puto árbol del rincón que parecía que iba a comérselo. Abrí la ventana y le grité que se diera el piro, pero creo que se asustó, porque se metió en su casa como alma que lleva el diablo.

—No sales mucho, ¿verdad? —preguntó Jasper.

—Pues no, supongo que no. ¿Debería?

—¿Y tus vecinos? ¿Qué sabes de ellos?

—¿Exactamente de quiénes? ¿De los padres de Lukas?

—Por ejemplo.

—No los conozco muy bien.

—¿No muy bien? Pero ¿sí un poco?

Se oyó un suspiro prolongado como una locomotora atascada y Johnny apagó el cigarro en el cenicero.

—Bueno, sí. Karsten baja de vez en cuando a echar una partidita con nosotros.

—¿Qué quiere decir de vez en cuando? —se interesó Trokic.

Johnny Nielsen se encogió de hombros.

—Nada fijo.

—Venga, joder —le apremió Jasper, que no parecía andar sobrado de paciencia—. ¿Cuánto juega?

—Igual un par de noches a la semana. A veces más, a veces menos. Lleva sin venir desde el mes pasado, que yo recuerde, pero hay que tener en cuenta que ha sido Navidad. El seno de la familia y todo eso.

—¿Y dices que no le conoces muy bien?

—Joder, que no nos dedicamos a contarnos nuestra vida privada en medio de una mano. Él aquí viene a jugar, y no hablo con él de nada más.

—¿Nada de nada? ¿Tampoco de detalles sin importancia? Al fin y al cabo sois vecinos.

—No, de nada.

Jasper se recostó en el respaldo con aire resignado.

—¿De qué cantidades estamos hablando? —acudió en su ayuda el comisario.

—Pues varía. No tengo la menor idea de cuánto ha podido gastarse. Algunos apuestan mucha pasta y otros, muy poca cosa.

—¿Se le da bien el póquer?

—No especialmente. Sólo juega al Texas Hold'Em, ninguna otra variante. Y es como un libro abierto. Demasiado *tight*.

Trokic echó otro vistazo por la habitación y luego volvió a observar a Johnny Nielsen y el Cartier que llevaba en la muñeca. ¿De verdad era tan rentable jugar al póquer con los tiempos que corrían?

—¿Y la madre?

—No.

—Que no ¿qué?

—Ella no viene por aquí. La saludo en la escalera, *that's it*. Es un poquito sargento. Sinceramente, no tengo una mierda que contar.

Trokic se levantó y sacó su tarjeta una vez más.

—Contamos con esa lista mañana a más tardar.

Cuando salieron al patio el aire era más frío.

—Menudo nido de ratas que tenemos al ladito de la víctima —murmuró Jasper mientras se subía la cremallera del plumífero hasta la nariz, dejando visibles solamente los ojos—. No me extrañaría que hubiera algún perverso por ahí.

El comisario levantó la vista hacia las ventanas de la casa con aire pensativo mientras jugueteaba con las llaves del coche.

—Vamos a esperar a tener esa lista —dijo al fin—. Y ahora vamos al lugar donde empezó todo esto.

—¿Que es...?

—La ludoteca.

14

Tina Witt, la directora del centro, era más joven de lo que esperaba, una mujer menuda que se acercaba a los treinta, sin maquillaje, con el pelo teñido de henna recogido en una cola de caballo y unos kilitos de más desparramados por encima de la cintura de unos vaqueros negros. Nada más empezar a hablar dejó claro que procedía del sur de Jutlandia.

—Pueden llevarlas ahí y sentarse.

Señaló hacia dos sillas con fundas azules que había en una esquina del despachito mientras ella se sentaba en el borde de la mesa. La habitación estaba prácticamente tapizada con dibujos infantiles, como si todos los niños hubieran estado compitiendo por hacerse con un lugar en las paredes. El resultado era de lo más colorido.

—Supongo que habrán venido a preguntarme por mis colaboradores, ¿no? —comenzó Tina Witt—. Lo comprendo perfectamente, pero puedo asegurarles que nadie del centro ha tenido nada que ver con el caso.

—Parece muy segura —contestó Trokic, que había esperado un recibimiento algo más afligido por parte de una persona que trabajaba con niños—, pero en realidad sólo intentamos excluir esa posibilidad controlando los movimientos de cada uno a la hora de la desaparición de Lukas.

—Conozco a la gente que trabaja conmigo. Ninguno de ellos sería capaz de algo así. Se lo garantizo. Los conozco a casi todos desde hace varios años. Además, la mayoría estábamos trabajando cuando Lukas se marchó. Teníamos intención de celebrar una reunión de personal a las

cinco, cuando se fueran los últimos niños, de modo que los empleados que normalmente acaban su turno antes se quedaron hasta más tarde. Sólo faltaban dos personas del equipo de la mañana.

—¿Lukas también venía por las mañanas? —preguntó Trokic.

—No, y las dos son madres de familia. No iré a sospechar de ellas, ¿no?

Ambos policías guardaron silencio. Jasper garabateó unas líneas en su libreta.

—Le decía que teníamos pensado reunimos pasadas las cinco — prosiguió la directora —, pero en el transcurso de la reunión nos enteramos de la desaparición del niño. Sus padres vinieron a preguntar a qué hora se había marchado Lukas exactamente. Le dedicamos algo de atención al asunto, pero después nos dio tiempo más o menos a ver el orden del día y mandé a la gente a casa entre las cinco y media y las seis. Yo me quedé un poco más por si me necesitaban y aproveché para ocuparme del papeleo pendiente. A las siete y media, en vista de que no había tenido noticias, me fui a mi casa.

—Nos gustaría tener un listado de qué empleados se encontraban en el centro el jueves por la tarde con total seguridad y cuáles no.

—Ya lo he hecho, he sido previsor.

Les tendió un folio con una serie de nombres anotados.

—Ahí está el nombre de cada uno y sus funciones.

Trokic le echó una ojeada, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Y está completamente segura de que son estas personas y estas horas?

Por un momento percibió un débil temblor en la comisura de los labios de la directora, pero luego la vio asentir enérgicamente.

—Es muy importante —insistió Jasper.

—Ya, pero es que estoy segura.

—¿No tienen ningún empleado eventual que quede un poco al margen de la rutina diaria del personal fijo? —quiso saber el comisario—. Me refiero a estudiantes, alumnos en prácticas, suplentes y demás.

—Pues sí, Adam. Es nuestro sustituto fijo. Auxiliar de educación infantil. Pero estaba aquí también porque iba a asistir a la reunión; había un par de puntos en el orden del día que también le afectaban a él.

Se le suavizó la voz y bajó la mirada.

—Fue Adam quien salió a despedir a Lukas cuando se fue, la policía habló con él ayer cuando el niño aún no había aparecido y algunos de sus compañeros también. Estaba hundido.

Trokic asintió. Ya había visto su nombre en uno de los informes.

—¿Qué tal se encontraba Lukas aquí? —quiso saber Jasper.

—He de reconocer que no le conocía demasiado. Desde que me nombraron directora, hace dos años, ya no tengo el mismo contacto con los niños. Pero está claro que no ha habido grandes problemas con él, de lo contrario me habría enterado. Aunque creo...

Tina Witt frunció el ceño y se quedó mirando hacia la pared con aire ensimismado.

—¿Sí?

—No, nada. Creo que pasó algo con un conejo, pero la verdad es que no recuerdo si era él... No, me temo que no puedo decirles gran cosa de Lukas. Sólo me viene a la cabeza un niño alegre. Van a tener que hablar con las educadoras del grupo al que van los alumnos de segundo si quieren más información. Las tienen en la lista.

—¿Y tampoco conocía a los padres? —insistió Jasper.

Aquella mujer menuda contestó con un gesto negativo que hizo que su coleta se bamboleara de un lado a otro.

—No, si les soy sincera, ni siquiera sabía quiénes eran hasta que aparecieron en la puerta el jueves preguntando dónde estaba Lukas.

—En fin —se resignó Trokic—, creo que por el momento no tenemos más preguntas.

Concluyó la conversación con las formalidades de rigor y poco después volvían a estar en la calle. Tenía el presentimiento de que allí no se les había perdido nada. Absolutamente nada.

15

Mathias Riise aplastó su pelo corto y negro contra la pared donde estaba el póster del Linkin Park y apretó los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas. Su cabeza era un hervidero de ideas que le invadían todos y cada uno de los rincones de la mente. El miedo le atenazaba los músculos y su respiración era acelerada y superficial. Habían hablado con Jonna, su madre, y después habían ido a casa de Johnny Poker. Johnny el Marica, con sus elegantes cachivaches de diseño. ¿Cuántas veces pensaba ir la policía a husmear por allí? Ya había habido otra patrulla merodeando la casa el día anterior y Mathias no quería que se metieran en sus asuntos. Esa gente escudriñaba y buscaba hasta debajo de las alfombras. Descubría secretos.

Allí el ambiente era bastante sombrío, y con la muerte de Lukas se había vuelto más negro que un cementerio. No le extrañaba que su hermano Frederick pasara cada vez más tiempo en casa de su amigo Thomas. Desde que había aparecido el tal Thomas, al chaval prácticamente no se le veía el pelo. Por suerte para Frederick, su amigo se movía con gente del mejor Mårslet. Peor lo tenía su hermana Julie, que paseaba sus rizos rubios por el barrio en soledad, al menos ahora que su amiguito Lukas había desaparecido del panorama. Algo raro le pasaba. Tenía una visión de la realidad un poco problemática e iba por la vida mintiendo a diestro y siniestro.

Miró de reojo hacia una carta que había sobre su escritorio. Llevaba allí desde que su madre la había sacado del buzón por la mañana. No estaba

franqueada y tenía su nombre escrito en el anverso. Presa de un mal presentimiento, la había dejado sin abrir.

No había querido oír la conversación de su madre con la policía, aunque por el tono de voz de Jonna al abrir la puerta sabía que uno de ellos era un hombre.

Además, no quería que le recordaran a Lukas. Sus recuerdos estaban bien guardados y empaquetados en un enorme cajón oculto en el último rincón de su alma que no tenía la menor intención de vaciar delante de extraños. ¿De qué iba a servir? El crío estaba muerto. Respiró hondo.

Después sacó una bolsita que escondía detrás de la cama. Varios cigarrillos de la risa comprados en casa de Johnny Poker en el mayor de los secretos. En realidad, era de lo más inocente en comparación con las botellas de *whisky*, el éxtasis y el *speed*, según gustos, que consumían los demás chicos de su edad. Lo único malo era el olor, pero podía permitírselo hasta cierto punto. Encendió uno de sus recién adquiridos porros, apartó una maceta mustia y abrió la ventana de marco morado. El frío del jardincillo donde el peso de la nieve bamboleaba las ramas del manzano invadió el cuarto hasta hacerle jadear.

¿Cómo sería morir estrangulado? ¿Cuánto tiempo se notaría el hilo contra la fina piel del cuello antes de quedar inconsciente? ¿Diez segundos? ¿Dos minutos? ¿Habría sentido frío al hundirse en las gélidas aguas del arroyo? ¿Habría percibido el agua helada como mil agujas clavándosele en la piel? No estaba muy seguro de querer saberlo.

Puso una canción de Nephew muy bajito en el equipo. Su madre no soportaba que oyera música, así que eso era mejor que nada y evitaría que se le presentara allí como una flecha. La hierba le calmaría los nervios, le sacaría de la cabeza aquel torbellino de ideas. La vergüenza se esfumaría. Y olvidaría todo lo que había pasado. Por lo que a él se refería, ya pertenecía al pasado. Ahora era mayor y, por primera vez en su vida, comprendía el verdadero valor de haber dejado atrás el mundo de la niñez.

Contempló el jardín nevado y de pronto le vino a la memoria la imagen de su madre en el exterior de la casa. ¿A qué habría salido la noche anterior a la desaparición de Lukas? Antes de la tormenta de nieve. Llevaba varias prendas colgando de un palo. Con el ceño fruncido, se echó en la cama y

lanzó un suspiro. Para ella ya era tarde. Julie y Frederick eran lo único importante.

El porro empezaba a hacer efecto lentamente y Mathias le echó otro vistazo al sobre del escritorio. Sus sentimientos se habían convertido en vaporosas nubecillas de algodón que flotaban a la deriva en los alrededores de su conciencia. Quería abrir el sobre. ¿Sería una carta de amor? Lo cogió con determinación y rasgó un extremo. Una notita salió de su interior y fue a parar al suelo. Incluso a distancia pudo leer las dos frases escritas a lápiz.

SÉ LO QUE HAS HECHO. CONOZCO TU SECRETO.

Se quedó mirando fijamente el papel. Eran unas mayúsculas ligeramente inclinadas que volvían las palabras anónimas. La niebla empezó a cerrarse en su mente con la misma rapidez con la que se había levantado y se sintió invadido de terror. Alguien quería hacerle daño.

16

Trokic aparcó en Bedervej, detrás de un descomunal montón de nieve de hechura cubista que se había ido formando a base de sucesivas visitas de la máquina quitanieves, y atravesó parte de un campo para llegar al lugar de los hechos, a la orilla del Giber. Gracias al cordón policial, que aún seguía allí, aleteando al viento, el área delimitada resaltaba en el uniforme paisaje desde cierta distancia. Esa misma mañana había enviado dos equipos a revisar las casas de la zona con la esperanza de que encontrarán la escena del crimen, pero sus primeros informes telefónicos habían sido algo mustios y consistían, sobre todo, en invocaciones frustradas y desorientadas manifestaciones de lo que les gustaría «hacerle a ese cerdo cuando lo cogieran». Al menos los agentes estaban calentitos.

El agua del arroyo bajaba con fuerza y el nivel parecía haber aumentado ligeramente. El policía local le había contado que el Giber ocupaba un lugar muy destacado en la historia del pueblo y en la conciencia de sus habitantes. Sin embargo, ahora las aguas discurrían negras e inquietas y la idea de que alguien hubiera abandonado a un niño en el gélido elemento confería a aquel lugar un aire rudo y poco acogedor. El comisario imaginaba perfectamente la indignación de los vecinos ante aquella atrocidad, que no sólo había puesto fin a una vida joven e inocente, sino que además transformaba su santuario oficioso en algo sucio y cruel. Y el miedo que de repente había embargado a todos los padres.

Contempló el lugar intentando comprender, pero era como si aquel sitio se negara a hablarle. Como si la nieve cubriera el delito. Llamó al centro técnico y pidió que le pasaran con Kurt Tønnes, el jefe de los peritos. Al otro lado de la línea se oyó un bufido irritado que tradujo como «me pillas ocupado en otra cosa, ¿no puedes esperar a que te mande el informe más tarde?». No, no podía.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó Tønnes mientras ilustraba su quehacer con elocuentes ruidos que obligaron a Trokic a apartarse el auricular del oído.

—El sedal. ¿Le habéis echado un vistazo?

—Me temo que ahora lo llaman línea de pesca —dijo el perito—, y sí, Jan se ha pasado toda la mañana hablando con el fabricante y con varios distribuidores de la ciudad. Se trata de un hilo de fusión de 0,25 mm de la marca Berkley Fireline en color blanco. Es relativamente común y lo venden en bastantes sitios de internet.

—¿Para qué sirve?

—Por lo visto es muy corriente para la pesca del salmón y la trucha. Yo no soy pescador, pero dicen por ahí que es estupendo.

—O sea, que es de alguien que ha pescado en el arroyo. Eso ya nos lo imaginábamos. ¿Y es muy caro? ¿Tenéis precios?

El perito revolvió unos papeles y le dio una cifra.

—Bueno, entonces no parece muy probable que nadie se dejara una bobina por ahí tirada —concluyó Trokic.

Echó a andar de un lado a otro para entrar en calor. Su cazadora de cuero no estaba mal en otoño y durante las primeras semanas del invierno, pero no era lo más adecuado en condiciones polares. Además, su mano izquierda, con la que sostenía el teléfono, empezaba a entrar en estado de congelación. Al menos ésa era la sensación que tenía.

—¿Me pasas con Jasper, por favor?

Al cabo de unos segundos tenía al inspector al aparato.

—Localízame a unos cuantos pescadores por la zona y averigua si alguno de ellos usa un hilo Berkley Fireline de 0,25 mm de color blanco. Y si no hay suerte, pregúntales si saben de algún pescador, no importa que sólo sea un aficionado, que utilice ese hilo. Supongo que durante la

temporada habrá mucha gente que baje a pescar al arroyo y que muchos de ellos se conocerán.

—Claro. También puedo preguntar en las tiendas de pesca deportiva y en los foros de internet.

—Sí, y ponte en contacto con los distribuidores para que te den una lista de personas a las que les han vendido esa marca. Es muy probable que las tiendas *online* conserven los datos de los compradores y si tenemos suerte nuestro hombre comprará en internet.

—Voy a acabar juntando varios miles de nombres, así que hablamos dentro de un par de años —suspiró Jasper.

—Que te echen una mano Anne Marie o Ahmed si la cosa se pone muy cuesta arriba.

—Vale. Ya te cuento.

Al otro extremo de la línea colgaron con un chasquido.

En ese instante, Trokic reparó en una joven de cerca de treinta años que retiraba la nieve de la entrada de la casa más cercana con una pala. Con las nubes que oscurecían el cielo amenazando con dejar caer su carga de un momento a otro, parecía un proyecto digno de Sísifo. El comisario puso rumbo hacia allí de inmediato y le mostró la placa. Ella le echó un rápido vistazo.

—Comisario Daniel Trokic. Soy de la policía judicial.

—¿Sí? Ya he hablado con algunos colegas suyos. Estuvieron registrando la casa, pero no encontraron nada. ¿Ya han encontrado el sitio donde le mataron?

—Todavía no.

—La verdad es que no les fui de gran ayuda.

Le explicó que unos amigos le habían prestado la casa mientras recorrían Nueva Zelanda. Hablaba despacio porque estaba acalorada después del trabajo con la pala y se recogió los largos cabellos castaños en una espesa coleta. Cuando la sujetó con una goma que se sacó del bolsillo, Trokic entrevió por un instante un pequeño tatuaje que llevaba junto a la oreja. ¿Qué era? ¿Un delfín?

—Entonces, ¿no es del pueblo? —se interesó.

—Sí, me crié aquí, pero ahora vivo en el centro de Århus. Sólo he venido a escribir mi tesina.

—¿Qué estudia?

—Arqueología Marina.

La joven esbozó una sonrisa casi de disculpa, como si se sintiera obligada a dar explicaciones.

—Eso suena a barcos hundidos, ¿no? —apuntó él.

—Sí, sobre todo barcos hundidos y asentamientos humanos. Muchos asentamientos de la Edad de Piedra quedaron cubiertos por el mar hace seis mil años.

—¿Conocía al niño al que han matado? ¿O a su familia?

Ella dejó la pala y se secó el rostro. El comisario observó que tenía varias cicatrices en la cara. Diminutas. Como si se hubiera cortado con algo infinitamente pequeño y afilado. Tenía una de un milímetro junto a la comisura de los labios y otra bajo el ojo derecho. Su mirada era firme, pero tras sus ojos de color gris azulado se escondía cierta reserva.

—Sólo conozco al padre de vista. Es el hermano mayor de uno de mis antiguos compañeros de clase.

Trokic sacó su tarjeta y se la tendió con los dedos anquilosados de frío.

—¿Le importaría echarle un vistazo de vez en cuando a esa especie de monumento improvisado y llamarme si advierte cualquier tipo de conducta sospechosa?

Señaló hacia el punto donde acababa la zona acordonada y se extendía un mar de ramos de flores.

—Claro que no. Se ve desde la ventana de la cocina. Ya ha venido mucha gente. La mayoría deja una flor y se vuelve a marchar.

—Ya, pero llámeme si alguien hace algo extraño o viene repetidamente.

La joven estudió la tarjeta que le había dado. En sus labios se insinuó una agradable sonrisa de medio lado.

—No se preocupe, lo haré.

Regresó al pequeño remanso donde había aparecido el niño y se quedó contemplando el punto donde se acumulaban las ramas. ¿Por qué lo habrían

tirado al agua? El Giber no era muy hondo y en varios puntos se podía cruzar casi sin llegar a mojarse los zapatos. No era un río cuya corriente pudiera arrastrar aquella terrible historia consigo al fondo o llevarla hasta el mar, y tampoco un océano donde un cadáver pudiera desaparecer para no volver jamás.

No obstante, el agua siempre era una ayuda a la hora de destruir pruebas periciales, y muchos asesinos lo sabían perfectamente y lo tenían en cuenta a la hora de deshacerse de su carga. Sin embargo, la situación de la víctima entre las ramas tan cerca del pueblo parecía más bien fruto de un impulso. De la desesperación. ¿Por qué no conducir el cadáver a un lugar más aislado y abandonarlo allí? Cualquiera de los lagos de la zona habría sido una elección más acertada.

Recordó lo que había dicho Lisa acerca de la hora que se veía en la imagen del vídeo. Lo había comentado con el guía canino a cargo de Kashmir y le había preguntado si cabía la posibilidad de que el animal hubiese perdido el rastro entre la nieve de Hørretvej, pero el guía no había dado su brazo a torcer e insistía en que al crío tenía que habérselo llevado un coche poco después de salir de la ludoteca. Luego siguió una larga perorata sobre el curso avanzado de rescate en avalanchas al que el pastor alemán había asistido en Austria, rematada por la frase: «Kashmir nunca se equivoca».

En ese momento sonó el teléfono. Era David Olesen, el policía local. Hablaba con una voz grave y oronda y Trokic recordó que era un gigante de cerca de dos metros con una caja torácica como el parachoques de un Chevrolet antiguo.

—Me he acordado de una cosa —rezongó.

—¿Sí?

El comisario sacó la cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo. La ley antitabaco acababa de quedar derogada, decidió en solitario.

—Todo parece indicar que Lukas Mørk estuvo cerca de algún fuego.

—Sí, en efecto. El forense confirmó que se trataba de quemaduras. Esta mañana hemos mandado algunos efectivos a buscar sitios quemados por la zona, pero por ahora no ha habido mucha suerte. Ése es uno de los grandes misterios del caso.

—Me gustaría enseñarte una cosa. ¿Podemos vernos en Mårslet mañana por la mañana?

—Sí. ¿De qué se trata?

David Olesen respiró con pesadez y al fin dijo:

—Creo que el culpable ya ha actuado otras veces. De otra manera.

La noche que empezaba a caer se cernía sobre la casa junto con la blanca helada haciendo enmudecer los últimos coletazos de tráfico de la carretera. A lo largo de la tarde, Sidsel había dado cuenta de toda una cafetera, medio bollo de pan con paté de aceitunas y tres capítulos de un tratado en inglés sobre las repercusiones del clima en los asentamientos de la Edad de Piedra sumergidos en aguas territoriales danesas. Su tutor, un entusiasta investigador cincuentón, la había convencido para que escribiera acerca de los peligros que amenazaban los asentamientos en lugar de emplear la artillería en describir los restos de alguno de los innumerables naufragios que rodeaban Dinamarca, que había sido su intención original.

Los asentamientos sumergidos de la Edad de Piedra estaban siendo destruidos y las causas eran muchas, desde el fuerte oleaje submarino producido durante tormentas y huracanes hasta la muerte de cangrejos, poliquetos, teredos y zosteras a consecuencia de la contaminación. Y no había suficientes arqueólogos marinos profesionales para estudiar los asentamientos y garantizar su supervivencia antes de que se perdieran. Su tesina incluiría, además, distintas propuestas para solucionar el problema, algo que en aquellos momentos se sentía completamente incapaz de abordar.

Acababa de servirse otro café cuando volvió a oír el pitido del sueño del día anterior. Soltó el libro y se levantó dando un respingo. Sonaba claramente como si procediera de algún rincón de la casa. Un sonido fuerte a intervalos de cinco segundos. Tres veces. Luego calló. Descubrió que el

corazón le latía con fuerza. ¿Se habría quedado dormida leyendo sin darse cuenta y lo estaría soñando? ¿O vendría de fuera? Corrió hacia la puerta principal y la abrió, pero no se veía a nadie. El policía moreno de la penetrante mirada azul marino y el nombre extraño con quien había hablado había desaparecido hacía largo rato.

Tras un minuto escudriñando el paisaje invernal en la incipiente oscuridad ya no estaba tan segura. No era la primera vez que tenía aquel sonido metido en la cabeza. Lo habría imaginado, o habría dado alguna cabezada y lo habría soñado. Volvía a nevar copiosamente. Copos de distintos tamaños se deslizaban lentamente por la luz de la escalera danzando de costado antes de tocar tierra. La temperatura había descendido algunos grados más y el arroyo estaba flanqueado por un paisaje casi ártico. Un par de grados menos y podrían invitar a unos cuantos lobos blancos. Había algo infinitamente sencillo en el modo en que la naturaleza se había hecho con el control, algo que sólo sentía cuando el mar se cerraba sobre ella y se quedaba a solas con la vida que había bajo las aguas.

Tras comprobar que fuera todo estaba tranquilo, regresó a la cocina y cambió el café por una copa de vino de la botella empezada que había sobre la encimera.

Después de la visita policial de la mañana no lograba encontrar sosiego en aquel lugar. Se fijaba en todos y cada uno de los sonidos de la casa. Murmullos. Maderas que crujían, el débil aliento de la campana extractora de la cocina.

Por la ventana, en medio de la suave oscuridad, vislumbró una silueta inclinada sobre el monumento con la cabeza gacha y los brazos colgando inertes a los lados. Con el cuello encorvado como un gran pájaro triste. Cuando la figura se volvió hacia la casa como si hubiera presentido su mirada, reconoció la cabeza grande y calva de Karsten Mørk, el padre de Lukas, y se estremeció ante la idea de que la observara.

Algunas horas antes se había acercado hasta allí y había visto que habían dejado gran cantidad de ramos y coronas junto al cordón policial. Había cartas de pésame protegidas de la humedad con plástico y alguien había colocado pequeños soportes con lamparillas de cera encendidas. También se veían algunos ositos de peluche metidos en bolsas de plástico.

Al pensar en el niño sintió un pinchazo en el estómago y por un momento se vio inundada de un mar de recuerdos. Knud, que quería tener hijos. Que la presionaba. Que la limitaba. Y que, cuando al fin se había quedado embarazada tres años atrás, le decía: «No quiero que sigas buceando». Y ella que guardó silencio. Porque no pensaba así. No se atrevía a pensar así. Aunque era peligroso. Sobre todo las inmersiones que había realizado en el Mar Rojo, donde a veces los restos estaban en fila india. Podía haber una serpiente enganchada. Podía haber algún fallo en el equipo. Y la enfermedad de los buzos. En ocasiones resultaba imprevisible y, sin que nadie supiera por qué, uno se ponía enfermo a pesar de haber realizado todas las paradas de seguridad estipuladas y seguido todas las normas. El problema estribaba en que los más interesantes siempre eran los restos nuevos aún por descubrir, que por lo general también eran los más peligrosos porque no estaban documentados. Conocía de oídas y también de primera mano a varios buzos expertos que habían perdido la vida en Elphinstone engañados por la corriente, aunque una vez que morían unos cuantos, parecía que el lugar merecía un poco más de respeto. Ella misma había sido una pionera, pero ahora por primera vez la palabra *irresponsable* había entrado a formar parte de su vocabulario y lo veía en los ojos de la gente cuando hablaba de inmersiones o de su época en Egipto. *¿Es que piensa seguir cuando nazca el niño?*

Al cabo de algún tiempo dejó de sacar el tema y al final terminó por no enseñarles más las fotos submarinas a las visitas. Por último se dio de baja en los dos clubes de buceo de los que era socia. No porque no quisiera seguir pagando la cuota, sino para que dejaran de mandarle unas revistas mensuales o trimestrales que solían estar repletas de imágenes de su país y también del extranjero.

Un día empezó a sangrar. A los tres meses de embarazo había perdido el niño. Sin razón aparente. Volvieron a intentarlo, sin fortuna. Cuando al verano siguiente anunció sus intenciones de acabar la carrera de Arqueología cursando la especialidad de Arqueología Marina, él lo tomó como una renuncia a su relación. Tal vez lo fuera. Jamás dejaría de preguntarse si había expulsado a aquel niño de su cuerpo voluntariamente.

Un movimiento en el monumento a Lukas captó su mirada y la sacó de sus recuerdos. Un segundo hombre acababa de sumarse al primero y parecían mantener una acalorada discusión, porque ambos gesticulaban mucho. De repente, Karsten Mørk se dio la vuelta y regresó a través de los campos. Después de dudarlo un instante, el desconocido echó a correr tras él. Sidsel permaneció inmóvil dándole vueltas al episodio que acababa de presenciar. ¿Por qué pelear o discutir en un lugar llamado a ser un remanso de paz? ¿Debería decírselo al policía que había conocido? Su tarjeta de visita estaba sobre la mesa de la cocina. Daniel Trokic, se llamaba. Tras reflexionar un poco, decidió que si volvía a tropezar con él se lo mencionaría.

18

Lisa dejó el bolso en el recibidor y de una patada se quitó los zapatos en el pasillo, ya de por sí algo atestado. Eran las once y cuarto de la noche y Trokic la había mandado a casa a dormir. No había tenido que decírselo dos veces. Estaba tan agotada después de media noche delante de una pantalla de ordenador que cada vez que cerraba los ojos veía cuadraditos.

—¡Hola! —gritó.

—¡Hola! —se oyó que contestaba una voz desde el salón. El saludo era más bien una especie de graznido y no había salido de Jacob, sino de *Flossy Bent P.*, el enorme guacamayo de Lisa. Quizá hubiera ido a comprar algo de comida para llevar. Cuando estaba de visita se había convertido en una rutina que comprase comida china si ella volvía tarde a casa. La verdad era que se había quedado asombrada al comprobar lo fácil que era desarrollar rutinas en una relación estable. Se colaban por la puerta de atrás cual pequeños y astutos caballos de Troya, y cuando querías darte cuenta te encontrabas sentándote en la misma postura en el sofá todas las noches y comprando mecánicamente los yogures favoritos de tu pareja sin pararte ni a pensarlo. Y poco a poco se iban abriendo paso hacia la idea de un futuro en común y evocando deseos y esperanzas.

Pero, pensó, también era una manera de introducir cierto grado de seguridad, y ella se sentía a gusto y presentía que Jacob también. A fin de cuentas, lo que los unía eran los valores y el sentido del humor que compartían.

En un plano más general se planteaba, sin embargo, una gran incógnita. Jacob seguía teniendo su casa y su día a día en Copenhague y ella, en Århus. Si pretendían construir algo permanente juntos, uno de los dos tendría que ceder, y ambos habían encontrado el trabajo de sus sueños, Jacob en la Brigada Móvil y Lisa en su actual departamento. Al mismo tiempo, a ella no se le escapaba que su curva de la fertilidad estaba en claro descenso hacía ya varios años. En otras palabras, tenía el cuerpo infestado de hormonas de mamá gallina y el más simple anuncio de pañales bastaba para ponerla a cien. Casi todas sus amigas habían sido madres hacía ya mucho tiempo y algunos de sus retoños —chicas— se habían convertido en adolescentes y todo, criaturas de sexo femenino menstruantes y con capacidad reproductora que corrían el riesgo de parir ejemplares de la raza humana antes que ella, relegándola así al plano de abuela a la humillante edad de treinta y cinco años. Una circunstancia que no la hacía sentirse precisamente más joven. Pero el pragmático Jacob no quería ni oír hablar de hijos mientras vivieran cada uno por su lado.

Se metió en el cuarto de baño, se quitó los calcetines y los echó al cesto de la ropa sucia que había bajo la mesa. Luego introdujo un pie en una pantufla de borrego que estaba tirada sobre la báscula. Su apartamento, situado en Frederiksgade, no muy lejos de la comisaría, era viejo y le dejaba los pies igual de helados en invierno que en verano. De repente sintió un hormigueo en un dedo y apartó el pie con un chillido. Cuando se agachó a ver qué había provocado aquel leve cosquilleo descubrió una araña inmensa que salía de la zapatilla y se alejaba corriendo por el suelo. Otro grito más y Lisa huyó del baño con el corazón desbocado.

—*Fuck* —dijo *Flossy* desde su percha.

Gracias a Nanna, la sobrina de diecisiete años de Lisa, el pájaro dominaba un pasmoso repertorio de palabras malsonantes.

—Pues sí, tienes razón —contestó ella acariciándole las verdes plumas de la cabeza, cosa que al guacamayo le encantaba. Después se sentó en el sofá a hacerle los honores al cuenco con restos de palomitas que había sobrado de la víspera mientras esperaba a Jacob y reflexionaba acerca de los acontecimientos del día.

Tenía la impresión de que Lukas había sido un niño alegre y normal que iba, aparentemente, bien en el colegio. Nada, absolutamente nada indicaba que hubiera sido víctima de abusos sexuales en casa o fuera de ella ni antes de su muerte ni en relación con ella, pero a pesar de todo no lograba apartar de su mente la idea de que había habido un móvil sexual. Vació el vaso y apoyó la cabeza en los blandos cojines del sofá. Tal vez le diera tiempo a echar una cabezadita antes de que Jacob terminase de hacer cola.

Cuando la puerta de la calle se cerró de golpe, dio un respingo. Se había quedado traspuesta un instante y había tenido un sueño de un segundo que la había llenado de desazón. Unas imágenes fluctuantes de colores vivos. Pero no conseguía recuperarlas. Por alguna razón, estaba pensando en su abuelo. Miró el reloj. Eran las doce menos cuarto. No se podía tardar tanto en ir a buscar una caja de comida china. No obstante, Jacob llevaba en la mano una bolsa de su tienda habitual.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, a sabiendas de que su tono resultaba inquisitorio.

—En jefatura. Los de Copenhague se han enterado de que estaba por aquí y me han puesto a trabajar en el caso. Mañana vendrá más gente.

Lisa se incorporó en el sofá y le observó. Estaba muy gracioso con el pelo rubio, corto y algo de punta lleno de nieve, pero tenía una mirada pensativa que le encogía el corazón, una extraña expresión ausente que no había visto antes. ¿Tanto le había afectado aquel caso?

—¿Con quién has hablado?

—Con Daniel.

—¿Y no podrías quedarte aquí para siempre? —le sonrió con la sensación de que había algo que no le contaba.

—Agersund no quiere que tú y yo estemos en el mismo sitio —le recordó—, así que uno de los dos tendría que pedir el traslado a otro departamento. ¿Te apetece?

—No —admitió ella—. O sea, podría planteármelo.

—Y la comida, ¿te apetece?

—Sí.

—¿Y yo?

—También.

Jacob sonrió con picardía y dejó la bolsa sobre la encimera.

—¿Qué te apetece más? ¿La comida china o yo?

—¿Y no se pueden tener las dos cosas?

La atrajo hacia él y la besó con delicadeza.

—En ese caso, sólo hay que decidir en qué orden —concluyó.

Lisa se despertó sobresaltada. Después de hacer el amor y cenar, se había quedado dormida en el sofá mientras él veía *Chacal* en la tele. Era el mismo sueño que horas antes había despuntado tímidamente en su conciencia, aunque en esta ocasión sí logró retener las imágenes. Se trataba del reloj de pie gris azulado del salón de Jonna Riise, la profesora que vivía en el anejo de Skellegården a la que habían interrogado ese día. La habitación la oprimía de manera claustrofóbica y el reloj la atronaba con su tictac. Había algo en aquel reloj que la llenaba de desazón y hacía que sintiera un frío glacial en el estómago. Jacob, a su lado, también se había dormido, y en la tele había anuncios. Intentó rastrear su memoria en busca de otras personas que tuvieran un reloj similar, pero fue inútil. Sus abuelos eran dueños de un reloj de pie que, aunque era marrón con las líneas rojas, se parecía mucho al que había visto unas horas antes. ¿Serían los últimos coletazos de un recuerdo que hacía aflorar a su subconsciente la agonía de su abuelo, enfermo de cáncer de pulmón, en su sala de estar? Era una posibilidad, pero no acababa de encajar. Con la sensación de que el mundo era de hielo, se acurrucó junto al cuerpo dormido de Jacob.

Domingo

7 de Enero

19

Llevaban cerca de cinco minutos de trayecto y se encontraban a medio kilómetro de Mårslet en dirección sur. Tras recorrer el último tramo por un caminillo de tierra desierto, se detuvieron delante de una antigua granja en forma de U. Al girar frente a la roja casita principal, el viejo Toyota gris del policía local derrapó, haciendo saltar la gravilla que había bajo la nieve. El sol salió un instante y convirtió aquel lugar en algo idílico. La nieve reflejaba sus rayos y por unos momentos Trokic sintió su calor y la ingente cantidad de luz que le hería la retina.

—Se ve que las quitanieves no vienen mucho por aquí —comentó al salir del coche.

Sus zapatillas deportivas desaparecieron de inmediato en un montículo blanco y notó de inmediato un frío húmedo en los calcetines. Debería haberse vestido para salir por el campo. O al menos para protegerse del frío del invierno. El alto y canoso agente se había abrigado con sensatez con un contundente chaquetón acolchado verde, botas militares, una bufanda de lana tejida a mano y unos guantes.

—Aquí viven Tom y Bente Jensen con sus tres hijos —le explicó David Olesen—, aunque ahora mismo no hay nadie. Los he llamado antes de salir. Tenían que ir a unas bodas de plata, pero han dicho que podíamos echar un vistazo sin problema.

—¿A qué hemos venido? —preguntó el comisario mientras trataba de sacudirse la mayor cantidad de nieve posible de las zapatillas.

—Vamos a la parte de atrás, te lo enseñaré.

Trokic atravesó el patio al trote tras el enorme policía y dio la vuelta por detrás de un establo enjabelgado con un tejado de fibrocemento recubierto de musgo. Oía a algo que creyó identificar como boñigas, aunque no estaba seguro. El hedor procedía de un humeante montón de estiércol situado treinta metros a su izquierda. Del establo salía un tintineo de cadenas y un raspar de pezuñas. Esperaba no tener que entrar ahí. Desde que a los ocho años le mordió una vaca blanquinegra durante una excursión escolar a una granja, su entusiasmo por los asuntos alimentarios de cuatro patas cabía en un puño. Y la cosa no mejoró precisamente cuando el granjero le miró con aire escéptico y se obstinó en asegurar que todo había sido producto de la imaginación del pequeño Daniel. Las vacas no mordían. Nunca, insistió. Pero sí, aquella vaca, sí.

Un resoplido rompió el silencio.

—¿Qué animales tienen? —preguntó.

—Algunos caballos y vacas.

—Y ¿de qué color son las vacas?

—Hasta donde yo recuerdo, blanquinegras.

El policía le lanzó una mirada extraña antes de añadir:

—Pero sólo las tienen por *hobby*. Vamos, es en la parte de atrás.

Detrás del establo había sembrados y los restos de una construcción anterior. Estaba rodeada de unos árboles altos cuyas últimas hojas, marchitas y cubiertas de nieve, susurraban con la brisa. El comisario contempló la escena y, por un momento, aquella desolación le trajo a la memoria las ruinas calcinadas de Krajina y la vil potencia destructora. Pero lo que tenía delante no era una guerra. A pesar de la nieve se veían los cimientos, un par de máquinas oxidadas y algunas columnas de madera aisladas totalmente ennegrecidas que se habían convertido en carbón.

—Son los restos del pajar de Tom. Ardió hace mes y medio —dijo Olesen—. Es uno de los cuatro incendios que hemos tenido este último medio año, el último.

—¿Y los demás? —se interesó Trokic.

—Una casita de juegos, una motocicleta y un cobertizo, en ese orden. Éste es el edificio más grande que ha caído.

El comisario sintió que lo que quedaba de la nieve se le estaba derritiendo en las zapatillas. De algún lugar a su espalda salió el mugido de uno de aquellos seres blanquinegros.

—¿Crees que son provocados?

—Sí. Estoy convencido. En todo el tiempo que llevo por aquí, nunca habíamos tenido nada parecido. Por eso solicité ayuda para investigar el caso más a fondo, pero como pensaron que no se podía incluir en el artículo 180 porque no peligró la vida de nadie y las propiedades perdidas tampoco eran de mucho valor, decidieron que no se le podían dedicar recursos al asunto. Sin embargo, sin pruebas periciales es difícil sacar adelante algo así, de modo que tuve que dejar las cosas como estaban.

Trokic atajó por una zona yerma, recorrió los veinte metros que le separaban de los cimientos y procedió a inspeccionarlos.

El pajar había ardidado de arriba abajo, sencillamente. Olesen le siguió a largas zancadas.

—¿Y está totalmente excluido que hayan sido los críos del propio matrimonio jugando con fuego entre el heno del padre? No sería de extrañar que no estuvieran muy dispuestos a admitirlo. Y supongo que el tema del seguro también estará de por medio.

—Ese fin de semana la familia al completo había salido de viaje, así que sí, está excluido.

—De acuerdo. ¿Tienes alguna idea de en qué momento del día han tenido lugar los incendios?

Olesen recogió un pedazo de madera carbonizada de la nieve y lo observó. Medio metro de longitud y de un negro reluciente. Lo que quedaba de un listón del tejado, supuso el comisario.

—Siempre cuando no había nadie en casa, así el o los culpables sabían que podrían trabajar sin que los molestaran. Pero, hasta donde sabemos, todos los casos se produjeron de día o al poco de oscurecer, mientras los afectados estaban en clase o en el trabajo.

—¿Y nadie ha podido echar una mano?

—A falta de ayuda de los expertos de la policía nacional, conté con un par de bomberos que vinieron una tarde a echarle un vistazo al pajar. Quería saber si podían determinar cómo había empezado el fuego. Esa gente ha visto de todo a lo largo de su carrera.

—¿Y pudieron?

Olesen sacudió la cabeza de un lado a otro y se subió más el cuello del abrigo.

—No, pero estuvieron de acuerdo en que lo más probable era que se hubiera iniciado en esa parte, donde se ven esos restos, que se usaba para almacenar el heno, y que a poco seco que estuviera, no habría hecho falta esforzarse mucho para que ardiera. Una vez que el fuego prende en el maderamen de estas porquerías viejas, arden a toda pastilla.

—Casita, moto, cobertizo, pajar —repitió Trokic—. Menos en un caso, siempre va a más. ¿No sabes de nadie en el pueblo aficionado a las cerillas?

—Comprobé inmediatamente si habían soltado a algún pirómano o algo así, pero no.

—Los incendios suelen encubrir otro tipo de delitos y actos vandálicos —apuntó—. Sobre todo, son chavales jóvenes que se aburren o quieren fastidiar a alguien. Pero, a la luz del caso que tenemos entre manos, no nos queda más remedio que tomármolos en serio. Es una lástima que estos casos no se hayan investigado, porque ahora estamos sin unas pruebas periciales que podrían habernos sido de mucha ayuda.

—Pues sí, y yo no he sido el único en hablar del tema. Han estado aireándolo en la prensa últimamente, así que a lo mejor se ha armado el revuelo suficiente para que nos dejen investigar el siguiente incendio que haya.

Observaron las ruinas en silencio unos momentos. El policía local empujó otra viga calcinada con el pie. Trokic observó el lugar. No tenía demasiada experiencia con pirómanos y los imaginaba de escasa inteligencia y, por lo general, bajo los efectos del alcohol durante sus proezas. Y adictos al barullo que rodea al fuego y su extinción.

—¿Han salido en los periódicos estos incendios?

—Sí, los han mencionado en varios sueltos, en el *Stiften*, por ejemplo. ¿Por qué?

—Si se trata de un pirómano, la mitad de la diversión consiste en seguir los trabajos de extinción, verlo todo desde la banda y leerlo en el periódico.

Como si acabara de recordar algo, se sacó los cigarrillos del bolsillo interior y encendió uno. Le ofreció el paquete a su colega, que hizo un gesto negativo.

—Si hay más incendios —continuó—, procura estar allí mientras los apagan los bomberos. No sería raro que el autor siguiese en la zona para disfrutar del espectáculo. Mientras tanto me gustaría ver una copia de todos tus informes sobre los fuegos.

—Por supuesto.

En ese momento sonó el teléfono de Trokic.

—Tengo aquí a alguien que quiere hablar contigo. Es de la ludoteca de Lukas.

La voz de Lisa tenía una increíble frescura dominical. Tal vez se alegrara tanto como él de que Jacob también estuviera en el caso. Era una pena que Agersund se opusiera a que trabajasen juntos. Al comisario no le parecía que fuera a ser fuente de problemas.

—¿Y no podéis hablar vosotros con él? —le preguntó a su compañera.

—No, ha preguntado expresamente por ti.

Trokic suspiró.

—Estoy ahí dentro de veinte minutos. Pídele que me espere.

Cuando concluyó la conversación, se volvió de nuevo hacia el policía.

—¿Crees que podría haber más incendios que no se hayan denunciado?

—Podría ser —contestó Olesen—. En el caso de cubos, contenedores y demás sitios donde se tira basura lo más fácil sería pensar que alguien ha vaciado un cenicero con un cigarrillo mal apagado o algo semejante. Puede parecer un accidente y, además, todos hemos leído noticias sobre incendios provocados por descuidos o por fallos en aparatos eléctricos.

—Desde luego, Lukas estuvo cerca de un incendio, y como no puede ser ninguno de los que me dices, ha tenido que haber uno más del que aún no hemos tenido noticia. La cuestión es dónde coño está.

20

Agersund llamó a la puerta del despacho de Lisa. Parecía cansado. Le bizqueaba un poco un ojo que tenía un poco enrojecido y se había hecho dos cortes al afeitarse, pero llevaba una camisa azul recién planchada que, con un poco de buena voluntad, podía conjuntar con sus pantalones marrones.

—Querías hablarme de Amsterdam —inició la conversación.

—Sí.

Ella observó con ciertas reservas cómo cerraba la puerta tras de sí. Su jefe traía ya puesta la cara amable, una máscara que ocultaba su más firme determinación. La inspectora sintió que sus esperanzas se encogían. Cuando, tres meses atrás, Agersund le habló por primera vez del seminario, la dejó entusiasmada. Un curso de Introducción a la Técnica del Perfilado Criminológico para policías europeos. Tendría lugar en Amsterdam en dos sesiones de dos días cada una y sería la base de un posible proyecto de mayor duración. Las clases estarían a cargo de dos exagentes del *National Center for the Analysis of Violent Crime* del FBI. En otras palabras: un viaje a la interesantísima capital holandesa para aprender. Gritó para sus adentros un pequeño hurra y empezó a imaginarse en el centro de un importante evento internacional. Por no hablar de las posibilidades de ir de compras en aquella apasionante ciudad.

Pero ahora la situación era completamente distinta. Había luchado mucho para hacerse hueco en el Departamento de Homicidios, se había

abierto paso con la misma energía que un gorrión entre mirlos en el comedero y no quería que la desplazaran a una vía muerta.

Agersund agitó un puñado de hojas que llevaba en la mano mientras ella seguía sus movimientos con la mirada. Los papeles del seminario.

—No me parece oportuno que me envíes a Amsterdam en plena investigación del asesinato de Lukas Mørk —arrancó Lisa.

El comisario jefe localizó en su repertorio una mueca paternal y una leve sonrisa y entrelazó las manos por encima de los papeles.

—Entiendo que no te apetezca marcharte justo ahora. Es una fatalidad, pero quiero que participes. Me habría gustado hablarlo contigo ayer, pero las cosas se complicaron repentinamente.

Ella le miró fijamente con una mezcla de escepticismo y desconfianza. Luego tiró el chicle a la papelera y apoyó la barbilla en una mano mientras intentaba encontrar argumentos.

—Pero ¿por qué yo? —inquirió—. ¿No se puede cambiar y mandar a otro?

—Exigen que sea alguien con un mínimo de tres años de experiencia en la policía judicial y que, además, haya trabajado en casos con un móvil sexual. En su día los llamé y estuvieron explicándome de qué iba a tratar el curso y, la verdad, no es para niños de pecho. Es cierto que no tienes mucha experiencia inspeccionando escenas del crimen, pero tampoco tenemos demasiada gente que cumpla con ese requisito. A cambio, estás acostumbrada a trabajar con delitos sexuales y material fotográfico y a reparar en detalles. Eres mi mejor opción. También barajé la posibilidad de enviar a Trokic, naturalmente, pero ya sabes que no le gusta nada encasillar las cosas ni que le suelten rollos psicológicos. Además, le necesito desesperadamente aquí, es mi brazo derecho.

—Pues, si te soy sincera, coincido prácticamente en todo con él en que eso del perfilado es algo controvertido. O sea... es muy discutible que los perfiles del FBI tengan alguna utilidad.

—Yo, en cambio, creo que sí que sirven. Si no, no los usarían —objetó Agersund—. Dime una cosa, ¿es que no tienes café?

Lisa se volvió, cogió una taza de la estantería y la llenó. Luego abrió el cajón y sacó unos azucarillos. Algo se aprendía con el tiempo. Por ejemplo,

que al jefe le enloquecía el azúcar y nunca estaba de más tener el avío a mano.

—Hasta donde yo sé, lo cierto es que sus perfiles sólo han conducido a una detención en toda la historia —dijo una vez que lo tuvo manos a la obra con aquel brebaje dulzón— y muchas veces directamente despistan.

—Creo que estás simplificando las cosas un poquito. En esta vida no todo es blanco o negro.

—Pero ¿no te acuerdas del caso aquel del estrangulador de Boston de los años sesenta? Yo lo he leído. Todo un panel de psiquiatras pregonando que no buscaban a uno, sino a dos asesinos, uno de ellos homosexual y ambos profesores. Suponían que estaban incapacitados sexualmente a consecuencia de una infancia traumática con un padre ausente y una madre dominante. Y cuando al fin encontraron al asesino (uno, y no dos), resultó que trabajaba en el sector de la construcción, era heterosexual, estaba casado y tenía dos hijos. En su niñez su padre había sido el dominante y su madre, la débil. Vamos, que no podían ir peor encaminados. ¿Y pretendes que lo usemos en Dinamarca?

—Pero eso fue mucho antes de que el perfilado se convirtiera en una ciencia —sonrió Agersund—. Es casi historia.

Bebió un sorbo de café y se estudió las uñas. Estaban escrupulosamente limpias.

—Escucha. En primer lugar, nadie espera que al volver nos sueltes un perfil de lo más preciso cada vez que maten a alguien. Lo único que me interesa es que estemos al tanto de por dónde van los tiros en este terreno en el plano internacional, y confío plenamente en que sabrás filtrar la información que te den, quedarte con lo más valioso y deshacerte del resto. Y en segundo, ya lo he pagado. Y cuando digo pagado quiero decir pagado. He tenido que soltar un pastón. La posibilidad de que no vayas está totalmente descartada.

Se recostó en la silla y se quedó observándola.

—Además, el FBI ha realizado un gran número de investigaciones en su más que amplia oferta de asesinos —prosiguió— y eso, lo mires como lo mires, da una idea muy acertada de lo que tienen en la mollera esos enfermos. Es posible que no siempre conduzca directamente a una

detención, pero tal vez sí ayude a estrechar el cerco de lo que se está buscando. Te alegrarás de que te haya mandado, confía en mí.

—Sí, pero, con todos mis respetos... —refunfuñó Lisa, que sabía perfectamente que había perdido la partida— hasta en eso hay que andarse con cuidado.

Agersund dejó caer el montón de folletos frente a ella sobre la mesa.

—No tengas tantos prejuicios con los americanos. Sabrás ser selectiva.

Lisa no lograba apartar de su mente la idea de que había algo más detrás de todo aquello. Agersund se pasaba el día quejándose de su mísero presupuesto, de los precios de los análisis periciales y de que sus equipos informáticos cada vez tenían más pinta de piezas de museo. Había que luchar con uñas y dientes por cada nueva adquisición. Un curso como aquél tenía que costar una fortuna, por no hablar del viaje y de la estancia. De modo que, ¿qué esperaba de ella exactamente? Como si le hubiera leído el pensamiento, su jefe dijo:

—Además, te he prometido que tu trabajo aquí no va a verse afectado. Como ya sabes, empieza mañana lunes. Acuérdate de llevar ropa adecuada. En Amsterdam está lloviendo.

De repente parecía la afabilidad en persona.

—Pero ¿y la investigación? —preguntó ella—. ¿Significa esto que me sacas del caso Lukas?

—No te saco del caso, Lisa —contestó él con dulzura—. Te mando a que te conviertas en uno de mis mejores efectivos. Es una pena que coincidan las dos cosas, pero el caso Lukas puede alargarse varias semanas, meses o incluso años, y quiero contar con los colaboradores más tuneados. Todo irá bien, no son más que dos días esta vez. ¿Puedo contar contigo?

—Parece que no tengo elección —gruñó la inspectora.

Su jefe se sacó algo de entre los dientes y sonrió amablemente.

—No, la verdad es que no.

21

Trokic estaba en la cocina bregando con la cafetera, un trasto viejo que había entrado en el nuevo milenio prácticamente sin descalcificar y tenía algo atascado que bloqueaba la toma de agua. Con un suspiro, colocó el aparato boca abajo en el fregadero. Era un modelo Braun que por un instante le devolvió a la oficina de Saint Patrick's, en Zagreb, donde tenían una exactamente igual, y le hizo oír de nuevo el llanto de los niños y los intentos de los mayores de acallarlos y consolarlos en las habitaciones de atrás. Fue un verano asfixiante y Zagreb se convirtió en una olla a presión. Por un momento, mientras desmontaba el aparato, recordó el hedor a gente hacinada, la impotencia, el ruido enloquecido de los coches que pasaban por la calle que discurría a los pies del edificio gris y el de quienes intentaban enmascararlo con el de las noticias de la televisión o con el de un cantante pop que sonaba en un *Ghetto Blaster*. Ya habían pasado muchos años y la asociación de ideas parecía fuera de lugar en medio de aquella realidad.

Acababa de lograr poner en marcha la cafetera y el café empezaba a salir en un prometedor chorrillo cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—Te traigo al chico que quería hablar contigo —anunció Lisa.

Por detrás de su hombro asomaba un joven de veintitantos años con una nariz enorme en medio de un rostro muy pequeño, una corta melenita rubia y rizada recogida en una coleta y unos pantalones militares. Le tendió la mano y le dio un apretón sin fuerza.

—He encontrado su nota en mi buzón. Me llamo Adam y soy el auxiliar de educador sustituto de la ludoteca. Fui yo quien acompañó a Lukas a la salida el jueves. La verdad es que ya hablé con su gente el viernes por la tarde, pero como después me dejaron un mensaje pensé que sería mejor pasar por comisaría.

—Ahora que ha resultado ser un caso de asesinato, nos vemos obligados a volver a hablar con todo el mundo. Las cosas se ven desde otra óptica —le explicó Trokic.

—Claro. Todos queremos ayudar en lo que podamos.

El comisario le acompañó hasta su despacho, le invitó a tomar asiento y llenó dos tazas. Al fin un café como Dios manda que podía controlar. Le encantaba la sensación que producía la cafeína al extenderse por el cuerpo.

—Háblame de Lukas.

—Era un chico muy majo, no nos daba grandes problemas.

Adam tentó con los labios el borde de la taza y sopló para enfriar el café, que abrasaba.

—Le interesaban muchísimo los insectos, sobre todo las mariquitas. En verano se pasaba cantidad de horas buscando. En invierno jugaba cantidad a la *gameboy*. Hay cantidad de juegos de insectos, por si no lo sabía.

Cuando por fin tomó un sorbo de café, hizo una mueca.

—¿No tendría un poco de leche?

—Sólo esos...

Trokic empujó unos cubiletes de nata líquida hacia el otro extremo de la mesa. Su invitado cogió uno de ellos y lo examinó con aire receloso antes de decidirse a echarlo en la taza.

—¿No jugaba con los demás niños? —continuó el comisario.

—Sí, si había alguien dispuesto a jugar al fútbol —le explicó el educador—. Era un incondicional del Barcelona. Todo tenía que ser azul o, en último caso, burdeos. La ropa, los zapatos, los accesorios... Una vez hablé del tema con su madre. La tenía loca. Las cosas que le interesaban le entusiasmaban. Aparte de eso, se pasaba casi todo el tiempo con una niña que se llama Julie. Creo que eran vecinos. A mí no me parecía la mejor de las compañías, la verdad... a usted puedo decírselo... siempre estaba encima de él.

—Pero ella es algo mayor, ¿no es cierto? Tiene nueve o diez años, ¿no? ¿Va con los pequeños?

—Sí, aunque va a cuarto curso se le dio un permiso especial para seguir en ese grupo por las tardes.

—¿Por qué crees que no era buena compañía?

—Le aislaba de los demás y esas cosas nunca son buenas, sobre todo en el caso de niños que ya de por sí no son demasiado abiertos. Pero es una intrigante de cuidado y tiene problemas para decir la verdad, si quiere que le dé mi opinión. Desde que decidió convertirle en su muñeco, o como quiera llamarlo, a él le costó hacer nuevos amigos. Se los espantaba apartándole de ellos y portándose como una bruja. Pero son cosas que se ven de vez en cuando y nosotros intentamos resolverlas lo mejor que podemos. Los poníamos en grupos diferentes siempre que era posible y esas cosas.

—¿Y su familia?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué impresión tienes de la vida que llevaba en casa?

—Debo admitir que no conozco mucho a sus padres. No hablábamos demasiado con ellos, como él se iba solo todos los días...

—¿Y el día que desapareció?

—Fue un día como otro cualquiera. Todavía arrastrábamos la pereza de las vacaciones y nadie estaba haciendo ninguna actividad especial. Por fin nos habíamos animado a quitar los adornos de Navidad y eso nos llevó la mayor parte de la jornada.

Adam tragó saliva mientras jugueteaba con un pequeño pendiente de oro que llevaba en la oreja izquierda.

—La verdad es que fue un día muy agradable. Pobres padres. ¿Cómo se puede superar una cosa así?

Trokic aguardó a que el joven que tenía al otro lado de la mesa se rehiciera antes de continuar:

—El día de su desaparición... ¿el niño se fue a casa exactamente a la misma hora de siempre?

—Sí, era una hora fija. Las tres y media. Yo mismo le acompañé hasta la carretera y me quedé diciéndole adiós con la mano. ¿Cree que alguien que

supiera a qué hora se marchaba podía estar esperándole?

—En estos momentos estamos abiertos a cualquier posibilidad, aunque es importante averiguar si alguien más podía estar al tanto del horario del niño, cosa que no parece improbable. Pero ahora la cuestión es que se le vio al lado de la panadería casi una hora después de que lo mandaras a casa.

—En esos momentos yo seguía en el trabajo, teníamos una reunión más tarde.

—Sí, nos lo ha confirmado la directora del centro. Pero ¿se te ocurre qué pudo hacer Lukas durante esa hora?

—No, la verdad es que no tengo la menor idea.

Adam se inclinó hacia delante y terminó de beberse el café.

—Me he acordado de otra cosa desde que hablé con los otros agentes el viernes. No sé si tendrá algo que ver con el caso, pero creo que debo decírselo.

—¿Sí?

—En la ludoteca hay conejos. Ocho, ahora mismo. Es decir, los niños tienen la posibilidad de tener su propio conejo y dejarlo en el centro.

Trokic se estremeció. No le hacían ni pizca de gracia los conejos. A veces aparecían en sus pesadillas. Centenares de conejos cenicientos de blancos dientes voraces. Un recuerdo de una granja de Croacia.

El joven cogió aire.

—A Lukas también se le asignó uno cuando llegó. Se llamaba Conny, como casi todos los conejos. El caso es que hace algunos meses mataron a Conny. La jaula estaba rota y al animal le habían retorcido el cuello y lo habían estampado contra el suelo. Lo encontré yo una mañana. Era un espectáculo horrible. Lo pasé fatal varios días y lo sentí muchísimo por el niño. Estaba desconsolado.

—¿Se averiguó quién había sido?

—No, y eso que lo denunciarnos. Sé que el veterinario pasó por allí a echar un vistazo. No había duda, era obra de una persona. Lo que pasa es que en ese momento no reparamos en que era precisamente el Conny de Lukas y no el de otro niño. Pensamos que había sido una casualidad, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—En cualquier caso, me alegro de que te hayas acordado —dijo Trokic.

—Lo más desagradable es que tuvo que ser alguien que sabía dónde estaba la llave de la jaula de los conejos —continuó Adam completamente absorbido por el recuerdo—. Normalmente se queda cerrada y la llave la dejamos colgada debajo del tejado. Para entrar en la ludoteca cuando ya no hay nadie hay que saltar la valla, pero eso no es un problema.

—¿Hace cuánto que guardáis la llave en ese sitio?

—Por lo visto llevaba allí muchos años, así que hay un montón de gente que lo sabía. Pero ahora la hemos metido dentro. Ah, y otra cosa... no sé si será importante. A veces jugaba solo a un juego que se llamaba «a que no me ves». Consistía en seguir a alguien sin que le descubriera.

—Entonces, ¿espiaba a la gente?

—Sí, pero algunas educadoras protestaban cuando las seguía de esa manera. Les parecía siniestro. Por cierto, ¿han hablado con la canguro?

—¿Tenía una? Nadie nos ha dicho nada.

—Bueno, ya no, pero cuando iba a la guardería había una chica que le llevaba todos los días. Hace ya algunos años. Lo sé porque me habló de ella un par de veces. Se llamaba Dorthe y la conozco de vista, es lo que tiene Mårslet. Creo que trabaja en la cafetería del pueblo por las tardes.

Cuando el educador se marchó, Trokic cerró la puerta, encendió el equipo de música y dejó el cerebro en punto muerto. ¿Habría habido alguien persiguiendo a Lukas durante tanto tiempo? ¿El hombre del vídeo? ¿Sería un educador de la guardería que por algún motivo le había cogido ojeriza? ¿O el niño habría visto algo jugando a su juego? De repente reparó en una carpeta que había sobre la mesa. Los resultados de Genética. Revisó los papeles. No habían encontrado ni rastro de ADN que no fuera de Lukas en la muestra tomada durante la autopsia. Leyó el informe con sentimientos encontrados. El ADN habría podido ayudarlos, aunque por otra parte era muy positivo que todo siguiera indicando que el pequeño no había sido violado. Cogió la cazadora de la percha y las llaves del coche de la mesa. Eran casi las dos y la canguro ya debía de haber entrado a trabajar.

Trokic entró en la cafetería Dino's y pidió un expreso, doble. Cuando el chico de la barra empezó a preguntarle con nerviosismo si el doble era de aguardiente o de *whisky*, decidió pedir un café corriente y moliente e instalarse en una de las mesas del fondo. Cafetería era mucho decir. Tenían licencia para servir alcohol y por lo visto era lo que más despachaban. La barra estaba forrada de verde a rayas moradas y el suelo era de caoba; deberían haberlo tratado para que resistiera mejor las manchas de cerveza y licor. Todo el local desprendía un tufillo denso al que ya no estaba acostumbrado desde que había abandonado la calle.

Al sentir la mirada del camarero clavada en él, se arrepintió de haber entrado. La chica en cuestión al parecer no estaba trabajando. Aparte de él, había dos tipos jóvenes tomando unas cervezas y una *pizza* en una de las mesas. Una *jukebox* de aspecto grasiento tocaba un tema de Gary Moore, *Still Got the Blues*. Por la ventana se veía la calle principal de Mårslet, sumida en una deprimente niebla helada y con un aire desértico de ciudad dormitorio. Esa misma mañana había cruzado un par de palabras con una de las administrativas de jefatura, que había nacido en Mårslet y le había descrito el pueblo como «un lugar donde no te podías tirar un pedo sin que la noticia corriera como un reguero de pólvora por los conductos del chismorre». Su dictamen le había llevado a plantearse la necesidad de hablar con todos aquellos que conocieran a Lukas. Si el asesino era de la zona, y el desarrollo de los hechos apuntaba en esa dirección, no cabía duda de que alguien tenía que saber algo.

—Perdone, ¿puedo sentarme un momento?

De repente había aparecido delante de él una joven de dieciocho o diecinueve años. Soplándose las uñas de una mano que llevaba pintadas de negro, se echó la coleta castaña hacia la espalda y se sentó sin aguardar su respuesta.

—Por favor.

—Usted es ese inspector de policía —afirmó con una sonrisa que dejó al descubierto una hilera de dientes como perlas.

—No del todo. Comisario Daniel Trokic.

Le tendió la mano.

—Lo siento, aún no están secas —se disculpó ella mostrándole las uñas. Parte del negro se había salido por los lados. Trokic las miró fijamente.

—Me llamo Dorthe. Trabajo aquí y le he visto entrar desde el cuartito de atrás. Mi turno empieza dentro de un rato.

Él buscó su mirada. Parecía sincera y amistosa.

—Me han dicho que conocías a Lukas Mørk —comenzó—. ¿Es eso cierto?

Ella bajó la voz.

—Fui su canguro dos años, cuando era más pequeño. A veces iba a buscarle a la guardería y le cuidaba una tarde a la semana. Tendría unos tres o cuatro años. Pero luego cumplí la edad necesaria para entrar a trabajar aquí. Pagan mejor, así que lo dejé.

Se le quebró la voz.

—Un niño muy majo. Y muy guapo, con ese pelo castaño. No hay muchos con un pelo como el suyo. Le tenía mucho cariño.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. Voy a tercero en el instituto de Marselisborg —dijo sin demasiado orgullo.

—¿Cómo era tu relación con la familia?

Se produjo una pausa y por un instante Trokic creyó que la joven había decidido no decir nada más.

—No me gusta hablar mal de nadie —respondió al fin.

—Simplemente sé sincera y dime cómo eran las cosas con ellos.

—Un poco forzadas. La madre consentía bastante al niño y yo siempre sentía que me estaba poniendo a prueba, que me miraba con cierta desconfianza. A lo mejor lo único que pasaba era que no teníamos mucho en común.

—Y con Lukas, ¿qué tal eran?

Era evidente que estaba luchando consigo misma.

—No es que los viera juntos muy a menudo, como siempre se iban cuando llegaba yo... Lo que sé son más bien rumores, y no me entusiasma ir por ahí repitiendo lo que dice la gente.

—A mí me interesaría mucho oírlo —le aseguró el comisario—. Ya veré yo luego qué es verdad y qué no.

—La madre de una de mis antiguas compañeras es amiga de la madre de Lukas y a veces contaba cosas. Que a lo mejor se divorciaban porque Karsten, o sea, el padre, tenía un montón de problemas. Tiene mucho carácter y le cuesta dominarse.

—¿Sabes si pegaban a Lukas?

La muchacha bajó la vista hacia la mesa.

—Algunas veces a Lukas le daba un miedo espantoso que me enfadara con él y me preguntaba: «Tú no puedes pegar, ¿a que no?». A mí me daba un poco de pena, porque jamás se me habría pasado por la cabeza; además, era tan pequeñín... Un día señaló hacia la placa de la cocina y dijo: «Papá da azotes». Yo le pregunté directamente si había tocado la placa y le habían dado unos azotes y él asintió. Pero no le dije nada a nadie porque pensé que era una reacción muy natural en un padre que quería evitar que su hijo se quemara.

—¿Sabes de algún otro caso?

Volvió a titubear, en esta ocasión durante más tiempo. Trokic aguardó pacientemente mientras la mirada de la joven vagaba por la calle que discurría al otro lado de la ventana.

—Sé que una vez se rompió un brazo. Dijeron que se había caído por la escalera de la entrada, la que hay delante de la casa, pero Lukas le tenía un miedo enorme a esa escalera. Siempre la bajaba sentado porque ya se había caído allí una vez y se había dado un golpe. No consigo entender cómo

pudo caerse bajando como bajaba. Tengo que confesar que le di muchas vueltas. Si me hubieran dicho otra escalera...

Se mordió el labio y añadió:

—Pero nunca le harían a Lukas algo como esto, estoy segura. Le querían de verdad.

Trokic se guardó el paquete de tabaco en el bolsillo.

—Gracias por venir a hablar conmigo.

Ella asintió y permaneció allí sentada como si tratara de recordar algo.

—¿Han hablado con Magdalena?

—No, que yo sepa. ¿Quién es?

—Una especie de bruja o algo parecido. Por lo menos es lo que siempre la hemos llamado por aquí. Baja al arroyo todos los días. La mayoría de los niños del pueblo le tienen un poco de miedo, y la verdad es que es un poco siniestra.

Al percatarse de la expresión incrédula con que la observaba el policía, ladeó la cabeza y se echó a reír.

—¿Y dónde puedo localizar a esa bruja? —se interesó Trokic.

Trokic aparcó en una callejuela de una zona residencial y recorrió el trecho que le separaba de la dirección que le habían dado a pie, por un angosto caminillo de grava, mientras trataba de moderar su escepticismo. Tenía en alta estima la argumentación y la lógica, una postura que también había observado en varios de sus colegas, sobre todo en Lisa, que parecía entender el lenguaje de los ordenadores como si fuera su lengua materna. A pesar de su carácter sensible, la inspectora conseguía mantener sus sentimientos al margen. Trokic valoraba esa capacidad y se le hacía, por decirlo suavemente, muy cuesta arriba enfrentarse a razonamientos espirituales, teorías sobre el más allá de escasa base y terapias alternativas mal investigadas. Por eso iba rumiando con una buena dosis de incredulidad aquel título de bruja que le habían asignado a Magdalena, la mujer que vivía en la casa que tenía delante. ¿Qué se ocultaba tras él? ¿Rituales al abrigo de la oscuridad de la noche con sacrificio de gallinas y vacas incluido? ¿Profecías apocalípticas y visiones? ¿Misteriosos conjuros para exorcizar a los malos espíritus?

La casa parecía baja en comparación con las demás del pueblo y debía de ser del siglo XIX. Tenía los muros inclinados, la cal colgando en desconchones y una techumbre de paja que necesitaba una reparación urgente. Hubo de agachar la cabeza para entrar por la puerta. Una vez en el interior se le descubrió otro universo. Toda la sala estaba atestada de cactus de todas las formas imaginables y del techo colgaban grandes manojos de

hierbas. Los muebles eran viejos y se respiraba cierto aire de pobreza, pero reinaba el orden más escrupuloso.

En cuando a Magdalena, se trataba de una mujer menuda de sesenta y muchos años ataviada con un largo vestido negro y un sombrero de lana grisáceo con orejeras.

—Pasa a tomar una infusión. Acabo de prepararla.

—Yo... gracias —contestó Trokic, que no estaba muy seguro de querer medir sus fuerzas con algunas de las cosas que colgaban del techo.

—Siéntate, vuelvo en seguida.

La mujer desapareció en la cocina y regresó con dos tazas humeantes.

Trokic probó la suya con la punta de la lengua. Tenía un sabor dulce, como a regaliz. Intentó adivinar qué le habría echado. Anís, raíz de orozuz, miel, valeriana, escaramujo; pero había algo más que tenía un sabor muy fuerte.

—Es una receta mía —explicó la bruja no sin orgullo.

—¿Eso de ahí es un peyote? —preguntó él.

—No —respondió su anfitriona con una sonrisa—. Por desgracia aquí no se da bien, es un cactus muy difícil. Pero son de la misma familia.

El comisario empezó a sentir cierta preocupación por su infusión.

—Pero imagino que no habrás venido hasta aquí a investigar los niveles de mescalina de mis cactus, ¿no? —se interesó ella.

—No voy a andarme con rodeos —contestó Trokic—. Al parecer baja usted mucho al arroyo. Necesito saber si tiene algún tipo de información que pueda ayudarnos en relación con el asesinato de Lukas Mørk.

—¿Quién es Lukas Mørk? —preguntó Magdalena.

—¿No se ha enterado de que ha aparecido un niño muerto en el arroyo? Ella abrió los ojos desmesuradamente y dejó la taza con un tintineo.

—Cielo santo, no sabía nada. No leo el periódico y no tengo televisor. Pero sí que vi el cordón junto al arroyo. Para tu tranquilidad, te diré que no me dedico a hacer hechicerías y que no he sacrificado a ese pobre niño como ofrenda a ninguna potencia superior.

—Pero sí baja al arroyo.

—Sí, intento vivir tan en contacto con la naturaleza como puedo, así que salgo a pasear todos los días. Como ves, la comarca en la que vivo es

muy bella y tiene mucha historia y un entorno muy hermoso. Y doy buenos consejos en asuntos de medicina natural.

—¿Nada de clarividencia? —preguntó él echándole una mirada recelosa a su peculiar sombrero.

Ella sonrió levemente, aunque sus ojos reflejaban una repentina seriedad.

—Claro que no. Pero me gusta ayudar a la gente a encontrar el camino hacia su propia verdad.

—¿Cómo?

—Ése es mi secreto. Pero cuando no se encuentran respuestas en los hechos, hay que buscarlas en las ideas.

Trokic estaba deseando que se quitara el sombrero. Le distraía mucho.

—¿Bajó al arroyo el jueves?

—Sí, ya te he dicho que bajo todos los días. De modo que sí.

—¿En qué momento del día?

—Por la tarde, mientras había luz.

—¿Y no vio a Lukas? Tenía ocho años, el pelo castaño y llevaba un anorak verde. ¿O a alguna otra persona?

—No, solamente a Peter, el Pescador, que había salido a dar una vuelta con su *springer spaniel*. Pero tiene casi noventa años.

—¿De qué vive usted?

Sin embargo, Magdalena no respondió. Tenía la mirada perdida a lo lejos.

—Castaño, dices.

—Sí, casi rojo. Y un anorak verde.

—Vi a un niño así, pero no fue en el arroyo, sino arriba, cerca de la iglesia. Donde Obstrupvej va a dar a Hørretvej. Subió a un coche.

Trokic sintió que se le aceleraba el corazón al imaginar a Lukas lanzándose en brazos del asesino desconocido. De modo que el guía canino podía tener razón.

—¿Qué hora era? ¿Se acuerda?

—Yo diría que cerca de las tres y media. Es cuando suelo ir a comprar al pueblo.

—¿Y sabría decirme qué coche era? —preguntó el comisario, al borde del paroxismo.

—No sé una palabra de coches, pero no parecía muy nuevo. Y era verde, o azul, creo.

—¿Cómo de viejo? Así, a ojo.

—No lo sé.

—¿Tenía alguna característica particular? Abolladuras, marcas, pintura...

—Creo que no, pero no me acuerdo —contestó ella con aire casi abatido.

—¿Recuerda algo de la matrícula?

Magdalena frunció los labios y finalmente hizo un gesto negativo.

—Lo siento, pero no lo sé, de verdad.

Trokic se disponía a salir de la cooperativa con un paquete de cigarrillos en una mano y un bidón de líquido limpiaparabrisas en la otra. A su alrededor todo era ajeteo, como si medio pueblo hubiera decidido hacer las compras del domingo justo antes de la hora de cerrar. En la puerta tropezó con Sidsel Simonsen, que cargaba con una bolsa llena a reventar. Tardó un poco más de la cuenta en reconocerla. Llevaba la larga melena metida en un gorro negro de lana y tenía las mejillas enrojecidas de frío. La submarinista.

—¿Qué, unas provisiones para usted y para el coche? —preguntó haciendo un gesto en dirección a lo que llevaba en las manos.

—Sí, voy hacia casa. Aunque acabo de tomar una infusión con la bruja local y la verdad es que no estoy muy seguro de que se pueda conducir bajo sus efectos.

Ella se echó a reír y por un momento desapareció de su rostro la expresión concentrada.

—Ah, la buena de Magdalena. Es todo un personaje, aunque de lo más inofensivo. Y lo mismo se puede decir de sus infusiones.

Se le había roto la bolsa y, aunque luchaba por evitar que su contenido acabara por los suelos del aparcamiento a la vista de todos, ya llevaba una naranja asomando por el agujero del lateral.

—Déjeme que se la lleve hasta el coche.

—No he traído coche, he venido andando.

—Bueno, entonces la llevo a casa. Antes de que salga todo disparado. Se guardó el tabaco en la cazadora y le cogió la bolsa.

—Sólo venía a comprar pastillas para encender el fuego y al final he acabado con la cesta llena de todo tipo de cosas —comentó la joven, no sin asombro.

Se apartó para dejar paso a un chiquillo que empujaba un carrito de la compra más grande que él que se le había desmandado por completo en la nieve. Sus ruedas resbalaban sin remedio de un lado a otro.

—Vale —contestó Trokic, que, en vista de que él siempre volvía a casa sin la mitad de lo que necesitaba, evitó hacer comentarios sobre la teoría del gen femenino. Observó su semblante rígido. Parecía tensa y de mal humor ante la muchedumbre—. ¿Todo bien en la otra punta del pueblo?

—Sí, pero la gente está asustada.

Sidsel se sorbió la nariz a causa del frío.

—¿No les ha visto la cara ahí dentro? Estaban rígidos. Pero es normal. En este pueblo hay muchas familias con niños. Mucha gente se ha instalado aquí porque, en teoría, era un lugar seguro para criar a sus hijos.

Titubeó antes de proseguir con voz apagada:

—Ayer vi al padre al lado de la zona acordonada. Discutiendo con alguien.

—¿Hombre o mujer?

—Un hombre.

—¿Qué aspecto tenía?

—No se le veía bien, estaba oscureciendo; pero con el pelo corto y más o menos rubio.

Montaron en el coche y el comisario salió a Hørretvej. Aprovechó el silencio de Sidsel para reflexionar sobre la escena que acababa de referirle. No tenía por qué ser importante, pero no podía dejar de encontrarla extraña. Sin embargo, lo que ahora concentraba toda su atención era la información que le había facilitado Magdalena. De modo que, al parecer, a Lukas le había recogido un coche. Pero ¿cuál?

—Tiene un apellido muy especial —comentó Sidsel cuando torcieron por Bedervej—. ¿Nació usted aquí en Dinamarca?

—Sí, mi madre era danesa, pero el resto de mi familia vive en Croacia.

—¿Y usted nunca ha vivido en Croacia?

—Estuve allí un par de años, durante la guerra, poco antes de cumplir los treinta. En casa de unos familiares, a las afueras de Zagreb. Trabajaba para una organización humanitaria privada que se encargaba de realojar a personas que habían perdido su hogar. Una misión imposible. Hace ya muchos años.

—¿Y decidió ir a pesar de la guerra?

—Sí. Al fin y al cabo era mi familia. Me pareció que no podía quedarme aquí cruzado de brazos...

Se revolvió los negros cabellos. Ya le estaba haciendo falta un corte de pelo, pensó. Lo tenía un poco largo por la nuca y el remolino del lateral parecía haber cobrado vida propia después del paseíto a la intemperie.

—Conocerá un montón de historias de submarinistas, ¿no? —preguntó mientras maniobraba para esquivar un Ford averiado que había a un lado de la carretera.

Ella soltó una risita y empezó a jugar con la pulsera que llevaba en la muñeca. Parecía obra de un niño, una hilera de bolitas de plástico negras y verdes colocadas al tuntún. Era el único adorno que llevaba.

—Conozco la historia del *SS Carnatic*, un vapor que naufragó en un arrecife de coral del Mar Rojo en 1869 con un cargamento de monedas de oro a bordo, y la terrible historia de un buzo noruego que desapareció durante una expedición y volvió a la superficie al cabo de cinco días con un puñal clavado en la espalda, pero ya se las contaré otro día. ¿Cómo va el caso? ¿Tienen algún sospechoso?

—No, ninguno —contestó; las cosas como eran.

Aparcó delante de la casa. La joven no había apagado la luz al salir y desde fuera todo tenía un aspecto de lo más acogedor. Se hizo el silencio y por un momento sólo se oyó el sonido de una quitanieves que pasaba.

—Gracias por acercarme —dijo ella al fin—. ¿Le apetece un café?

El comisario consultó el reloj. Había una reunión a última hora y tenía que leer una buena pila de informes antes.

—¿Me lo apunta en la cuenta?

La sala de reuniones estaba prácticamente al completo. Trokic, que se sentía muy raro, se preguntó si la tisana de la bruja tendría otras propiedades aparte de su efecto curativo. Algunos de sus compañeros parecían algo alicaídos y supuso que habrían salido la noche anterior. ¿Debería haber desconectado él también tomando una cerveza con los demás? Lo había pensado, pero le pareció que era tomarse demasiadas molestias para una sola cerveza. Y más no podían ser si había que ir a trabajar al día siguiente. Además, siempre acababan enzarzados en larguísimas discusiones sobre el sitio adonde ir. Había ciertos locales de la noche århusiana donde prefería no poner un pie. Algunos eran muy agradables en verano, pero en cuanto había que meterse dentro se convertían en lugares compactos y resudados con una música infernal de la que ni el alcohol lo salvaba a uno.

Salir implicaba, además, ciertos riesgos, como, por ejemplo, toparse con viejas amigas que, al parecer, creían tener cuentas pendientes con él. Surgían situaciones de lo más espinosas cuando insistían en discutir esto y aquello cada vez que lo veían. Había advertido que algo en él activaba el sensor de análisis de ciertas mujeres. Era como si no pudieran dejar de convertir en un problema su necesidad de ser él mismo. El caso era que hasta las más autónomas e inteligentes acababan transformándose a la velocidad de un gamo en individuos posesivas que exigían toda su atención. Lo que más le intimidaba era cuando empezaban a diseccionar su pasado y extraer conclusiones acerca de sus años en Croacia durante la guerra y su consiguiente falta de capacidad para comprometerse. Por lo general, el

comisario era demasiado educado para comentarles que estaba convencido de que las ganas de comprometerse ya le entrarían cuando apareciera la mujer indicada.

En su calidad de responsable de los peritos, Kurt Tønnes fue el primero en ponerse a tiro. En primera instancia, no había novedades acerca del sedal y la nieve derretida tampoco había aportado ninguna prueba nueva. Según Jasper Taurup, habían interrogado a un puñado de pescadores sin mayor fortuna, aunque uno de ellos les había indicado que creía que un tal Søren Wenke usaba el hilo en cuestión. Sin embargo, Wenke había resultado ser el propietario de la casa donde vivía temporalmente Sidsel Simonsen y en esos momentos se encontraba de viaje por Nueva Zelanda. El pescador los había remitido a otros dos hombres, pero ambos disponían de coartadas a prueba de bombas para la hora a la que se pensaba que se había cometido el crimen. Incluso habían mostrado sus bobinas completas, con lo que quedaba descartado que el hilo utilizado por el asesino fuese perdido o robado. Aún restaba la posibilidad de que alguien relacionado con los pescadores en cuestión se hubiese llevado «prestado» el sedal, pero esa pista tampoco había conducido a ningún resultado. Lukas había desaparecido en un momento en el que casi todo el mundo estaba en el trabajo y podía dar cuenta de sus movimientos.

—Pero también tenemos la composición de las fibras que encontramos en el chico —continuó Kurt—. Hoy he recibido un fax de Copenhague y creen que se trata de hilo de lana. Hemos hablado con todas las mercerías de la zona, pero en principio sin resultado. Es muy extraño, porque no parece una lana muy corriente y hemos revisado todas las marcas. De todas formas, varias señoras aficionadas a tricotar nos han dicho que podría ser de la que se usa para hacer, por ejemplo, un gorro o una bufanda.

—Mierda —se lamentó Trokic—. ¿De verdad que no podían precisar más? Es muy importante.

—No hay por qué cabrearse —rezongó Jan, el ayudante de Kurt—. Nos estamos dejando el culo en esto.

—Sí, ya lo sé.

El comisario recorrió con la mirada a los presentes. Sus rostros no mostraban un ápice de entusiasmo. ¿Estaban bloqueados y desilusionados? ¿O sería por la hora? Domingo por la tarde, ya deberían estar con la mujer en el sofá, enganchados a alguna joya nacional de los seriales televisivos.

—¿Alguna novedad más? —preguntó.

Lisa Kornelius levantó la mano.

—Creo que a lo mejor tengo una buena noticia. He recibido una llamada de mi amigo Morten Birk referente a la foto de la panadería.

Trokic empezó a concebir una esperanza.

—Sí, ¿y qué te ha dicho? Creía que había tirado la toalla.

—Yo también, pero me ha preguntado si me parecía bien que le enseñara la imagen a un tipo del Ministerio de Defensa británico con el que había trabajado una vez. Le he dicho que sí.

—¿Y?

—Bueno, pues por lo visto ese tipo usa unas técnicas completamente distintas. Está hasta arriba de trabajo, pero cree que dentro de poco podrá darnos una foto mucho mejor, algo que nos servirá para identificar al hombre del otro lado de la calle.

—Muy bien, vamos a repasar lo que tenemos —dijo el comisario dirigiéndose a todos los allí reunidos—. Lukas salió del colegio a las quince treinta. Después bajó por Hørretvej al menos hasta el cruce con Obstrupvej, a unos cien metros del punto de partida. Según un nuevo testimonio, es muy posible que allí subiera a un coche verde o azul. Lo siguiente que sabemos es que se le vio delante de la panadería de la zona comercial del pueblo poco antes de las cuatro y media. Lo que hizo en ese espacio de tiempo, cerca de una hora, no lo sabemos, pero estamos seguros de que hacia las cuatro y media estaba con vida delante de la panadería. La cuestión es si la persona que aparece en el vídeo de la cámara de seguridad puede ser la misma que se lo llevó en el coche. Y si le seguiría.

—¿Hemos descartado a los padres? —preguntó Jasper Taurup—. ¿Soy el único que piensa que a lo mejor la primera vez que salieron a buscarle le encontraron, no sé, pegándole fuego a algo, y que el célebre carácter del padre pudo con él?

—Sabiendo lo que sabemos ahora, la verdad es que no lo creo —contestó Trokic—. Recuerda que a las diecisiete treinta ya estaban pidiendo ayuda a los vecinos para buscarlo, es imposible que el padre llegara del trabajo antes de las dieciséis cuarenta y cinco. Eso les da tres cuartos de hora para matarlo y borrar todas las huellas antes de presentarse más o menos impasibles delante de los vecinos.

—¿Y el del póquer? —preguntó Asgersund.

—No hay nada —respondió Jasper Taurup.

Tenía pinta de llevar algún tiempo subsistiendo a base de comida basura y los numerosos cráteres dejados por el acné resaltaban más que de costumbre en su rostro macilento. Además, una evidente expresión de insatisfacción se le había incrustado en la musculatura de la cara.

—¿Nada? ¿Podrías ser un poco más preciso? —insistió Trokic.

—Por casualidad conozco a uno que va allí a jugar —explicó el inspector—. Dice que el garito es relativamente conocido. Hay partida tres o cuatro veces a la semana. Sobre todo, póquer. Algunas noches es sólo para iniciados, o sea, profesionales. El resto del tiempo juegan al Hold'Em, al Omaha o incluso al póquer chino para desplumarse unos a otros, básicamente por diversión.

—No tengo ni idea de qué es eso, ¿es ilegal?

—Difícil de decir. La cuestión de si el póquer es azar o no continúa debatiéndose en los tribunales. De todas formas, la principal fuente de ingresos de estos tipos son los ricachos que pretenden jugar a las cartas, pero no tienen ni pajolera idea. Acaban dejándose un montón de pasta. También se mueve un poco de hachís, pero por lo que he llegado a entender no son más que menudencias. Y luego, una vez al año, hacen una excursión colectiva a Las Vegas para asistir al campeonato anual de póquer.

—¿Qué me dices de Karsten Mørk, el padre de Lukas?

—Grandes deudas de juego.

Trokic asintió. Eso podía explicar la discusión que había visto Sidsel Simonsen: alguien había ido a reclamar su dinero. Y por qué seguían viviendo como sardinas en aquella casa cuando a su edad la mayoría de padres con un empleo fijo ya se habrían mudado a un chalé o al menos a un

adosado. Tal vez explicara incluso el poco aguante del padre. Nada como los problemas económicos para poner las cosas al límite en una relación.

—No me ha hecho ninguna gracia tener que andar sonsacándoles información —refunfuñó Taurup—. Son viejos amigos, joder; nos conocemos hace veinte años.

—Puedes estar tranquilo —le aseguró el comisario—, hoy no tengo tiempo para llamar a Hacienda y contarles que hay gente que olvida declarar sus ingresos extras. ¿Y esa deuda de juego? ¿La está pagando o cómo es eso?

—Ni idea. Por desgracia, mis amigos no lo saben todo. A lo mejor podríamos traer a rastras al señor Mørk y preguntárselo a él.

—Lo tengo en la lista de posibilidades —contestó Trokic.

—¿Algún otro sospechoso? —preguntó el comisario jefe Agersund.

Trokic sacudió la cabeza.

—Pero, por supuesto, nos pondremos a buscar el coche al que supuestamente subió Lukas.

—Lo que, en otras palabras, quiere decir que en realidad seguimos sin saber nada —dijo Agersund con el ceño fruncido.

La gente empezó a abandonar la sala y al final quedó únicamente Jacob. Habían transcurrido más de diez años desde que Trokic le conociera cuando el inspector formaba parte de la UNPROFOR, las fuerzas de protección de Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz que se encontraban acuarteladas a las afueras de Sisak. Al contrario que en el caso de Trokic, la guerra no parecía haber dejado huella en Jacob, que con su pelo rubio cortado a cepillo y el rostro terso y simétrico no aparentaba un solo día más de los veinticinco años. Con su posición en la zona de Krajina era imposible que la guerra no le hubiera afectado hasta lo más hondo y, a pesar de su postura siempre neutral ante el conflicto entre serbios y croatas, su profundo conocimiento de la segunda patria de Trokic era una de las razones de su estrecha amistad. La otra era Sinka, la prima menor de Trokic.

—Es impresionante todo lo que sabe Jasper de póquer de repente —comentó el comisario.

—Bueno, una noche, hace ya algún tiempo, me contó que quince años atrás había sido uno de los mayores tahúres de Århus —dijo Jacob—. Había empezado a estudiar Exactas, pero por lo visto le aburría bastante y dedicaba gran parte de su tiempo al juego. Ganaba varios miles al año y él sostiene que si el póquer hubiera tenido entonces la popularidad de que goza hoy en día, habría ganado millones.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No. Joder, ya sabes que tiene una memoria que no es normal. Fotografía las cosas mentalmente. Yo creo que es un hacha con las cartas. Si renunció a esa carrera fue porque alguien les dio un chivatazo a los de Hacienda y empezaron a fisgar. Pero no pudieron demostrar nada. Para entonces ya estaba hasta las narices de la facultad y había decidido ingresar en la policía. No se atrevía a jugársela con los antecedentes, así que dejó las cartas. Aunque se ve que sigue teniendo contactos en el mundillo.

Guardaron silencio mientras Trokic recogía sus papeles.

—¿Hay algo que quieras contarme? —le preguntó Jacob.

El comisario trató de mirarle a los ojos. En efecto, había algo que no le había contado.

—Ahora mismo no.

—Pues yo creo que sí. Ya sabes que puedo aguantar lo que me echen.

—¿Qué te parece si quedamos para comer *rosbif* dalmata un día de éstos?

—¿Una versión croata del perro a la cazuela?

—No, joder. Dalmata de Dalmacia. Con un poco de *cevapcici* para acompañar. ¿Y col? Y un vinito que me he traído de las vacaciones.

—¿Y *ajvar*^[2] no?

—Ah, pero ¿se puede comer sin *ajvar*?

26

Rondaba la medianoche cuando llegó a su adosado de Højbjerg. El asesinato de Lukas Mørk le había agitado la alegría que le había proporcionado la última visita a su familia en Croacia, pero además había hecho pasar a un segundo plano una cuestión que no dejaba de reaparecer. Cada vez que veía a Jacob, zas, volvía a acordarse del archiconocido asunto. Aunque esta vez era diferente. Se trataba de su prima Sinka, que, como tantas otras mujeres durante la guerra, un día había emprendido un viaje sola y se la había tragado la tierra. Sinka, que por aquel entonces apenas contaba veinte años y salía con Jacob, que en aquellos momentos se encontraba en una misión de carácter militar en Zagreb, donde se hallaba el cuartel general de la UNPROFOR.

Trokic comprendía que la familia se negara a admitir la suerte que podía haber corrido un pariente desaparecido, a él mismo le costaba enfrentarse a ello y todos los veranos recorría el archipiélago con una foto de su prima que iba mostrando a diestro y siniestro. Seguía albergando la esperanza de que alguien la recordara. La guerra también había tenido sus respiraderos y algunos de ellos habían sido las pequeñas islitas del Mediterráneo y la costa de Istria, más o menos respetadas por el conflicto gracias a su situación poco estratégica.

Aún la veía antes de que se marchara. Había colaborado con él y con su organización benéfica de Zagreb en alguna ocasión, aunque se le hacía muy duro. Cada grupo de refugiados que llegaba de Krajina, al inicio bajo control serbio, traía consigo historias atroces. Trokic no podía soportar verla

perder su fe en los demás, observar su mirada, cada vez más oscura. Entonces conoció a Jacob y revivió. Aun así, decidió ir a pasar unos días a la isla de Krk, un lugar muy tranquilo. Jamás regresaría de aquel viaje. Perder a Sinka fue un duro golpe. En un momento en que el cáncer y la guerra se habían llevado a los seres más queridos de Trokic, su prima se había convertido en la persona más próxima a su corazón. Tenían temperamentos parecidos y habían llegado a un grado de confianza que él no tenía con nadie más. Con ella le pareció perder un pedazo de sí mismo.

Las últimas navidades, sin embargo, habían sido diferentes. Durante una visita a un café de Tkalceva tropezó con un hombre al que había ayudado su organización, un tipo que, como él, rondaba los cuarenta. Delante de alguna que otra cerveza más de la cuenta se pusieron al día de sus vidas e hicieron balance de lo que había crecido la familia. Al final, Ivan le preguntó cómo le iba a la hermosa Sinka. Él le explicó que llevaban cerca de doce años sin verla y que no sabían si estaba viva o muerta. Entonces fue cuando Ivan soltó la bomba: «¡Pero si la vi en Belgrado este verano!». Trokic le preguntó si ella le había reconocido, pero en ese punto la respuesta de Ivan fue negativa. La había entrevisto fugazmente al subir a un autobús del que ella bajaba. Como si de un interrogatorio se tratara, el comisario le preguntó por su aspecto y su amigo la describió como muy guapa, rondando los treinta años, de constitución menuda, con la nariz larga y fina, los ojos castaños y algo juntos y el pelo largo. Además, en un momento en que la vio apoyar la mano en la barra del autobús se había fijado en que le faltaba la última falange del meñique.

Trokic estaba convencido de que Ivan era un testigo fidedigno y creía en sus palabras, pero después de muchas consideraciones empezó a dudar. Habían pasado muchos años, ni siquiera estaba seguro de poder reconocerla él mismo. Si veía a una mujer de la edad adecuada sin la última falange del meñique, ¿no adquiriría ese rasgo tal magnitud que llegara a parecerle único? Y, por lo que se refería a la descripción, se ajustaba a la mayoría de las mujeres de la antigua Yugoslavia o, ya puestos, del sur de Europa.

Sin embargo, aquel episodio fue el origen de toda una serie de elucubraciones por su parte. Si era Sinka, ¿qué demonios estaba haciendo en Serbia precisamente? Ella, que odiaba a los serbios aún más que él, si es

que eso era posible. ¿Les mintió al decirles adónde iba o la habían secuestrado? ¿Habría perdido la memoria? Se aferraba también al hecho de que nunca hubiera aparecido su cadáver, ni siquiera durante la exhumación de diversas fosas comunes, a pesar de que figuraba en las listas de desaparecidos. La habían buscado por toda Croacia de manera exhaustiva, de modo que el que estuviera en Belgrado explicaría por qué nunca habían logrado dar con ella en suelo croata.

La historia de Ivan le había hecho plantearse si debía compartir aquella información con el resto de la familia... y con Jacob. Tras varios días dándole vueltas al asunto decidió comunicarle la noticia a su primo Tomislav y delegar en él la responsabilidad de decidir si había que contárselo a la madre de Sinka. Tomislav también determinaría si se investigaba el caso. Pero quedaba Jacob. Hasta ese momento no le había dicho nada.

Le preocupaba su reacción. ¿Se metería de cabeza en el primer avión para Belgrado por algo que tal vez no fuera más que un espejismo? Doce años atrás la desaparición de Sinka le había destrozado por completo y se arriesgaba a que aquella información reabriera una vieja herida quizá sin motivo. Y, para colmo, ahora que su amigo parecía haber vuelto a encontrar al fin la felicidad con Lisa. Lisa, que conocía toda la historia y el verano anterior había llegado a pasar sus vacaciones con Jacob en Croacia para ver con sus propios ojos las zonas que la guerra había devastado. Por más que le tentara la idea de ver a Jacob convertido en un miembro más de su familia, Trokic no podía exponerlo a una pena innecesaria ni a que cayera en las mismas especulaciones que él. Sin embargo, su amigo parecía haber barruntado algo durante la reunión. Bueno, en realidad, ya el día antes. Conocía al comisario mejor que nadie y una mirada un poco más meditabunda de la cuenta bastaba para decirle al rubio inspector que su amigo le ocultaba algo.

Trokic puso *Revelations*, de Audioslave, subió el volumen y luego lo aumentó una pizquita más. A continuación abrió el frigorífico y se llevó una alegría al ver que quedaba un paquete de pan negro y un salami toscano sin

caducar. Normalmente solía prepararse unos espléndidos platos de verduras que, a ser posible, acompañaba con montones de pescado, pero cuando estaba en medio de un caso difícil se olvidaba por completo de la compra hasta que cualquier parecido entre lo que comía y una alimentación sensata era pura coincidencia. El siguiente peldaño en el descenso en la escala de las cenas una vez limpio el frigo consistía en *pizzas* y demás comidas para llevar que se podían comprar a última hora de camino a casa. Un nivel pavoroso al que por suerte sólo había llegado rara vez. Satisfecho con su hallazgo, preparó dos rebanadas de pan con mantequilla y salami y puso rumbo al salón cargado con ellas y con los restos del vino tinto de la víspera.

De repente se le ocurrió otra idea. Tal vez Sinka no quisiera que la encontrasen. Por multitud de razones diferentes. Trokic estaba convencido de que su amor por Jacob había sido sincero, pero la guerra transformaba a la gente. Quizá hubiera sido víctima de una violación o de algún otro delito que la había hecho enfermar mentalmente. Aquella zona estaba atestada de personas con terribles heridas en el alma, y Sinka ya tenía un carácter muy sensible de por sí. Trokic había oído espantosas historias de millares y millares de mujeres que habían sido violadas, maltratadas, humilladas, vendidas y alquiladas durante la contienda.

Se tragó lo que quedaba de la cena con un suspiro, vació la botella de vino y estaba a punto de tirarse en el sofá cuando sonó su móvil. Observó la pantalla. Un número desconocido. Por un segundo consideró la posibilidad de pulsar el botón rojo y rechazar la llamada, pero entonces reapareció Lukas Mørk. Su carita congelada en un instante de horror. Cogió el teléfono de la mesa.

—¿Sí?

—Soy Jytte Mørk, la madre de Lukas. Perdona que le llame a estas horas.

—No pasa nada, no se preocupe por eso —murmuró el comisario, al tiempo que se incorporaba en el sofá—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—Me cuesta encontrar la calma. Las ideas... —se le quebró la voz—, las ideas no dejan de rondarme por la cabeza. Quería saber si había alguna novedad.

—No, nada trascendental. Seguimos distintas pistas de las que no le puedo dar detalles porque aún no sabemos si tienen consistencia, pero puede estar segura de que estamos empleando todos los recursos de que disponemos para tratar de encontrar al asesino de Lukas.

Al otro lado de la línea se oyó un larguísimo suspiro, como si aquella mujer llevara horas conteniendo el aliento y al fin lo hubiera dejado escapar por un instante. Después rompió a llorar quedamente. Trokic guardó silencio mientras el dolor se filtraba a través de la línea telefónica. Transcurrido medio minuto, ella siguió hablando.

—Mis ideas describen círculos. Mi marido cree que me estoy volviendo loca. Repito lo mismo una y otra vez. Porque mi mente siempre vuelve a lo mismo. En círculos. Como si tarde o temprano fuera a encontrar otra solución. Me veo haciendo el mismo recorrido y buscándole infinitas veces. Por el pueblo. Pero al final siempre llego a la misma terrible conclusión.

Otro suspiro.

—¿Han hablado con el auxiliar de la ludoteca? —preguntó de pronto—. Adam, creo que se llama. A lo mejor él vio algo.

—Sí, hemos hablado con él varias veces. Él fue quien salió a decirle adiós a Lukas cuando se marchó. Es todo lo que sabe.

—Ya, pero yo le vi cuando salimos a buscarle. Salía de la cooperativa.

—¿Sabría decirme a qué hora fue eso?

—Bueno, no con exactitud. Más o menos entre las cuatro y media y las cinco y media, a lo mejor.

Trokic frunció el ceño y recordó la lista de la directora del centro. Estaba convencido de que el nombre del sustituto figuraba entre los de quienes no habían abandonado la ludoteca en ningún momento.

—¿Y está segura de que era él?

—Sí, completamente segura. El chico de la coleta.

El lunes no pintaba nada bien. Cuando, hacia las nueve, Trokic llegó a jefatura tras seis horas enteras de sueño se sentía descansado, sí, pero la sensación de no dejar de darse cabezazos contra la pared le tenía de un humor peor del habitual.

Después de un fin de semana lleno de disturbios, la jefatura era un hervidero de personas. Los de otro departamento se habían incautado de cuatrocientos gramos de cocaína tras seguir a un par de jóvenes que habían dado media vuelta al ver al perro policía junto a la discoteca Broen, en el puerto. En Risskov, el director de una gran empresa de alarmas le había propinado una paliza tan brutal a su mujer que la había dejado en coma y estaba ingresada en el hospital. Los dos hijos de la víctima, fruto de un matrimonio anterior, amenazaban con partírla el cuello al delincuente. Además, dos agentes habían encontrado a «un masoquista de esos» que «jugando a estrangularse él solo se había muerto», como explicó uno de ellos. Algo que Trokic identificó de inmediato como asfixia autoerótica o, dicho con otras palabras, interrumpir uno mismo el suministro de oxígeno al cerebro para obtener placer sexual. El problema con ese jueguito era que se corría el riesgo de perder el control del sistema nervioso y todos los años era el causante de numerosas muertes a lo largo y ancho del mundo. Él mismo había tenido el honor de esclarecer los detalles de dos casos que habían acabado en tragedia. Lo más difícil para la familia era enfrentarse a la pérdida de un ser querido en medio de un guirigay de juguetes eróticos y extraños mecanismos. No era raro que el protagonista se grabara en vídeo

durante el acto, con lo que la policía disponía de la cinta como prueba y podía comprobar qué había salido mal. Por lo general, algún defecto en el dispositivo de seguridad. El último del que habían tenido noticia, un hombre soltero de entre treinta y cuarenta años, había llegado a perforar el techo a fin de disponer de espacio para instalar un complejo sistema de cadenas que le sostuviera en vilo durante unos segundos. Sin embargo, el sistema resultó no estar exento de fallos. A Trokic le había costado lo indecible ir a un barrio de chalés a explicarle a un matrimonio sesentón cómo había perdido la vida su hijo y, sobre todo, quitarles de la cabeza la descabellada idea de que se trataba de un estrafalario crimen cometido por un psicópata desquiciado y no de algo ideado por su hijo con el fin de satisfacerse. No estaba precisamente entusiasmado. El *breath play* era peligroso.

Por último, aunque no por ello fuera menos problemático, había una nueva oleada de robos en los autobuses urbanos y los de Transportes estaban que trinaban. En pocas palabras, iban bien servidos.

El comisario cerró la puerta de su despacho y encendió la minicadena. Un CD de Soundgarden empezó a girar en su interior. Eso mantendría a raya a sus compañeros. Seleccionó un volumen que no molestara en los despachos cercanos, se descalzó y envió las zapatillas a un rincón de una patada. Una de ellas impactó contra un archivador que había en la estantería y desperdigó por el suelo varios expedientes. El archivador, a su vez, volcó la papelería y desparramó su contenido por la habitación.

—¡Me cago en la puta! —exclamó dándose la vuelta para no ver aquel caos.

Adam Sørensen no tardaría en presentarse allí y esperaba que tuviera una buena razón que explicase qué estaba haciendo en la cooperativa a la hora aproximada en que Lukas había quedado registrado en la cámara de seguridad.

Mientras aguardaba su llegada, empezó a revisar las pilas de papeles que tenía sobre la mesa. Encontró las copias de los cuatro casos de incendio intencionado de que hablaba el policía local. Cada uno de ellos ocupaba un

folio escaso y parecía más bien un apunte para la posteridad. Era difícil investigar los incendios porque el fuego destruía las pruebas, de modo que podía llegar a resultar muy complicado demostrar que se trataba de un delito. Exigía la colaboración de expertos capaces de determinar el foco — el punto de origen del fuego— y que conocieran su comportamiento, y no iban a recurrir a la artillería pesada sólo porque la casita de juegos de los Thøgersen hubiera salido ardiendo en plena ola de calor o porque la moto del joven Rasmus de repente hubiese quedado socarrada.

Nadie había resultado herido y los daños no eran muy cuantiosos. A cambio contaban con los quince años de experiencia de David Olesen como agente de la zona, una experiencia que le decía que los incendios estaban relacionados unos con otros y eran intencionados. En Mårslet no era nada frecuente que las cosas echaran a arder sin más ni más, de modo que los casos habían llegado hasta la policía en forma de denuncias.

Trokic recordó las quemaduras de Lukas. ¿Cómo se las habría hecho? Tenía que haber sido después de pasar por delante de la panadería. Después de tal vez sí, tal vez no, subir y volver a bajar de un coche que le había recogido en Hørretvej. No tenía ningún sentido.

Se levantó, apagó la música y salió al trote hacia la sala de interrogatorios. Estaba a punto de estrenar su primer café cuando la puerta se abrió, dando paso a Adam Sørensen. Los hombros del auxiliar de educador parecían bastante más caídos que la última vez, como si el mundo hubiera decidido apesadumbrarlos con su abrumadora carga. También tenía aspecto de haber llorado, cierta hinchazón rodeaba sus ojos torcidos. El comisario se puso en pie y acercó una silla para el recién llegado.

—Bienvenido de nuevo. Siéntate.

Le sirvió un café y, al recordar que a su invitado no le gustaba solo, colocó un par de envases de nata junto a la taza. Adam tomó asiento, vacilante, y se estiró los pantalones militares.

—Supongo que sabrás por qué te hemos vuelto a llamar, ¿no?

El joven hizo un gesto negativo y después se encogió de hombros.

—La verdad es que no.

—Imagino que te darás cuenta de la importancia que tiene decirle la verdad a la policía. Si no, es muy fácil acabar en la lista negra de sospechosos, y de ahí salir ya no es tan fácil.

Lo decía medio en serio, medio en broma, pero Adam se derrumbó asustado.

—Supongo que querrá que hablemos de mi visita a la cooperativa — dijo prácticamente en un susurro.

—Pues sí. No me has contado toda la verdad sobre lo que hiciste la tarde que Lukas desapareció y ahora la quiero emérita, sin una sola excepción.

—Sólo salí un cuarto de hora, no me pareció necesario decirlo.

—Por supuesto que era necesario. Confío en que entenderás lo importante que es que contemos con ese tipo de información. Así que dime, ¿a qué hora saliste de la ludoteca y a qué hora regresaste?

Se produjo una pausa mientras el sustituto jugueteaba con los cubitos de nata de la mesa y pensaba lo que iba a contestar.

—Salí a comprar unos cigarrillos antes de la reunión. Fue después de hablar por teléfono con la madre de Lukas y confirmarle que se había ido. En realidad, salí sobre todo por los cigarrillos, pero también iba con la idea de que podía encontrarme al niño. Creo que eran cerca de las cinco menos veinte. Tenía que estar de vuelta antes de que empezara la reunión.

—¿Viste a Lukas?

Adam sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Pero ¿por qué no dijiste nada? — insistió Trokic.

—Me preocupaba causar una mala impresión, que creyeran que le había hecho algo. La gente siempre está pendiente de los hombres que trabajamos con niños. Me siento constantemente vigilado, es como si lo primero que pensara todo el mundo es que abuso de los niños. A veces con sólo decir que soy auxiliar de educador les leo el pensamiento — dijo con un suspiro —. Hay que tener cuidado para no causar una mala impresión, por eso no lo conté.

—Pero ¿qué impresión crees que me has causado ahora que he descubierto que has mentido?

Adam esbozó una sonrisa sarcástica.

—Sí, me doy cuenta. No ha sido muy inteligente por mi parte.

Trokic se recostó en su asiento con los brazos cruzados y contempló al joven que tenía delante. No habría sabido decir si continuaba mintiendo, pero no cabía duda de que se encontraba en la ludoteca cuando dio comienzo la reunión. Lo habían confirmado varias personas. La cuestión era si decía la verdad en cuanto a las horas y si pudo seguir a Lukas, matarlo y volver a tiempo.

—¿Qué coche tienes?

—No tengo coche, voy a trabajar en bici; pero como acababa de empezar a nevar y no quería resbalarme, a la cooperativa bajé andando.

Trokic lo intentó por otro lado.

—¿No viste un coche verde o azul por el camino?

—No me acuerdo.

—¿Te fijaste en algo en especial?

Adam Sørensen dijo que no con la cabeza.

—Lo único que quería era volver lo antes posible, hacía un tiempo de perros.

—De acuerdo, puedes marcharte. Pero no te alejes mucho, es posible que necesitemos volver a hablar contigo. Lamentablemente, no podemos excluirte del grupo de sospechosos.

Lisa se quitó las altas botas marrones de tacón de una patada y se acercó a la ventana a pasitos cortos para admirar las vistas. El Hotel Radisson estaba situado en el centro de una Amsterdam gélida y mañanera, flanqueado por dos bonitos *coffee shops*, el Rusland y el Basjoe, a tiro de piedra del Barrio Rojo, que acababa de atravesar al salir de la estación con los pies doloridos, la maleta a rastras en una mano y un plano en la otra. El lugar destinado a acoger el seminario europeo era una rareza arquitectónica que combinaba varios antiguos edificios comerciales, una fábrica de papel y una casa parroquial fusionados bajo una cubierta común y reconvertidos en hotel, un hotel cuyas tarifas seguramente habían dejado a Agersund sin respiración. Las vistas, sin embargo, eran tejados y un cielo gris. Estaba cansada porque llevaba en pie desde antes de que pusieran las calles, así que pasó al cuarto de baño a llenar la bañera. A las diez, cuando comenzara el seminario, quería estar fresca y descansada.

Acababa de introducirse en el mar de burbujas que había creado tras estudiar a conciencia el surtido de productos de higiene personal del hotel envasados en unos chismines de plástico diminutos, cuando llamaron a la puerta. Lo ignoró y se sumergió aún más en la bañera. El calor le subió hacia las mejillas, todavía frías por la caminata, y sintió en la piel los pinchazos de la sangre en los vasos sanguíneos. Si eran los del servicio de habitaciones o los de la limpieza, tendrían que volver más tarde, porque

aquello era fantástico. Ya casi había perdido la conciencia del tiempo y el espacio y había iniciado una fantasía en la que Jacob la acariciaba con sus labios por las zonas más sensibles de su cuerpo, cuando volvieron a llamar a la puerta, esta vez acompañando los golpecitos con un «Lisa? *Hello?*». A regañadientes, desterró de su mente la imagen de Jacob, sus ojos azules, su bonita sonrisa y su lengua aterciopelada y frunció el ceño. El personal no solía llamar a los huéspedes por su nombre de pila, ¿o sí? Molesta por la interrupción y con muchas prisas, salió de la bañera y a punto estuvo de resbalar en el suelo de mármol. Se envolvió en una de las gigantescas toallas del hotel y se acercó a la puerta.

—¿Sí? —gritó a modo de respuesta con la esperanza de obtener una explicación.

—Soy yo, James Smith. De Londres. Estamos juntos en el seminario.

La inspectora entreabrió la puerta y le sonrió con cautela al hombre que había osado molestarla. Al otro lado estaba uno de sus viejos conocidos de la época de Copenhague. Por aquel entonces, James trabajaba para Scotland Yard en la desarticulación de redes de pedofilia en internet, el mismo campo que ella, y fue su contacto en la policía británica en varios casos. Era altísimo, algo más de dos metros cinco, de complexión fuerte y tenía el pelo rubio y las mejillas siempre encendidas. Ella sospechaba que esto último podía deberse al constante flujo de alcohol que consumía tan pronto se presentaba la ocasión. El sonido de su voz hizo que algo se agitara en sus recuerdos.

—Perdóname, no estás demasiado presentable —observó sin ninguna necesidad—. Puedo volver más tarde.

—Estaba en el baño, pero no pasa nada. No sabía que tú también venías, si no te habría llamado antes de salir. ¡Cuánto tiempo! ¿Tres años ya?

—No he visto la lista de participantes hasta que me he subido al avión —le explicó James—, así que al llegar he preguntado por ti en recepción. ¿Te apetece bajar a tomar una copa en el bar antes de empezar? Cuando acabes de bañarte. No sé tú, pero yo necesito sacudirme de encima ese vuelo.

—¡Claro! ¿Dentro de media hora? —preguntó Lisa, que lo encontraba un poco temprano para copas.

Quedaron en reunirse en el bar, que se encontraba en la antigua casa parroquial que ocupaba el centro del hotel. Luego volvió a sumergirse con entusiasmo entre las cálidas burbujas.

—¿Sigues en Scotland Yard? —se interesó cuando se sentaron en uno de los macizos muebles marrones de piel cada uno con su consumición, un capuchino para ella y una cerveza Jupiler para James.

Lisa echó un vistazo por el bar, un local de techos altos decorado con papel pintado de color beis. Una escalera de caracol antigua de peldaños desgastados conducía al piso de arriba. La sala estaba iluminada por grandes arañas de cristal y una falsa chimenea donde el fuego chisporroteaba alegremente en torno a un tronco.

—No, ahora soy autónomo, así que este seminario corre de mi cuenta.

—¿Autónomo? ¿Cómo?

—Trabajo en seguridad privada. Concretamente, me encargo de proteger a personajes públicos y a personas anónimas de hostigadores.

—Es todo un giro en tu carrera, pero suena interesante —contestó Lisa.

La policía inglesa había perdido a uno de sus mejores hombres en la lucha contra la pedofilia, pero así eran las cosas.

—Pero yo creía que solían ser inofensivos. Me refiero a los hostigadores.

James asintió.

—La mayoría sí, afortunadamente. Pero de vez en cuando aparece uno violento que llega incluso a matar, y no quiero que le ocurra a uno de mis clientes. Por eso me interesa todo lo que huelga a psicología. Sé que uno de los profesores tiene experiencia en casos con hostigadores y espero poder tener una conversación con él en algún momento del curso.

Lisa le echó azúcar al capuchino y contempló cómo desaparecía entre la espuma. Estiró las piernas por debajo de la mesa y se recostó a sus anchas en el asiento.

—Entonces, ¿trabajas solo?

—No, de momento somos doce en la empresa —prosiguió él—. Mis compañeros son, por un lado, gente con experiencia en temas de seguridad

dentro de la policía y, por otro, guardaespaldas declarados que seleccionamos en los cuerpos especiales. Hacemos muchas cosas, desde asesorar a particulares que tienen exparejas que los acosan hasta ayudar a actores perseguidos por admiradores. En algunos casos, también tenemos políticos sometidos a un acoso más prolongado. Además, hay distintos tipos de hostigadores, aunque nosotros básicamente procedemos con todos ellos por igual.

—¿Y conseguís que lo dejen? Porque nosotros solemos cursar una orden de alejamiento, pero reconozco que no es muy efectivo.

—Normalmente lo que tenemos que cambiar es el comportamiento de la víctima. Las órdenes de alejamiento al final pueden acabar empeorando las cosas, porque corres el riesgo de exaltar al hostigador. No hay forma de hacer entrar en razón a esa gente, está como poseída. No somos guardaespaldas en el sentido tradicional y por eso no prestamos un marcaje veinticuatro horas, así que ante todo se trata de enseñarles a que se defiendan ellas mismas. Y digo ellas porque estadísticamente el problema afecta a una inmensa mayoría de mujeres, de manera que tienen que aprender un sinnúmero de medidas de seguridad básicas que van desde cambiar de número de teléfono hasta hacer cursos de defensa personal, aprender a manipular el correo y probablemente realizar una o varias mudanzas.

—Joder, cómo lo siento por esas mujeres —se compadeció Lisa—. Acaban viviendo como víctimas eternamente.

—Sí, y muchas de ellas también se vuelven tercas y se niegan a cambiar de vida por culpa de sus perseguidores. Intentamos hacerles ver que no les queda más remedio, cualquier otra decisión representaría un riesgo demasiado alto. Por desgracia, para cuando nosotros entramos en escena las cosas ya han alcanzado un punto en que la persona en cuestión ya se ha convertido en una carga enorme en la vida de esas mujeres. Sería una ventaja que interviniéramos antes para así poder tener un efecto más preventivo.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, muchas de esas mujeres, por ejemplo, creen que pueden hablar con ellos y explicarles las cosas. Pero no funciona. Los hostigadores se nutren de atención y lo tomarían como una señal de que se está produciendo

un acercamiento en lugar de lo contrario. Se les dice que no una vez y después no hay que volver a prestarles atención. Muchos de ellos están gravemente perturbados y creen mantener una relación con la víctima y que ésta los ama. Solemos decir que cuanto menos amor hubo antes del comienzo del acoso, más locos están.

—¿Y no temes que pueda pasarle algo a alguno de tus clientes? — preguntó Lisa.

—Claro, joder. Llegas a conocerlos y se crea un vínculo personal, aunque ya estamos curtidos. Pero por lo que sé, tú también has pasado de la unidad especial de Copenhague al Departamento de Homicidios de Århus.

—No podía más —admitió—. Lo que más cuesta arriba se me hacía era dedicar tanto tiempo a los casos para luego ver cómo los pedófilos acababan con unas condenas ridículas.

—Sí, ese trabajo afecta a la gente —corroboró James con mirada ausente.

Lisa consultó la hora. Ya iba a dar comienzo el primer seminario.

Mathias Riise estaba en la parte de atrás de Skellegården, donde acababa la terraza, fumando un porro en medio del frío. Aunque era de día, en la casa principal tenían las luces encendidas y se veía a cinco individuos que jugaban a las cartas en el piso de abajo. El humo colgaba hecho jirones como si fuera niebla por debajo de la lámpara de diseño asimétrica, y por las viejas ventanas escapaba el murmullo de las voces. Por allí se dejaban caer todo tipo de personas, pero sobre todo hombres. En realidad, solamente alborotaban los fines de semana, cuando bebían entre partida y partida. Mathias sabía que el policía del pueblo había ido varias veces, aunque al parecer no había tomado ninguna medida. Y el padre de Lukas era uno de los fijos del garito. Se tragó el humo y lo retuvo unos segundos bien al fondo en los pulmones para que surtiera efecto. Dentro de poco, en cuanto cumpliera los dieciséis, conseguiría un trabajo y empezaría a ahorrar para pagar un apartamento. Tal vez en Odense, o en Copenhague. Cuanto más rápido saliera de ese agujero, mejor. Tenía que alejarse de Mårslet y de su madre. No veía la hora de perderla de vista para siempre. Junto con ella desaparecerían la vergüenza, las mentiras y el disimulo y quedarían reducidos a una bruma sombría enterrada en un rincón de su memoria. Él había sobrevivido, a lo mejor sus hermanos pequeños también lo conseguían.

Entonces advirtió el olor. Mathias tenía un olfato excelente y cuando fumaba hachís percibía los aromas con más intensidad. Olía la nieve de la calle al otro lado del seto, llena de suciedad, humo de coche y esa arenilla

marrón que echaban los del ayuntamiento en la carretera. Sin embargo, otro olor luchaba por abrirse paso. Algo quemado. Recorrió el jardín con la mirada en busca de su origen. Nadie encendía hogueras en esa época del año y pocos eran los que se aventuraban a hacer barbacoas. Por fin descubrió algo que asomaba entre la nieve en el otro extremo del jardín. Echó a andar en esa dirección por encima de la crujiente corteza blanca. ¿Sería el lugar donde se había quemado Lukas? De pronto recordó haber visto a su madre allí sosteniendo algo de ropa con un palo. ¿La habría quemado? Pero ¿qué ropa sería ésa? Estudió los restos que quedaban entre la tierra y apartó una capa de nieve con el pie. Había varios trapos ennegrecidos de diferentes colores con las orillas quemadas. Aún podía distinguir una bragueta de tela azul celeste. Eran los restos medio quemados de los calzoncillos de Frederick. ¿Por qué les habría prendido fuego? Recordar y comprender fue para él como una vergonzosa bofetada. Su hermano también se estaba haciendo mayor, y esas señales de hombría la enfurecían.

Apagó el porro y volvió a entrar. Su madre, con una copa de vino, observaba la casa de enfrente, ocupada por una madre joven y su hijo. Era una de sus ocupaciones preferidas últimamente. La vecina había mantenido una relación con un individuo flaco de Kosovo al que había recogido de un campo de refugiados, un tipo al que, a pesar de sus problemas psíquicos, habían enviado de vuelta a su país ese otoño. Su madre, sin embargo, estaba convencida de que el novio había regresado a Dinamarca de algún modo misterioso y permanecía allí ilegalmente. El día anterior incluso había dejado caer la idea de que el albano-kosovar en cuestión podría haber tenido algo que ver con la muerte de Lukas.

De nuevo en su habitación, volvió a pensar en lo que andaba rondándole la cabeza desde hacía varios días. La carta ya no estaba en su escritorio, la había roto en pedacitos diminutos y la había tirado a la basura. Aun así, veía las palabras que contenía con tanta claridad como si las hubieran cincelado en la pared. Sé lo que has hecho. Conozco tu secreto. ¿Quién habría escrito esa carta y qué sería lo que sabía?

Stefan miraba la negra pizarra sin verla. El sol entraba por la ventana y la tiza flotaba entre sus rayos formando tenues nubes. Susanne, la profesora de matemáticas, había llenado el encerado de quebrados y ecuaciones y él no había entendido una palabra. Parecían misteriosos hechizos de un libro de magia. Su profesora tenía poco más de treinta años y el pelo corto y rubio por debajo de las orejas. Sabía que si se lo apartaba, se veía que le faltaba el lóbulo de una oreja. Les había contado que se lo había arrancado de un mordisco su viejo caballo, Skyggefaxe, cuando era pequeña. A Stefan le caía bien Susanne, que nunca le regañaba aunque a veces tenía que explicarle las cosas tres veces para que él las entendiera. O fingiera entenderlas.

En esos momentos se estaba preguntando si debía sincerarse con ella. Antes de que ocurriera lo de Lukas, ni se le habría pasado por la cabeza chivarse y contarle a un profesor lo que habían hecho. Sí, los mayores decían que lo más seguro era que anduviese suelto un pedófilo por el pueblo, pero ¿y si no era eso? ¿Y si se equivocaban? Por otra parte, ¿a él qué más le daba? Al día siguiente del hallazgo de Lukas el director del colegio había comenzado la jornada con un homenaje y un pequeño discurso, y los profesores habían tenido que dedicar mucho tiempo a tranquilizar a los niños asustados y responder a sus preguntas.

Además, era el gran tema de conversación en el patio. Se habían suspendido las guerras de bolas de nieve y sólo se hablaba de cómo podía haber sucedido algo así en Mårslet.

—Tierra llamando a Stefan, Tierra llamando a Stefan. ¡Despierta!

Varios compañeros se echaron a reír, a alguien se le cayó un lapicero y se oyó arrastrar una silla por el suelo.

Stefan miró a su alrededor y descubrió que Susanne le hablaba a él. No había oído absolutamente nada de lo que estaba explicando, se había limitado a mirar hacia la pizarra con la mente en blanco. ¿Le había preguntado algo? ¿El qué? Algo de las fórmulas.

—¿Qué? —volvió en sí.

—¿Podrías resolver esto que he escrito?

Él observó los números de la superficie oscura. No les veía ni pies ni cabeza.

—No —admitió.

—Vale, ¿sabe hacerlo alguien?

Antes de pasar a la siguiente víctima, le lanzó una extraña mirada. Stefan dibujó una estrella en su pupitre con el lápiz y luego la repasó con el compás. A su lado, Liv le dio una buena patada en la espinilla. No era propio de Susanne dejarle escapar tan fácilmente, había intuido algo. ¿Debería hablar con ella? ¿Ser un chivato y, de paso, descubrirse? ¿Qué pensaría de él? ¿Estaría obligada a contárselo a los demás profesores? No tardaría en saberlo todo el colegio. Y eso, claro, quería decir que se lo contarían a su madre.

Se habían apuntado a un club de internet, así lo llamaban ¿no? Tommy y él se habían pasado de la raya. Habían pegado. Y hecho fotos. Era un auténtico milagro que la niña a la que habían atacado no se hubiera ido de la lengua, aunque Tommy la había amenazado a conciencia para que tuviese la boca cerrada. Pero la verdad acabaría saliendo a la luz.

Al atravesar la plaza principal de Århus, Trokic observó que la nieve había dado nuevas formas al Dragón de Agua, como lo llamaba la gente. La polémica escultura de la artista Elisabeth Toubro llevaba varios años dando qué pensar y grupos vecinales y municipales que consideraban que profanaba la plaza habían exigido su retirada. Sin embargo, el cálculo de los costes que supondría trasladar la obra le había cerrado la boca a gran parte de los críticos. El comisario, que no tenía ni idea de arte y mucho menos interés por el mismo, se había habituado a aquella escultura rodeada de escándalo y no era partidario de los cambios.

Al intuir unos cabellos negros a través del escaparate de la librería de la plaza, se detuvo. Ver a Sidsel junto al mostrador le hizo sentir una punzada de irritación. Cuando estaba en medio de un caso no quería saber nada de elementos perturbadores en forma de mujeres dislocacerebros, y ya se disponía a pasar de largo a toda prisa cuando la joven salió de la tienda.

—¿Qué, el caso le ha devuelto a la civilización? —le preguntó.

Se guardó en el bolso un paquete con un libro y aprovechó para sacar un par de guantes.

—Me estaba haciendo falta un poco de aire fresco y una comida lejos de la comisaría —explicó él.

Para su propio asombro, de entre sus labios se escapó una invitación:

—¿Le apetece comer conmigo aquí, en el Café Jorden? Así podría hablarme un poco de Mårslet.

—Me encantaría.

La música de fondo era de Incubus Dig, un tema lento y sentido con acompañamiento de guitarra que rebosaba nostalgia y deseo de huir de la soledad, una pieza intensa, una de las pocas canciones sentimentales que de veras le llegaban a las entrañas. Por esa misma razón le recordaba a la última de sus relaciones que se había ido a pique, una atractiva abogada de melenita rubia y grandes ojos verdes que había conocido en los juzgados una calurosa mañana de agosto de vaporosos vientos estivales y que, entre un sinfín de lágrimas, le había dejado por imposible a los tres meses diciéndole, con una poco delicada referencia a Incubus, que no dudaba de su capacidad para albergar sentimientos profundos, pero que al parecer lo que necesitaba era a alguien capaz de desenterrarle de su voluntario aislamiento. Alguien que, se sobrentendía, no era ella. No sin cierto pesar, se vio obligado a renunciar a su agradable compañía, porque estaba dotada de una naturalidad corporal que la llevaba a entregarse con el mayor fervor y apetito. Sin embargo, Trokic no había tardado en darse cuenta de que él no podía darle la complicidad y cercanía que ella buscaba. Antes de salir definitivamente de su casa, la abogada robó el título de un tema de Incubus y, pocos segundos antes del portazo, gritó: «*Goodbye. Nice to know you*».

Algo había en la mujer que tenía delante que despertaba su curiosidad. No parecía tener pareja, pero nada en ella revelaba la menor reacción cuando estaba con él. Estaba acostumbrado a que las mujeres adquirieran al menos un leve brillo en la mirada o trataran de llamar la atención sobre su feminidad de un modo u otro. Tampoco es que resultase insoportable para su ego que ella no mostrase nada más allá de un mero interés humano, en el fondo hasta lo agradecía, en vista del poco tiempo que había transcurrido desde el asunto con la abogada, pero, aun así... Tal vez hubiera algo que no le había contado. Un amor no correspondido. O quizá no deseara tener un hombre a su lado que la limitara. Era innegable que las relaciones podían llegar a complicar bastante la vida. También cabía la posibilidad, claro, de que le gustaran las mujeres. Homosexual o bisexual. Como se llamara. Espió su rostro a hurtadillas y rozó con la mirada los dos bultos bien

formados de su blusa negra de algodón. Siempre podía preguntárselo sin más. Si hubiera sido capaz.

—¿Qué tal la tesina? —prefirió decir.

—Estoy esperando una revelación —contestó ella—, supongo que creo que me va a caer del cielo.

Después le hizo sitio a la camarera, que le traía un gran plato de ensalada. Trokic había pedido un club sándwich.

—¿Cómo le dio por la arqueología marina? ¿No le bastaba con excavar en seco?

—Sí, y quiero seguir haciéndolo de vez en cuando. Las excavaciones locales son muy interesantes. Cada vez que construyen algo nuevo o cavan un poco, aparece algo. Como aquella vez que intentaron plantar unos árboles al lado de Vor Frue Kirke y encontraron la tumba de un niño de dos o tres años que había muerto de raquitismo.

—Y supongo que también en el arroyo.

—Sí, cuando reabrieron el cauce del arroyo también encontraron unos refuerzos antiguos en los laterales y algo semejante a un puerto. Pero lo más emocionante son los hallazgos de la época vikinga. Las casas semienterradas, por ejemplo. Es como si el tiempo se te metiera en el cuerpo. O como si de pronto desapareciese. Te encuentras con la historia a tus pies.

—En cierto modo se podría decir que los dos nos dedicamos a desenterrar el pasado —filosofó el comisario mientras trazaba círculos por el plato con el último trozo de su sándwich.

—Y a buscar pistas —añadió ella con una sonrisa al tiempo que, por primera vez, le miraba con expresión juguetona—. Y hablando de pistas, ¿cómo va la investigación?

—Así, así.

—Es como si la historia se repitiera, ¿no le parece?

—¿A qué se refiere?

—Sí, un niño que aparece muerto en el arroyo.

—Creo que no la sigo del todo.

Sidsel dejó el cuchillo y el tenedor en el plato y se limpió los labios con la servilleta.

—Hace ya mucho tiempo. Encontraron a un niño en el arroyo.

—¿En el Giber?

—Sí.

La joven paseó la mirada por las rojas paredes del local y sus carteles franceses.

—Fue a comienzos de los setenta, creo; no me atrevo a decirlo exactamente. Por lo visto, el niño, al menos según la policía, se había quitado la vida, el pobrecillo. Fue muy trágico. No tendría más de once años, muy pronto para querer acabar con todo. Sorprende un poco. Ocurrió antes de que yo naciera, pero mi madre me lo contó.

—No sabía nada. ¿Quién era el niño?

—No sé cómo se llamaba, un nombre con E.

Trató de hacer memoria con la mirada perdida.

—Ejvind o Eigil, creo. Tengo entendido que al principio lo clasificaron como una muerte en circunstancias sospechosas. Disparó los cotilleos en el pueblo, como ahora. La gente andaba como loca. Recuerdo que mi madre me dijo que acusaron de estar implicados a los padres y después a un hombre joven, fue una auténtica caza de brujas. Pero al final lo archivaron como suicidio y los padres se marcharon del pueblo. He de reconocer que no conozco todos los detalles.

Trokic bebió un sorbito de refresco. Curiosa coincidencia. ¿O no? No solía operar con la palabra coincidencia en casos de asesinato.

Ya se había acabado el sándwich y de repente se sentía inquieto.

—Será mejor que vuelva al despacho. Es muy posible que ese caso no tenga nada que ver con el de ahora, pero voy a tener que investigarlo.

Trokic le había pedido por teléfono a la administrativa que localizara en los archivos y a través de las autoridades correspondientes todo cuanto pudiera acerca del suicidio de un niño en un arroyo de Mårslet a comienzos de los años setenta, y cuando pasadas las dos regresó a su despacho con la cabeza traspasada por un dolor sin precedentes desde la resaca que siguió a la disolución de Audioslave, se encontró un expediente y un papel impreso sobre la mesa.

Pertrechado con un café y dos analgésicos de la administrativa, se embarcó en la lectura de una tragedia acaecida muchos años atrás.

Un par de líneas le bastaron para darse cuenta de que no era la primera vez que tropezaba con ese apellido. Se llamaba Eigil Riise. ¿Sería posible que el primer niño muerto fuera hermano de Jonna Riise, la vecina de Lukas? Sorprendido, se recostó en el asiento.

Eigil Riise, nacido en 1962, era hijo de Hans y Tove Riise. Habían sido padres muy jóvenes, ya que cuando el pequeño vino al mundo la madre acababa de cumplir diecisiete años y el padre, diecinueve. Vivían algo apartados de Mårslet y no se relacionaban demasiado con la gente del pueblo. Después, el padre empezó a trabajar como maestro y la madre se dedicó a la casa.

El comisario pasó varias páginas hasta llegar al informe policial del 3 de marzo de 1973. Eigil tenía once años recién cumplidos, calculó. Hizo una

pausa para beber un sorbo de café mientras pensaba en aquella coincidencia. ¿Sería posible que fuese una casualidad? Si hubieran vivido en puntos distintos del pueblo tal vez lo hubiera creído, pero no, Riise y los Mørk eran vecinos. Continuó leyendo. Una guía forestal que había aprovechado la cálida jornada para hacer senderismo junto al arroyo realizó una llamada de emergencia desde una casa cercana a las dieciséis veintidós informando de que en el agua flotaba lo que parecía ser el cadáver de un niño. Cuando llegó la policía, Eigil estaba muerto. En el curso de la investigación se planteó la incógnita de cómo podía haberse ahogado en un arroyo de tan escasa profundidad. Trokic leyó el nombre del agente que había redactado el informe y se mordió el labio, sorprendido. Luego cogió el teléfono y llamó a Lisa.

—¿Eres familia de un tal Bent Kornelius?

—Por si se te ha olvidado, estoy en Amsterdam, y me estás llamando al móvil. Pero sí, es primo de mi padre. ¿Por qué?

—Tengo aquí un caso donde aparece su nombre. ¿Sigue aún con nosotros? El nombre no me suena, así, de primeras.

—No, se jubiló allá por 1992, antes de que tú y yo llegáramos a Århus. Era comisario jefe.

—De acuerdo. ¿Vive todavía?

—Las navidades pasadas, desde luego, vivía, porque vino a comer con nosotros el 27. Vive en Gellerup hace una eternidad y está metido en un montón de proyectos locales. Acaba de cumplir setenta y cinco años. Si esperas un momento te puedo localizar su número en la agenda.

—Sí, por favor.

Aprovechó la oportunidad para vaciar el café que quedaba en la taza en la planta de su despacho y limpiar el polvo del alféizar de la ventana con una servilleta. Al cabo de unos minutos la tenía de nuevo al otro lado de la línea.

—Allá va.

Le facilitó un número particular y un móvil y se despidió con un «que lo pases bien». Trokic se quedó mirando el número. Quizá fuera una pérdida de tiempo, pero tenía que averiguar qué ocurría con aquel caso. Tras reflexionar un instante, marcó el teléfono del policía retirado.

Bent Kornelius vivía en uno de los últimos bloques de viviendas en dirección norte. Algo más allá, Trokic alcanzó a distinguir el Bazar Vest, adonde solía ir a comprar cuando necesitaba algo especial. Él había crecido no muy lejos de allí y a veces se decía que el único cambio era un poco de maquillaje en forma de fachadas renovadas. Bueno, eso y las ingentes cantidades de parabólicas que asomaban de casi todos los balcones como enormes ojos grises apuntando hacia el este, de donde captaban todo, desde Al-Jazeera hasta la televisión danesa pasando por la última película porno de alguno de los muchos canales de Viasat.

Por debajo de la fachada la realidad era otra, él lo sabía mejor que nadie. En los últimos años la delincuencia en la zona había descendido notablemente y las numerosas iniciativas emprendidas habían cosechado un sinfín de alabanzas, pero en el último trimestre había vuelto a aumentar. Más agitación, más robos en viviendas, incendios intencionados y, sobre todo, más disturbios estaban asolando el barrio. Por eso habían decidido una vez más redoblar los esfuerzos para estrechar la colaboración entre el ayuntamiento, la policía y las asociaciones vecinales. Por lo que respectaba a la policía, eso se había traducido en la creación de una nueva comisaría local dotada con unos efectivos de veinticinco agentes que, como la antigua policía de proximidad, tendría su sede en City Vest.

Trokic tenía varios compañeros que estaban más que hartos de Gellerup y la falta de respeto, en forma de insultos y pedradas, con que allí se los recibía, aunque él nunca había tenido ningún encuentro que le hiciera ver a

los vecinos ni peores ni mejores que los del resto de Århus. De lo que no estaba muy seguro era de si se debía a que él sabía manejarlos mejor porque llevaba el barrio en las venas, porque muchos compañeros que no eran de origen danés también tenían problemas por allí.

El comisario retirado acababa de cumplir los setenta y cinco, según le había dicho Lisa por teléfono, pero el hombre que salió a abrirle no parecía pasar de los sesenta. Tenía el pelo fuerte y negro con algunos toques de gris, las orejas grandes y unos ojos claros detrás de unas gafas de montura ligera, y llevaba unos vaqueros y una camisa azul que con ese cuerpo tan bien cuidado le sentaban como un guante. Trokic supuso que iría a correr alrededor del lago de Brabrand o algo por el estilo para mantenerse en forma. Su anfitrión le invitó a entrar en su cálido hogar con una cordial sonrisa y un firme apretón de manos.

—Tienes cara de necesitar un zumo de naranja recién exprimido. Imagino que a estas horas ya llevarás bebidos varios litros de café. ¿Qué me dices?

—Me encantaría —reconoció Trokic, a quien el dolor de cabeza continuaba palpitándole débilmente en algún rincón del cerebro.

—Ve a sentarte al salón, te lo llevo en seguida. Y disfruta de las vistas.

Trokic pasó a un salón grande con dos paredes tapizadas de estanterías atestadas de libros, archivadores y pulcros rimeros de revistas. En un rincón había un sofá verde sobre el que se veían dos reproducciones de obras de Andy Warhol, una con una lata de sopa de tomate y la otra con un gato rojo sobre fondo blanco. Por el suelo de parqué había un sinfín de alfombrillas. Persas, indias, orientales. La sensación cromática que producía el conjunto era abrumadora y por un momento le hizo pensar en sus paredes, pintadas de color antracita con un ligero reflejo verde porque la ausencia de colores ejercía un efecto sedante sobre él. Se acercó a la ventana a echar un vistazo, pero se encontró con un desolado panorama de antenas y un paisaje de hormigón recubierto de nieve. Su anfitrión apareció llevando una bandeja con dos vasos de zumo y un cuenco lleno de bombones de menta.

—Bonitas vistas, ¿eh?

Se echó a reír.

—Me ha parecido entender que querías hablar del caso Riise de Mårslet, ¿verdad? —continuó mientras dejaba la bandeja en la mesita del sofá—. Anda que no ha llovido desde entonces... ¿Cuánto hace? ¿Cerca de treinta y cuatro años? Santo Dios, cómo se me ha escapado el tiempo.

—Esperaba que recordaras algo que no figurara en el informe. Y me interesa conocer tu opinión personal sobre el caso.

Se sentaron en el sofá y Bent Kornelius se colocó un cojín en la espalda.

—Tuvimos algunos problemas con la investigación pericial. Nos costaba creer que se hubiera ahogado allí. Además, el frío era terrible, lo que hacía aún más difícil imaginárselo. Sí, y el nivel del agua del arroyo era bajísimo.

—Tengo entendido que estuvisteis muy pendientes de los padres.

—Eran unas personas muy cerradas. No querían contarnos nada de Eigil, cosa que a nosotros nos parecía muy extraña. ¿Quién no querría llegar hasta el fondo en un caso como ése? Unos cabrones bien fríos, en mi opinión. Estuvimos haciendo preguntas a los vecinos y en el colegio donde trabajaba el padre, pero era como si fuesen figuras de cartón piedra, no sé si me entiendes. Nadie supo decirnos nada concreto de ellos, nadie los conocía demasiado. No se mezclaban con la gente. El padre hacía su trabajo en el colegio y fuera de eso no se los veía más. He oído que después se marcharon del país.

—¿Sabes adónde fueron?

Hizo un gesto negativo.

Trokic bebió un poco de zumo. Era agradable tomar algo que no fuera café. Él era incapaz de cuidarse tanto.

—¿Sabes si el niño tenía una hermana que se llamaba Jonna?

—Sí. Por aquel entonces tenía seis años. Jamás decía nada. No la oí abrir la boca una sola vez.

—Pero ¿por qué recayeron las sospechas sobre los padres? No era nada evidente, ¿no?

—Un hombre llamó para denunciarlos, dijo que ellos eran los responsables. Por eso investigamos la situación, pero la verdad es que no

encontramos nada de que acusarlos. A la hora en que murió el chico, el padre estaba trabajando y la madre, en el dentista, me parece recordar.

—En el informe no pone nada de esa denuncia. ¿Sabes qué fue del tipo que llamó?

—Sí, se llamaba Gabriel Jensen. Lo recuerdo porque no paraba de decir que le habían llamado así por Gabriel Marselis, que por lo visto fue propietario de casi toda la zona allá por el siglo XVII. Además, no era un testigo del todo fiable, resultó que le habían condenado por exhibirse delante de unos menores. Por eso también le investigamos, aunque no encontramos nada. Después, cuando varios compañeros del chico dijeron que Eigil había estado hablando de la muerte, lo archivamos como suicidio.

—¿Qué edad tenía Gabriel entonces?

—Casi treinta, creo recordar. Quién sabe, tal vez aún siga en el pueblo.

Si Eigil no se hubiese dejado la vida en el arroyo, ahora tendría pocos años más que él, calculó Trokic. Toda una vida repleta de posibilidades, penas y alegrías tirada a la basura a los once años, una edad a la que ni siquiera habría conocido el amor de verdad. ¿Qué podía haber sido tan grave como para impulsarle a acabar con su corta existencia? Su anfitrión le arrancó de sus cavilaciones.

—Pero no habrías venido a preguntarme por ese asunto si no tuviera algo que ver con un caso nuevo, ¿verdad? ¿Es por el niño de Mårslet?

—Sí —confirmó Trokic.

—Pero a éste le han estrangulado, ¿no? ¿Puedes entrar en detalles? Voy a buscar un cenicero, tienes cara de necesitar un cigarro.

Durante los siguientes quince minutos, Trokic le expuso el caso a Bent Kornelius mientras se fumaba el decimocuarto cigarrillo del día. El único integrante de su público le escuchaba atentamente. Luego dejó sobre la mesa la foto de la panadería. Era la versión que Lisa había tratado de mejorar y aún no era más que una silueta imprecisa al fondo.

—Hemos conseguido esta imagen gracias a la cámara de seguridad de la panadería. Estamos intentando averiguar quién puede ser.

Bent Kornelius cogió la fotografía y la estudió con la misma concentración que un corrector pondría en un contrato millonario.

—Sí, es imposible ver de quién se trata. Te preguntas si podría ser Gabriel, ¿verdad?

Trokic asintió.

—Si tengo que ser sincero, el tal Gabriel me parecía un tipo desagradable, desaliñado, malhablado y poco colaborador, pero le creía. Algo me decía que se comportaba así porque no sabía hacerlo mejor y que en realidad le tenía cariño a Eigil. Yo creo que Gabriel era inofensivo. Bueno, y además llevo veinticinco años sin verle —añadió Kornelius a modo de disculpa—. Aunque la foto fuera más clara, no me atrevería a asegurar que es él. Pero merece la pena investigarlo.

Trokic estaba a punto de salir por la puerta cuando Bent Kornelius le detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Acabo de acordarme de una cosa. Por aquel entonces había en el pueblo una especie de bruja, no sé si aún vivirá. Un personaje muy gracioso.

—¿Magdalena?

—Sí.

—Fue ella quien encontró al chico. Trabajaba como guía y vivía cerca del arroyo. Yo creo que conocía bien a Eigil. Tal vez pueda contarte algo más. Tuvimos una charla con ella, pero no recuerdo los detalles demasiado bien.

Trokic asintió. En el portal hacía frío y sintió que el calor que había logrado acumular en casa del policía se le escapaba como si su cuerpo fuera un embalaje mal cerrado. Se subió la cremallera de la cazadora.

—Sé quién es. Voy a verla ahora mismo.

—Cuídate, comisario —se despidió Kornelius cuando se estrecharon la mano.

Llevaba aquel extraño gorro gris con orejeras colocado exactamente igual que la primera vez que había ido a visitarla, aunque en esta ocasión le había incorporado un adorno que parecía una garra de oso.

—¿Te apetece un té?

Magdalena ya había acercado amenazadoramente la tetera a la taza que le había puesto delante. ¿Sería una ofensa rechazarla? ¿Exasperaría con ello al sinfín de espíritus sentimentalmente inestables que protegían la casa? Correría ese riesgo. A Trokic no le hacía ninguna gracia ingerir sustancias indefinibles en forma líquida por muy buena que su fabricante se considerara en sus artes. En sus años mozos había probado un hongo euforizante que le había hecho ver montones de cochinillas verdes con unos dientes grandes como motosierras y después salir al balcón de su madre, en un cuarto piso, en un intento de deshacerse de un compañero de fechorías al que de repente se le habían puesto ojos de serpiente. Desde entonces había aprendido a valorar la realidad.

—No, gracias —contestó con firmeza.

—Pues yo voy a tomar una taza —replicó la infatigable vocecilla de Magdalena.

Colocó un poco mejor su enorme e informe tocado y se sirvió.

—Es una mezcla de mi invención a base de hinojo, ororuz, cola de caballo, hojas de abedul, margaritas de los prados y un montón de cosas ricas más. Pero dime, ¿en qué puedo ayudarte esta vez?

Trokic titubeó. ¿Cómo sacarle el mayor partido posible sin estropear la validez de su respuesta? No deseaba influir en su memoria al exponerle lo que sabía.

—¿Recuerda a Eigil Riise? Dicen que fue usted quien lo encontró en el arroyo hace ya muchos años. ¿Era guía?

—¡Jesús! Si eso fue en el año de la polca, ¿por qué te interesa?

—Sólo estoy comparando ese caso con el de ahora —le explicó el comisario.

—No puedes —objetó la bruja—. En mi opinión, el pobre Eigil se suicidó. Aunque, claro, corrieron muchos rumores de que había sido un asesinato o una desgracia y durante mucho tiempo los niños del pueblo tuvieron prohibido acercarse al arroyo.

—Pero también dijeron algo del nivel del agua, ¿no?

La bruja observó su té como si en aquel líquido verde se ocultase toda la historia.

—Uf, hace ya mucho tiempo. Pero sí, era muy bajo, creo. Cuando lo encontré estaba boca abajo con la cara hacia el fondo, pero es posible que la corriente lo hubiera arrastrado un poco desde una zona más honda.

—Pero ¿no es difícil ahogarse en ese arroyo?

—Sí. La verdad es que yo creo que es imposible. A no ser que uno fuera Eigil.

—¿Y qué tenía de especial ser Eigil? —preguntó Trokic con cautela.

—Me refiero a que estaba decidido a acabar con todo.

—Uno de mis colegas me ha contado que conocía usted muy bien al pequeño.

—Sí. Siempre bajaba al arroyo y yo suelo recoger muchas de mis hierbas y mis plantas en esa zona. Solía hablar con él y contarle cosas de la naturaleza. Creo que por eso sé que fue él. Ese niño estaba pasando un calvario.

—¿En el colegio, en su casa? ¿Dónde?

—No lo sé, pero tengo la sensación de que en su casa. En mi opinión estaba enfermo, algo psíquico, pero entonces de esas cosas no se hablaba. Estaba hecho un palillo, tenía las mejillas descarnadas como un prisionero de un campo de concentración y siempre le veía con unas enormes ojeras.

Casi siempre le temblaban las manos y cuando se ponía nervioso empezaba a tartamudear.

Trokic miró por las ventanitas con aire pensativo. Se veía una capa de nieve que probablemente escondía un maravilloso jardín lleno de árboles frutales, arbustos y plantas perennes. Un jardín de cuento, de los que ya no quedaban.

—¿Y nunca le dijo exactamente por qué lo pasaba mal?

Magdalena sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, pero yo suponía que sus padres eran muy duros con él. Ya sabes, entonces las cosas no eran como ahora, que todo el mundo sale disparado hacia asuntos sociales en cuanto agarras a un niño con un poco de firmeza. La gente se ocupaba de sus asuntos. Además, el chico parecía muy tímido, como si se avergonzara. Yo, de todas formas, se lo comenté a su maestro un día que me lo encontré haciendo la compra, pero él le restó importancia y dijo que era un chiquillo «de naturaleza débil». A lo mejor sólo estaba protegiendo a un compañero, al fin y al cabo el padre del niño también trabajaba en el colegio.

—¿Conocía usted a sus padres?

—No, no se relacionaban mucho con la gente. Vivían en una casita a las afueras del pueblo y muy de cuando en cuando se veía a la madre cuando bajaba al pueblo a comprar algo. El padre jamás hacía vida social. No sé si sabe que aquí el trato es toda una tradición y tenemos un montón de asociaciones de vecinos. Por aquel entonces pasaba lo mismo. Nos manteníamos unidos. Por eso se les tenía por un matrimonio algo raro, aunque en realidad nadie sabía nada concreto de ellos.

—¿Y la hija? La hermana pequeña de Eigil, Jonna. ¿La conocía?

Su anfitriona volvió a hacer un gesto negativo.

—No. Aún no había empezado a ir al colegio en aquel momento y se pasaba el día en casa, con su madre. Pero ahora sí sé quién es, vivimos en un pueblo muy pequeño.

Trokic se tragó la decepción. Esperaba haber encontrado una explicación, haber averiguado qué había impulsado a un niño de once años a ver la muerte como su última salida. Pero claro, en ese caso también lo habrían sabido entonces. De todos modos, sentía que ahora conocía un poco

mejor a Eigil. La cuestión era si su huida de la vida tenía alguna relación con el caso que le ocupaba.

—Sabemos por el policía que llevó la investigación que un hombre llamado Gabriel Jensen puso una denuncia contra los padres. ¿Le conoce?

—Yo no, pero Eigil sí. Una vez me contó que había estado en su casa. Vivía algo aislado y Eigil le tenía un poquito de miedo. Decía que hablaba feo. Y que tenía una colección de insectos. Eso no le gustaba.

—¿Una colección de insectos, dice?

Trokic se encontró de pronto de vuelta en Skellegården, en el cuarto de Lukas, y sintió un escalofrío, como si las ventanitas ya no fueran capaces de seguir manteniendo a raya el frío.

—¿No sabrá usted qué había en esa colección? —preguntó.

—Sí, Eigil me lo contó. Coleccionaba escarabajos. Muchísimos escarabajos.

Annie Wolters levantó la vista del libro de Dostoievski y aguzó el oído a la luz de la lamparita de lectura de su sofá. Lo único que rompía el silencio de su salita de estar era el débil zumbido del viejo frigorífico que tenía en la cocina, un ruido conocido y tranquilizador que llevaba cerca de veinte años haciéndole compañía y significaba hogar. Sin embargo, el gato que tenía en el regazo sobre una mantita marrón de lana había oído algo que ella no alcanzaba a percibir. Primero había girado una oreja unos grados hacia atrás y después había vuelto la cabeza hacia la ventana. Su blando cuerpo había cesado de ronronear y el animal miraba fijamente hacia un punto situado al otro lado de los cristales con sus pequeños músculos en tensión por debajo del pelaje.

Transcurridos unos momentos, la anciana volvió a concentrarse en el libro que tenía delante. Raskolnikov acababa de matar a la vieja usurera con la parte roma de un hacha y Annie se estremecía a medida que la fealdad y los monstruosos crímenes de la San Petersburgo de ciento cincuenta años atrás iban surgiendo de entre las páginas junto con las aguas inmundas del arroyo y la lucha por el puñado de rublos del día. Siempre le había entusiasmado Dostoievski y era la tercera vez que leía el libro. De repente, el gato bajó de sus rodillas de un brinco y empezó a arañar la puerta de la calle.

—No, no; no vas a salir ahora, con este frío —le dijo—. Tendrás que usar la bandeja.

Dejó las gafas y a Raskolnikov sobre la mesa y se incorporó un poco en el sofá. Tenía los dedos doloridos de sostener el grueso volumen. En los últimos años había sufrido las embestidas de la artritis y cada vez le costaba más sujetar las cosas en determinadas posiciones por un tiempo prolongado. Decidió preparar una taza de té con miel de las colmenas de Birger Jensen para calentarse las manos.

En el instante mismo en que se puso en pie vislumbró un destello en el jardín a través de la ventana. A la luz de la luna le pareció distinguir algo de humo que salía por una ventanita del cobertizo y por un momento creyó haber visto una llama. ¿Sería posible? A diez grados bajo cero no había nada susceptible de entrar en combustión de manera espontánea, el cobertizo no tenía electricidad y ella no guardaba nada que pudiese salir ardiendo. Sin embargo, algo que parecía ser humo continuaba saliendo por la ventana. Se preguntó qué sería mejor, llamar a su hijo o a los bomberos. No, primero saldría a ver qué se estaba quemando.

Salió al pasillo y cogió el abrigo y la llave del cobertizo. Aunque conocía a muchos de los vecinos de aquel pueblecito y tenían la buena costumbre de ayudarse unos a otros, no le hacía mucha gracia la idea de molestar a alguien a esas horas por algo que podía solucionar por sus propios medios. Con el correr de los años eran muchos los que habían acudido a su casa a recibir clases de piano o eran familia de alguien que había sido alumno suyo. Se encontraba con ellos en la cooperativa y coincidían en diversas actividades gracias a su, hasta hacía no mucho, intensa participación en la vida asociativa del municipio. Annie no era natural de la comarca, pero no lamentaba ni un solo segundo del tiempo que había pasado allí. Adoraba cada casa de sus calles, su hermosa iglesia, la historia del pueblo y la tranquilidad que lo envolvía cada noche, no como en la ciudad. Ni siquiera ahora que había ocurrido eso tan feo había dudado ni un segundo de la bondad intrínseca de Mårslet. Era como una burbuja, un remanso de paz espiritual. Había elegido bien, había empleado su tiempo como debía.

Sólo había una pequeña nota discordante y, por algún extraño motivo, le vino a la mente en el preciso instante en que toda su atención estaba

centrada en el cobertizo. Era algo que llevaba unos días reconcomiéndola. Le había mentido a la policía cuando habían ido a registrar su casa. No en todo, claro, pero sí cuando le preguntaron si había visto a Lukas últimamente. Una mentirijilla piadosa, se podría decir, que se le había escapado sin que ella misma acabara de entender por qué. Porque lo cierto era que le había visto un día antes de que apareciera en el arroyo con el sedal en el cuello. Podría habérselo contado a los dos agentes que llamaron a su puerta, pero entonces tal vez le hubieran preguntado: «¿Iba con alguien?», y no se atrevía a predecir las consecuencias. Porque Lukas no iba solo. Pero aquellos policías eran de la ciudad y seguramente no entenderían cómo eran las cosas allí en Mårslet, donde todos dependían tanto de la unión del grupo, y más una persona que, como ella, no había nacido en el pueblo. No había querido crearle problemas innecesarios e irrelevantes a la persona que acompañaba a Lukas yéndose de la lengua en algo sin importancia. Era imposible. Y, sin embargo, sentía una punzada de remordimiento por haberle ocultado información a la policía. Ella, que siempre había tenido tan a gala decir la verdad. Muy en el fondo de su conciencia había una vocecita que decía: «Pero ¿de verdad es imposible?». Porque los había visto y ellos la habían visto a ella. Corriendo hacia el arroyo. Casi como un juego. Bueno, al día siguiente llamaría a la policía y se lo contaría. ¿Quién sabe? Tal vez tuviera importancia para sus investigaciones. Les diría que se trataba de un olvido.

El frío se coló en su pequeño recibidor, una ráfaga de viento arrastró un montoncito de nieve hasta el felpudo amarillo y el móvil de pajarillos de barro que colgaba del techo empezó a tintinear. El gato la adelantó de un salto y corrió a extraños brincos por la nieve hasta llegar al sendero despejado del jardín. El hombre del tiempo había pronosticado temperaturas de hasta quince grados bajo cero para esa noche, pero desde la entrada no parecía para tanto. Sólo algo de fresco.

Nada más abrir la puerta olió el humo. Era distinto del que a veces llegaba de las estufas de los vecinos, un humo más fresco cuyo olor recordaba al del relleno de las fundas de las sillas de jardín cuando se quema.

Con el corazón en un puño bajó por la escalera y atravesó el jardín nevado donde todos los rosales llevaban días cubiertos por un grueso manto blanco. Le pareció oír el crepitar de las llamas, pero su oído ya no era el de antaño. Su mente voló hacia San Petersburgo, donde el hacha de Raskolnikov golpeaba una y otra vez el cráneo de aquella mujer hasta hacer brotar la sangre. Por primera vez en muchos años no se sentía segura en la oscuridad.

Al doblar la esquina se disiparon todas sus dudas. Algo se estaba quemando en el interior del cobertizo. Pero ¿cómo podía ser? Aunque la puerta estaba cerrada, le pareció ver que las llamas subían hacia el techo por el otro extremo. Giró sobre sus talones para regresar a la casa, pero luego cambió de idea. Los bomberos querrían conocer la gravedad de la situación. No había más remedio, tenía que acercarse a comprobarlo.

Recelosa, avanzó hacia el cobertizo repasando como loca qué podía haber provocado un incendio en esa época del año. Tal vez los chiquillos del pueblo hubieran lanzado algún cohete que había sobrado de la última Nochevieja. ¿Sería sólo un petardo? Pues sería uno de los últimos. A lo mejor se había producido un cortocircuito en algún cable enterrado del que ella no tenía noticia. A medida que se aproximaba, empezó a oír el crepitar del fuego y sintió su calor. Con las manos temblorosas abrió el candado y echó un vistazo. El denso humo le hizo toser al entrar. En efecto, unos cojines verdes que había apilados sobre unas cajas de cartón eran pasto de las llamas, que ya habían prendido en una de las paredes y devoraban voraces la madera de pino impermeabilizada. El cristal de una de las ventanas estaba roto. Contemplaba horrorizada la escena que se desarrollaba ante sus ojos cuando, de pronto, se oyó un estruendo. Por un momento creyó que se trataba de una explosión y saltó hacia atrás asustada mientras revisaba a la velocidad del rayo todos los aerosoles y frascos de aguarrás —sus útiles de pintura—, pero todo estaba en su sitio. Sólo al volverse comprendió cuál había sido la fuente del violento estampido. La puerta se había cerrado.

Confundida, sacudió el picaporte. El sonido metálico del mecanismo de cierre al subir y bajar rasgó la noche y dominó los chasquidos del fuego, pero el efecto que esperaba —la puerta abriéndose y el aire fresco

aliviándole el rostro— no se produjo. Presa del pánico y con el pulso enloquecido, repitió una y otra vez aquel sencillo movimiento hasta que al fin comprendió la atroz verdad. Algo iba mal. El cierre, aquel enorme y robusto candado que su hijo le había comprado poco tiempo atrás en Silvan, se había vuelto a cerrar misteriosamente. Pero eso era imposible. Y más o menos simultáneamente comprendió la siguiente consecuencia. Se había quedado encerrada en el cobertizo.

«*Good girls stay at home, bad girls go to Amsterdam*», proclamaba Lisa en la camiseta que llevaba por debajo del abrigo. Un viento suave barría las calles acompañado de una llovizna que le recubría el rostro de unas perlas que parecían de sudor. La temperatura era de dos grados, lo suficiente para mantener la nieve alejada de la capital holandesa.

Tenía la cabeza atestada de datos nuevos y no había costado mucho convencerla para que aceptara salir a dar una vuelta por la ciudad después del seminario. Ella y James seguían al trote y de buena gana a un encantador italiano de la policía judicial de Roma y a dos colegas holandeses. Uno de ellos, una cuarentona de la científica de Amsterdam que se llamaba Annelies y hacía las veces de guía no oficial, insistió en arrastrarlos hasta un *coffee shop*. Un poco de cultura les sentaría bien, decía.

El menú psicológico del día se había centrado en los asesinos en serie. A Lisa se le había quedado grabada en la retina toda una serie de imágenes grotescas, ejemplos presentados por los profesores en un intento de explicar la diferencia entre los asesinos en serie organizados y los no organizados y sus métodos. Ella ya conocía de antes esa clasificación, claro, pero al revisar una serie de casos los ponentes habían logrado ilustrar cómo procedían en cada caso en particular.

El asesino no organizado solía tener una inteligencia por debajo de la media, si no era directamente retrasado, y sus crímenes eran impulsivos y

arbitrarios. Eso se traducía, por lo general, en una escena del crimen desordenada donde no se habían hecho grandes esfuerzos por ocultar el cadáver. Era lógico creer que el crimen no organizado facilitaba la labor de la policía, porque el criminal iba dejando tras de sí una estela de pruebas físicas, pero algunos asesinos trabajaban tan deprisa que la policía no conseguía seguirles el ritmo y otros sencillamente tenían suerte y no eran descubiertos.

El asesino organizado se acercaba más a la imagen que mucha gente solía tener de un asesino en serie. Se trataba de delitos planeados y bien pensados que no dejaban prácticamente nada al azar, cosa que dejaba su impronta en la escena del crimen, de la que se retiraban todas las pruebas físicas posibles. A éstos se les atrapaba con mayor dificultad. A veces, nunca. Lisa había dedicado muchas horas a preguntarse, sin el menor asomo de envidia, cómo sería trabajar en la policía de un país que ostentaba el récord mundial de asesinos en serie. Tenían tantos que hasta podían dividirlos en categorías y crear su propio diccionario.

Cuando bajaban por Oudezijds Voorburgwal ya había oscurecido y los escaparates de las prostitutas, que aguardaban en sus pequeños cubículos, habían cobrado vida. La luz roja surgía de los edificios en un sinfín de variantes, iluminando la calle y los coches aparcados a lo largo del canal. Unos ingleses borrachos se jaleaban unos a otros frente a una mujer vestida con un corsé rojo que ocupaba uno de los ventanales. La joven les lanzó un beso y se inclinó hacia delante para que tuvieran una mejor perspectiva de sus encantos. Ellos se empujaron entre risas y empezaron a intercambiar groserías.

—Aquí —anunció Annelies varias calles más adelante—. Es un sitio muy agradable.

Estaban frente a un edificio de ladrillo rojo con las ventanas y los marcos de las puertas blancos. Unas letras azules pintadas en la ventana anunciaban el nombre del local. Hill Street Blues.

—Nos viene al pelo —comentó Annelies—. Y nos libramos de esos sitios que están llenos de turistas, como el Grasshopper, donde el ruido del

tecno no te deja respirar y te clavan por cualquier cosa. Además, os había prometido un poco de cultura. Irvine Welsh habla de este sitio en una novela y Eminem se hizo aquí la foto de su primera portada.

Sonrió con aire indulgente.

—Vale, y también podéis tomar una cerveza.

—Tiene buena pinta —aprobó el policía italiano—, vamos.

Abrió la puerta y el resto de la tropa le siguió como un pelotón de soldados.

Lisa rechazó amablemente el porro que le ofrecía Annelies y señaló hacia su cerveza.

—Creo que voy a limitarme a esto.

—Muy inteligente —replicó la holandesa—. No es por ofender, pero la mayoría de los extranjeros no entienden nada de hachís. No conocen sus límites y acaban dando tumbos por las calles con un colocón del trece de tanto mezclar. Y cuando no estás acostumbrado a fumar, es difícil saber dónde está el límite. No es buena idea teniendo en cuenta que mañana hay que madrugar.

—Yo no soy inteligente —replicó el italiano con su inglés de acento cantarín mientras encendía un porro—. No había vuelto a fumar costo desde que entré en la policía.

Lisa sonrió levemente. La mirada de aquel hombre la había recorrido varias veces en el curso del día de un modo que le había hecho sentir un agradable estremecimiento.

Pasaron el rato charlando acerca de la masiva presencia de policías holandeses en el seminario y debatiendo la utilidad de las ponencias del día. En general, estaban de acuerdo en que habían sido interesantes a pesar de su sesgo americano. Lisa les confesó sus reservas respecto al perfilado y repitió los argumentos que había enumerado frente a Agersund.

—Por suerte, esos crímenes tan bestiales no son muy habituales entre nosotros —explicó—. El año pasado el número de asesinatos fue el más bajo de toda nuestra historia.

—Pero eso es estupendo. ¿Cómo lo habéis conseguido? —se interesó Annelies.

Lisa titubeó y bebió un sorbo de cerveza.

—La verdad es que no lo sé. Personalmente creo que ha sido casualidad, pero en general suele haber intervalos bastante largos entre los asesinatos donde las víctimas no conocían a sus agresores. Casi siempre se trata de maridos que matan a sus mujeres o exmujeres y abusadores que acaban tirándose de los pelos unos a otros, aunque en estos momentos estamos trabajando en un caso que no parece tan claro.

—Vaya, ¿y no podrías iniciarnos? —preguntó Annelies apagando el porro en el cenicero.

Lisa asintió.

—Todo empezó con el hallazgo del cadáver de un niño en el cauce de un arroyo —comenzó.

—O sea, que vais dando palos de ciego y en realidad no tenéis ningún sospechoso, ¿no? —preguntó Annelies cuando Lisa concluyó su explicación.

—Pues, sí, está todo manga por hombro. Intentamos identificar al hombre de la foto, tratamos de encontrar algún tipo de relación entre los incendios que ha habido en la zona en los últimos seis meses, buscamos unas fibras y miramos con lupa a cualquiera que tuviese algo que ver con el niño. Las pruebas que hemos encontrado no acaban de tener sentido.

—¿Y la familia? —preguntó el policía italiano—. En Italia la familia es una auténtica máquina de matar, así que siempre es un buen punto de partida.

—También tenéis a la mafia, y perdona si meto el dedo en la llaga —replicó Lisa.

—Por desgracia, la mafia no es lo único que tenemos.

Annelies asintió.

—En el peor caso de infanticidio que hemos tenido nosotros, también había sido la familia. La niña de Nulde, ¿os acordáis? Encontramos el torso de una niña pequeña en Nulde. Después apareció la cabeza en otro lugar. La habían maltratado de un modo espantoso, os ahorraré los detalles. Se hizo una reconstrucción del aspecto que tenía en vida y se publicó en los periódicos. Así encontramos a la madre y el padrastro, que habían huido a España con la otra hija. La habían matado y descuartizado y después habían intentado deshacerse de los trozos.

—¡Es horrible! —exclamó Lisa.

—Sí, después de ese caso yo ya me creo lo que me echen.

—Pero en ese tipo de casos suele haber un serio maltrato previo, mientras que ahora no disponemos de ninguna prueba. Sólo hay indicios. Además, todo parece indicar que hay un pirómano de por medio.

—Hay muchas clases de pirómanos —dijo Annelies—. Explícate un poco mejor. Si es uno auténtico, deberíais echar un vistazo en el cuerpo de bomberos de la zona. Os sorprendería saber la cantidad de pirómanos que trabajan como bomberos voluntarios.

Lisa repitió lo que le había contado Trokic acerca de los incendios de Mårslet.

—¿Tú crees que podría ser un pirómano? —preguntó.

—Es difícil decirlo, pero los pirómanos de verdad son muy escasos. Estamos hablando de un porcentaje muy bajo del total de incendiarios. Son muchos más los que son algo retrasados, sufren algún tipo de psicosis o tienen un trastorno de la personalidad antisocial. Todo ello a menudo combinado con el consumo de alcohol.

—Pero, así, al oírlo, ¿qué piensas? —insistió Lisa—. Ahora que conoces el resto de la historia.

—Si los incendios están relacionados con el crimen, creo que no es un pirómano. Veo más bien a un tipo con un trastorno de la personalidad antisocial. A lo mejor bebe. Y creo que la rabia juega un papel muy importante en todo esto. Una especie de acto de venganza. Al contrario que los pirómanos, que se ponen eufóricos.

Lisa pensó en el padre de Lukas. ¿Hasta dónde llegaría su rabia? Bajo esa fachada tranquila parecía ocultarse un hombre muy tenso, como si reprimiera algo. ¿Habría sido Lukas una carga demasiado grande para la familia? ¿Le habrían matado, quizá en un arranque de furia, y tratado de camuflar las circunstancias tirándolo al arroyo?

—Pero si el culpable es un desconocido, ¿por qué precisamente Lukas? —pensó en voz alta—. Además, nada indica que haya un móvil sexu...

De pronto se interrumpió y observó a James. Como una paloma perdida, una imagen se abrió paso por su mente; se le aceleró el corazón. Acababa

de recordar dónde había visto antes el reloj. O al menos, uno exactamente igual.

Ocho años atrás había asistido a un seminario similar en Londres en el que también participaba James, y durante una ponencia sobre la evolución de la pornografía infantil les habían mostrado una fotografía que creían que procedía de Dinamarca, precisamente a causa del reloj.

Al recordar la escena que aparecía en aquella imagen desvaída, Lisa sintió que le costaba respirar en el angosto local y sus viejas amigas, las náuseas, le devolvieron la cerveza a la garganta. En la fotografía se veía a una niña morena de ocho o nueve años; estaba desnuda y tenía los brazos atados a los brazos de una silla y el culito asomando por el borde del asiento. Entre sus piernas abiertas había una mujer de cabellos negros en cuclillas. La foto estaba sacada desde un ángulo que no dejaba duda alguna acerca de lo que hacía la mujer. La chiquilla tenía una botella marrón del tamaño de un tercio de cerveza metida en su interior y la mujer le separaba con dos dedos los pequeños labios de la vulva desprovistos de vello. La mirada de la niña estaba muerta. Aquella imagen inspiraba el terror más absoluto, sobre todo a causa de las innumerables marcas que surcaban el cuerpo de la pequeña, y se le había quedado impresa en la retina durante mucho tiempo. Para añadirle una dimensión aún más deprimente, presentaban la foto como ejemplo de un caso que jamás se había llegado a esclarecer. Habían localizado fotografías de la misma niña circulando por una red de pedófilos británica, pero nadie había sabido explicarles la procedencia de las mismas.

—Perdonadme, tengo que salir un momento a hacer una llamada.

Con los ojos de los demás policías clavados en la espalda, Lisa se dirigió hacia la calle mojada y buscó el número de su antiguo jefe en la agenda del móvil. A continuación pulsó la tecla de llamada y se metió un dedo en el otro oído para aislarse del ruido de la vida nocturna de Amsterdam.

El inspector jefe Jannik Lorentzen contestó al segundo tono y ella se apresuró a explicarle de qué se trataba. Su exsuperior supo de inmediato a qué se refería. Así eran las cosas; en muchos aspectos la memoria de los policías resultaba mucho más efectiva que las bases de datos donde trataban de almacenar la información. Recordaban los detalles. El escenario. Una cortina, un sombrero en la cabeza de un niño, el material de la ropa, la naturaleza del entorno, una técnica fotográfica. Y Jannik recordaba el reloj.

—¿Crees que podrás localizarme esa foto? —preguntó ella.

—Lo intentaré. Me parece que sé dónde encontrar una copia.

—Si lo consigues, ¿me mandas el material lo antes posible, por favor? Mañana por la noche ya estoy en casa y puedo verlo.

—Claro, pero para mí que te vas a dar de cabeza contra un muro. Es una foto muy antigua, espero que no te lleses una decepción.

—Estoy segura de que pasa algo con ese reloj —insistió ella con terquedad.

—Me ocuparé de que la tengas mañana si la encuentro. ¿No te apetecería volver a Copenhague con nosotros? Me ha dicho un pajarito que tu novio vive por aquí.

—No —contestó Lisa con determinación.

—Una lástima, una lástima. Eras una de las mejores. Si algún día cambias de opinión, tu puesto sigue aquí. No todo es como eso, ahora mismo tenemos un problema inmenso con el *phishing*, y esos *frikis* del encriptado cada día son mejores.

—Gracias por la oferta, pero por ahora me quedo en Århus.

—Como quieras. Dale recuerdos a Agersund de mi parte.

Lisa colgó y cogió aliento.

Sidsel se cubrió la nariz con la bufanda de cuadros rojos para que el aliento le calentase el rostro. Aunque pasaba de la medianoche, la luna brillaba tan baja y tan clara que parecía de día. Hacia el este se veía Marte como una brillante gema roja. La escarcha lo había recubierto todo de una costra dura que se deshacía crujiente a medida que avanzaba por el sendero. Se había bebido tres copas de vino antes de salir, pero el frío la había despejado. Había ido hasta el centro del pueblo dando una vuelta, para variar, y tras rodear la iglesia se disponía a regresar por el camino más corto.

Percibió el olor a humo desde bastante lejos como un invitado inesperado en el aire puro y limpio. Apretó el paso de inmediato y al cabo de un momento prácticamente corría. Nada más llegar a casa de su vecina, Annie Wolters, comprobó sin resuello que había fuego en el cobertizo. Echó un vistazo a su alrededor, vacilante. Había luz en la vieja casa roja. ¿Annie se habría dado cuenta y estaría alertando a los bomberos? Corrió por el caminito lleno de nieve e intentó valorar el alcance de las llamas. ¿Podían extenderse hasta la casa? Apenas soplaba viento, pero las chispas saltaban alegremente en todas direcciones. La luz del incendio y la de la luna se habían aliado y proyectaban débiles sombras sobre los muros.

De repente la vio junto al retorcido ciruelo que crecía a unos diez metros del cobertizo. Por un instante le pareció que Annie sólo se había sentado a descansar a la luz de la luna. O se había dado por vencida. Tragó saliva y echó a correr hacia ella con un escalofrío de miedo. Nada encajaba. La anciana tenía el vestido de flores subido hasta las caderas. No, lo que

estaba era quemado, comprendió. Lo mismo que gran parte de la piel de la cara, que había desaparecido dejando al descubierto el globo ocular. Grandes cantidades de líquido chorreaban de la zona afectada. Las llamas también habían hecho mella en los finos cabellos entre blancos y azulados, de los que no quedaban más que unos mechones chamuscados a la izquierda de la coronilla.

Sidsel oía sus propios gemidos como si fueran los de un animal maltratado que gañía a lo lejos. Con el corazón desbocado, se metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. Marcó apresuradamente el 112. Con una voz descontrolada que le costaba reconocer como suya, hizo una breve descripción de la situación. Después localizó con mano trémula el número del comisario Trokic en el móvil.

—Trokic —se oyó decir en un tono algo farragoso, casi un murmullo. Como si acabaran de arrancarla de un profundo sueño.

En ese mismo instante sintió en la pierna el contacto de una mano. La anciana seguía con vida. Un sonido pastoso que no podía calificarse de palabra salió de entre sus labios abrasados.

—¡Oh, Dios! Socorro —suplicó Sidsel débilmente.

—¿Qué ocurre? —preguntó él casi a gritos, a todas luces despabilado.

—Estoy en el jardín de mi vecina y ha tenido un accidente espantoso. Una señora mayor.

La voz del otro lado de la línea se tornó autoritaria.

—¿Qué le ha pasado exactamente, Sidsel? ¿Has pedido una ambulancia?

—Sí, he llamado al 112 y vienen para acá. Está toda quemada, es horrible.

—¿Quemada cómo?

—El cobertizo. Oh, Dios, todavía está ardiendo. Y hay un olor horroroso. Se va a morir, con este frío.

Las palabras salían de sus labios sin orden ni concierto.

—Tardo menos de diez minutos. Quédate con ella e intenta tocar sólo lo estrictamente necesario.

Antes de que la joven alcanzara a contestarle, él ya había colgado, dejándola de nuevo sumida en el silencio. Sidsel contempló lo que quedaba

de los labios de la anciana. Estaban azulados y vibraban levemente. Era evidente que seguía viva a pesar de las heridas.

De pronto se sobrecogió. Acababa de comprender que cabía la posibilidad de que el incendio no se hubiera producido de manera natural. Podía ser intencionado. Si era así, el culpable no podía andar muy lejos. Pero ¿por qué? ¿Y por qué se había acercado Annie tanto a las llamas? A Sidsel le temblaba todo el cuerpo y tenía un tic en la mejilla. Se sentía paralizada. Pero el jardín estaba desierto. Lo único que se oía era el chasquido de las ramas de un manzano bajo el peso de la nieve y el motor de un coche que atravesaba el pueblo a lo lejos. A su alrededor, la nieve estaba llena de hondas pisadas. Se parecían a las que había en su jardín, aunque en otras zonas donde la capa de nieve no tenía tanto espesor eran más claras. Una zapatilla de deporte, a su juicio. ¿Habrían entrado también a merodear en su jardín? La idea la enfureció y por un momento desterró el miedo. Se quitó el abrigo y cubrió con él el cuerpo de la anciana intentando arroparla lo mejor posible.

—No se me muera. Tiene que contarme cómo ha ocurrido —le susurró al oído.

Su voz resonó por el jardín con una fuerza que la asustó y temió que el desagradable olor de la carne quemada la hiciera vomitar.

Pero los ojos de Annie estaban clavados en un punto a lo lejos. No daba muestras de haberla reconocido y su mirada era fría, como si ya mirase hacia el más allá. Sus pestaños cada vez se espaciaban más.

Sidsel se estremeció. El calor que había acumulado durante la caminata la había abandonado. ¿Cuánto tiempo más podría resistir con un suéter fino a quince grados bajo cero? Entonces sintió las lágrimas que le bañaban las mejillas y el extremo de su bufanda cayó sobre el rostro de Annie. Lloraba de miedo y frustración porque no oía llegar ninguna ambulancia. Había dejado clara la gravedad de la situación y la urgencia de que la viera un médico. Además, ella misma corría peligro en el jardín si el agresor de Annie decidía regresar. Tal vez sólo se hubiera tomado un descanso mientras iba a buscar algo. Aquel vecindario estaba desierto.

Al cabo de cinco minutos un Toyota gris se detuvo en seco en la carretera y un hombretón enorme de pelo cano al que no había visto en su vida bajó de un salto.

—Soy David Olesen —se presentó—, el policía local. Me ha avisado el comisario Daniel Trokic. Viene hacia aquí.

Se inclinó sobre Annie y le tomó el pulso.

—Esto no pinta nada bien. Me cago en la leche, no podemos hacer nada hasta que llegue la ambulancia.

El comisario en persona apareció transcurridos unos instantes. Sidsel tenía las mandíbulas apretadas para no echarse a llorar, pero cuando Trokic le pasó un brazo por los hombros, no pudo contenerse más.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —preguntó al fin.

—Sí, puedes entrar a hacer un buen barril de café. Va a ser una noche muy larga.

Martes

9 de Enero

Trokic cruzó la carretera en diagonal y le propinó una patada furiosa a un montón de nieve de color gris. Había llamado para averiguar dónde demonios se había metido la ambulancia medicalizada y le habían informado de que «el plazo de entrega» estimado en la periferia era de entre veinte y treinta minutos en función de las condiciones meteorológicas y el tráfico. Resultado: no habían tenido ninguna posibilidad de mantener con vida a la anciana, gravemente herida, y a las 00:43, hora en que dejó de tener pulso, habían constatado su muerte.

Por si eso fuera poco, varias personas se habían visto obligadas a pisotear la nieve para atenderla, trasladarla al interior de la casa —a una temperatura más sensata— y alejarla del denso humo que salía del cobertizo, que no sólo hacía que costara respirar, sino que además contribuía a aumentar su estado de *shock*. Eso suponía que era más que probable que hubieran destruido pruebas valiosas, por ejemplo las huellas, y que lo habían contaminado todo con su ADN.

La ambulancia ya se había llevado a la anciana sin vida y los bomberos habían apagado el fuego del cobertizo, o lo que quedaba de él, porque antes de que llegaran, la pequeña construcción había tenido tiempo de arder prácticamente hasta los cimientos. Finalmente, la zona había quedado acordonada y los peritos Kurt y Jan habían asumido el mando.

Sidsel Simonsen había regresado a su casa con el rostro bañado en lágrimas una vez que Trokic se hubo cerciorado de que se encontraba en condiciones de quedarse sola. Ella misma le había asegurado que así era,

aunque ahora no resultaba tan evidente. Sin embargo, la casa de Annie iba a estar llena de policías recogiendo pruebas durante varias horas y el comisario se convenció de que la joven no correría peligro con aquel despliegue de coches patrulla por la carretera. No obstante, el miedo que había detectado en su mirada le hacía desear que regresara a su casa, a Århus. Se sentía impulsado a seguir de cerca el asunto o, al menos, investigar si Sidsel se había acordado de cerrar bien la puerta.

Tras escuchar tres temas de Rammstein en el equipo del coche, se había tranquilizado lo suficiente para volver a reunirse con sus compañeros y tomar un café caliente y unas pastitas que habían robado de una fuente que había en la cocina. Se mantuvo al otro lado del cordón para no terminar de complicar el estado de la zona más de lo que ya estaba.

—¿Hay algo que indique que el incendio ha sido provocado, un asesinato?

—Es demasiado pronto —contestó Kurt, que trataba de borrar con la mano el cansancio de sus ojos ojerosos. No parecía conmovido en lo más mínimo y su voz era pausada, como la del médico entrado en años que informa de su enfermedad a un paciente con resignación, pero Trokic sabía que los dos peritos mantenían largas conversaciones cuando se quedaban a solas. A su manera, al parecer mucho más efectiva que cualquier ejército de psicólogos.

—Joder, qué final más doloroso. ¿Qué habrá pasado exactamente? —preguntó el comisario.

—Mi teoría —respondió Kurt— es que por alguna razón se ha metido en el cobertizo y se ha quedado encerrada cuando el fuego ya había comenzado. En lo que queda de la puerta sigue habiendo un cerrojo y está cerrado. Pero, aun así, logró escapar. Al parecer ha conseguido romper el marco de la puerta, seguramente con ayuda de las llamas.

—Ha luchado lo suyo —comentó Trokic.

—Sí. Vamos a sacar moldes de varias pisadas, pero me temo que la mayoría o se han estropeado o son nuestras. Tanto andar de acá para allá... Si no encontramos nada, mi teoría se queda en eso, teoría.

Señaló hacia el jardín con un gesto irritado.

—Estreno cámara —se pavoneó Jan.

—¡Caramba! —exclamó Trokic—, no me digas que Agersund, el fan número uno de la Polaroid, ha aflojado la mosca. ¿En serio?

—Sí.

El perito levantó el equipo.

—Vamos a traer a unos expertos en incendios a que examinen la zona. Hay que determinar el origen del fuego. Y esta vez los de la capital no van a poder escaquearse, les van a encantar tus fotos.

Jan se quedó mirando al comisario.

—¿Qué ha sido de la chica que encontró a la víctima? La del café y la melena.

—La he mandado a su casa. Es la vecina. O digamos que una vecina temporal.

—¿Y no deberías hacer una intentona por ese flanco, Daniel? —insistió mientras colocaba un *flash* en lo alto de la cámara—. Podrías ir a ofrecerle una inocente protección policial nocturna. Nosotros mantenemos la posición mientras tanto. Tampoco puedes tardar mucho.

Los dos se echaron a reír. Grandes copos de nieve empezaron a descender de nuevo desde el cielo.

—Anda, menos hablar y más trabajar —dijo Trokic ahogando una carcajada—. Está empezando a nevar otra vez, así que a ver si acabáis en lugar de estar ahí haciéndoos los graciosos. Vamos, antes de que la Madre Naturaleza termine de estropearlo todo.

Después de apenas dos horas de sueño, Trokic se sentía próximo a la desintegración mental, y el runrún del coche patrulla por las carreteras heladas era como un arrullo. La noche anterior, cuando al fin se disponía a acostarse con la imagen de Annie Wolters abrasada en la retina, *Pjuske* había tirado su piense por tres puntos del sofá. ¿Sería un acto de protesta porque no le había servido las demencialmente caras pastillas alimenticias del veterinario? El caso es que había invertido una hora en recogerlo todo y limpiar el sofá. Después había dormido un sueño intranquilo y sudoroso poblado de casas en llamas y conejos cenicientos.

Ahora, Jacob y él se encontraban a las afueras de Mårslet junto a una destartalada casita verde de madera con las ventanas blancas. Parecía un pabellón de jardín más crecido de la cuenta y en medio de los chalés de la zona quedaba totalmente fuera de lugar. Al ver los arbustos informes y las baldosas torcidas adivinó que bajo la nieve se escondía un jardín silvestre y descuidado. El nombre estaba escrito en mayúsculas y a rotulador en un oxidado buzón rojo, y los numerosos folletos publicitarios que, acartonados de frío, asomaban por su boca, conferían al conjunto un aire de abandono.

—Tiene un Ford azul claro hecho una chatarra a la entrada —comentó Jakob cuando enfilaron el senderillo que conducía a la casa—. Un principio de lo más prometedor. Pero parece que no está.

Señaló hacia las amarillentas cortinas echadas.

—Es que es un poco temprano —contestó Trokic mientras llamaba.

La madera dejó escapar un sonido hueco y amplio, como un trueno lejano. Era imposible no oírlo. Aporreó la puerta una vez más y gritó: «¡Abran, policía!». Al fin la puerta se entreabrió y apareció un rostro amarillento y arrugado con unos ojos que parecían de cemento y un hilillo de baba por el mentón. Al ver a los dos policías el hombre abrió del todo, vacilante, con dos dedos nerviosos de largas uñas curvas aferrados al desgastado borde de la puerta.

Las expectativas de Trokic se desvanecieron al ver al individuo que tenía delante. Hasta donde él sabía, Gabriel Jensen tenía poco más de sesenta años, pero podría perfectamente haber cumplido los ochenta. Estaba casi calvo, encorvado y caminaba agarrado a un andador azul.

—Policía judicial.

Trokic le mostró la placa.

—¿Podemos hacerle unas preguntas?

—¿Sobre qué?

—Se trata del asesinato de un niño de ocho años, Lukas Mørk, tal vez haya oído hablar del tema.

—¡Que si lo he oído! Si no hablan de otra cosa en el telediario. Buenos tiempos para los periodistas, ¿eh? Santo Dios. Pero yo no le he matado, joder.

Señaló con la cabeza hacia el andador y empujó hacia dentro con el dedo algo que se le había quedado en la comisura de los labios. Masticó su hallazgo mientras observaba expectante a los dos policías.

—Si no le importa, nos gustaría hablar con usted a pesar de todo —replicó Jacob—. Sabemos que es algo temprano, pero no vamos a tardar mucho.

El hombre lanzó un elocuente suspiro y frunció los labios en un mohín de disgusto.

—Vale, vale, pero primero tengo que tomarme mi cervecita de la mañana, si no me dan los temblores. Pero pasen, que con esta mierda de tiempo hay una corriente del carajo.

Abrió la puerta de par en par, le dio la vuelta al andador y puso rumbo hacia el interior de la casa. Una vez que el gélido aire fresco de la calle desapareció a sus espaldas, salió a su encuentro una bofetada de hedor a

basura y sudor. Trokic supuso que la limpieza y la higiene personal no ocupaban precisamente los primeros puestos en la lista de prioridades de su anfitrión.

A través de un oscuro pasillo llegaron a una cocina pequeña con las paredes y los baldosines de color rosa. Los platos, apilados en montones asimétricos, contenían un variado surtido de sobras reseca. La pared del fondo estaba tapizada de torres de latas de cerveza de origen extranjero y nacional, cajas de *pizza* y paquetes de cereales, y en el suelo había, efectivamente, una larga hilera de bolsas de plástico repletas de basura. El líquido de las bolsas se había salido por varios puntos dejando en la madera manchas de distintos tamaños y tonalidades. Las bolsas desprendían un tufo insoportable. En la parte derecha de la encimera había una jaula con un periquito amarillo de aspecto embotado que golpeaba los barrotes con el pico a intervalos regulares.

—Bueno, no hace falta que los invite, ¿verdad? —rió mientras sacaba del frigorífico una lata de cerveza Elephant—. Me temo que no tengo otra cosa.

—¿No viene nadie a ayudarle con las cosas de la casa? —preguntó Jacob con cara de agradecer que no le ofreciera nada.

—Les tengo prohibida la entrada a esas guarras municipales, son unas putas metomentodo con demasiadas ideas. Pero no es que salga mucho desde que un día que llevaba un pedo de la leche me caí y me rompí la cadera. Esta mierda no termina de soldarse del todo, así que me cuesta un poco moverme. Mi hermano viene a llenarme la despensa una vez a la semana, y a veces también se lleva la basura. Se quedó mirando las bolsas del suelo como si se preguntara cómo habían llegado hasta allí.

—Ya voy por seis, así que imagino que vendrá mañana. ¿Has oído, Pipmads? ¡Comida!

Le lanzó una carcajada llena de complicidad al pájaro y luego enmudeció.

—En fin, ¿a qué han venido?

—Nos han dado un soplo —contestó el comisario haciendo honor a la verdad.

—¿Un soplo? Joder, pues no habrá sido nadie que me haya visto últimamente. ¡*Llisus Craist!* Aunque tampoco es ninguna novedad. Por un perro que maté mataperros me llamaron.

Trokic fue directo al grano.

—Tengo entendido que hace años cumplió condena por exhibicionismo, pero no hemos venido a remover el pasado; nos han dicho que tiene una colección de insectos, escarabajos.

—¿Y? ¿Es que ahora es ilegal? ¿Quieren verla?

—Dentro de un momento. Nos ha llamado un poco la atención porque resulta que el niño asesinado, Lukas, sentía un gran interés por los insectos, en particular por las mariquitas, que supongo que desde un punto de vista técnico son una especie de escarabajos. No creo que haya mucha gente que colecciona algo tan particular en este país.

—No tengo la menor idea.

—También nos interesa todo lo que pueda contarnos de Eigil Riise. Se acuerda de él, ¿verdad?

Los ojos color cemento de Gabriel Jensen se ensombrecieron mientras bebía un trago de cerveza. Se secó los labios y dejó escapar un pequeño eructo.

—Sí. Me acuerdo de Eigil.

Clavó la mirada en el techo y su rostro adquirió una expresión ausente.

—Pero ¿qué tiene que ver con todo esto? A él tampoco le ahogué. Se suicidó.

—Pero denunció a los padres y sostuvo que estaban detrás de la muerte del niño. ¿Por qué demonios?

El tipo se encogió de hombros entre carcajadas.

—Pensé que se lo merecían.

—¿No podría ser un poquito más explícito? —preguntó Trokic con cierta irritación.

Sin embargo, Gabriel Jensen se limitó a seguir riendo.

—Yo lo único que le digo es que no tuve nada que ver, joder. A ver si escuchamos, mendrugo.

El comisario ignoró el insulto. Cosas peores había tenido que escuchar en esta vida.

—Poco tiempo después se hizo a la mar y ha pasado casi toda su vida navegando, ¿no?

—En el pueblo no era muy popular, así que pensé que lo mejor sería que me tomara un respiro.

—Pero ¿conocía a Eigil?

—Si tanto les interesa, sí, conocía estupendamente a Eigil. Me caía muy bien ese chavalín.

—¿Cómo de bien?

—Sé lo que están pensando, pero no era eso. Venía de vez en cuando a cortarme el césped y yo le daba algo de dinero. Después, a veces se quedaba un rato y veíamos algún partido en la tele.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con los padres? —preguntó Jacob.

—Le mataron.

—¿Le ahogaron?

—No, eso lo hizo él solito, pero ellos le empujaron a morir.

De pronto se detuvo como si hubiese hablado más de la cuenta.

—Joder, ¿ya qué más da? He dicho todo lo que tenía que decir.

Los observó a los dos.

—¿Quieren ver mis escarabajos?

—¿Tú crees que miente? —preguntó Jacob una vez de regreso hacia Århus.

Trokic hizo avanzar el CD para saltarse, enojado, el *Crush of Love* de Joe Satriani. Antes le encantaba. Una estimulante obra maestra instrumental en un maravilloso océano sonoro que confirmaba el puesto de honor de Joe Satriani en la superliga de los guitarristas. Hasta lo de la abogada. Un día estaban oyendo esa canción en la cama. Como tantas otras veces, ella le seguía las venas del brazo como si estudiase un mapa y de pronto dijo que si no hacía algo con su incapacidad para abrirse, acabaría siendo un hombre muy solo. Esperaba poder volver a oír aquel tema algún día. Al fin y al cabo, era de lo mejor que había hecho aquel genio de la guitarra.

—No.

—No me digas que confías en él. Yo creo que miente que es un primor.

—Es difícil desenmascarar a un mentiroso —dijo Trokic— cuando no hay gran cosa en juego, pero no es el caso. ¿Qué iba a sacar con mentirnos ahora?

El inspector se encogió de hombros.

—Yo creo que no se puede confiar en lo que dice.

—No, pero no puede haber tenido mucho que ver en este caso con ese andador a cuestas. Por una vez en la vida, debe de tratarse de una casualidad.

—O sea, que no nos lleva a ninguna parte —reconoció Jacob al tiempo que se revolvía el pelo ya de por sí desmadejado—. Oye y, aprovechando que estamos en área reservada, ¿por qué no me cuentas lo que sabes de Sinka? ¿Ha vuelto?

Trokic cambió de carril y se desvió por la carretera de la costa. Era imposible ocultarle algo a Jacob, leía en él como si fuera un libro abierto.

—No —contestó—, pero ya que me lo preguntas tan directamente, voy a contarte una cosa.

Era como si los años pasaran por el rostro de Jacob mientras su conciencia iba regresando lentamente a una vida vivida hacía ya muchos años. Por un instante sus ojos parecieron dos espejos donde aldeas arrasadas y un amor juvenil lucharan por hacerse un hueco. Había estado en Yugoslavia en dos ocasiones, medio año cada una.

—Joder, no sé qué pensar —exclamó cuando Trokic acabó de referirle su encuentro con Ivan en Zagreb—. ¿Y me das un café antes de soltarme semejante noticia? Creo que necesito algo más fuerte.

Llamó a la camarera y pidió dos cafés irlandeses. Habían encontrado mesa en el Buddy Holly, un local al que se podía llegar cómodamente a pie desde la jefatura. Estaba lleno hasta los topes y los clientes parecían sumidos en una especie de apatía, aletargados por el calor del interior del establecimiento y el continuo trasiego de bebidas. Había dejado de nevar y la multitud aún no se había aventurado a lanzarse a las calles resbaladizas. Trokic bebió un sorbo de café y midió sus palabras antes de hablar.

Había conocido a Jacob en plena guerra, durante una misión para Saint Patrick's en Petrinja. Jacob estaba interesado en conocer a una persona medio yugoslava, medio danesa y, aprovechando que tenía que pasar por Zagreb poco después —y poco antes de que Serbia iniciara los bombardeos de la ciudad—, quedaron para tomar una cerveza. Haciendo gala de la habitual hospitalidad croata, le invitó a visitar a su familia, es decir, a una prima y a su marido con los que se alojaba a unos kilómetros de la capital. Jacob se enamoró perdidamente de la prima más joven, Sinka, que para

entonces ya había vuelto locos a varios tipos de la zona con su figura menuda y sus hermosos ojos. A pesar, o tal vez precisamente a causa de lo casi imposible de la situación, comenzó entre ellos una historia de amor que desembocó en su declaración de su intención de casarse.

Sin embargo, jamás llegaron tan lejos. El comisario se preguntó si sería la pérdida del primer amor lo que provocaba una reacción tan vehemente en Jacob. Rebuscó en su interior tratando de encontrar una equivalencia, pero él nunca había llegado a tanto. Era como si siempre hubiese existido una barrera emocional, como si sus sentimientos fueran pequeñas criaturas que se negaban a crecer. A veces notaba un gran silencio por dentro, como si esperase sentir algo que no sabía qué era.

—Belgrado no es precisamente un pueblo —dijo al fin—, no es cuestión de empezar a dar vueltas por ahí con un letrero y esperar encontrar a alguien que la conozca. Eso si es que era ella, claro.

—Pero es croata, llamará la atención.

—Hace años a lo mejor, ahora no sé.

—Es ella —aseguró Jacob dejando de golpe sobre la mesa su café con *whisky* recién servido con una porfía que hizo que parte de la espuma se derramara por los bordes—. Yo creo que deberíamos localizar a algunos colegas de allí y tener una charla con ellos.

Trokic meneó la cabeza.

—¿Y crees que la policía va a querer ayudarnos? ¿No te parece que eso de la cooperación les va a traer al fresco en un tema como éste? La cosa podría ir más allá e implicar algún delito por parte serbia, y dudo mucho de que estén interesados en hurgar en el asunto. Dirán «Huy, sí, la buscaremos, no os preocupéis», y después triturarán todo lo que tenga que ver con el caso.

Por un momento, Trokic volvió a sentir el dolor de tener que reconocer que las cosas podían ser así. De un plumazo, todo se había convertido en una cuestión de ellos y nosotros. Hasta él, que vivía en la otra punta del continente, se había visto obligado por el nacionalismo a ponerse en contra de «ellos», de los serbios. Al principio no fue más que una antipatía impersonal que se había colado a hurtadillas junto con la propaganda y las historias llegadas de frentes lejanos, pero un buen día llegó a afectar a su

propia familia. Cuando, a veces, trataba de explicar a sus compatriotas daneses cómo se podía llegar a la guerra, al odio y al derramamiento de sangre entre personas que habían vivido tan cerca unas de otras, le miraban sin comprenderle. Y, sin embargo, deberían entenderlo, pensaba él. Los daneses deberían entenderlo mejor que nadie porque allí también iba ganando terreno un nacionalismo que empezaba a extenderse como las algas en el agua. Allí también se iba condensando un odio indiscriminado contra «ellos», una inmensa sombra que no sabía de individualismos y hacía imposible ver al vecino como un individuo independiente.

—No sé. Ha pasado mucho tiempo. Ha llegado gente nueva —apuntó Jacob con optimismo.

Trokic se recostó en el asiento y contempló pensativo a su amigo.

—Pero joder —exclamó al fin—, ¿precisamente en Belgrado? Si esa chica habría estado dispuesta a lanzar una bomba contra Serbia si la hubiera tenido a mano.

No había olvidado la expresión del semblante de Sinka durante el entierro de su padre al comienzo de la guerra, cuando a sus ojos no era más que una niña. Se estremeció al recordarlo. Era sensible y apasionada. El tiempo le había enseñado que esas cosas pueden poner en aprietos incluso a los mejores, y que la guerra cambiaba a la gente. Como a Milan, aquel amigo de la familia que ahora cumplía condena por el asesinato de un sinnúmero de civiles en calidad de oficial.

—¿Y Tomislav? Al fin y al cabo, Sinka es su hermana. ¿No piensa hacer nada?

—Aún no lo sé. ¿Él qué puede hacer? Además, ya tiene bastante con ocuparse de su trabajo y de su familia. ¿Vas a contárselo a Lisa?

Jacob rumió la pregunta, vació el vaso y chupó la espuma que quedaba en la larga cucharilla.

—No —contestó al fin—, quiero pensármelo un poco.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo el comisario—, ya nadie es lo que era. Tal vez sea mejor que nos dejes esto a nosotros y no pongas en peligro tu relación por algo tan inconsistente. Hace doce años que no vemos a Sinka. Para nosotros no va a cambiar nada pensar bien las cosas antes de empezar a hurgar en el pasado.

Lo cierto era que no le había dado tiempo a pensar bien nada, y si Jacob no se lo hubiera preguntado directamente, lo más probable era que hubiese optado por borrar de su memoria la cuestión de Sinka en tanto esclarecían el asesinato de Lukas. Eso si lo esclarecían, se recordó a sí mismo.

—Se te ve cansado —comentó Jacob—. ¿Duermes bien últimamente?

—Sí.

No quiso agobiar a su amigo con el relato de la vomitona del gato.

—Creo que el caso Mørk nos está afectando a todos.

—¿Qué piensas de todo esto? —le preguntó el comisario para dar un giro a la conversación.

—Creo que deberíamos dedicar más recursos a encontrar el lugar donde se quemó y, es de suponer, le mataron. Tiene que estar en Mårslet. No entiendo por qué aún no hemos dado con él, me resulta inconcebible. ¿Cómo se puede ocultar una cosa así? Y me cuesta entender cómo encaja eso de que se lo llevaran en un coche.

Trokic apuró su vaso y cogió la cazadora de la silla. Había llegado la hora de volver.

—No creo que podamos hacer más de lo que estamos haciendo.

—¿Esto qué es?

Agersund, sentado al otro lado de la mesa, le observaba desde su sillón mientras señalaba con la cabeza hacia un montón de papeles. Así, con las enormes manazas entrelazadas por detrás de la nuca, a Trokic le recordaba a un profesor de matemáticas fascistoide que le había dado clases en el colegio. La postura del comisario jefe no era necesariamente un síntoma de relax, sino más bien de que esperaba una explicación por parte de su subordinado. Algo no muy distinto a las ecuaciones.

—Son informes —contestó Trokic, que empezaba a experimentar cierta irritación ante el proceder poco directo de su jefe.

Probablemente su superior había vuelto a presionarle exigiendo progresos y Agersund se desquitaba atacando al siguiente por debajo de él en el escalafón. Por lo visto, cuando la prensa empezaba a usar la palabra *incompetente* para referirse a la policía y a criticar una investigación, la presión era automática. Y cuando los periodistas, con una imaginación que habría sido la envidia de cualquier escritor, inventaban todas las teorías posibles, consultaban a psicólogos y trazaban perfiles poco fiables.

Agersund arrugó la nariz.

—Sí, eso ya lo veo.

Y, en el mismo tono hosco, añadió:

—Al parecer andáis hurgando en casos de mil novecientos y el carajo. ¿Qué sentido tiene?

—Se me ha ocurrido que podrían tener alguna relación con el de ahora. Hay una muerte que...

—Mira, no hace falta que me lo repitas porque ya he leído tu último informe. Ese caso está muerto y enterrado hace ya mucho tiempo, no merece la pena. Ya sabes que la mayoría de los homicidios se producen en el seno de la familia y hay indicios de que a Lukas Mørk le maltrataban. ¿Por qué meter las narices en esa mierda de hace ya tantos años? Tú ve a por los padres y saca a la luz cualquier cosa que encuentres sobre ellos. Seguro que hay más.

Trokic echó un vistazo por la ventana. Unas nubes de color grafito se arremolinaban como grandes guedejas de lana.

—¿Y qué me dices de Annie Wolters? —preguntó—. Me da la impresión de que existe algún tipo de relación. Estoy seguro de que los expertos van a dictaminar que el incendio con el que se tropezó fue intencionado.

—Cada cosa a su tiempo. Aunque, sinceramente... Los del laboratorio no han encontrado absolutamente nada que haga pensar en una muerte sospechosa. Lo más probable es que algunos chavales del pueblo estuvieran tirando cohetes y alguno cayera en el cobertizo. Y la señora se fue derechita a las llamas del purgatorio.

—Había medio metro de nieve en el tejado —prosiguió Trokic—, habría frenado el cohete. Ya lo hemos comprobado, no hubo fuegos artificiales en varios kilómetros a la redonda. En serio, ¿no te llama la atención tanto incendio?

—No, la verdad es que no. ¿Eres consciente de la cantidad de incendios que se producen en Århus todos los años?

—Bueno, sí, pero...

—¿Qué me dices de lo de los padres?

—No tenemos nada contra ellos. Yo creo que no tienen nada que ver, sencillamente. Las horas no encajan.

—¿Y habéis investigado al tío del póquer y a todos sus amigotes?

—Sí, pero es complicado. Allí entran y salen unos y otros y todo lo que tenemos es la palabra de Johnny Nielsen. Puede haber ido más gente de la que él dice.

Agersund se puso en pie y se chascó los nudillos. El pelo a cepillo empezaba a crecerle y hacía que su cabeza pareciese un erizo gris. De repente esbozó una sonrisa de dientes amarillos.

—Pero se acabaron las clases de historia, ¿vale?

Trokic le correspondió con la mirada más inocente de su repertorio.

—Por supuesto.

43

Lisa soltó la bolsa de viaje en un rincón del pasillo y fue directamente a la mesa de la cocina a abrir la correspondencia. Le estaba haciendo falta un baño para quitarse de encima un par de aeropuertos, y su pequeño apartamento —una combinación de IKEA y mercadillo sobre un fondo de paredes verdes y suelos de madera— parecía, una vez más, el campo de batalla de un *superfriki*. Periódicos atrasados, botellas y vasos vacíos encima de las mesas, cajas de comida para llevar vacías en la cocina, ropa sucia en el sofá y papeles por todas partes. ¿Existiría el gen del desorden? La posibilidad de declinar su responsabilidad le resultaba de lo más atractiva, pero habría que dejarlo para luego. Jacob no había vuelto y, por lo que decía en su SMS, aún tardaría varias horas.

De camino a casa había pasado por su despacho para pasar unos archivos a su portátil. Al parecer, Jannik Lorentzen, del NITEC^[3] había tenido suerte y le había enviado el material de inmediato por mensajero. Estaba terminantemente prohibido sacar de comisaría un material como aquél, lo que le hacía sentir una punzada de remordimiento, pero, por una parte, trabajaba a contrarreloj, y, por otra, no quería poner a Agersund al tanto de su corazonada hasta estar más segura.

Arrastró el portátil hasta la mesita del sofá y lo colocó en medio de un mar de mondas de naranja; luego se recogió el pelo en una coleta y se puso cómoda. En el ordenador había un contenedor encriptado con PGP —*Pretty*

Good Privacy—, uno de los métodos empleados por el NITEC para evitar que tan desgarrador material acabara en manos de quien no debía. Por desgracia, un sinnúmero de pedófilos a lo largo y ancho del mundo se servían del mismo procedimiento para proteger las imágenes que guardaban en sus ordenadores. El PGP era efectivo. Una vez encriptados, los archivos pasaban a ser una especie de paquetitos encantados imposibles de abrir sin las palabras mágicas, con lo que los investigadores acababan por ahí dando patadas y tirándose de los pelos.

Abrió el contenedor y echó un vistazo a los archivos. Se trataba de ocho fotografías en color escaneadas donde se veía el reloj de pared y que probablemente tenían todas el mismo origen. La mujer morena aparecía en varias de ellas. En su momento, la policía las había considerado de extrema gravedad, puesto que aquellas agresiones demostraban una total falta de escrúpulos, y las había clasificado en la sección de *bondage* y torturas. Ahora estarían consideradas como lo que el fiscal general del Estado había dado en llamar clase 3, que incluía, por ejemplo, imágenes de coacción, amenazas y violencia con agravantes. Sacudida por fuertes estremecimientos, Lisa paseó la mirada por las escalofriantes imágenes, y al reconocer lo que era capaz de provocar la mano humana se sintió recorrida por una nueva oleada glacial. Recordó cómo había ido forjando ese reconocimiento en sus años en el NITEC al enfrentarse a la terrible verdad de lo que podía llegar a hacer un ser humano. Primero reconocías que era posible. Luego, la cantidad de personas que eran capaces de llevarlo a cabo. Cosas tan atroces que para alguien normal suponían un muro infranqueable. Era excesivo, tan inconcebiblemente excesivo que si llegaba a comentarlo con colegas dedicados a otro tipo de casos, se les velaban los ojos, se bloqueaban y la dejaban a solas con lo que sabía. Ni podían ni querían oírlo. Era insoportable.

Pasados unos minutos, aquel frío se enquistó en su interior —como tantas otras veces— lo bastante para permitirle continuar adelante. El informe que acompañaba a las fotografías llegaba a la conclusión de que lo más probable era que se tratara de un revelado casero. Aquellas imágenes habían alcanzado una popularidad enorme e incluso al cabo de tantos años seguían circulando copias escaneadas entre los pedófilos. De cuando en

cuando tropezaban con alguna de ellas en internet, donde los pedófilos llevaban a cabo la mayor parte de su actividad de intercambio. Podía ser en un *chat* como los de Undernet, en uno de los muchos canales que no exigían más que la instalación de un programa extremadamente sencillo o se podían abrir directamente en la red, y a intercambiar fotos de críos. Pero también existían lugares donde estaban en venta, webs de pago. Lisa sabía que ese tipo de fotografías, cuando eran nuevas, estaban cotizadísimas y podían suponer un negocio muy lucrativo para su fuente.

Sin embargo, aquellas imágenes en concreto se encuadraban en un período de tiempo limitado. Sólo existía esa serie y la niña y el marco en que aparecía no se repetían en versiones posteriores. Algunos participantes del curso al que Lisa había asistido ocho años atrás habían expresado su preocupación por la pequeña, a la que creían muerta a causa del maltrato. Aunque eso no significaba que el autor de los hechos no hubiera sacado más fotos en otros lugares.

Lisa sabía que llevaba mucho tiempo llegar hasta ese punto con los pequeños. No se trataba de desnudos casuales, sino de algo que requería una sistemática labor de erosión de los límites del niño. Y, en cierta forma, esa elaboración psicológica era casi lo más repulsivo. El explotador se hacía con el control del niño y le hacía creer que el sexo con el adulto era lo más natural.

Dejó escapar un hondo suspiro. Ya estaba otra vez con las narices metidas en el lado más infame de la delincuencia y se sentía acosada por su buena memoria y por el pasado. Era un trabajo espantosamente desalentador. De las más de quinientas mil imágenes de pornografía infantil que estaban en manos de la Interpol, sólo se había llegado a identificar a quinientos niños, lo que dejaba a un terrorífico número de criaturas, almas robadas, viviendo abandonadas a su suerte en una realidad situada más allá de los límites de la comprensión humana. Un abuso ya era bastante nauseabundo, pero tener que pasar el resto de tu vida sabiendo que las imágenes que daban fe de él circulaban por la red para estímulo de Dios sabe qué tipo de seres, era espeluznante. Muchos consumidores de pornografía infantil se justificaban diciendo que no eran más que fotos y que ellos no abusaban de los niños, pero las cosas no eran así. Detrás de

cada fotografía se ocultaba un abuso y el interés por las fotos contribuía a sostener esa industria.

Sus lóbregos pensamientos se vieron interrumpidos por el timbre del teléfono. Reconoció de inmediato el número de Jannik Lorentzen. ¿Qué quería? ¿Volvería a tratar de convencerla para que regresara a Copenhague? Había oído que andaban buscando tres o cuatro colaboradores nuevos. Descolgó algo indecisa.

—¿Te han llegado las fotos? —preguntó él sin más preámbulos. Las conversaciones intrascendentes y las introducciones nunca habían sido lo suyo. Tal vez por tener un trabajo en el que nunca había un minuto que perder.

—Sí, gracias. Eran justo las que decía. Un trabajo estupendo, te estoy muy agradecida.

—Te llamo porque me he acordado de otra cosa —prosiguió su antiguo jefe—. Estamos trabajando en un caso de los gordos, algo en la línea del caso Mjølner.

La voz de Jannik se tornó ligeramente más grave y Lisa se estremeció. Cuando a Jannik le cambiaba el tono de voz era señal de que estaba muy impresionado.

—No quiero aburrirte con detalles —continuó— porque tú los conoces mejor que nadie, pero el caso es que cuando estaba reuniendo el material que me habías pedido me he dado cuenta de que se parecía mucho a otras fotos que hemos encontrado últimamente.

Lisa sintió que el cuerpo se le ponía en tensión y el teléfono se le humedecía en la mano.

—¿Cómo que se parecía?

—Es más que nada una sensación. Hace una semana confiscamos el ordenador de un matrimonio de Odense y encontramos miles de fotos. Suponemos que las descargaban, intercambiándolas o pagando, de webs de todo el mundo, de manera que a partir del contenido de su ordenador estamos localizando a todos los distribuidores que podemos. Entre todas esas fotos había una serie, a la que hemos bautizado como Edén, mucho más brutal que las demás. Clase 3. *Bondage*, torturas, en esa línea. Más o menos del mismo estilo que la serie del reloj. Pero la calidad que tienen

indica que son relativamente nuevas. Una resolución muy alta. Digitales. Además, estamos seguros de que son de Dinamarca. Ya sabes, los enchufes, los radiadores...

—¿Los detenidos de Odense se están mostrando colaboradores a la hora de dar datos?

—No, así que no sabemos de dónde las han sacado. Al menos de momento.

Le oyó encender un cigarrillo y darle una calada.

—¿Y el motivo de las fotos? —preguntó la inspectora.

—En unas un niño y en otras una niña. No muy mayores, unos cinco o seis años. Pero ayer estuve hablándolo con un colega americano que cree haber visto más de la misma localización, aunque algo anteriores. Si es cierto, esas agresiones vienen teniendo lugar desde hace años. Ya sabes... hay series de fotos que por lo visto son imprescindibles en la colección de cualquier pedófilo y, a juzgar por su popularidad, ésta es una de ellas. Por ahora parece que las están vendiendo a través de una página rusa, su autor tiene que estar sacándose una pasta.

—Pero ¿por qué crees que tienen algo que ver con la serie del reloj?

—Sobre todo, por las fotos de la niña. La forma en que la han atado a la silla. Parecen los mismos nudos. Pero claro, siempre podría ser una imitación.

—Quiero verlas —decidió Lisa.

—Vuelvo a mandarte al mensajero y mañana las tienes.

Cuando colgaron, Lisa permaneció sentada unos momentos observando las luces de la ciudad por la ventana. No quedaba más remedio que enseñarle las fotos antiguas a Trokic, pero era tarde, así que tendrían que ir a verle a su casa. Ella y el portátil.

Se disponía a salir por la puerta cuando llegó Jacob. Percibió de inmediato que algo iba mal y por un instante todo su mundo se paralizó como si el tiempo se le hubiera echado encima de golpe.

—Iba a ver a Trokic. ¿Qué ha pasado?

Por un segundo pareció poco dispuesto a contárselo. Tal vez una mentira piadosa. Sin embargo, al final se decidió.

—Trokic dice que al parecer han visto a Sinka en Belgrado.

Era como si acabara de dejarle de latir el corazón. ¿Cómo luchar contra el fantasma en que se había convertido esa mujer? Jacob le había hablado de su amor y ella no se había sentido amenazada, se trataba de algo pasajero y superficial que jamás había conocido un día a día y cuya intensidad se había visto multiplicada por la impotencia de la guerra. Sin embargo, el dolor que había en la mirada de Jacob era auténtico, e independientemente de sus propias opiniones, para ella eso era lo que contaba.

—¿Y qué? —le preguntó con rudeza—. ¿Qué piensas hacer? ¿Salir corriendo detrás de un espectro y tratar de encontrar algo que existió hace doce años? ¿Y qué pasa conmigo, si puede saberse? ¿De verdad crees que pienso quedarme sentada esperando?

—No, no voy a ir —contestó él evitando su mirada, una mirada que solía oscurecer sus ojos azules y despertaba sus más cálidos sentimientos. En esta ocasión no.

—Pero ¿quieres que la encuentren?

—Supongo que es natural, ¿no?

De pronto sintió deseos de pegarle. ¿Cómo podía creer que iba a aguantar algo así? Qué quería, ¿que aplaudiera y le felicitase?

—Hacéis una pareja que te cagas Trokic y tú. Que te den.

Echando espumarajos de rabia cogió el portátil y se alejó precipitadamente, no sin antes cerrar de un buen portazo.

El comisario recibió a Lisa con la sorpresa pintada en el rostro. Para cuando la inspectora cayó en la cuenta de que si tenía compañía femenina se enfadaría con ella, ya era demasiado tarde. Sin embargo, al verla Trokic abrió la puerta de su pequeño adosado rojo de par en par. Su gato, *Pjuske*, que se había encaramado a la encimera, levantó la vista. La furia de Lisa se había evaporado apenas montó en el coche y había dado paso a las lágrimas. La impotencia ante la idea de enfrentarse al fantasma de Sinka, tan patente en los pensamientos de su novio, se había adueñado de ella, y sólo después de quince minutos de llanto se había sentido en condiciones de seguir adelante. Jacob tendría que decidir de una vez por todas lo que quería. Si no, fuera. Una vez que esa idea tomó forma y se asentó, se sintió capaz de continuar con el proyecto de la noche donde lo había dejado.

—¿Tienes un momento? —le preguntó—. Deberías ver esto.

Dio unos golpecitos con el dedo en el portátil que llevaba debajo del brazo.

—Pasa.

Lisa esquivó un ratón muerto que había en los escalones de la entrada, probablemente cortesía del gato, y entraron en el salón gris. Se sentó en el confortable sillón y extendió las piernas. Por un instante se sintió furiosa con Trokic, que a su modo era el culpable del dilema de Jacob. Sin embargo, después se dominó. Tenía todo el derecho del mundo a desear el regreso de su prima y a buscar la verdad. Durante unos segundos consideró

la posibilidad de sincerarse con él, pero luego desechó la idea. Ante todo, Trokic era amigo de Jacob. Y su superior.

Al parecer, antes de su llegada estaba enfrascado en una montaña de informes que había apilado por expedientes. No le dio ninguna envidia. Por lo visto, la cantidad de trabajo burocrático iba en aumento a la par que se iba subiendo en el escalafón, y ella no sentía el menor interés por esos temas. El peinado del comisario era un caos total. El remolino del lateral se había hecho con el control y el resto del pelo había decidido atravesarse en una disposición no muy airosa.

Al verlo así, sintió un arrebato de cariño. Trokic sabía vestirse a la última, con un estilo *casual*, aunque algo monótono; sin embargo, lo del pelo era evidente que lo daba por perdido. Algo parecido a alivio ante la perspectiva de perder de vista aquellas pilas de papeles, por un momento le iluminó el rostro.

—¿Todo bien en Amsterdam?

—Sí, ha sido muy interesante, pero no he venido por eso.

El comisario encendió un cigarrillo, acercó un cenicero y la observó, expectante.

—Ya, ya suponía. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

—Puede que te suene algo raro, pero ¿te acuerdas del reloj de pared que hay en casa de la vecina de Lukas Mørk, Jonna Riise?

—Lejanamente. Era azul, ¿no?

—Sí. Gris azulado, para ser exactos. Y tenía la sensación de que no era la primera vez que lo veía. Pues bien, en Holanda he estado con un antiguo compañero del sector tecnológico y eso me ha refrescado la memoria. Me acordé de que ya lo había visto antes en algún sitio y llamé a mi antiguo jefe para pedirle que me enviara parte del material de un viejo caso.

—Agersund está harto de que andemos metiendo las narices en casos viejos en vez de concentrarnos en el nuevo —le explicó Trokic con la insatisfacción pintada en el semblante—. Pero es interesante, es la segunda vez que Jonna Riise se cruza en este asunto.

—¿Y eso?

El comisario le refirió con detalle su visita a Bent Kornelius y las misteriosas circunstancias que rodearon la muerte de Eigil Riise. La historia

hizo que Lisa fuera avanzando hasta quedar sentada al borde del asiento.

—Me suena rarísimo. Y nosotros no creemos en casualidades, ¿verdad?

—No.

—Lo repito: si creemos lo que dicen la policía y varias fuentes más, el hermano de Jonna Riise se quitó la vida a comienzos de los setenta. Era un chico con problemas psíquicos y se acusó a los padres. Y yo por mi parte encuentro unas fotografías antiguas de unos abusos con un reloj de pared igualito al que hay en el salón de Jonna Riise. Pero con una niña. Empiezo a barajar la posibilidad de que los Riise abusaran de sus dos hijos.

—¿La niña de tus fotos tiene edad para ser Jonna Riise? Déjame verlas.

Señaló hacia el portátil. Lisa encendió el ordenador, abrió el contenedor y empujó el aparato hacia él por encima de la mesa.

—Sabes que este tipo de material no puede salir de comisaría, ¿verdad?

Ella asintió y trató de adoptar un aire contrito.

—Bueno, vamos a ver.

—No es un espectáculo agradable —le advirtió mientras se daba unas palmadas en los muslos para que *Pjuske* se le subiera al regazo. El gato la miró con expresión ausente y prefirió encaramarse de un salto al alféizar de la ventana.

—Lukas Mørk tampoco lo fue —replicó Trokic— y no quisiera tener que ver más como él.

El salón quedó en silencio mientras el comisario estudiaba las fotografías. Lisa se sorprendió una vez más. Fuera lo que fuese lo que su jefe estaba sintiendo al revisar aquel espeluznante material, en su rostro no se detectaba el menor asomo de agitación.

—¿Podría tratarse de Jonna Riise? —se decidió a preguntarle en vista de que él había enmudecido hacía ya varios minutos—. Yo no lo tengo muy claro.

—Podría. La niña de la foto tiene el pelo rubio, algo más claro que Jonna Riise, hasta donde yo recuerdo. Pero la calidad no es precisamente la mejor y a casi todo el mundo se le oscurece el pelo con la edad.

—Como ves en el informe, se las incautaron a unos pedófilos que fueron descubiertos hace unos treinta y dos años —le explicó Lisa—. Por aquel entonces las cosas se hacían de otra manera. Sin internet y sus tres «aes», anonimato, aceptación y acceso, todo era más lento. A los pedófilos les costaba más encontrar gente que compartiera sus intereses. Aun así, la policía dio con un círculo de veinte personas repartidas por varios países europeos que se conocían y se reunían para intercambiar imágenes o se las enviaban por correo. No detuvieron a ningún danés, pero estaban convencidos de que las fotos procedían de Dinamarca.

—Pero, si esto tiene algo que ver con nuestro caso, ¿qué es? —preguntó Trokic—. Si los padres de Jonna Riise producían pornografía infantil, tenemos que intentar inculparlos, evidentemente, pero la cuestión es qué relación tiene todo esto con Lukas. No encontramos absolutamente ningún indicio de que el crimen tuviera un móvil sexual.

—Puede que los autores de las fotos sigan activos y secuestraran a Lukas para fotografiarle. Después algo salió mal. Y hay otra cosa, he hablado con mi jefe justo antes de salir para acá y me ha dicho que han encontrado en circulación unas fotos nuevas muy parecidas a éstas. Necesito comprobarlo yo misma, claro, pero en su opinión el parecido salta a la vista. O las han hecho las mismas personas o estamos ante una imitación.

—Y ¿de dónde vienen?

Le habló del matrimonio de Odense. El comisario hizo una mueca y se aplastó el pelo.

—Como teoría no está mal, pero los Riise ya no viven en el país. Siempre podemos rastrear sus movimientos, pero, para empezar, ya son muy mayores, y, para continuar, tenemos lo de los incendios y las quemaduras de Lukas. No encaja. Además, si hubiesen grabado o fotografiado a Lukas, ¿pondrían en circulación ese material? ¿No sería demasiado arriesgado? El niño ha salido en todos los periódicos.

—Sí —reconoció Lisa mientras se mordía una uña rota—. Hasta los pedófilos tienen algún tipo de conciencia, si es que se le puede llamar así. Lo cierto es que algunos de ellos no quieren cometer abusos y viven en el celibato y otros muchos se limitan a la pornografía infantil y jamás llegan a

abusar de nadie. Estoy segura de que prácticamente ninguno aceptaría unas fotos que han acabado en asesinato. El aspecto económico, o al menos el valor de trueque, juega un papel muy importante en todo esto y, dicho así, a lo bestia, la cuestión es colocar el mayor número de fotos posible.

—Tenemos que volver —resolvió Trokic.

Le devolvió el ordenador de un empujoncito.

—Quiero comparar esos relojes. Si son iguales, tendrá que explicarnos de dónde ha sacado el suyo.

—Hay otra cosa. No nos queda más remedio que ser discretos —observó Lisa—. Si se huele de qué va todo esto, tendremos que averiguar qué intenciones tiene. Hay que evitar que hable con quien no debe, de lo contrario podemos perder un material muy valioso a la velocidad del rayo.

—Vamos ahora mismo. Hablas tú.

—Pero si son las...

Lisa consultó su reloj.

—¿Es que tienes algo que hacer?

—No, pero...

Entonces, Trokic dijo una vez más una de sus frases favoritas:

—Tú igual tienes una vida, pero yo no.

Al parecer, Jonna Riise estaba corrigiendo tareas de sus alumnos, porque sobre la mesa había un primoroso montoncito de redacciones y ella iba pertrechada de unas gafas de lectura rectangulares y un bolígrafo negro. En el salón, tan arreglado como la última vez, sus dos hijos mayores estaban sentados en el sofá viendo una especie de *reality*. Lisa supuso que a esas horas la pequeña estaría ya en la cama. Jonna apagó el televisor, pero los dos muchachos no hicieron ademán de abandonar la habitación. Lisa ardía en deseos de volverse a echarle un vistazo al reloj, pero habría resultado muy poco natural, de modo que optó por observar a Jonna para intentar dilucidar si era la niña de la foto. No parecía imposible.

—¿Cómo va la investigación? —les preguntó una vez acomodados en sendas sillas.

—¿No podríamos hablar en privado? —preguntó Lisa.

Habían acordado de antemano que ella llevaría la voz cantante, pues Trokic creía que semejante conversación requería astucia si querían sacarle el máximo partido. Por eso había adoptado una posición más relajada e intentaba mostrarse cordial.

—Mathias y Frederick, ¿queréis hacer el favor de iros a vuestro cuarto? —preguntó la madre.

Los dos chiquillos abandonaron el salón de mala gana con la decepción pintada en la cara.

—Estamos aquí porque hemos sabido que es usted hermana de un niño que murió en circunstancias sospechosas hace muchos años. ¿Es correcto?
—la abordó la inspectora.

Si a Jonna Riise le había sorprendido la pregunta, lo disimulaba muy bien.

—Sí, pero de eso hace ya más de treinta años. Y no tuvo nada de sospechoso. Eigil estaba deprimido y se quitó la vida. Aunque, la verdad, no veo que tiene que...

—Cuando dos muertes se parecen en mayor o menor medida, estamos obligados a hacer un seguimiento —la interrumpió la inspectora—. Hemos hablado con un hombre que denunció a sus padres, los consideraba responsables de la muerte de Eigil. ¿Está al tanto de la historia?

—¿Sigue con lo mismo, ese idiota? Gabriel es un tipo de lo menos fiable, no tienen más que ver sus antecedentes.

—Ya lo hemos hecho. Lo único que nos interesa es saber qué opina usted. ¿Sus padres viven en España?

Para asombro de Lisa, la mujer empezó a sollozar y poco después le corrían por las mejillas unos gruesos lagrimones que le dejaron una estela en el maquillaje.

—Sí, cerca de Málaga. Miren, lo he pasado muy mal con lo de Eigil en esta vida y no veo adónde quieren ir a parar con todo esto. Por lo que se refiere a ese demonio de Gabriel, ya ven que sigue viviendo por aquí y no me extrañaría nada que él fuera el culpable de la muerte de Lukas.

—Pero si va con un andador —objetó Trokic.

—¿Que qué?

Jonna Riise echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

—Ayer le vi a lo lejos en la cooperativa. Sin andador. Fue sin el menor problema hasta su coche, montó y se marchó.

Se produjo un silencio.

—Eso ya lo investigaremos más adelante, por supuesto —admitió el comisario—. Mientras tanto... ¿podría repetirnos qué es lo que hizo la tarde que Lukas desapareció, por favor? Es decir, el jueves 4 de enero entre las dos y las seis.

Las lágrimas dejaron de caer y Jonna se quedó mirando a Trokic con cara de pasmo. Igual que Lisa. ¿Acaso pensaba que ella tenía algo que ver con el crimen?

—No me diga que sospechan de mí. ¿Y no sería mejor que fueran a preguntarle a Gabriel Jensen? Pues entonces tengo suerte de recordar casi todo. Estuve poniendo notas en la sala de profesores del colegio de Mailing hasta las tres y luego fui a casa de mi amiga Christiane, que vive en Guldsmedgade. Íbamos a comprar las invitaciones para la confirmación de Frederick. Creo que ya se lo había contado.

—¿La Guldsmedgade de Århus? —preguntó Lisa.

—Sí, claro. Aquí en Mårslet no tenemos ninguna calle con ese nombre.

—¿A qué hora llegó a casa de su amiga?

—Hacia las tres y media. Estoy segura de que ella se lo confirmará porque también acababa de llegar del trabajo. Luego fuimos a tomar un café al Cross Café y después me marché a casa. Llegué a eso de las seis, los niños ya estaban en casa. Más tarde los tres salimos, como ya saben, a buscar a Lukas.

Se recostó en el sofá con una tímida sonrisa de satisfacción en los labios y los observó, primero a uno y luego al otro. A Lisa no le hizo ni pizca de gracia. No le cabía la menor duda de que la amiga, Christiane, confirmaría la coartada, pero había algo en la leve jactancia de aquella mujer que resultaba antinatural. Tenía que preguntarle por el reloj, pero había que hacerlo de un modo que no pareciera forzado. Probó una línea algo más suave.

—¿Van a celebrar una confirmación? Me imagino que conlleva un montón de preparativos.

—Pues sí, y todo al mismo tiempo que intento que el chico no descubra las sorpresas. Por suerte, pasa todas las tardes con Thomas. Aunque claro, eso luego quiere decir que hay que hacerlo todo igual que en casa de Thomas, y es una afición muy cara.

—¿Quién es Thomas?

—Un compañero de clase de Frederick, su mejor amigo. Sus padres son los dos abogados. Tienen una casa inmensa al otro lado del pueblo que les

ha costado seis millones —dijo no sin cierto orgullo al pensar que su hijo se movía en un ambiente tan selecto.

—Supongo que son cosas de la edad —comentó Lisa tratando de parecer comprensiva—, a los chicos no les gusta sentirse al margen. Veo que tiene muchos muebles antiguos. ¿Son heredados?

—Sí, la mayoría —contestó Jonna.

—Mis abuelos tenían un reloj como ése. La verdad es que cuando lo vendimos nos dieron un montón de dinero.

Esas palabras le proporcionaron la disculpa perfecta para levantarse a examinar el reloj. Se había grabado en la mente todas sus líneas. El color gris azulado. Las líneas doradas. Los números romanos y los adornos. Cuanto más lo miraba, más se convencía de que era el mismo.

—Puede ser, pero yo, por suerte, no necesito venderlo en este momento. Es un reloj que me dejó mi madre y para mí tiene cierto valor sentimental.

Al sonreír dejó al descubierto buena parte de una encía muy roja. Si ella era la niña de la foto, ¿cómo era posible que se mostrase tan leal hacia sus padres? ¿Los encubriría si volvieran a estar en activo? Lisa buscó los ojos de Trokic en el momento en que se levantaban para marcharse. Tenía la mirada pensativa y eso le recordó el modo en que había preguntado por la coartada. ¿Sería posible que Jonna Riise formara parte de aquella oscuridad?

Miércoles

10 de Enero

Los meteorólogos habían pronosticado al fin que el tiempo iba a cambiar. Se esperaba un ascenso de las temperaturas y amenazaba con formarse escarcha. Por lo que Trokic pudo ver cuando a la mañana siguiente logró llegar hasta comisaría haciendo maniobras con el coche y jugándose la vida, los cambios ya habían comenzado. A la velocidad del rayo, el hielo lo había recubierto todo de una dura costra que aprisionaba la nieve. Un mágico mundo de cristal, pensó cuando se acomodó en su sillón con vistas a la ciudad.

Las fotos que Lisa le había mostrado la noche anterior se le habían quedado impresas en la retina y le habían hecho comprender por qué había dejado el NITEC. Trabajar día tras día con esas imágenes, inspeccionar cada píxel en busca de delitos en millares de fotografías y, además, tener que aceptar el hecho de que era un fenómeno cada vez más frecuente exigía un enorme sacrificio.

A Trokic no le era del todo ajeno el modo de pensar de los pedófilos y su manera de justificarse. Hasta hacía muy poco, unos daneses habían mantenido un sitio web en el que, en nombre de la libertad de expresión, exponían sus razonamientos. Ellos lo llamaban amor a los niños y se servían de argumentos que hacían referencia a la historia para reimplantar aquel «enriquecimiento cultural».

Acababa de servirse el primer café del día cuando sonó el teléfono. Una voz femenina algo estridente que jadeaba a causa de la agitación le soltó una retahíla de palabras que formaron una serie de frases inconexas.

—Alto, alto, no tan deprisa. ¿Podría decirme de qué se trata, pero desde el principio? —preguntó él dejando la taza.

Se oyó un largo suspiro, pero la voz se tranquilizó.

—Me llamo Hjørdis Vang Jørgensen. Soy de Mårslet. Hemos leído lo de Lukas en el periódico. Ahora mi hijo Stefan dice que cree que tiene algo que ver con unos chicos mayores que están atacando a los niños del pueblo. Me ha enseñado unos vídeos en internet y me ha apuntado dónde encontrarlos. He tenido que verlos yo misma para comprobar que no eran imaginaciones suyas. Se trata de una serie de grabaciones muy cortas hechas con un teléfono móvil en las que sale alguien pegando a niños pequeños.

—¿Puedo hablar directamente con Stefan? —preguntó el comisario.

Transcurrieron unos segundos durante los que se oyó un murmullo al otro lado de la línea y por fin habló una voz juvenil. Trokic volvió a presentarse.

—Necesitamos saber más cosas de esos vídeos que dice tu madre que has encontrado. ¿Quieres contarnos cómo has dado con ellos, por favor?

Tras un breve silencio, la voz dijo, vacilante:

—Conozco algunos sitios en internet... de esos a los que la gente puede subir los vídeos que graba con el móvil...

Trokic rebuscó en su memoria algo que pudiera equivaler al universo del chiquillo, pero no tuvo suerte. Su infancia en una vivienda de protección social había sido dura a su manera, pero ese tipo de exposición tecnológica no entraba dentro de sus posibilidades.

—¿De qué tipo de grabaciones estamos hablando? ¿Violentas?

—No, de todo. Aunque también hay algunas que son violentas.

Sus palabras eran casi inaudibles, prácticamente un lento susurro por el auricular.

—¿Como YouTube? —propuso el comisario.

—Sí, éstas son de otro sitio que se llama videoglobe.net, pero funciona más o menos igual. La gente manda lo que graba con la cámara o con el móvil para que lo vean los demás. Lo que pasa es que un día, hace unos meses, descubrí que alguien del pueblo estaba haciendo películas.

—¿Y por qué crees que son de Mårslet?

—En la tercera película vi un coche con la matrícula danesa y reconocí una cara, un chico que había visto antes.

—¿Y no le dijiste nada a nadie?

—No. Pero cuando oí lo del niño muerto, me acordé de los vídeos.

Al fondo se oían los sollozos de la madre. Trokic intuyó que eso no era todo.

—La verdad es que —murmuró Stefan con una voz que indicaba a las claras que aquello no estaba siendo un plato de su gusto— en el colegio hemos estado hablando de hacer burradas y grabarlas. Al principio no eran más que tonterías porque había uno que había visto *JackAss*, pero luego...

—¿Qué es eso? —se oyó que preguntaba la madre a lo lejos.

—Una película de unos que hacen unas gamberradas superfuertes —le explicó Stefan.

—Es una serie de la MTV que luego tuvo un par de secuelas en el cine —continuó Trokic sin saber si la señora le oía o no—. Así, en pocas palabras, se trata de unos tipos que hacen unas gamberradas completamente absurdas. Ya han muerto jóvenes de todo el mundo tratando de emularlos. Pero luego, ¿qué, Stefan?

—Pues luego alguien vio lo del *happy slapping* en la tele —prosiguió Stefan como si de repente necesitara soltar todo lo que llevaba dentro—. A la mayoría le pareció un asco, pero unos cuantos dijeron que era divertido y empezaron a proponer cosas que se podían grabar. No sólo con personas, también con animales. Y... era como si... cuanto más lo hablábamos, menos asqueroso nos parecía. Era... técnico. También pensamos qué había que hacer para colgarlo en internet y que lo viera el mayor número de personas posible.

Trokic sentía deseos de agarrar al niño por el pescuezo a través del teléfono y sacudirlo. El *happy slapping* le parecía una forma de realizarse extremadamente patológica que no debía pasar desapercibida, una amenaza para los cimientos de la sensación de seguridad colectiva. Una de las bases de la convivencia social era precisamente poder confiar en que la persona que iba en el tren o paseaba por la calle no iba a darse la vuelta de pronto y, sin motivo alguno, empezar a atizarnos en la cabeza, y la única forma de acabar con esas cosas era aplicar castigos ejemplarizantes. Lo peor era que

los casos de *happy slapping* que se estaban viendo habían pasado de bofetones experimentales a agresiones muy violentas e incluso al asesinato.

Se estremeció a pesar de que llevaba un jersey bastante grueso. ¿Habría fotografías de Lukas circulando por internet? Si era así, prefería no verlas. Los arañazos que habían encontrado en el cuello del niño durante la autopsia eran de lo más elocuentes. Demostraban que el pequeño había sufrido y se había resistido, pero tener que ver cómo rayaría en lo insoportable.

—Si has tenido algo que ver con todo esto, espero que a partir de ahora hagas borrón y cuenta nueva —le dijo haciendo esfuerzos por disimular la furia que sentía—. Has hecho bien en llamarnos, pero me da la sensación de que hay algo más que te agobia. ¿Dónde puedo encontrar esos vídeos?

Tras un nuevo suspiro al otro lado de la línea, el chiquillo empezó a hablar.

En algún lugar de Mårslet, Stefan se encerró en su cuarto dando un portazo. No quería que su madre le viese llorar. Desde que había colgado dejando el asunto del vídeo en manos del policía de la voz amable, ella no había parado de acosarle con sus preguntas. Había mandado un anónimo y durante mucho tiempo había mantenido la esperanza de que eso fuera suficiente, pero no había bastado. Habían seguido colgando vídeos crueles en internet. Variaciones y mejoras. Cada vez que aparecía uno nuevo, temía que fuera eso. Un vídeo de Lukas.

De pronto comprendió que las lágrimas que estaba derramando eran de alivio, porque había hecho lo que tenía que hacer y ya nunca volvería a maltratar a la niña de infantil a la que él y Tommy habían pegado y grabado. Ni a ella ni a nadie más.

Lisa acababa de abrir el navegador y teclear el primer enlace que aparecía en la nota que le había pasado Trokic. Algo en su interior esperaba que el niño se equivocase. Tenía la garganta seca y un millón de pensamientos pasándole a toda velocidad por el cerebro. El comisario acercó una silla a la mesa del ordenador y dejó su café en la mesa junto al de ella, que sintió alivio ante la proximidad de otra persona. Por primera vez en mucho tiempo tenía taquicardia y le preocupaba lo que pudiera encontrar. Porque nunca se sabía. En el momento en que uno se creía a salvo... cuando creía que ya había visto lo peor de todo, no, entonces aparecía como el muñeco de una caja sorpresa.

Al mirar por la ventana descubrió que por primera vez en más de una semana había unas gotitas que brillaban a la escasa luz del despacho. La escarcha se estaba convirtiendo en agua. Empezaba a deshelar.

—No acabo de acostumbrarme a este hermoso nuevo mundo donde todo hay que filmarlo —comentó Trokic.

—No es ninguna novedad —dijo ella—, lo que pasa es que ahora hay más posibilidades. En realidad hay un enorme porcentaje de asesinos en serie que llevan cámaras a la escena del crimen. Es una manera de congelar el instante para poder revivirlo una y otra vez y ahora es muy fácil hacerlo, salta a la vista. Basta con pulsar el botón del teléfono que llevas en el bolsillo. No sé de qué nos sorprendemos, teniendo en cuenta que medio mundo se dedicó a enviar imágenes de la ejecución de Sadam Husein a través del móvil y del ordenador. La crueldad impresiona —filosofó.

—Pero hay una diferencia —dijo Trokic—. Aquí no se trata sólo de inmortalizar el momento, sino también de compartirlo con el resto del mundo. Es un deseo de reconocimiento. Y ésa es una enfermedad muy contagiosa.

Lisa asintió; por una vez en la vida estaba de acuerdo con su jefe. ¿Qué significaría para toda una generación crecer a la sombra de unos *realities* que concedían más importancia a la celebridad en sí que a lo que uno era capaz de hacer y hacían famosa a la gente a causa de sus malas cualidades o a pesar de ellas? No le hacía ni pizca de gracia aquella moda.

—Espero con todas mis fuerzas que esto no nos conduzca hasta una grabación de Lukas —admitió—. Imagínate si la han colgado.

—Vamos a ver lo que nos ha encontrado ese quinceañero.

Cuando la inspectora pulsó la tecla de *enter*, el navegador abrió una página con un reproductor. El vídeo se titulaba *LetMeIntroduceYou1*. Al ponerlo en marcha apareció un rostro que conocían bien.

Hacía ya dos minutos que había terminado el último vídeo, más o menos lo mismo que había durado, y ninguno de los dos había despegado los labios en ese tiempo. El frío de aquella breve grabación se resistía a abandonar a Lisa. Las películas no tenían sonido, pero eso no les hacía perder fuerza. Las protagonizaban niños golpeados. Empujados, con los brazos retorcidos, abofeteados. Hasta a distancia se apreciaba el terror de sus rostros.

—Sí, es innegable que parece Mathias Riise ensañándose con unos niños pequeños —dijo Trokic.

Apartó la silla de la mesa de un empujón y cruzó las piernas.

—Vamos a buscarle ahora mismo. ¿Qué sabemos de la página web donde lo ha colgado?

—Está en inglés —contestó Lisa, que ya había pasado el ratón por toda la interfaz de usuario—, pero he hecho una consulta Whois del dominio y está alojado en un servidor ruso.

Empezó a grabar pantallazos. Constituían pruebas, y al proceder de un lugar en el que no iban a poder intervenir de forma inmediata había que recurrir a otros métodos.

—Pero al menos podremos ver quién lo ha subido, ¿no? —insistió el comisario.

—Lo único que podemos ver es un nombre de usuario, LetMeIntroduceYou_DK, cosa que no nos sirve de mucho. Puede que los propietarios tengan un registro con datos de sus usuarios y una dirección IP.

—¿Y no puedes llamarlos ahora mismo y preguntárselo? Igual te sueltan los datos.

—Es que en la página no figura ninguna dirección de contacto. Ya te he dicho que está en un servidor ruso y eso hace que sea muy difícil intervenir. Los rusos no tienen apenas legislación para estas cosas. Desde un punto de vista internacional hay un vacío.

Trokic dejó escapar un elocuente suspiro y removió el café que quedaba en la taza antes de apurarla.

—Son esos putos medios —murmuró—. Si no hubieran empezado a sacarlo en la tele, ese tipo de casos no habrían llegado a nuestro país.

—Estoy de acuerdo contigo en que los medios dan una imagen enfermiza del mundo, pero de ahí a hacerlos directamente responsables ya no llevo —objetó Lisa—. Ellos no pueden predecir el futuro y tampoco se pueden censurar todas las perversidades de la humanidad.

—No, pero cualquiera que tenga una mínima noción de lo que es capaz de hacer la gente por salir en la tele sabe que si le enseñas a cinco millones de personas una nueva manera de llamar la atención, siempre habrá unos cuantos que no dejen escapar la oportunidad. De modo que sí, ellos han encendido la hoguera y han avivado el fuego. En nada de tiempo hemos tenido casos así en una tercera parte de los distritos.

—Yo creo que la prensa no contaba con que este tipo de cosas pudieran ocurrir en Dinamarca.

—No, Lisa, eso es pecar de ingenuo. Hasta la policía se anda con pies de plomo en las zonas donde el fenómeno aún no se ha extendido para no crear un problema que no existe.

Se levantó a estirar las piernas.

—Hay que tener cuidado con esas cosas, joder —continuó—. Tú misma viste el epílogo de lo de Columbine. En nada de tiempo hubo una avalancha de imitadores y, aunque en la mayoría de los casos la cosa no pasó a

mayores, algunos llegaron hasta el final y de pronto nos encontramos con masacres y tiroteos en un sinfín de sitios desde Erfurt hasta Osaka. Y para ponerle la guinda al pastel, lo de la Universidad de Virginia. Te aseguro que el tipo consiguió la atención mediática que buscaba. Para inspiración de futuras generaciones de chavales psicóticos envenenados de odio con acceso a armas de fuego semiautomáticas.

Soltó una risita.

—No sé —admitió Lisa—, supongo que así es el mundo de los medios. Necesitan una historia, y nosotros no podemos cambiarlo.

—A ver qué nos cuenta el crío —dijo el comisario—. Y manda a Jacob y a Jasper a buscar a Gabriel Jensen para que lo interroguemos. Quiero saber cómo coño nos explica la desaparición de su andador.

Mathias Riise estaba en su habitación, sentado al borde de la cama, oyendo a través de la pared el eco del programa matinal que salía del televisor del salón mientras trataba de desterrar los desbocados pensamientos que poblaban su mente. Nikolaj había ido a verle el día anterior y habían encontrado unas páginas muy interesantes donde colgar sus películas. En el espacio virtual los dos parecían impulsados hacia nuevas y rompedoras experiencias, pero en el momento en que su amigo se marchaba volvía a sentir que la angustia se colaba por debajo de la puerta de su cuarto como un gas que inhalaba.

Era una angustia difusa mezclada con deseo que le recorría todo el cuerpo. La red se había convertido en su escondrijo, un puerto franco donde podía tener otra identidad. Dejarse ver. Como ya le habían visto antes, aunque ahora el que decidía era él. Habían cambiado los papeles y él ya no era la víctima.

¿O sí? Alguien estaba al tanto de sus actividades. Ya no habían llegado más cartas y a Mathias le extrañaba. ¿Qué esperaba el que las enviaba? ¿Que lo dejara? Ya no podía, ¿qué le quedaría entonces? ¿En qué se convertiría? Además ¿qué podía hacerle en realidad?

Recordó la primera vez que habían pasado las cosas feas. Fue después de que su padre los dejara y formara otra familia en la otra punta del país porque un análisis de sangre reveló que el hermano pequeño de Mathias, Frederick, no era hijo suyo. Ya esa primera vez usó el fuego en su contra. Si lo haces, todo irá bien. Pero si no lo haces, será terrible. Y era terrible

cuando Mathias se negaba y ella le encerraba en el armario antiguo del pasillo y le decía que el fuego se lo llevaría si no hacía lo que le decía. Después le mostraba las inhumanas quemaduras que le marcaban el torso como un enorme paisaje nudoso que le hacía pensar en serpientes e infiernos y le contaba que a ella el fuego casi se la lleva. Por no hacer lo que le decían sus padres. En una ocasión llegó incluso a encender una cerilla muy cerca de la puerta del armario para que oliera el humo a través de las rendijas porque había empezado a chillar en la oscuridad. Y él se meó de miedo en los pantalones.

Con el tiempo, sin embargo, pareció ir perdiendo el interés por él. Se había hecho mayor, había crecido, le había cambiado la voz y, definitivamente, ya no cabía en el armario. Y llegó el turno de que les hiciera las cosas feas a sus hermanos pequeños.

A pesar de todo, la sensación que conservaba con más fuerza en la conciencia no era el miedo, sino la vergüenza. La vergüenza seguida de la rabia. Y la culpa. Porque era él quien había pedido y suplicado una hermanita. Alguien que ocupara su lugar y el de Frederick. Y Julie estaba allí para recordárselo a diario.

Sus manos jugueteaban con el teléfono móvil. Su herramienta. La cámara del director. Cuánto había aprendido a lo largo del último año. Y su estatus en la red había pasado del de un novicio cualquiera al del tipo con el que todos quieren tratar. En su universo propio, él era el rey. Había intentado ser cuidadoso para que no le descubrieran, pero alguien parecía saber la verdad.

Se llevó un buen sobresalto cuando Jonna empezó a sacudir la puerta bruscamente. No le habían enseñado a llamar antes de entrar, ni en el dormitorio ni en el cuarto de baño. Formaba parte del juego. Quería dejarle bien claro que era de su propiedad y hasta en sus cosas más íntimas era ella quien mandaba. Por eso Mathias había aprendido a usar la llave.

—¿Qué quieres? —le gritó a través de la puerta cerrada.

Sólo entonces se percató de que su madre había bajado el volumen del televisor y la casa estaba sumida en un extraño silencio. Por un momento lo único que oyó fueron los ruidos que llegaban del anejo, el débil silbido del viento que entraba por la ventana y el lento crujir del tejado.

—Está aquí la policía. Quieren hablar contigo.

Sintió que le recorría un estremecimiento. Por el tono de su voz sabía que estaba diciendo la verdad, que lo más probable era que estuviesen detrás de ella. ¿Por qué querrían hablar con él? Si ya se lo había dicho todo. Metió rápidamente el móvil debajo de la cama de un empujón y se secó las manos en los pantalones.

Al observar aquel rostro juvenil y hermético, el comisario Daniel Trokic sintió que todo lo demás se borraba de su mente. Habían tenido a Mathias Riise media hora sentado en el banco lleno de *grafitis* de la pequeña sala de espera mientras él y Lisa decidían la estrategia a seguir y reunían todos los datos que tenían y ahora el chico paseaba la mirada por el despacho de Trokic con escaso interés mientras se mordía un padrastro.

El adolescente tenía aspecto de librar una batalla perdida para seguir a sus coetáneos en el frente de la vestimenta. Su sudadera blanca tal vez hubiera estado a la última en algún momento, pero ya la había lavado tantas veces que el dibujo azul de la parte delantera se estaba desprendiendo por varios sitios. Su pelo negro, que estaba pidiendo a gritos un buen repaso, caía por su propio peso y por culpa de un abuso desmedido de fijador. Se le veía desaliñado y cansado, pero ¿tendría eso algo que ver con Lukas? ¿Y con los incendios?

El comisario colocó la grabadora encima de la mesa y se acomodó en la silla. Junto a él estaba Lisa, atrincherada detrás de un buen montón de papeles. Al entrar en el despacho media hora antes tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando. Tras interrogar a Jacob con la mirada, Trokic se había quedado algo más tranquilo. Una larguísima charla a altas horas de la noche había calmado a Lisa, le aseguró su amigo.

Finalmente se sumó a la sesión un representante de las autoridades sociales de cierta edad que, en silencio y pertrechado con unas gafas de

lectura, fue tomando notas en un cuaderno, un requisito legal en el caso del interrogatorio de un menor.

—Como ya te he explicado, Mathias —comenzó Trokic—, nos gustaría que repitieras tu declaración acerca de lo que hiciste la tarde del 4 de enero.

—Ya lo he dicho —contestó él agitándose inquieto en el asiento.

—Sí, pero queremos oírlo otra vez —intervino la inspectora con una sonrisa mientras le servía un vaso de agua.

Trokic intentó leer en el rostro de aquel niño grande. Le parecía que Mathias no tenía ganas de estar allí con ellos e intuía que tampoco tenía ningunas ganas de colaborar. Ahora tendrían que procurar desentrañar qué era mentira y qué verdad y orientarse en medio de la cháchara y las realidades que estaba a punto de presentarles, un espacio donde el comisario solía desconectar la parte racional de su cerebro y dejar que su intuición siguiera los patrones que surgían de la interacción entre el lenguaje corporal y el hablado. A la mayoría de los delincuentes se les daba bien mentir y lo hacían de manera muy convincente, aunque a menudo se equivocaban al valorar en qué podían mentir y en qué no. Un pequeño paso en falso acostumbraba a bastar para dar al traste con su castillo de naipes. A consecuencia de los interrogatorios, Trokic era incapaz de iniciar una relación fuera de su horario de trabajo con una persona que ensayara el más mínimo fingimiento.

Los interrogatorios no eran su punto fuerte. Ese mismo otoño, Agersund había asegurado que preferiría sincerarse con un hipopótamo antes que con él, declaración que redondeó enviándolo a hacer un curso de técnicas de interrogatorio hecho a su medida, tres días que Trokic recordaba con el mayor de los horrores porque la directora del curso era psicóloga y estaba empeñada en que tenían que conocerse a sí mismos antes de conocer a los demás. Y tres días, además, difíciles porque no entraba dentro de sus planes desnudar su alma delante de otros veinte policías. Había tenido que hacer unos esfuerzos prácticamente sobrehumanos para quitarse de encima a aquella retuercecerebros amante de las crisis y los traumas y explicarle que existía una diferencia entre lo interesante y lo imprescindible y que hablar de su vida privada en público quedaba claramente fuera de esta última categoría.

Su «actitud inmadura a la hora de cooperar en un contexto psicológico interdisciplinar» tampoco le pasó desapercibida a Agersund, que finalmente decidió que era la última vez que se gastaba varios miles de coronas en cursos de técnicas de interrogatorio para su subordinado. De modo que las cosas se quedaron como estaban. Aunque él siguió trabajando en el tema a escondidas.

—Tu amigo Nikolaj y tú habéis dicho que pasasteis juntos la tarde que Lukas desapareció. Estuviste en clase hasta las catorce cuarenta y cinco, nos han confirmado, pero ¿a qué dedicaste el resto del día?

Mathias dejó escapar un hondo y sonoro suspiro.

—¿De verdad que tengo que volver a contarlo todo otra vez?

—Sí, por favor —insistió Trokic.

—Bueno, pues Nikolaj y yo fuimos primero a la cooperativa a comprar refrescos y luego a mi casa. Mi madre había ido a Århus a hacer un recado y cogimos comida de la nevera y nos metimos en mi cuarto.

Las frases salían de su boca a buen ritmo. Intentaba insinuarles que no era la primera vez que las oían.

—¿Y qué hicisteis en tu cuarto?

—Jugar al *World of Warcraft*. En internet.

—De eso no dijiste nada la primera vez —señaló el comisario.

—Pues no, supongo que no me pareció que fuera nada del otro mundo. Pero eso hicimos.

El de asuntos sociales levantó la vista del cuaderno y se colocó bien las gafas en la nariz.

—¿Hablasteis con alguien por internet? —preguntó—. ¿Alguien que pueda confirmarlo? Podría venirte bien.

Mathias jugueteaba con el borde de la mesa.

—La verdad es que no me acuerdo. Igual, Nikolaj.

Fue mirándolos de uno en uno como si tratara de adivinar si daban por buena la explicación.

—¿Y tus hermanos? —inquirió Trokic—. ¿Estaban en casa? ¿Os vieron?

—No. Frederick estaba con su amigo Thomas, lo sé porque se lo pregunté después. Y Julie no sé dónde estaba, ya no soy su niñera.

—O sea, ¿que os pasasteis solos toda la tarde?

—Hasta las cinco, sí. Luego, Nikolaj se fue a su casa y yo estuve viendo la tele hasta que a las cinco y media llegó Frederick. Pusimos una lavadora porque se había manchado la ropa en casa de Thomas y no queríamos que mi madre se enfadara. Cuando terminamos vino la madre de Lukas para que la ayudásemos a buscar a su hijo. Estaba muy preocupada por él e insistió tanto que no pudimos decirle que no.

—¿Estuvisteis ayudándola toda la tarde?

—Sí, luego llegó mi madre, no me acuerdo de a qué hora. Paramos un rato para cenar unas *pizzas* que había en el congelador.

—Muy bien, pero, volviendo a lo de antes, entonces el único que puede confirmar dónde estuviste entre las catorce cuarenta y cinco y las diecisiete es Nikolaj, ¿no? —preguntó Trokic.

Mathias se encogió de hombros y se dejó caer en el respaldo de la silla como un trapo.

El comisario hizo una breve pausa mientras digería lo que acababa de oír. La explicación era la misma de la última vez, aunque el enfoque había variado un poco. Algo bastante habitual cuando se contaba lo mismo dos veces.

—¿Y el lunes entre las once y las doce de la noche? ¿Dónde estuviste?

—¿Por qué?

—Porque a esa hora murió quemada una anciana —contestó Trokic.

—Estaba en la cama durmiendo, pregúntele a mi madre.

—No estoy seguro de que sea suficiente, en teoría podrías haber salido sin que se diera cuenta después de darle las buenas noches. Supongo que no se pasaría la noche vigilándote, ¿no?

El chico sacudió la cabeza de un lado a otro y sus hombros descendieron unos centímetros. El comisario se recostó en su asiento, entrelazó las manos y apoyó la cabeza. Empezaba a hacer calor en la sala y se arrepintió de haberse puesto aquel jersey grueso de color azul marino.

El muchacho tragó saliva ostensiblemente y la mirada empezó a vacilarle. Se sentó sobre las manos como si tratara de evitar que le temblaran.

Trokic se estaba preguntando cuál sería el modo más indicado de hacerle saber que conocían los vídeos de internet cuando se abrió la puerta y Jasper Taurup asomó la cabeza.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

El comisario se levantó y le fulminó con la mirada. Jasper sabía perfectamente que no soportaba las interrupciones en medio de un interrogatorio.

—Supongo que será importante.

Apagó la grabadora que había sobre la mesa.

—Lo es —contestó el inspector.

Le hizo salir al pasillo.

—Acabamos de recibir una orden que nos autoriza a registrar la habitación del chico...

Trokic le escuchó atentamente mientras rellenaba la cafetera.

Muy cerca del despacho de Trokic se encontraban el inspector Jacob Hvid y Gabriel Jensen en una sala de interrogatorios. Al encontrarse a los dos policías a la puerta de su casa en Mårslet, se había quedado de una pieza y los había acompañado al coche sin rechistar. Y sin andador.

Jacob tenía la sensación de que Jensen sabía lo que le esperaba. Estaba blanco como la cera y sus ojos de color cemento vagaban sin descanso.

—Vaya, ¿se acabó el andador? —comenzó el inspector.

—Supongo que sí —murmuró él—. Ya no lo necesitaba.

—Por lo visto hacía ya algún tiempo, si hemos entendido bien el testimonio de ciertos testigos. Se le ha visto a usted, por ejemplo, comprando en la cooperativa. Y, por si eso no bastara, el jueves 4 de enero a eso de las tres y media una mujer vio a Lukas Mørk subir a un coche en Hørretvej, un coche muy parecido al que tiene usted en su garaje.

El semblante de Gabriel Jensen era prácticamente inexpresivo. Se produjo un largo silencio durante el que permaneció con la mirada perdida.

—Me lo llevé —dijo, por fin, espirando como si llevara días conteniendo el aliento.

—Cuéntemelo todo desde el principio —le ordenó Jacob, que trataba de ocultar una creciente agitación.

¿Estaría a punto de hacer una confesión? ¿De darle la explicación que tanto tiempo llevaban esperando? Casi no se atrevía a respirar por miedo a interrumpir el curso de los pensamientos de aquel hombre.

—Iba en el coche cuando le vi a un lado de la carretera. Parecía muy pequeño en medio de aquel frío glacial, pero iba bien abrigado. Paré y abrí la puerta del copiloto. Le pregunté si quería venir a casa conmigo a ver dos ejemplares nuevos de mi colección. Al principio dijo que no, tenía que irse a su casa, pero yo le dije: «Venga, que no tardamos nada». Y él se montó en el coche de un salto.

—¿Así, sin más? ¿Pretende que me crea que se subió al coche de un desconocido solamente para ver unos insectos?

—No era un desconocido —replicó Gabriel—. Había estado en mi casa muchas veces, seguía mi colección. A veces también veíamos una película, pero eso sólo era cuando sus padres creían que estaba en casa de algún amiguito.

—O sea, que sostiene que se conocían. ¿Y cuándo comenzó esa... eeh, relación?

—Hace un año. Un día me lo encontré en el sembrado que hay detrás de mi casa. Estaba buscando insectos, se le daba estupendamente.

La voz de Gabriel adquirió un tono más vehemente.

—Sabía distinguir perfectamente las diferentes especies. Yo le invité a venir a ver mi colección. No la ha visto casi nadie. Hay que reconocer que es preciosa...

—¿Y ya de paso aprovechaba la ocasión para toquetearle un poco cuando iba a su casa o qué? —preguntó Jacob, procurando que no se percibiera el asco en su voz.

—No, no he tocado a un niño en mi vida. Simplemente me caen bien.

—Pero ¿le excitan?

Gabriel bajó la mirada y no respondió.

—El jueves pasado, cuando le recogió, ¿adónde se lo llevó? ¿A su casa? ¿Le torturó con fuego?

—¡No, no, no! —exclamó Gabriel con voz asustada—. No le hice nada. Fuimos a mi casa y él tomó un refresco y yo una cerveza. Luego estuvimos un rato mirando los escarabajos que he capturado este otoño y hablando de ellos. Después pareció olvidarse de la hora y me preguntó si podíamos ver una película, pero no me atreví. Ya me había expuesto bastante al

llevármelo y sus padres le estaban esperando, así que volví a dejarle más o menos cerca de donde le había recogido. Después no volví a verle.

Jacob se recostó en la silla y masticó lo que acababa de oír.

—¿Cuánto tiempo pasó? —preguntó al cabo de un rato.

—No lo sé, tal vez media hora; no, yo diría que más bien una.

Recordó la cámara de seguridad de la panadería. La historia de Gabriel Jensen encajaba con la hora a la que había pasado el niño por delante de la tienda. Pero entonces, ¿quién era la persona que aparecía en la imagen?

—¿Y no será que luego cambió de opinión y siguió a Lukas después de dejarle?

—No, no. Volví a casa y ya no volví a saber nada de él hasta que vi las noticias la noche siguiente. Y me entró miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que descubrieran que había estado aquí. Sé cómo funcionan los policías, siempre piensan lo peor.

—¿Y por eso se le ocurrió el oportuno truquito del andador?

Asintió mientras se secaba un brillante hilillo de baba del mentón. Jacob sabía que no podía dejarle marchar. Si Gabriel Jensen era culpable, no podía dejar que anduviera suelto por la calle.

—Tengo muchísima sed —dijo—, muchísima sed. Necesito una cerveza.

—Va a tardar algún tiempo en volver a beberse una cerveza —contestó el inspector.

Consultó su reloj.

—Son las once y cuarenta y dos minutos. Queda usted detenido. Acusado del asesinato de Lukas Mørk.

Trokic volvió a entrar en el despacho e informó a Mathias de lo que acababan de comunicarle.

—Escucha, hace una hora hemos mandado a dos hombres a registrar tu habitación y, entre otras cosas, han encontrado un teléfono móvil debajo de la cama. ¿Podrías explicarme para qué lo usas?

El adolescente se ruborizó y bajó la mirada. Tenía los brazos cruzados y los apretaba con fuerza, como si temiera que los límites de su cuerpo estuvieran a punto de esfumarse y fuese a desaparecer. Los músculos de su mandíbula estaban sobrecargados y por la caldeada habitación empezaba a extenderse un acre olor a sudor. Era evidente que no tenía la menor intención de contestar.

—Hemos encontrado unos vídeos archivados en el móvil, pero no puedo decir que haya sido una sorpresa, porque ya habíamos visto tus películas en videoglobe.net. ¿No quieres hablarnos de ellas? —preguntó Trokic al tiempo que se sentaba más cerca del borde de la silla en un intento de captar la mirada de Mathias.

Fue inútil.

—Yo no he matado a Lukas —repitió el muchacho entre unos dientes que entrechocaban unos con otros—, si eso es lo que insinúa. ¿Por qué demonios iba a hacer algo así?

—De momento lo único que queremos es averiguar todo lo que tenga que ver con esos vídeos. Personalmente me interesa mucho entender cómo a alguien se le puede ocurrir hacer una cosa así. ¿Qué te impulsa a pegar a

alguien para después grabarlo? No acabo de encontrarle el punto. Veo una rabia que se manifiesta en forma de violencia contra un desconocido. Hay que descargar la agresividad. Pero ¿es ése el motivo? ¿O es por el reconocimiento?

—Yo no le he matado. No tengo nada más que decir.

El comisario se mordió el labio. No conseguiría una respuesta. Y había algo en los ojos de aquel chico que no encajaba con la imagen que había esperado encontrar. Era como si al hurgar en su interior hubiese tropezado con algo sucio. Además percibía miedo. ¿Sería por el castigo que le esperaba por haber pegado a los otros niños o le asustaría algo más?

—¿Tomas algún tipo de drogas? —le preguntó haciendo uso de otro de los hallazgos efectuados durante el reciente registro de la habitación de Skellegården.

Se produjo una breve pausa.

—Fumo un poco de costo un par de veces a la semana.

—¿Lo compras en casa de Johnny Poker?

—Sí.

—¿Algo más?

—Nada más. No me va el éxtasis y toda esa mierda, si se refieren a eso.

—¿Ni los hongos y demás alucinógenos? —insistió Trokic.

—No, joder. No creo que esos adelantos hayan llegado hasta Mårslet, a no ser que algún excursionista se haya comido alguno por error cuando iba a coger setas.

—Vale. Tu tutor dice que has tenido muchos problemas dentro y fuera de clase, peleas y demás. Dice también que la cosa ha ido peor este último año. Un montón de pellas. Descontrolas bastante en el colegio. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Son unos imbéciles. Estoy hasta los huevos de ir a clase.

Se encogió de hombros como si con eso estuviera todo dicho.

—¿Qué haces cuando faltas a clase? —continuó Trokic, infatigable.

—Jugar al ordenador.

—¿Y qué dice tu madre?

—No se entera, dejo la ventana abierta y me cuelo por ahí. Además, si lo supiera, seguro que le daba igual.

El comisario jugueteó con el bolígrafo en silencio mientras planeaba su siguiente movimiento. Tenían suficiente para detener al chico y acusarle de comportamiento violento, pero antes quería conseguir todos los detalles posibles.

—¿Te gusta jugar con fuego? —preguntó al fin.

Los ojos de Mathias se empequeñecieron y su rostro se contrajo.

—Odio el fuego.

Trokic apenas llegó a captar la mirada admonitoria de Lisa cuando de nuevo llamaron a la puerta y volvió a asomar la cabeza de Jasper. Tras llevarse al comisario y cerrar la puerta del despacho, dijo:

—Han encontrado algo más. Y esto es mucho, mucho peor.

Sidsel lo vio nada más salir al mirador por la mañana: volvía a haber pisadas en el jardín. Eran como sombras grisáceas sobre la nieve, resplandeciente bajo el incisivo sol invernal. Dejó apresuradamente la cafetera llena y la taza en la mesita y las siguió con la mirada a través del cristal. Igual que la última vez. Huecos profundos, pero más claros. Comprendió que había empezado a deshelar.

Con paso firme se dirigió al recibidor, se puso el abrigo y salió al exterior, donde el viento helado le introdujo un remolino de finas partículas por la nariz y le empapó el rostro. Siguió las huellas a lo largo de la fachada de la casa hasta la parte de atrás. Allí, al pie de la gigantesca hiedra nevada que crecía junto a la ventana del salón, describían un círculo para luego regresar prácticamente por donde habían venido. Se detuvo en el mismo lugar que las pisadas y contempló la casa, los altos muros marrones que se alzaban frente a ella. Luego observó la nieve pisoteada por unas botas. A través de la última capa a medio fundir se distinguía algo oscuro. Extendió el brazo de manera automática y retiró la capa blanca con la manopla. Se trataba de una enorme anilla de metal ennegrecida por el paso tiempo. Apartó con el pie la pesada nieve hasta dejar al descubierto una trampilla marrón de madera.

Tras reflexionar un momento llegó a la conclusión de que tenía que ser un camino alternativo para bajar al sótano, un lugar que ya conocía. Ahí

debía de estar la despensa que Mette tenía hasta arriba de escaramujo en conserva con jengibre, jarabe de saúco, plantas aromáticas y ternera metida en un arcón congelador y donde Søren estaba construyendo una pequeña bodega con estantes clasificados por países.

Soltó la fría y pesada anilla con un suspiro resignado y regresó caminando pegada a la pared. Estaba a punto de doblar la esquina cuando comprendió que era imposible, la trampilla estaba situada en la zona sur de la vivienda, mientras que el sótano que había debajo de la cocina se encontraba en la otra dirección. Además, el día que bajó no vio ninguna entrada, aparte de la que ella había utilizado. Embargada por una repentina inquietud, se dio media vuelta, regresó junto a la trampilla y tiró de la anilla de metal. Se alzó apenas unos centímetros. Resultaba difícil moverla a causa del peso de la nieve acumulada y tuvo que arrancar una capa de varios dedos de espesor con los pies antes de poder entornarla.

Un olor a moho, orina y algo que parecía carbón mojado salió a su encuentro y la hizo jadear, abrumada por tan inesperada sensación. Apestaba a cerrado y a abandono. Echó un vistazo hacia el fondo. Siete angostos travesaños de madera conducían hacia abajo. Titubeó. Aquel lugar tenía un aspecto bastante sombrío. Quizá fuera mejor olvidarse del sótano y meterse en casa con una buena taza de valeriana calentita para calmar los nervios. Ya habría tiempo para preguntarles a sus amigos qué había allí abajo, o tal vez la nieve se derritiera y pudiera abrir la trampilla del todo.

Sin embargo ya era tarde, su instinto aventurero había despertado. Recorrió con la mirada la pared sucia en busca de un interruptor, pero no encontró nada. Era un agujero oscuro y poco acogedor.

Estaba a punto de abandonar la empresa cuando recordó que llevaba consigo una pequeña linterna de la última vez que había salido a buscar leña. Sin quitarse las manoplas heladas se la sacó torpemente del bolsillo y la encendió. Daba una débil luz azulada, pero bastaba para orientarse. Paseó la luz de un lado a otro por las paredes de la escalera. Por suerte, no parecía haber telarañas.

Finalmente empezó a descender con precaución los peldaños de uno en uno alumbrando con una mano y apoyándose en el gélido muro con la otra.

Varios de los escalones estaban llenos de algo que apartó con el pie. ¿Hilo de pescar?

Avanzó lentamente por la escalera hasta llegar a un sótano de unos doce metros cuadrados. No había nada más que trastos viejos: un telar con un banco de madera, un viejo baúl y una bicicleta que parecía un vestigio de los años cincuenta. Había un fuerte olor a quemado y en un rincón se veían los restos de lo que debía de haber sido una pequeña hoguera. Pero ¿a quién se le podía ocurrir encender una hoguera en un sótano? Era una locura. Luego, entre los restos de madera quemada y carbón, la vio y se le heló la sangre. A la luz de la linterna, una mariquita le devolvió la mirada desde la solapa de una cartera escolar. Algo más allá había un teléfono móvil sobre lo que quedaba de una manta. Se oyó un estruendo a su espalda y la luz de la entrada se desvaneció. Sidsel tardó unas décimas de segundo en comprender lo que había ocurrido. Se volvió hacia la abertura, que ahora era negra. La trampilla del sótano se había cerrado.

Sidsel clavó la mirada en la escalera con el corazón desbocado. ¿Cómo era posible? La trampilla pesaba, le había costado Dios y ayuda levantarla. Luego se volvió hacia la cartera. Comprendió que Lukas Mørk, el pequeño asesinado, había estado allí abajo. Se le hizo un nudo en la garganta y sintió que el corazón le palpitaba hasta dolerle. ¿Habían cerrado la trampilla desde fuera? Se acercó a la escalera y subió los siete peldaños de madera. No se oía absolutamente nada. Apoyó ambas manos en la trampilla y trató de levantarla. Cedió un par de milímetros y el viento se coló por la ranura, pero no fue capaz de abrirla.

Tardó varios segundos más en comprender la gravedad de la situación con una claridad glacial. No sólo estaba encerrada, sino que nadie iba a echarla en falta por el momento y, aunque así fuera, aquél sería el último lugar donde la buscarían. Después se le ocurrió una idea aún más desgarradora. ¿Y si aquélla era la escena del crimen e iba en serio eso de que alguien la había encerrado por alguna razón? Por haber descubierto aquel lugar. ¿Porque no encontraba su teléfono móvil? El teléfono que se había quedado en el sótano, bajo la nieve. Y había sonado, comprendió de pronto, había sonado tanto que la había hecho creer que estaba volviéndose loca. Se lanzó sobre él a la desesperada y pulsó el botón rojo para intentar

encenderlo. Una y otra vez. Pero la humedad, el frío y la batería agotada lo habían silenciado para siempre. Con un grito de frustración lo estrelló contra el suelo.

Al oír un ruido sordo y fuerte que procedía de lo alto de la escalera, dio un respingo. Tragó saliva. Alguien acababa de pisar la trampa, estaba completamente segura. Aquel sótano estaba plagado de pruebas: la cartera, el sedal, quizá hasta huellas dactilares. Quien fuera debía de estar extraordinariamente interesado en bajar a deshacerse de ellas. Escudriñó la oscuridad que la rodeaba en busca de un arma con la que defenderse en caso de que llegara a ser necesario. No había nada.

De pronto miró hacia arriba y olfateó. Empezaba a extenderse un olor extraño y por un momento se sintió confusa y mareada. Luego descubrió que por uno de los bordes de la trampa se estaba filtrando un líquido que goteaba escaleras abajo. La madera empezaba a empaparse lentamente. No cabía duda alguna. Olía a gasolina.

Mårslet empezaba a salir de su letargo invernal. El hielo iba retirándose de calles y jardines y en algunos lugares se oía ya el canto cauteloso de los mirlos mientras coches y ciclistas volvían a aventurarse a salir no sin cierto escepticismo.

Contempló el anejo de Skellegården sin poder evitar preguntarse qué secretos ocultaría. Durante el registro de la casa, los colegas de Trokic habían encontrado una puerta a la oscuridad, pero ¿encontrarían también la respuesta que andaban buscando?

—¿Cómo se puede hacer algo así? —le había preguntado Jasper Taudrup a la profesora cuando dos policías la llevaban esposada hacia el coche patrulla que la aguardaba.

Los labios de Jonna Riise se curvaron hacia arriba en una sonrisa altiva al tiempo que los músculos de su rostro amenazaban con dejarse llevar por la rabia que se agitaba bajo la superficie.

—Un día decidí librarme de esa palabra tan superflua llamada moral. Es un concepto desagradablemente dependiente de la sociedad.

Se retorció tanto entre los agentes que se le abrió la blusa dejando expuesta al frío aire invernal una cicatriz que se extendía por sus pequeños pechos como una multitud de manchas en relieve.

—Es asqueroso —replicó Taurup—. Y encima una profesora.

Trokic decidió ignorarla y entrar en la casa con Jasper pegado a los talones. Era más fría de lo que recordaba, aunque era posible que se debiera a que se había quedado abierta una ventana que daba al jardín. Morten Lind, al frente del registro, salió a su encuentro.

—Un golpe de suerte —comentó, aunque no se percibía alegría en su mirada.

El comisario miró hacia la alargada mesa del salón y tragó saliva.

—Hemos encontrado las fotos en un altillo, metidas en una caja. En realidad, sólo queríamos examinar la habitación del crío, pero hemos tropezado con el altillo y hemos pensado que era mejor verlo también. La verdad es que la orden solamente incluía el dormitorio, pero hemos considerado que el altillo formaba parte de él. Son fotografías de sus hijos —murmuró con aspecto de ir a vomitar de un momento a otro.

Lind llevaba poco tiempo en la policía judicial y Trokic dudaba de que hubiera tenido que enfrentarse a ese tipo de imágenes en toda su vida. Había montones y montones de ellas. Los niños estaban desnudos, atados a las sillas, atados a los radiadores, colgando del techo.

—Está detenida y, en primera instancia, acusada de tenencia de pornografía infantil. Y aún no hemos encendido el ordenador. Kornelius va a tener trabajo —continuó Lind.

Al cabo de un minuto, Trokic ya había tenido más que suficiente y sentía náuseas. De pronto aquel lugar le parecía asfixiante y no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido entre aquellas paredes. Miró de reojo hacia el reloj de pared, que seguía presenciándolo todo con su tictac. Todo aquello parecía un anacronismo, una realidad que no debería haber salido de su época, treinta y cuatro años atrás, cuando Eigil Riise prefirió la muerte antes que el destino que le ofrecían sus padres. Ya no le cabía la menor duda de que las fotos que le había enseñado Lisa procedían de allí. Pero ¿por qué habría optado Jonna por tomar el mismo camino? El comisario había aprendido una cosa en sus años en la policía. La maldad genuina, como la de esa casa, como la que había sufrido Lukas, no se daba muy a menudo. ¿Acababa de encontrar a su asesino? ¿Habría sido ella la que había estrangulado y quemado a Lukas?

Sin contar a los tres policías, la casa estaba desierta. Las puertas de las habitaciones de los niños estaban abiertas. Trokic echó un vistazo a la del pequeño, el dormitorio de Frederick; un cuartito donde predominaban los juegos de rol. Medio estante estaba atestado de figuritas pintadas. Una vez había interrogado a un tipo al que le interesaban esas cosas y le había dicho que daban mucho trabajo y que eran una afición bastante cara. En ese instante empezó a sonar su móvil. Al otro lado de la línea oyó la voz extrañamente decepcionada de Agersund.

—Nos han devuelto la foto de Inglaterra, la de la panadería.

—¿Y?

—No es exactamente lo que esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—No es un hombre. Nos equivocamos porque estaba muy borrosa.

—¿Qué quieres decir?

—Es un niño.

A ambos lados de la línea se hizo el silencio. Trokic recorrió la habitación con la mirada y de pronto se quedó helado mientras las piezas empezaban a encajar. Sus ojos se detuvieron en algo amarillo que asomaba del armario. Había algo en ese color que le resultaba familiar y por un momento se le detuvo el corazón. En un abrir y cerrar de ojos se plantó junto al mueble y abrió la puerta. Del estante superior cayó una larga bufanda amarilla y durante una décima de segundo volvió a ver a Torben Bach en el Instituto Forense con un poco de fibra en unas pinzas. La idea era tan atroz que surgió de improviso, sin llegar a tomar forma en su conciencia.

—Ahora te llamo —murmuró antes de colgar.

En la versión de los hechos que les había presentado Mathias, Frederick se encontraba en casa de Thomas. Frederick siempre estaba con Thomas. Clavó la mirada en el ordenador que el chico tenía sobre la mesita del rincón. Algo le arrastró hasta allí y le impulsó a agacharse y pulsar el botón de encendido. Al instante apareció la pantalla con el logo de Windows

pidiendo una contraseña. Maldijo entre dientes. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la cocina.

—Frederick está en casa de un tal Thomas —le informó Morten Lind—, lo ha dicho Jonna Riise antes de que se la llevaran.

El comisario se frotó el hombro, pensativo. Tenía el músculo duro como el hormigón. El frío de Skellegården le calaba a uno hasta los huesos.

—Por lo visto es un compañero de clase. ¿Cómo se apellida? ¿No lo ha dicho?

Se produjo una pausa. Morten Lind tenía aire de temer haber cometido un error imperdonable.

—No, creo que no, pero he visto una lista de alumnos en la cocina, encima de la nevera.

—Mira a ver si es ésta.

Trokic repasó el listado.

—¿De cuándo es esta lista? No aparece ningún Thomas.

—Qué raro —contestó Morten—, es de este curso. ¿Será que no le conoce del colegio?

Trokic hizo caso omiso de él y sacó su móvil para llamar al primer número de la lista. Line, la tutora. Después de que le pasaran con varias personas del colegio consiguió hablar con ella y explicarle lo que quería. La voz del otro lado vaciló un poco antes de decidirse a responder:

—Pues es que ya no hay ningún Thomas en clase, se marchó hace dos años. Su familia se mudó a Kolding porque el padre consiguió trabajo en un bufete de abogados de allí, así que tiene que referirse a otro.

—¿Y en otra clase? —insistió el comisario.

—Tampoco hay ningún Thomas. No es un nombre muy habitual en esas edades. La verdad es que no he visto a Frederick jugar con nadie en todo el curso.

—Muchas gracias.

No había ningún Thomas. Colgó y se quedó con la mirada perdida. Acababa de darse cuenta de algo y se sentía como si le hubiese absorbido una centrifugadora.

Trokic regresó al dormitorio y le echó otro vistazo. Entornó el armario y levantó todos los montones de ropa, abrió las cajas de juegos y la baraja de coches y miró dentro de unas botas con patines que había en el estante de abajo. Después buscó debajo de la cama, levantó las sábanas, inspeccionó la funda de la almohada y apartó las cortinas de la ventana. Por último movió todos los libros de la estantería y miró detrás. Ya casi había perdido la esperanza cuando reparó en la cartera del colegio, que estaba encima de la silla del escritorio. Sacó unos cuantos libros forrados muy ajados y los hojeó. Nada. En ese mismo instante advirtió que también había algo más fino, una especie de cuaderno de dibujo encuadernado en piel. Destacaba entre los demás artículos escolares, aunque también podía pasar por uno de ellos. Al abrirlo cayó un montón de papeles que quedaron diseminados por el suelo. Dibujos con y sin color que representaban todo lo habido y por haber, imágenes que narraban historias. Con un repentino mal presentimiento, recogió el primero.

Trokic recogió el primer dibujo del montón de papeles. Entre todos los apuntes de coches, monstruos, dragones y soldados, aquél había llamado su atención. El lenguaje de aquellos trazos duros ponía los pelos de punta. Se trataba de una reproducción a lápiz asombrosamente buena de una figurilla que avanzaba por un sembrado o algún tipo de extensión abierta. A la espalda llevaba una descomunal cartera adornada con una mariquita. Le había dibujado siete puntos a medio rellenar y seis patitas. Detrás se veían unos árboles y algo que parecía un río, y a lo lejos había un edificio alargado con muchas ventanas que parecía un colegio. No era un dibujo muy detallado, pero no cabía duda de que contaba una historia. Al fondo del todo había colocado una casa bajo un cielo negro que Trokic reconoció como Muspelheim, donde Sidsel pasaba unos días. El número de ventanas coincidía más o menos y aparecía también uno de los árboles del lado sur. De un punto del cielo caían cristales de nieve procedentes de una nube solitaria.

Se sentó en la cama y rebuscó en el montón de hojas del suelo. Más coches. Mercedes, Maserati, BMW. Una granja con caballos. Una moto. Finalmente, con la garganta seca, levantó otro papel aun sin saber si deseaba ver la continuación. Lo estudió a la luz. Representaba una casa de estructura algo primitiva y era el único dibujo que estaba coloreado. En el centro de una caja cuadrada que había bajo la casa, supuestamente un sótano, ardía desenfrenadamente una hoguera entre naranja y amarilla que escapaba de los límites del papel. Resultaba impresionante entre todos los

trazos en blanco y negro. Junto al fuego lloraba un niño. Tenía gruesos lagrimones y unos ojos que se abrían con dureza en su rostro como dos enormes agujeros asustados. La boca era una pequeña línea gris. Sus brazos como palillos se alargaban hasta quedar prácticamente metidos en la hoguera porque la cartera, de nuevo con siete puntos, estaba siendo devorada por las llamas. En la parte de abajo se veía una hilera de hormigas, como si las lágrimas hubieran rodado hasta el suelo y hubiesen cobrado vida. En un extremo del dibujo había un animal que parecía muerto. Trokic entornó los ojos y trató de encontrarles sentido a aquellas líneas. De pronto recordó las palabras del empleado de la ludoteca. El conejo muerto.

Su cerebro trabajaba a toda presión. ¿Habría un sótano en Muspelheim? Si era así, se les había pasado por alto. Pero si la entrada a ese sótano se encontraba en el exterior, podría haber quedado oculta por la nieve. Había empezado a nevar tras la desaparición de Lukas.

El comisario dejó los dibujos sobre la mesa y sintió el zarpazo del invierno en los huesos. ¿Habría seguido Lukas a un niño mayor que él? Tal vez por curiosidad, como parte de un juego. Puede que descubriera lo que se traía entre manos, bajase al sótano y las cosas acabaran muy mal. ¿Una pelea? El caso era que Lukas había logrado escapar. Sin embargo, para Frederick ya era demasiado tarde. El pequeño volvería corriendo a su casa entre gritos y lágrimas. Aunque le hubiera amenazado para que no contara nada, las quemaduras hablarían por sí solas. Sólo una cosa podía evitarlo: el silencio definitivo.

Trokic permaneció inmóvil unos momentos tratando de asumir la espantosa verdad. Tenía que hablar con Frederick. De repente se acordó de Muspelheim y se quedó sin fuerzas. El sótano estaba debajo de la casa, enterrado en la nieve, y Sidsel ignoraba lo que allí había. Sacó el teléfono y trató de ponerse en contacto con ella. Por tres veces aguardó hasta que dejó de dar tono; luego se dio por vencido. De pronto comprendió otra cosa. Si

Frederick regresaba se daría cuenta de que había encontrado los dibujos, no le quedaba más remedio que ponerlos a buen recaudo de inmediato. Podían ser una prueba decisiva.

—Hay que tener una charla con Frederick —le dijo a Morten Lind—. Voy a mandar a alguien a buscarle. Si aparece, retenedlo. En su cuarto también hay una bufanda amarilla. Tenemos que protegerla.

Una vez en el coche le dijo a Jasper:

—Llama al oficial de guardia y que mande a dos agentes a buscar a un niño que encaje con la descripción de Frederick. Diles que lo retengan cuando lo encuentren.

—¿Y nosotros? ¿Nos quedamos aquí?

—No, se queda Morten. Nosotros dos vamos a ir a echarle un vistazo a un sótano.

Sidsel, a punto de dejarse llevar por el pánico, se tapaba la boca con el forro del abrigo para no vomitar. Los vapores de la gasolina le hacían sentir náuseas y era tristemente consciente de lo que estaba ocurriendo. Alguien pretendía prenderle fuego a la casa para destruir todas las pistas. Y matarla. Se había metido en un callejón sin salida y no había escapatoria posible. Un grito le atenazaba la garganta como un tapón.

En ese instante comenzó. El fuego empezó a correr barandilla abajo y en seguida empezó a devorar la madera reblandecida. En unos segundos prendió en los escalones. Con el fuego llegó el humo. Repasó mentalmente todo lo que había aprendido acerca de las intoxicaciones por humo en el curso de primeros auxilios. En realidad era una asfixia interna provocada por el monóxido de carbono que bloqueaba el paso de oxígeno. El forro del abrigo la protegería del vapor y las partículas de hollín, pero no de los gases tóxicos. Lo principal era mantenerse a ras de suelo. Pero su única vía de escape estaba arriba.

Se refugió en el último rincón del sótano. Parte del humo ascendía y desaparecía por las rendijas de la trampa. ¿De verdad que iba a acabar sus días de una forma tan absurda? Por un momento pudo ver su propia vida desde fuera y se sintió más pobre que nunca. Había visto gran parte del mundo y tenido muchas más experiencias que la mayoría de las personas, pero ahora le parecía que había llevado una existencia sentimentalmente estéril y desapasionada.

Al recordar el rostro abrasado de Annie Wolters, con los párpados quemados y la piel carbonizada, se estremeció. Entonces lo oyó. A lo lejos. Un ronroneo que se superponía al rugido del fuego. ¿Sería un motor acercándose? ¿Verían el humo desde fuera? Empezó a notar el calor de la madera en llamas. De pronto el coche dejó de oírse. ¿Se había detenido o había pasado de largo?

Los amortiguadores del coche trabajaban a pleno rendimiento y el vehículo prácticamente volaba por encima de los baches del principio de Bedervej. Al recordar el rostro franco y amable de Sidsel, el comisario no podía evitar sentir una punzada de preocupación. No le hacía ninguna gracia que estuviera sola en un lugar tan expuesto. De repente el camino se le antojaba infinitamente largo.

—¿Y Annie Wolters? —preguntó Jasper mientras se ajustaba con algo de retraso el cinturón de seguridad después de otro salto brutal—. ¿Dónde encaja en todo esto?

—¿No dijiste que tenías la sensación de que te estaba mintiendo cuando fuiste a registrar su casa? —preguntó Trokic.

—Sí, fue sólo un momento. Su forma de evitar mi mirada de repente, el tono de su voz. Seguramente vio a Frederick en el arroyo ese día y puede que después se lo mencionara en algún momento. Si nos lo hubiera dicho entonces...

En ese instante divisaron una fina columna de humo que ascendía serpenteante por el horizonte. Algo se estaba quemando. Parecía salir del punto donde se encontraba la casa. Como si pudiera leerle el pensamiento, Jasper dijo:

—Algo está ardiendo. ¡Mierda! Esto no pinta nada bien, Daniel. Espero que no lleguemos demasiado tarde.

—Vuelve a llamar al oficial de guardia. Necesitamos a los bomberos.

Trokic iba tan rápido como se lo permitía la carretera, pero aun así notaba que los neumáticos patinaban sobre superficies de hielo que empezaban a derretirse. Al fin frenaron frente a la entrada de la casa. Alcanzó a entrever la sombra de alguien que atravesaba el jardín y su inquietud fue en aumento. Obedeciendo a un impulso repentino, cogió la carpeta con los dibujos. La historia empezaba a desintegrarse y amenazaba con arrastrarlo todo en su caída.

El chiquillo observó cómo el coche azul y blanco frenaba bruscamente, patinaba medio metro por el hielo y se detenía a la entrada de la casa de color avellana. Al ver a los dos policías bajar del vehículo al otro lado de la cerca, se le heló el corazón en el pecho y empezó a sentir el frío de la nieve que le rodeaba. Comprendió que, por alguna misteriosa razón, lo habían descubierto todo. Echó un vistazo hacia la entrada del sótano, tan visible ahora, donde estaba encerrada la mujer de pelo largo. Ya había dejado de lanzar aquellos chillidos tan fuertes y desagradables y los dos últimos minutos habían transcurrido en silencio, con el bonito y frío sonido de fondo de las llamas que infaliblemente se aferraban a la vieja madera.

Se sintió recorrido por una oleada de furia. Él no quería matar a Lukas, pero ese mocoso entrometido había estado siguiéndole y metiendo las narices en sus cosas otra vez. La primera había estado a punto de descubrirle cuando quemaba una moto y él había tenido que hacerle una advertencia. No le había costado mucho acabar con aquella mascota tonta y orejuda que Lukas tenía en la ludoteca, pero el crío ni por esas lo había entendido. Como una lapa, le siguió por última vez sin que le viera hasta la casa deshabitada que Frederick había encontrado. Su primera casa. Llevaba meses soñando con algo así. El niño le sorprendió en medio de la fase de mayor exaltación, el momento en que prendían las llamas. Cuando las lenguas de fuego empezaban a chisporrotear y al fin llegaba la paz. Cuando todo, hasta los gritos que parecía llevar dentro, enmudecía.

Presa de un ataque de furia —un instante en que el mundo se tornó de un blanco cegador en su interior mientras las voces de su cabeza gritaban y aullaban— agarró a Lukas y lo tiró al suelo del sótano. Hasta ese momento había existido la posibilidad de dar marcha atrás, de detener el juego, pero el pequeño perdió el equilibrio. Si el golpe no hubiera sido tan preciso... Porque cuando, chillando, el niño le tendió los dedos abrasados, Frederick sintió pánico por primera vez. En el momento en que Lukas huyó del sótano, supo que todo estaba perdido y las voces asumieron el mando. Había que detenerle.

Los dos policías se detuvieron al verle y por un instante el tiempo se detuvo mientras él, con todos los músculos en tensión, intentaba calcular su próximo movimiento. ¿Le dispararían? La idea le hizo sentir el cosquilleo de una carcajada de desdén. Por supuesto que no. No podían dispararle a un menor de edad. A un niño. Por un momento consideró la posibilidad de quedarse quieto y decir que pasaba por allí. En realidad, ¿qué tenían en su contra?

Entonces vio la carpeta que el policía llevaba en la mano y el miedo empezó a adueñarse de él. Le resultaba familiar. Su mente retrocedió hasta su último emplazamiento. La cartera del colegio. ¿La habrían encontrado? De pronto distinguió el pequeño adhesivo de la papelería y comprendió la terrible evidencia. El policía moreno de la cazadora grande al que había visto varias veces en Skellegården estaba allí plantado, con algo en la mano que era de su propiedad. Sus dibujos. De repente sintió que todo lo que había creído hasta ese momento se venía abajo y que su mundo empezaba a desmoronarse como una casa de papel. Tras los contornos aguardaba lo demás. Aquel país interior reducido a ceniza después de años de impotencia dominado por el más terrible, intolerable y doloroso de los vacíos. Y por las voces. Unas lenguas malignas de años de abusos empezaron a resonar en algún punto de su conciencia. Voces que llegaron cuando estaba encerrado en el armario.

Con un grito que se negaba a salir de su garganta, movió con el pie izquierdo el bidón de gasolina que había en el suelo y sintió cómo sus

manos se aferraban a su asa de plástico. Aún quedaban cerca de cuatro litros de la gasolina que había ido robando de los coches aparcados en lugares solitarios de la zona y arrastrando fatigosamente hasta el cobertizo de la parte de atrás de la casa. Cuando los dos policías echaron a correr hacia él, se volvió y se encaminó hacia la salida del jardín, los campos y el arroyo.

—Levanta la trampilla del sótano —le aulló el policía moreno a su joven compañero; después le gritó al chiquillo—: ¡Policía! ¡Alto!

Frederick ya veía las frías aguas del arroyo que surcaban el paisaje y en una décima de segundo recordó los chillidos de Lukas sofocados por el afilado hilo de pescar, los ojos de color musgo a punto de salirse de sus órbitas y los brazos que manoteaban intentando encontrar un punto de apoyo en la nada.

Se detuvo. El bidón le retrasaba, pero de pronto comprendió por qué lo había cogido. Observó al policía, que acababa de doblar la esquina de la casa y corría velozmente hacia él; su oponente vaciló un instante como si adivinara sus intenciones.

—¡Alto! —le gritó con un brazo levantado.

Frederick sonrió al tiempo que crecía su determinación. Luego cogió el bidón, lo levantó hasta la altura de su cabeza y se vació el contenido por encima. El impacto al sentir aquel líquido frío y nauseabundo corriéndole por el pelo, el rostro y el abrigo fue total. Pero acertado. Como si fuese lo que necesitaba. El olor le quemaba los ojos y la nariz y amenazaba con hacerle vomitar. Entreveía la cara de pasmo del policía, su boca que se abría y se cerraba a la par que comprendía. Después, las manos de Frederick sacaron el mechero que llevaba en el bolsillo y, en el último y repugnante segundo antes de que lo encendiera y el mundo que le rodeaba desapareciese, la sensación de poder volvió en todo su esplendor. Jamás llegarían a saber toda la verdad.

Viernes

12 de Enero

Al otro lado de los ventanales del hospital el mundo era un lugar limpio. Con la imprevisibilidad propia de la estación, dos días de lluvia habían despejado las calles de sucios montones de nieve obligando al alcantarillado a emplearse a fondo para tragar aquel auténtico diluvio. Desde la cama más próxima a la puerta, Sidsel Simonsen recibió al visitante con una pálida sonrisa. Trokic acercó una silla que había junto a la pared y se sentó.

—¿Te tratan bien?

—Sí, pero no hago otra cosa que leer revistas de cotilleo. He pedido que me dejen traer la tesina, pero no quieren ni oír hablar del asunto.

Junto a ella había una cama con el edredón apartado a un lado.

—Pero yo me cuido —prosiguió mientras hacía un gesto hacia la cama vacía—. Mi compañera de cuarto, en cambio, ha inhalado un gas tóxico en el trabajo que le ha quemado los bronquios y, aun así, ahora mismo está ahí fuera fumando. ¿No es increíble? Le han ofrecido unos parches, pero ella prefiere los cigarrillos a pesar de que al parecer cada vez que se fuma uno es un tormento.

—Siento mucho que no descubriéramos el sótano la primera vez que fuimos —se disculpó el comisario—. Si lo hubiéramos visto, no te habrían encerrado.

—No lo pienses más, dicen que mañana me dan el alta. Y creo que voy a terminar de escribir la tesina en casa en lugar de en Mårslet. ¿Cómo está Frederick Riise?

—Le han trasladado a Copenhague, a la unidad de quemados del Rigshospitalet, pero la última noticia que tengo es que se encontraba estable. Vivirá, y con un poco de suerte sólo quedará un poco desfigurado después de su hazaña.

—He leído en el periódico que le tiraste al arroyo.

—Pues sí, después de taparle con mi cazadora para sofocar el fuego. Pero supongo que gracias al agua fría va a salir bastante bien parado.

—¿Qué va a pasar con él?

—Al ser menor tienen que intervenir en el caso los de asuntos sociales. Realizarán una valoración de los pasos a seguir. Supongo que le pondrán en tratamiento psiquiátrico y habrá que tomar algunas medidas formativas. Bueno, y lo sacarán de su casa, claro.

—¿Y la madre?

—Está en prisión preventiva y sin perspectivas de salir por el momento. Según los del NITEC, en su ordenador hay material suficiente para dejarla encerrada una buena temporada.

Sidsel sacudió la cabeza de un lado a otro como si le costara creer todo lo que había ocurrido.

—No quiero imaginarme lo que habrán tenido que pasar esos niños. Cuánta humillación y cuánta vergüenza.

—El mayor, Mathias, se vino abajo cuando le obligamos a enfrentarse a la verdad —le explicó el policía—. Nos contó que era una situación que venía prolongándose desde hacía muchos años, un abuso sistemático de los tres hijos. De vez en cuando iba a verlos un hombre y después ella vendía las fotos en internet. Igual que antes sus padres vendían las suyas. Todos han quedado muy marcados, pero, según Mathias, Frederick siempre ha sido el más sensible.

Permanecieron en silencio. A Trokic aún le parecía estar viendo a sus impactadísimos colegas cuando les comunicó la noticia. Sus rostros fueron pasando de la consternación a la incredulidad. Semejante frialdad y falta de escrúpulos en alguien tan joven rozaba lo incomprensible. Aun así, él había alcanzado a entrever por un instante la impotencia del niño, su vacío interior y su dolor, y había comprendido cómo había podido ocurrir. Después, al comunicarles la noticia a los padres de Lukas, comprendió que

aquella no era la respuesta que habían esperado, sino una respuesta dura que desplegaba ante sus ojos un nuevo crimen. De pronto habían pasado a formar parte de una tragedia mayor. Derramaron nuevas lágrimas que, finalmente, fueron secándose mientras lentamente lo asumían. Con el tiempo también el pueblo cerraría sus heridas, aunque siempre quedarían las preguntas. Jamás averiguaría si Lukas se había caído por aquella escalera, aunque tal vez ya no fuera tan importante.

—Me encantaría invitarte a cenar cuando salga de aquí —dijo Sidsel de pronto— y todo esto haya quedado un poco más en la distancia.

El comisario observó aquel semblante pálido mientras buscaba el nascente interés que debería sentir por algún rincón de su interior. No cabía duda de que era una mujer interesante. Sin embargo, era como si siempre se interpusiera algo en su camino. Ahora Sidsel formaba parte de la historia de Lukas y llevaba dentro el horror del fuego, y él necesitaba distanciarse y coger fuerzas para lo que fuera que le aguardase. Quizá dedicara un tiempo a investigar esa historia de Sinka en Serbia. ¿O no sería más que otra de sus excusas de siempre? Era consciente de que estaba tardando demasiado en contestar, lo que en sí era ya una especie de respuesta.

—¿Me lo apuntas en la cuenta?

Ella levantó la vista hacia el techo como si estuviera pensándoselo y al final sonrió.

—No sé, ¿por qué no aprovechas ahora?

Trokic miró por la ventana. La ciudad parecía recién lavada, los tejados de las casas habían recuperado todos los colores del mundo, el tiempo era seco y las temperaturas habían ascendido a unos mucho más agradables cinco grados. Se levantó y colocó la silla en su sitio.

—Bueno... quizá otro día.

Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.



INGER WOLF (Herning, Dinamarca 1971). Hasta los 10 años vivió en Århus, una bonita ciudad entre los bosques y el mar, escenario de sus novelas. Cuando tenía 9 años sus padres se divorciaron y ella se fue a vivir a otra ciudad con su padre, músico de profesión. Empezó a escribir con 10 años. Estudió inglés en la Copenhagen Business School y trabajó como traductora *freelance*. Con 29 años publicó su primera novela, *Sidespring*, que hablaba sobre la infidelidad, el divorcio y la maternidad. En 2001 vuelve a Århus. Sufría depresiones ocasionales y paseaba por la naturaleza, el paisaje le inspiró su primera novela policíaca, que recibió en 2006 el premio de la Danish Crime Academy al debut más interesante por *Un oscuro fin de verano*.

Son protagonistas de sus novelas los detectives Daniel Trokic y Lisa Kornelius. En su observación de la naturaleza humana ha logrado escribir unas novelas llenas de misterio y desasosiego.

Notas

[¹] Uno de los platos más característicos de la cocina danesa; consiste en una rebanada de pan negro untada con mantequilla y recubierta con los más diversos ingredientes. (*N. de la T.*). <<

[2] Salsa croata a la que el comisario es muy aficionado, tal como se explica en *Un oscuro fin de verano*, primer libro de la serie sobre Daniel Trokic. (*N. de la T.*). <<

[3] NITEC: Nationalt IT-Efterforskingscenter, Centro Nacional de Investigaciones Tecnológicas de la Policía Nacional. (*N. de la T.*). <<